

J-

A. BELIN SARMIENTO

SARMIENTO

ANECDÓTICO

(ENSAYO BIOGRÁFICO)

Edición definitiva, corregida y aumentada.

IMPRENTA BELIN

3, CALLE GASTON LATOUCHE, 3

SAINT-CLOUD (S.-et-O.)

1929

BICC

CEXECI

R/89

SARMIENTO ANECDÓTICO

15305831
15210256

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



202000 362302



TS 5981

A. BELIN SARMIENTO

SARMIENTO

ANECDÓTICO

(Ensayo Biográfico)

Edición definitiva, corregida y aumentada



IMPRENTA BELIN

3, CALLE GASTON LATOUCHE, 3
SAINT-CLOUD (S.-&-O.)

1929

SARMIENTO ANECDÓTICO

El abuelo y el nieto

Casi a los treinta años de la primera, el Sr. Augusto Belin Sarmiento entrega a la publicidad una segunda edición, efectivamente corregida y aumentada, según reza la vieja fórmula, de su « Sarmineto anecdótico ».

Cuando este libro apareció, pudo creerse que sólo respondiera al propósito de ofrecer reunidas y catalogadas un buen número de las más famosas genialidades del viejo luchador, de D. Domingo el Pendenciero, para recordar el cómico calificativo que le correspondía en un curioso cuadro destinado a dar relieve de caricatura a la cualidad distintiva de cada presidente argentino.

Examinado con detención, debía resultar otra cosa muy diversa; debía resultar lo que es, en efecto: un resumen formidable y luminoso del pensamiento y la acción del prócer, un fiel trasunto, en muchos casos autobiográfico, de aquella existencia torrencial. que se diría encauzada por el digno nieto, confidente preferido e intérprete autorizado del grande hombre, cuya producción divide y califica en fragmentos accesibles, dentro de las épocas y situaciones respectivas, y cuya influencia mental y moral prolonga, a la vez que ilustra sus recuerdos con el gesto

y el ademán auténticos, contemporáneos de la misma concepción evocada.

Si cuando de la obra de Sarmiento se trata, pensamos sin quererlo en el oceano, en las montañas, en las selvas, establecido el símil no es posible olvidar a quien ha vivido, como el Sr. Belin Sarmiento, luchando con las olas, o salvando abismos y trepando cumbres, o abriéndose paso entre los troncos apretados para buscar la luz en lo más espeso del ramaje.

Trabajo de minero es también el que ha debido realizar muchas veces, ya que a menudo se le ha visto descender hasta el fondo sin que lo arrebatara el abismo y volver a la superficie con las manos llenas de piedras preciosas y deslumbrantes.

Dentro de los fenómenos de la naturaleza, en lo más abrupto, en lo más alto, en lo más profundo, en lo más recóndito, buscamos siempre la comprobación de estas impresiones, mientras el Sr. Belin Sarmiento todo lo descubre, penetra, exhibe y explica sin dificultad, como que lleva en su propio espíritu una luz que alimentan de consuno su talento y su memoria y que determina luego su orientación precisa y su comprensión infalible.

Puede creerse que Sarmiento y la integridad de su vasta producción no habrían alcanzado en el tiempo todo el ascendiente y toda la difusión que deben a este singular y autorizado albacea, pues aquél dejó apenas esbozadas, entre una y otra de sus construcciones fundamentales, faltándole el tiempo para perfilarlas y aclararlas, un mundo de páginas y de ideas, que requerían el cotejo y la comprobación que sólo el Sr. Belin Sarmiento era capaz de realizar, como se ha demostrado, para mayor ilustración y mayor provecho de los lectores que quieran ahondar hoy y mañana el estudio y las investigaciones correspondientes.

Y si la edición de las obras completas constituye por sí sola un grandioso monumento, cuya difícil ordenación y cuya anotación prolija se deben asimismo al consagrado y celoso sucesor, el anecdotario es un compendio utilísimo, un corolario perfecto, al propio tiempo que una verdadera clave y una originalísima biografía.

Es que toda la substancia de esas obras está contenida en el « Sarmiento anecdótico », poderosa concentración del pensamiento y la vida del creador infatigable que continúa alumbrando los caminos de la civilización y la libertad.

Surgen de cada página una enseñanza, una revelación, un recuerdo, un grito de lucha, un terrible apóstrofe, una asombrosa profecía, una deducción inesperada, un rasgo de ternura, que generalmente quiere disimularse u ocultarse, y todos los movimientos, en fin de un alma en estado de genio, si así pudiéramos decir, recordando la magnífica definición del gran poeta de Francia.

Resplandecen en el « Sarmiento anecdótico » el espíritu y el corazón del héroe, en lucha constante con la ignorancia, la opresión, la anarquía y la barbarie.

Asoma al pié de los Andes, niño maestro, para seguir enseñando, al través de los pueblos y de las edades, desde todas las tribunas y desde todas las cumbres, hasta el fin de sus días y hasta mucho más allá de su muerte.

Despréndense de este libro innumerables lecciones que deberían apresurarse a recoger como en sus fuentes mismas cuantos procuren formarse la noción y el criterio indispensables para intervenir en la gestión de los asuntos públicos, pero el anecdotario es también una enciclopedia de conocimientos útiles, verdaderos hallazgos y bellezas literarias espontáneas e insuperables en su emoción íntima y en las proyecciones de su propio sentimiento, hecho de fuerza y de poesía.

Alejado de su país, en misiones sin duda importantes, pero inferiores a su capacidad y sus conocimientos, bien que él las eleve por la dignidad de su conducta, la superioridad de sus dotes intelectuales y la constancia eficaz de su labor, el nieto continúa entregado al culto de la misma figura histórica a que estuvo íntimamente vinculado desde la infancia, apurando por la constante observación del modelo la síntesis aclaratoria y definitiva a que ha llegado por una inspirada adaptación al teatro del complicado drama de aquella vida turbulenta y fecunda, larga y afanosa, batalladora y proficua.

Junto a esa vida, como al pie de un torreón, de una fortaleza en actividad continua, el Sr. Belin desempeñó el papel que el propio Sarmiento le adjudicara en la figura heroica de la final anécdota del libro.

Después, él ha dicho melancólicamente que apenas dejó de ser una sombra de su antecesor ilustre para convertirse en la sombra de una sombra.

Entretanto, es servir a la patria velar por la gloria de sus héroes y es dar prueba de abnegación ofrecer la propia vida en holocausto, así concurra al sacrificio la legítima parte de orgullo familiar que pudiera corresponder en el caso.

Caso de identificación moral, de compenetración ideológica, puede igualmente decirse, ya que Sarmiento halló una segunda y más larga existencia en la dedicación apasionada del sucesor, que así lo apresta para la inmortalidad, armado de todas las armas que esgrimiera en el prolongado y accidentado combate y revestido de todos los atributos de su genio.

Por la universalidad de los asuntos y por la indole en cierto modo docente de los juicios, el « Sarmiento anecdótico » puede ser lo mismo un precioso libro de lectura escolar, un vademécum esencial para los hombres de

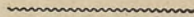
gobierno o que aspiren a serlo, un extracto de historia, metódico y seguro, y un album de máximas, impresiones y agudezas de observación y de estilo.

En nuestro país, donde las generaciones se suceden sin entenderse y las tradiciones se pierden en la confusión de las razas y las lenguas, importa un deber público elemental la conservación en todo su prestigio virtual de estos personajes esenciales de su gran historia y de su gran literatura.

El Sr. Belin Sarmiento, por su parte, obedeciendo a la doble corriente de su sangre, avanza en la línea que inició el abuelo, el apóstol, seguido de inmediato por el propagandista desinteresado que fué D. Julio Belin, editor de las primeras cartillas de Sarmiento y padre de quien habria de recoger hasta el último pensamiento y el último suspiro.

MARIANO DE VEDIA.

Paris, 17 de junio de 1928.



Del D^r E. Wilde

Bruselas, 12 de Julio.

Mi estimado amigo,

Acabo de leer « Sarmiento Anecdótico ».

Admirable. Admirable. Admirable, lleno de sabiduría, de enseñanza, para jóvenes, para viejos y para niños; espiritual, glorioso de expresiones felices; erudito, conocedor de la humanidad, valiente para decir la verdad, sin herir sino a quienes lo merecen; con ese estilo pronto y vibrante, suyo, único; con la palabra atlética i elegante, siempre oportuna!

A lo largo del libro se lee la historia entera de la Republica Argentina, contada de tal manera que impresiona i graba cada episodio en la mente del lector, para siempre, gracias a la verba gráfica, sobria, graciosa a veces, i cada vez más inimitable.

Pobre Sarmiento! Cómo ha sufrido por hacer el bien, sin que nadie entienda su propósito i a veces sirviendo sus colosales concepciones como tópico de escarnio, injuria y calumnia.

Pero mi admiración no se limita a lo dicho o escrito por Sarmiento que el libro contiene, sino que se extiende al compilador de las anécdotas, al ordenador de esa inmensa selva de pensamientos i lecciones, producto de la vida más fecunda que haya habido en nuestro país.

Usted ha hecho una obra maestra de que quizá usted mismo no se creía capaz. En las explicaciones de los párrafos, de los dichos, de las humorísticas salidas, de las páginas solemnes, serias i justicieras a modo de fórmulas históricas, usted muestra el sedimento que ha dejado en su alma el grande hombre a cuyo lado ha vivido usted desde niño.

Sus juicios, sus apreciaciones y comentarios, todo lo que añade usted de su propia cosecha para ligar las épocas i escenas i dar unidad a la obra, lo revelan un pensador i un escritor de primer orden, provisto de un bagaje eficiente para toda lucha literaria i poseyendo ese coraje i esa franqueza que eran notables características de su abuelo.

Lo felicito con la sinceridad más pura de mi alma.

E. WILDE.

Al señor Augusto Belin Sarmiento.

La aparición de este libro en 1905 fué elogiosamente acogida por Leopoldo Lugones, Carlos Pelligrini, Miguel Cané, Belisario Rodan, M. de Unamuno, Daniel Muñoz, Enriquey Mariano de Vedia, Julio Piquet, Manuel Lainez, Vicuña Subercaseaux, Agustín Alvarez, Carlos Vega Belgrano, Pablo Lascano, Bernardo de Irigoyen, José Ingenieros.

Sin contar numerosas referencias y reproducciones de la prensa sud-americana.

Hemos recordado la carta que precede del Dr Wilde, por ser inédita y la más lacónica de esas manifestaciones de simpatía.

AL LECTOR

(Prólogo de la Iª Edición)

Diriase que el Genio de la Patria hubiese nombrado de entre la muchedumbre un Comisionado suyo, para que estudiase en Chile y Estados Unidos, el gobierno; en las provincias, la administración; en convenciones, legislaturas y congresos, la legislación; en la prensa y la tribuna, las ideas y los principios que sirven de base a las instituciones, y en la presidencia, la aplicación de tan variada experiencia; que desde la juventud lo hiciese víctima de los bárbaros, para que mejor los conociera y fuese colocado en la miseria y el atraso colonial, para que pugnara por difundir la civilización; que lo privase de toda andadera intelectual, de toda tradición escolástica, para que su espíritu recorriera senderos nuevos y no admitiera sino la verdad experimental; que lo hubiese hecho vivir de la vida de tres naciones, viajando por todos los países que imponen su sello a las ideas, sin perder de vista al suyo propio, para que adquiriera un sentido común que no fuera el de una región determinada; que lo hubiese dotado de una curiosidad insaciable y de un cerebro potente, para estar siempre atento a todos los rumores de la humanidad; que le hubiese dado una actividad sin igual, tanto para trepar las cimas como para observar los mínimos accidentes del camino; que lo hubiese hecho nacer en la

pobreza orgullosa de fidalgos, para que desdeñara toda fortuna « como bagaje demasiado pesado para la incesante pugna » y, por fin, lo hubiese dotado de un alma eternamente juvenil, llena de entusiasmo para combatir sin tregua, de ingenuidad para no despreciar las más humildes tareas, de buen humor para sobreponerse a los contrastes y a las necesarias derrotas, de formidable pujanza para abatir obstáculos, a la par que de insondables ternuras por los desheredados y de amor inextinguible de lo humano, y todo para que no aspirase al éxito del momento y sólo a la gloria de sobrevivirse en la prolongación infinita de las ondulaciones del movimiento inicial que imprimió.

Si tal hombre-elemento hubiese sido agitador de ideas y grande obrero práctico durante la construcción de la nacionalidad, y separándose de toda imitación, hubiese dado siempre la expresión de su individualidad y acuñado sus ideas con troqueles perdidos ya, no sería aventurado prever que alguna vez las venideras generaciones de argentinos se preocuparan de reconstruir una figura que se deja entrever en cada esfuerzo hacia el progreso, y cuyas huellas podrían rastrearse en todos los caminos transitados por nuestra historia.

Sarmiento no está entero en las veinte mil páginas de sus obras, ni lo estaría en cuarenta volúmenes más que requerirían todas las producciones de su pluma. Faltaría aun lo que Lucio V. Lopez tanto lamentaba no recogieran los que habían « oído de su boca frases e ideas que constituyen hoy la grande obra inédita del pensador. »

El mismo Sarmiento estuvo tentado alguna vez de darle forma anecdótica a la enseñanza que resulta de los episodios más curiosos de su existencia, y en 1878 decía :

— « Hemos desesperado hace tiempo de escribir libros para este niño inquieto que se llama pueblo y pide cosas ligeras, fáciles y al caso del día. El Señor Presidente

(Avellaneda) comprenderá ahora por qué me negaba a escribir y poner en orden, no ya mis recuerdos de provincia, sino la historia anecdótica. — Luego el libro es pasto entre nosotros exclusivo de las oligarquías de la Universidad, y yo estoy hace tiempo divorciado con las oligarquías, las aristocracias, la gente decente a cuyo número y corporación tengo el honor de pertenecer, salvo que no tengo estancia. Soy como Rosas, un desertor de mis filas, y prefiero escribir para «el millón», como dicen los norteamericanos, para la canalla, como decimos nosotros, para la Nación y el Pueblo Argentino, como dicen los pillos que tienen tanto de argentino, de pueblo y nación como mi abuela que era española noble y colonial. Allá va eso. » —

Nada pudiera tentarnos tanto como la biografía de Sarmiento, pues tendríamos mucho que completar a la muy concienzuda y excelente de Don Guillermo Guerra; pero «hay en la biografía, al decir del mismo Sarmiento, algo de las bellas artes, que de un trozo de mármol bruto puede legar a la posteridad una estatua», y nos habría de temblar demasiado la mano al abatir los trozos de mármol cuyo sacrificio exigiría el arte: en una palabra, si tuviéramos la imparcialidad requerida, el lector no la habría de reconocer entera en nosotros.

Quédanos la historia anecdótica que nos permitirá presentar muchas de las fases ignoradas de aquel temperamento que se estudiaba en ser siempre «tal como la naturaleza lo había hecho, y no deformado por presiones exteriores, siendo tan contagiosa la tontería universal.» Nos hacemos la ilusión de creer que la forma de estas rápidas narraciones en nada nos obliga a abrir juicio, ni examinar las atenuaciones o contra-verdades que todo asunto humano encierra, presentando, a nuestro héroe tal como lo hemos visto y sentido, viviendo a su lado

veinte años en la más absoluta intimidad de pensamiento (dentro de nuestros alcances, se entiende) y habiendo leído, releído y meditado en sus detalles el inmenso caudal de los escritos publicados en sus obras y de casi otro tanto, entre lo inédito y lo que no debió incluirse.

Debemos declarar que todo cuanto contiene este libro es de absoluta autenticidad, no habiendo adoptado sino lo que resulta de documentos o lo que hemos presenciado, o nos ha sido referido por testigos de cuya veracidad no podemos dudar y siempre ajustando a la índole íntima del personaje, desechando cuanta conseja anda en las hablillas y tradiciones y que tanto contribuyen a desfigurar un personaje legendario, como ha sucedido con Quevedo, uno de los más altos espíritus de su época, quien por tener talento desbordante, ha sido la víctima de todo un cualquiera que, en busca de paternidad, le ha atribuído cuanto de ridículo, tonto, bajo y sucio le ha venido a su propio magín.

Nótese que la larga frecuentación de un espíritu original hace adquirir una fibra sensibilizada que no vibra con notas discordantes, como suelen los pintores y escultores notar los gestos falsos que revelan afectación en un orador. Así nos ha sucedido con frecuencia rechazar a primera vista ingeniosidades atribuídas a Sarmiento, simplemente porque no condicen, y averiguar después que el caso fuese posterior o hubiese corrido en la tradición agena.

Puede tachársenos es verdad, de abuso de la anécdota, habiendo llenado con ellas un volúmen, y solo observaríamos que en más de un caso el abuso estaría de parte del lector si las leyese de una sentada, buscando tan solo la palabra picante que brilla y chisporrotea, sin preocuparse de la substancia que encierra, de la *substantificque mouelle*, y recordar con Rabelais que *estaient jadis petites boites, pinctes au dessus de figures joyeuses et frivoles*,

comme de harpies, satyres, oysons bridés, lièvres cornus, et aultres telles pinctures, contrefaictes à plaisir pour exciter le monde à rire; mais au dedans l'on réservoirait les fines drogues, pierreries et aultres choses précieuses...

Graves autores han tenido en ínfimo concepto esta forma gráfica de conservarles a las cosas su fisonomía verdadera, y que a veces aventaja a la misma musa de la historia, friona y encaramada sobre sus coturnos. Un ejemplo. Cuando arrancaron a Vitellius del rincón infecto donde se había escondido, haciendo barricada con un colchón, lo arrastraron a las gemonías, arrojándole lodo y estiercol sobre su cara de borracho. Pues bien, Tácito desdeña tales detalles y hace esta frase : « El populacho lo ultrajó muerto, con tanta bajeza como lo había adorado vivo ». Convengamos en que tal concepto no resulta hermoso sino conociéndose la verdad repugnante de que arranca.

Sospechamos que el sermón de la montaña pertenece al género anecdótico en la forma en que nos ha sido transmitido, suponiendo que el narrador ha concentrado en aforismos la esencia de la doctrina que hubiera explayado el divino orador.

Esperamos que otro artífice sepa engarzar mejor las piedrerías que le hemos conservado y este ensayo sirva a los futuros biógrafos de Sarmiento y a los historiadores de la época en que nacieron los gérmenes de la grandeza futura de la patria argentina.

A. B. S.

AÑOS DE APRENDIZAJE

Llegábamos a San Juan, y en la estación del ferrocarril ordenábamos al cochero nos condujera a la casa de Sarmiento, y éste preguntó : — ¿de cuáles Sarmientos, señor? — Del que fué Presidente, del General... vamos del que tiene una Escuela de su nombre... — ¡Ah! bien, de los « Sarmientos patrias, entonces... »

Tal era la designación popular, y conviene recordar su origen, para explicar caracteres del hombre que va a ser el sugeto de la oración en estas páginas, y que, en efecto, siendo de los « patrias », parecía ungido para no tener en su larga existencia un pensamiento ni una ocupación que no fuesen consagrados al bien de todos.

Don José Clemente Sarmiento, durante la gestación de la Independencia, fué atacado de demencia patriótica, que no hallamos otro término para definir su caso. Salía a la calle viviendo a la MADRE PATRIA, lo que le valió ser arrestado, creyendo el vulgo que se refería a la España, explicando él que la patria era la madre de que había nacido, y no la otra, convertida en madrastra. Recolectaba de casa en casa donativos, y cuando había reunido la carga de sus mulas, se largaba al través de aquellos desiertos a llevar a los ejércitos de Belgrano esas humildes ofren-

das. Se dedicó por entero a la causa de los patriotas, siendo encargado por San Martín de llevar a San Juan las banderas y los prisioneros de Chacabuco.



Como le fuera adversa la suerte para ser enviado su hijo Domingo al Colegio de Ciencias Morales, Don José Clemente petitionó a Rivadavia, « para que el tal mi hijo pueda ser útil a la América ». Fué con ese mismo orgullo que Don Domingo fué educado como hijo de Lord que hubiese de ser un altruista. Así mismo quedó libertada esa inteligencia de las ataduras escolásticas y de la insolente certidumbre del error implantado.



Hay episodios de la vida del padre que se reflejan en las energías del hijo. Tras de la derrota del Pilar, en Mendoza, el ayudante Domingo F. Sarmiento había caído prisionero y salvado noblemente del degüello de los demás por el Coronel José Santos Ramirez; pero el padre creía que lo llevaban prisionero a San Juan y como una tigra a quien arrebatan su cachorro, seguía las tropas de Facundo Quiroga, guerrillándolas él solo hasta caer prisionero. El General le concedió dos horas para prepararse a morir y transcurrido el plazo, informan a Facundo que el reo había comprado vino y empanadas, había satisfecho su hambre y a la sazón dormía a puño cerrado. Traído a presencia del terrible caudillo, mostró tan tranquilo desprecio a la muerte, que conmovió la única cuerda sensible de aquella rudimentaria naturaleza y fué admitido a rescate, por dos mil pesos, una fortuna, que fué reunida a duras penas.

Tras de una operación, D. José Clemente había perdido el uso de la lengua, y comunicaba por medio de una pizarra. Un día escribió : « Llamen a mi hermano Eufrasio (el obispo), QUEME MU... y murió sin terminar la palabra.



¿ Qué podríamos decir de la madre de Sarmiento, que no se tradujera en impía tentativa de retocar el altivo retrato de los « Recuerdos de Provincia » ?

Toda medalla humana lleva los contornos del cuño que la hirió y siendo la madre la transmisora de inmemoriales resabios de la raza, inculca los rasgos morales que forman la característica de un individuo y los convierte en verdades inmutables, mediante la autoridad augusta de su ejemplo, por « su corazón que parece insondable abismo de bondad, de amor y de entusiasmo ».

« Mi madre, Dios lo sabe, dice él, es digna de los honores de la apoteosis »....

Hilando al pié de la higuera en el patio de la humilde casa, construida adove sobre adove, con su incesante trabajo estóico, y ostentando en su rostro de bondad sus austeras virtudes, debería estar representada en el mármol, para manifestar la gratitud nacional hacia tal madre de tal hijo.

Esa casa ha sido declarada monumento nacional y en su patio de la higuera estaría bien la estatua de Doña Paula Albarracin de Sarmiento.



La fecha de su nacimiento era, en su propia creencia, el 15 de Febrero 1811, siendo en realidad la de su bautismo, llevado a la iglesia el niño « de días » y bautizado con los nombres de Faustino Valentin, cayendo en olvido el segundo y habiéndole impuesto la familia, por alguna tradición, el de Domingo.



La tradición de familia, al recordar el caso que sigue, asigna al protagonista la edad de seis años y cinco a su hermanita Rosario, muerta a la edad de noventa años.

Rosarito tenía cierta dificultad de pronunciación, complicada del temor de pronunciar peor. Así habría exclamado alguna vez : — « Yo no pedo decir : mi tio Fray Pascual; sino mi tio Fray Cuascual » — y pronunciaba correctamente para anunciar su imposibilidad orgánica de hacerlo.

Su taimado hermanito mayor aprovechaba la distribución de un plato suculento para soplarle en voz baja :

— « Yo no pedo decir : mi tío Fray Pascual; sino mi tío Fray Cuascual... » y la niña de taimarse y rehusarse a tocar su plato.

La madre exclamaba entonces : — Rosario, ¿ por qué no comes? — sin obtener respuesta de la chica, cada vez más empacada, porque volvía a zumbarle en los oídos el estribillo : yo no pedo decir....

La autoridad materna se desplomaba sobre la aparente culpable con la siguiente invariable sentencia :

— Domingo, come tú el plato de Rosario.

Mientras el otro saboreaba el fruto de su pillería, la víctima le murmuraba rabiosamente : « Ah! perro indino! Ojalá te cayeras muerto y te fueras al infierno. »

. . . . La escena, setenta años después, se renovaba a nuestra vista. Era doña Rosario la que distribuía ahora las porciones y cuando venía a la mesa la golosina favorita de ambos, la ensalada de pepinos, a la que nadie más tocaba en la familia, tenía don Domingo que vigilar estrechamente la distribución para que la repartidora no se quedara con la mejor parte.

Cuando hubo de prohibirle el médico el insípido manjar, su hermana que se privaba heroicamente pretendía que no era época de pepinos, cada vez que don Domingo reclamaba su ensalada, hasta que un día repitiendo su pregunta :

— Rosario, ¿ me vas a dar pepinos, si o no?

— Pero Domingo, esta no es época de pepinos. ¿ De dónde sacaría pepinos ahora?

— Esta no es época de pepinos, no? Y estos, ¿ qué son?

Al mismo tiempo exhibía dos hermosos ejemplares de la cucurbitácea que había comprado en el mercado y fué forzoso contravenir esa vez a la ordenanza médica.



La letra con sangre entra, era por entonces la primera de las nociones pedagógicas. Sólo conociendo lo aborrecible de la letra empleada, habríamos de persuadirnos que, en efecto, no habría de entrar sino con sangre.

Se han conservado como por milagro unos cuadernos manuscritos que, a falta de textos, sirvieron a Sarmiento

a la edad de siete años para aprender geografía y matemáticas. Amen de lo embrollado de las abreviaturas y del lenguaje, hé aquí la primera página, sobre la posición de la tierra :

« ARTICULO 1º. — LA TIERRA ESTA INMÓVIL EN MEDIO DEL FIRMAMENTO

« Que la tierra se halla situada en medio del firmamento, lo prueban : primero la visibilidad exacta de la mitad del firmamento sobre el horizonte en cualquier parte que estemos, de suerte que cuando una estrella se enentra, si ésta tiene a alguna perfectamente opuesta aparece en el mismo momento, se encontrarían. Lo prueban además los eclipses de luna cuando acaecen en el mismo horizonte, porque en el tiempo que el sol está en el naciente la luna directamente en oposición a él, luego al punto se entra. Finalmente lo prueban muchas otras observaciones astronómicas que de ningún modo se engañan cuando suponen la tierra en medio del firmamento (*et sic de coeteris*). »

Con tal muestra de sabiduría, se explica el rencor con que Sarmiento hablaba de los « librotos abominables » que leía en su niñez y que dijera de los estudios de entonces que solo servían « a ignorar científicamente la verdad. »

Refugiado en 1826 en San Francisco del Monte, de la provincia de San Luis, con su tío el capellan del Ejército de los Andes, el Presbítero José de Oro, abrió la primera escuela con siete alumnos, todos mayores que él, que solo alcanbaza los quince años. Esa escuelita estaba al aire libre, por unos peñascos entre los cuales se desliza el arroyo inmediato.

La pena que le causaba la ignorancia de aquellas gentes fué lo que le hizo prácticos los detalles de la enseñanza y produjo la semilla del movimiento educacional a que dedicó tantos desvelos, sin que alcanzara sino más tarde la idea de la educación popular como institución política.

Siendo Presidente de la República, le escribió el Gobernador de San Luis haber encontrado el madero de algarrobo donde se hallaba cincelada la siguiente inscripcion

de su mano : — UNUS DEUS, UNA ECCLESIA, UNUM BAPTISMO. D. F. S.

« — ¡Triste cosa! respondía. Esas tres unidades quieren decir, intolerancia religiosa. Bastante he peleado contra el sentido de esas palabras para que se me perdone. Conserven esa inscripción en el lugarejo donde dí las primeras lecciones del A C B. A bien que en tan larga vida, lo único que he sacado en limpio, es que el principio de todo gobierno libre es el A B C, y que para cosechar hay que sembrar. »



Una parienta le había confiado una tienda en San Juan, y como la clientela era asaz escasa, el tendero se lo llevaba leyendo todo el santo día y salía a la calle con su libro cuando la luz disminuía adentro.

Una perra tía suya que lo malquería, pasaba a diario por el lugar para asistir a los oficios religiosos de todas horas, y como lo viese siempre leyendo, solía exclamar : « ¡Qué libros de perdición tendrá éste; para tanto leer! ¡Nada bueno ha de ser lo que tanto le interesa! »



« — Era yo tendero de profesión, y no sé si Cicerón, Franklin ó Temístocles, según el libro que leía en el momento de la catástrofe, cuando me intimaron por la tercera vez cerrar mi tienda e ir a montar guardia en el carácter de alférez de milicias, a cuyo rango había sido elevado no hacía mucho tiempo. Contrariábame aquella guardia, y al dar parte de haberme recibido del principal sin novedad, añadí un reclamo en el que me quejaba de aquel servicio, diciendo : *con que se nos oprime sin necesidad.* »

« Fuí relevado de la guardia y llamado a la presencia del coronel del ejército de Chile, don Manuel Quiroga, Gobernador de San Juan, que a la sazón tomaba el solcito, sentado en el patio de la casa de gobierno. Esta circunstancia y mi estremada juventud, autorizaban, naturalmente, el que, al hablarme, conservase el Gobernador su asiento y su sombrero. Pero era la primera vez que yo iba a presentarme ante una autoridad, joven, ignorante de la vida y altivo por educación y acaso por mi contacto

diario con César, Cicerón y mis personajes favoritos; y como no respondiese el Gobernador a mi respetuoso saludo, antes de contestar yo a su pregunta, ¿es ésta señor, su firma? levanté precipitadamente mi sombrero, calémelo con intención y contesté resueltamente: Sí, señor.

« La escena muda que pasó en seguida, habría dejado perplejo al espectador, dudando quién era el jefe o el subalterno, quién a quién desafiaba con sus miradas, los ojos clavados el uno en el otro, el Gobernador empeñado en hacérmelos bajar a mí por los rayos de cólera que partían de los suyos, yo con los míos fijos, sin pestañear, para hacerle comprender que su rabia venía a estrellarse contra una alma parapetada contra toda intimidación. Lo vencí y enajenado de cólera, llamó un edecán y me envió a la cárcel.

« Mi padre vino en seguida y contándole la historia, me dijo: « Ha hecho Vd. una tontera; pero ya está hecha; sufra ahora las consecuencias sin debilidad. » — Siguióseme causa, preguntóseme si había oído quejarse del gobierno, respondí que sí y a muchos. Preguntado quienes son, respondí que los que han hablado en mi presencia no me han autorizado para comunicar a la autoridad sus dichos. Insisten, me obstino; me amenazan, sácoles la lengua; y la causa fué abandonada, yo puesto en libertad, e iniciado por la autoridad misma en que había partidos en la ciudad, cuestiones que dividían la República, y que no era en Roma ni en Grecia, donde había de buscar yo la libertad y la patria, sino allí, en San Juan, en el grande horizonte que abrían los acontecimientos que se estaban preparando. »

(Ese mismo Gobernador firma el primer despacho de subteniente de milicias en 1828.)



« — Hasta la casualidad me empujaba a las luchas de los partidos que aun no conocía. En una fiesta del Pueblo Viejo, disparé un cohete a las patas de un grupo de caballos, y salió de entre los ginetes a maltratarme mi coronel Quiroga, ex-gobernador entonces, atribuyendo a ultraje intencional lo que no era más que atolondramiento. Hubimos de trabarnos de palabra y estrecharnos, él a

caballo y yo a pié. Hacíanle a él voluminosa cauda cincuenta ginetes, y yo, que tenía en él y en su ágil caballo fijos los ojos para evitar un tropellón, empecé a sentir un objeto que me tocaba por detrás de una manera apremiosa e indicativa. Estiro una mano a reconocerlo, y toco... el cañón de una pistola que me abandonaban. Yo también era en aquel instante la cabeza de una falanje que se había apiñado en mi defensa. El ex-gobernador se retiró confundido por la rechifla y acaso asombrado de tener segunda vez que estrellarse en presencia de un niño, que ni le provocaba con arrogancia, ni cedia con timidez una vez metido en un mal paso. Al día siguiente era yo unitario ».



« — Para los pueblos del habla castellana, aprender un idioma vivo es sólo aprender a leer. El clérigo Oro, al enseñarme el latín, que no sé, me había dotado de una máquina sencilla de aprender idiomas, que he aplicado con suceso a los pocos que conozco. En 1829, escapado de ser fusilado en Mendoza por el traile Aldao, por la benéfica y espontánea intercesión del Coronel Don José Santos Ramirez, a cuyo buen corazón no deben perjudicar las flaquezas de su juicio, tuve en San Juan mi casa por cárcel y el estudio del francés por recreo. Vínome la idea de aprenderlo con un francés, soldado de Napoleón que no sabía castellano y no conocía la gramática de su idioma. Pero la codicia se me había despertado a la vista de una biblioteca en francés, perteneciente a Don José Ignacio de la Rosa, y con una gramática y un diccionario prestados, al mes once días de principiado el solitario aprendizaje, había traducido doce volúmenes, entre ellos las *Memorias* de Josefina. De mi consagración a aquella tarea, puedo dar idea por señales materiales. Tenía mis libros sobre la mesa del comedor; apartábalos para que sirvieran el almuerzo, después para la comida, a la noche para la cena; la vela se extinguía a las dos de la mañana, y cuando la lectura me apasionaba, me pasaba tres días sentado registrando el diccionario. Catorce años he puesto después en aprender a pronunciar el francés... »



« — Escapábame todos los días a las guerrillas, como otros a los alrededores de París o al baile Mabilie, y debo decir en honor de la verdad histórica, que yo introduje allí en la táctica de guerrillas un elemento poco o mal usado, aunque sea de buena ley y de antigua invención. Creo que remonta a los salvajes y por analogía, se llama *chivatear*, por lo que imita, golpeándose la boca, a las cabras y chivitos. Fué mi cuerda desde niño el entusiasmo exhuberante y todavía se derrama de mi alma, no obstante los años (1887), esta generosa espuma de la vieja cerveza. Yo animaba las guerrillas con mis gritos, con los sobrenombres dados a los enemigos que usaban por divisa trapos blancos como vírgenes inmaculadas y plumas de avestruz en los sombreros, porque fué el instinto federal siempre parecerse a los salvajes.

« Oh! días felices de la juventud! Yo grité en la vanguardia y pequeños encuentros, hasta la víspera de la derrota, en que me las había de otro de mi calaña del enemigo y nos hubiésemos ido a las manos, avanzando poco a poco, cambiando tiros y balandronadas, si mi padre no viene y toma de un brazo al edecán guerrillero y lo lleva a las líneas.

. De día en día había venido haciéndome de mayor número de amigos en la división, y en la mañana del 29 de Setiembre un joven Gutierrez me prestó su partida de veinte hombres para ir a escaramucear con el enemigo por otro lado. Era yo esta vez dueño de una fuerza imponente, y la calle, de paredes largas como una flauta, ahorraba al general éste la necesidad de trazarse un plan estratégico muy complicado. Avanzar para adelante y huir para atrás; hé aquí las dos operaciones jefes pivotaes de la jornada. Los soldados de ambos lados, milicianos por lo general, lo que menos deseaban era irse a las manos, y esta era la curiosidad que yo tenía y me proponía satisfacer. Ordeno un tiroteo que sirva de introducción al capítulo; avánzome en seguida a provocar de palabras, diciéndole montonero, avestruz y otras lindezas al oficial adverso, quien sin avanzarse

mucho me hace fusilar con tres o cuatro de los suyos, que se estaban un minuto apuntándome los tiros. Me ingenio del modo más decente que puedo para no seguir sirviendo de blanco, después de haberme aguantado quince tiros a veinte y cinco pasos. Mando cargar, nos entreveramos un segundo, y los míos y los agenos retroceden a un tiempo, cada partida por su lado, dejando en el fugaz campo de batalla al pobre general, mohino de que no siguiere un rato más la broma. Reúnome a los míos, y siento en todas las evoluciones del caballo, que me acompaña un soldado, siguiéndome hacia adelante y hacia atrás en todos mis movimientos. Como yo no conocía a mis propios soldados, puesto que era un allegado, nada de particular encontraba, hasta que uno gritó : ¡Ese es enemigo! Era, según se vió, un infeliz que en el pequeño entrevero tenido, se había quedado, no atreviéndose a disparar de miedo de ser muerto y seguía al oficial, tal vez en busca de protección.

« Quise responder a esta confianza; pero como los guerrilleros en calles angostas no tienen formación, desnudaron sables algunos y trataron de herirle. Interpuse mis respetos (escasísimos?); buscó la salvación en la fuga; y entonces entrando en funciones como el más avanzado, acaso el mejor montado, alcancé a pasarlo y cerrarle la calle, con lo que el pobre hizo trepar su caballo al borde de la acequia, y con un buen chirlo de mi sable, porque se puso muy a tiro de mi amistad, se tiró de cabeza al agua en la acequia de tres varas de ancho, de corriente rapidísima, y siguió de espaldas aguas abajo, hasta tomar distancias, sin poder seguirlo, pues que la guerrilla enemiga que presenciaba la escena, avanzaba a protegerlo.

. (Después de la batalla del Pilar)
 « Yo todavía no sé como escapé de aquella matanza y de la vía de horrores que atravesé en seguida. Quise contener la caballería que iba a desbandar por un portillo por donde necesitaba desfilar. El tercer soldado gritó al segundo y primero : — « ¡Lancéenlo! » y era inútil insistir. Yo he visto varias veces el coraje que inspira el miedo : nadie resistiría, si lo empleásemos contra el enemigo.

« Salí del campo del Pilar después de haber visto morir a mi lado al ayudante Estrella y haber ultimado uno de los nuestros a un soldado enemigo que nos cerraba el paso, mientras bregábamos con la lanza y el sable con que yo había logrado herirlo. Salí por entre los enemigos, por una serie de peripecias y de escenas singulares, entrando en espacios de calles donde nosotros éramos los vencedores, para pasar a otras en que íbamos prisioneros. Más allá dos hermanos Rosas, de partidos contrarios, se disputaban un caballo. Vi matar, pugnando por salvarlo, al padre de don Arístides Villanuava, llevado en ancas de un señor Corvalan y atacado de atrás por un furibundo, tocándole la espalda con la moharra, y dos, yo uno de ellos, prendidos del asta para que no lo atravesase.



« — Entre otros accidentes de la derrota del Pilar, me encontré de manos a boca con un escuadrón sanjuanino de *azules*. El trompa, al reconocermé (iba prisionero) : — « ¡Ah, pícaro! — exclamó, blandiendo el sable sobre mi cabeza; — ¿te *acordais* de los palos que me distes en Jachal...? » Vaya que esta vez la muerte se presentaba sin embozo. No creo que fuese artificio, sino respiro de aristócrata mi contestación : « — Si vuelvo a ser tu jefe y cometes faltas, te he de dar otra paliza... » El trompa era mulato y sido sirviente de doña Martina Carril. Oyó al amo y no al jefe, y tuvo miedo de levantar sobre él la mano. — « Agradezca... » — y metió espuelas a alcanzar su división.

Lo tuve, en efecto, a mis órdenes después, y reímos hermanablemente del caso. »



« Otra cosa, aunque de la misma familia, fué el encuentro sobre la cuesta de las Coimas, en Chile, con tres salteadores *pelacaros*. Nunca lo recuerdo sin crispaciones de nervios involuntarias, aun después de cuarenta años.

« Habíame, por petulancia e indiscrecion, contando con más sol, encaramádome en aquellas agrestes sole-

dades cuando me ví en manos de los salteadores y sin escape posible.

« Al reconocer el riesgo había visitado mis pistolas, muy aparentes, por fortuna, en la montura y encontrado con que una no tenía cebo y el de la otra tenía *verdín* de un año.

« El más osado me acometió, cruzando ambos nuestros caballos; los otros dos me atajaban el paso a corta distancia. El guapo me blandía el machete a brazo tendido y por lo bajo, midiéndome una tajada. Yo le tenía puestos los cañones de las dos pistolas al pecho, mirándolo de hito en hito, ¡con unos ojos! que debían parecer como balas cónicas para el chino. ¡Así estuvimos cerca de un minuto! El salteador veía que era perdido si levantaba el machete; y lo fué bajando... hasta retirar su caballo y darme paso.

« Es preciso haber sido chileno para comprender la arrogancia con que le corrí las enormes rodajas de las espuelas de campaña que entonces se usaban, al caballo, que dió el salto requerido por este llamamiento. Esto probaba a los tres rotos que no les tenía ni pizca de miedo.

« Bajé con precaución la cuesta, siguiéronme a distancia respetuosa, vuelto yo hacia atrás con la pistola más decente (la del *verdín* en la ceba), apuntando al delantero, y llegué a poblado, donde le mandé un reto, pues hasta entonces no había chistado palabra.

« Como Quiroga salvado de las garras de un tigre, pude decir también, « entonces supe lo que era tener miedo ». Desgraciadamente había tanto de comedia en el sistema de salvación que los nervios me retozaban y una carcajada de risa hubiera sido la provocadora proclamación del triunfo, si la magestad de la muerte sentida, no contuviese estos arranques juveniles. Después, por años, no quedó del lance sino el lado serio y las crispaciones de nervios.

« Al día siguiente se encontró en los mismos lugares el cadaver mutilado (sin cara), de un infeliz que cometió la misma imprudencia que había cometido yo, y no tuvo un par de pistolas tan bien cargadas como las mías para ponerle a boca de jarro al bandido.

« Esa vez, como se vé, he saboreado todo el amargo de

la muerte, que hubo tiempo de presentármese desde que oscureció en lugar desamparado y sentir sus angustias desde que examiné las cebras de las pistolas y me convencí de que no había escapatoria a una muerte oscura, traída por la indiscreción de un tronera.



En las miserias que el detierro le deparaba, hubo de trabajar en las minas, llegando a la dignidad de capataz. Le hemos oído referir que siendo la ración diaria lo que cada uno podía alzar con ambas manos de porotos secos, le venían bien sus grandes manazas de atleta para obtener una cantidad que saciara su robusto apetito.

Desempeñando aquel humilde oficio, se propuso adquirir la lengua inglesa; y con tenacidad heroica, en las profundidades de la mina durante el trabajo que vigilaba y en las horas robadas al descanso, bajo la luz humeante de primitivo candil, tradujo las obras de Walter Scott, venciendo las enormes dificultades de construcción de la frase, modismos y hasta de dialectos. Como el Dr. Velez, nunca supo pronunciar el inglés, conociéndolo muy a fondo.

Medio siglo más tarde, asistíamos a una representación de « Lucía de Lammermoor », interpretada por la Patti y aunque el oído del anciano era algo rebelde, su emoción se manifestaba en dos gruesas lágrimas silenciosas. Era el recuerdo de la novelesca aventura sacada de Walter Scott lo que traía a su memoria al mísero desterrado trabajando en el seno de la tierra para desarrollar el talento de que habría de aprovechar su patria entonces sumida en la barbarie.

« Era Juez de minas en 1835 el mayor Mardones que había militado en la República Argentina en los tiempos de la guerra de la Independencia; su señora tenía tratos, costumbres, aseo, y algunos muebles que nos reconciliaban con la vida civilizada, y solíamos por la noche bajar a su habitación, en la Placilla, y pasar allí agradablemente el rato. Una noche encontramos hospedado a un señor Codecido, pulcro y sibarita, ciudadano que se quejaba de las

incomodidades y privaciones de la jornada. Saludáronle todos con atención; toquéme yo el gorro de minero con encogimiento y fuí a colocarme en un rincón, por sustraerme a las miradas en aquel traje que me era habitual, dejándole ver, sin embargo, al pasar, mi tirador alechugado, que es la pieza principal del equipo.

« Codecido no se fijó en mí, como era natural con un minero a quien sus patronos consentían que los acompañase, y a haber estado yo más a mano, me habría suplicado que le trajese fuego u otra cosa necesaria. La conversación rodó sobre varios puntos, discreparon en una cosa de hecho que se refería a historia moderna europea y a nombres geográficos e instintivamente, Carril, Chenaut y los demás se volvieron hacia mí para saber lo que había de verdad. Provocado así a tomar parte en la conversación de los caballeros, dije lo que había en el caso, pero en términos tan dogmáticos, con tan minuciosos detalles, que Codecido abría a cada frase un palmo de boca, viendo salir las páginas de un libro de los labios del que había tomado por apir. »



LA PLUMA DORADA (I). — « ¿Es un mal vivir largo tiempo sobre la tierra prometida? Lo que es yo, no lo siento todavía, aunque avanzo con paso lento por los senderos de la vida.

« Hánseme ido quedando rendidos de fatiga, diciéndome, hasta aquí no más, mis compañeros de infancia. Hánme salido al encuentro generaciones nuevas y oído nombrarme los chicuelos que van a formar la generación futura, bendecídomes éstos, maldecídomes al paso aquéllas, porque no vestí o no pensé como ellas.

« La Providencia ha sido misericordiosa con el alma que atraviesa por entre pueblos, generaciones, vicisitudes y acontecimientos. Abrumaríanla las penas, pues que los placeres son escasos en la vida, si no hubiese una

(1) Escrito a la edad de 75 años en el album de una contemporánea Esta pintura de costumbres nos parece un necesario complemento.

esponja que amortigua o borra los recuerdos, de tanto y tanto batallar por la existencia.

« Sólo los de la infancia y la adolescencia reaparecen en la vejez del cuerpo (porque ni el alma ni el corazón envejecen), rodeados de una aureola luminosa y hasta embalsamados como el suelo de la patria, que hace retozar a los animales que vuelven de viaje y que reconocería yo después de un siglo de ausencia, si me llevaran a ella con los ojos vendados.

« Cuando estas imágenes risueñas se suscitan de suyo, porque parece que tienen vida propia, o andan flotando en el cerebro, cierro los ojos y veo una serie de montañas escalonadas unas en pos de otras, cercanas las primeras hasta discernir los peñascos y las yerbas, doradas las de más allá por la luz del sol, tostadas, amarillentas, refulgentes sobre lejanas nieves que coronan la última línea. En torno, cuchillas, colinas, siempre montañas; y en el fondo de estrecho valle, chozas y ranchos que me sirven de accidental morada. Los balidos del ganado que se recoje a los corrales, denuncian la llegada de la tarde, como en la mañana el berrear de los terneros avisa que las mozas ordeñan las vacas lecheras.

« Familias de alta prosapia y jóvenes cuyo nombre va acaso a figurar en la historia, han subido a los cordones de los Andes a rusticar y restablecer la salud de algún convaleciente; y si los arroyuelos no triscan entre los guíjarros, ni saltan como CABRITILLOS de roca en roca, para animar el paisaje con el bullicioso ruido de pequeñas cascadas, de cuando en cuando la brisa trae a mis oídos como rumor de fuentes de felicidad cristalina, las risas inextinguibles de lindas y apuestas muchachas. Ríen, porque la vida rebalsa de sus ojos y de sus mejillas a borbollones, buscando abrirse un canal por donde haya de fluír amena y dulce como sus ensueños. La guitarra era entonces la flauta que acompañaba el canto del bardo, el eco de los sentimientos nacientes y como la forma armoniosa de los suspiros. Ya he dicho que el corazón no envejece. Todos los días a la hora que el sol se hace sentir afuera, las familias se reúnen bajo dilatado galpón y a

guisa de alfombras de Persia, se extienden cueros de vaca, cuya peluda superficie ocupan presurosas las damas, las damiselas y tan interesante es la fiesta, que también acuden maritornes y fregonas.

« Van a contar el cuento de la *Pluma Dorada*, y todas ansían por saber por cuantas aventuras pasó el príncipe aquél que pidió la mano de princesa encantada. Ya se sabía como atravesó el espeso *chañaral* que le suscitó al paso la bruja o hada maligna, para que no pudiese llegar a' país donde moraba el pájaro maravilloso que había dejado caer de su ala la codiciada *Pluma Dorada*, precio de la mano de la dama. ¡Que bello debía ser aquél, que dejaba desabridos los de la *Mil y una noche* árabes!

« Sucedió que los narradores del cuento se tomaban en coloquios, ponderándose las maravillas que contenía, los duros lances por que pasaba el protagonista, las escapadas de perecer en la demanda, y las horas trascurrían deslizándose desapercibidas, entre risas y bromas, la hora de comer llegaba, y el cuento de la *Pluma Dorada* no seguía adelante, por la sencilla razón de que nunca principiaba, como aquellos cantores que se pasan en preludios templando la guitarra.

« El paseo a la sierra tocó a su término y nunca se supo a derechas lo que era el cuento de la *Pluma Dorada*, y sin embargo. Clara, nunca oyeron sus oídos cuento más bello y más apetitoso.

« Transcurrieron los años, sobrevinieron las extrañas y variadas viscisitudes de mi vida, encontráronse a guisa de encrucijadas los diversos senderos de nuestras existencias, siempre dispuesto yo a contarle mi cuento de la *Pluma Dorada*. Cuando me arremangué a hacerlo, Vd., para ponerme punto en boca, me anunció su próximo casamiento con un su primo, con lo que no pude contarle el cuento más patético, más tierno, más risueño, más lamentable y más verdadero...

¡Era muy lindo, Clara, mi cuento!

« No le diré para desesperarla, que me lo llevo conmigo a la tumba. Sería una gran pérdida literaria de que privaría a la inocente humanidad. Afortunadamente, lo he

contado más de una vez en tan larga vida, aunque no sé si con todos los detalles y disgresiones con que se lo habría contado a Vd... »



Fué una actividad devorante la que desplegó, entre sus primeras campañas y su destierro, en compañía de Quiroga Rosas, Cortinez, Aberastain, jóvenes de talento y luces a quienes servía de pila eléctrica, comunicándoles su entusiasmo, nacido acaso por desarrollo prematuro del patriotismo.

Nacían iniciativas diarias para contribuir a desenvolver gérmenes de civilización en apartado y adormecido lugarejo : sociedades, teatros, máscaras, bailes, colegio de varones, de señoritas con alcances asombrosos sobre el porvenir de la educación de la mujer, entretenimientos públicos para mejorar las costumbres y pulirlas, y un periódico *El Zonda*, que fustigaba las costumbres de aldea y cuyo programa puesto en tono humorístico, sería excesivo en todo su alcance para más de un gran diario de hoy.

Todo ese movimiento hace el efecto de verle empeñado en levantar uno a uno los andamios de su gloria, crearse el teatro y formar los espectadores para poder exhibirse en seguida.



Se reunieron las tropas federales para ejecutar a Sarmiento, estando preso en los altos del Cabildo. Se le mandó bajar y resistió. Se pidió la partida de ejecución y llegó al pie del edificio. La carcel estaba en la misma calle que la casa de Benavidez y de allí esperaba su salvación. Vió al fin salir un edecán a caballo y entonces bajó. Jugaba la vida por un error de cálculo de un minuto más o menos. Fué embestido lanza en ristre por el jefe borracho y le duró muchos días el moretón en el puño de un quite hecho a la lanzada de muerte que le tiró y desvió. Lo que sigue, es pura estrategia y estratagema de comandante sitiado que necesita ganar tiempo.

« — Comandante!... levantando la mano solemnemente

en el aire para excitarlo a escucharle. No tenía nada que decirle, sino ganar diez segundos, el edecán Aquino debía estar cerca ya. Detúvose él furioso y largó la moharra de la lanza. Entonces de dos brincos estuvo bajo cubierta de los arcos del Cabildo y al tercero al lado del Mayor Aquino que traía ordenes del General Benavides de protegerle.

Tal escena que reasumimos del relato de « *Recuerdos de Provincia,* » fué seguida de su inmediato destierro y pasando por el valle de Zonda, perdió algunas horas cincelandó en una roca la divisa que hizo buena contra la tiranía : *On ne tue pas les idées.*

Se cuenta que descubierta la inscripción, fué materia de consultas sin fin entre los gobernantes sobre su significado, hasta que se mandase borrar por si acaso.



Para una fiesta que daba a los setenta y cinco años de edad, entre ofrendas y floridas congratulaciones, recibió un símbolo obsceno que unos truhanes políticos le mandaron, contando con que guardaría silencio por no cubrirse de ridículo. Cálculo muy errado. Estalló en uno de los escritos más atrevidos de su pluma, vengando los respetos debidos a la ancianidad.

Con este motivo contó el siguiente episodio :

« — Siendo joven de veinte años, en una aldea de Chile, hacíamos entre muchos la Noche Buena y prolongándose demasiado la fiesta, nos subimos varios a la torre de la iglesia, buscando la aurora en el horizonte que cierran los Andes, o en fin hacer algo mientras amanecía. Descendíamos la escalera siguiendo como guía el pasamanos, cuando sentimos algo que no era madera ni ambar que nos tocaba. Cada uno llevó su parte, pero no era facil descubrir al autor del feo chasco.

« Propúseme averiguarlo y a cada uno que encontraba le decía : — ¡Pero hombre, quien habrá sido el autor de tan graciosa broma! pero ha visto qué chasco tan gracioso! A mi no me ha tocado porque venía el último; pero eso no quita que sea muy gracioso! — Uno mordió el

anzuelo e inclinándose me dijo al oído : — yo fuí, pero no digas nada. — ¡qué he de decir! le contesté, pasándole mi mano recargada, desde lo alto de las cejas hasta la barba y como apretando con efusión se encuentra el labio, allí quedó la preciosa carga, diciéndole : anda a lavarte cochino y cuenta con mi silencio; los pasamanos de las escalas son sagrados y no deben profanarse. — Yo era el maestro de escuela de la villa y debía dar lecciones de crianza a los palurdos. »



Descubrieron a un francés muy instruido, un M. Loménie, el que de decadencia en decadencia, entregado a la embriaguez, era recogido en casa de Don Pepe Martinez. Propuso Sarmiento sacarle provecho. Se cotizaron unos cuantos emigrados para hacerse de libros y encerraban al francés fuera del alcance de toda bebida desde la víspera y le hacían leer para todos.

Tomaba asiento en torno suyo el respetable público. *On mouchait la chandelle*, se componía el pecho M. Loménie y anunciaba el drama que iba a representarse. En ayunas leía admirablemente y comenzaba el recitado, imitando la voz de cada personaje, mujer, viejo, etc., y los hacía « moquear y lagrimar » en los pasajes arduos. Se leyeron así todo el teatro francés, sin más gasto que el de dos velas, de cebo, por noche.



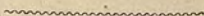
« — Todas las grandes ideas que cambian la faz de los pueblos, tienen su visión del camino de Damasco, que hace efectiva en los hechos la doctrina del gran maestro, que cuando no es de inspiración divina, es el progreso gradual de la humana inteligencia. No es casual que yo fuera maestro de escuela. Desempeñaba una alta misión más que personal, siguiendo los impulsos de una vocación.

« Era yo comerciante y estaba parado a la puerta de mi tienda, frente a frente de lo que hoy, como providencialmente, es la Escuela Sarmiento en San Juan, viendo llegar al vecino cuartel seiscientos.... con el alarde triunfal

que da el polvo y la embriaguez. ¡Qué espectáculo! habían montado en briosos corceles, tomados de los prados artificiales; y entonces usaban, para guarecerse en los llanos de los montes de *garabato*, enormes guardamontes, que son dos recios parapetos de cuero crudo, a fin de salvar sus piernas, y aun la cabeza del contacto de las espinas de dos cabezas, como dardo de flecha. El ruido de estos aparatos es imponente y el encuentro y choque de muchos, como el de escudos y armas en el combate.

« Los caballos briosos, y acaso más domesticados que sus caballeros, se espantaban de aquellos ruidos y encuentros extraños, y en calles sin empedrar, veíamos los espectadores avanzar una nube de denso polvo, preñada de rumores, de gritos, de blasfemias y carcajadas, apareciendo de vez en cuando caras más empolvadas aún, entre greñas y harapos, y casi sin cuerpo, pues que los guardamontes les servían de ancha base, como si hubieran también querubines de demonios medio centauros.

« Hé aquí mi visión del camino de Damasco, de la libertad y de la civilización. Todo el mal de mi país se reveló de improviso entonces : la barbarie!...



AÑOS DE DESTIERRO

VIDA CHILENA

Para el aniversario de la batalla de Chacabuco, mandó al *Mercurio* de Valparaíso un escrito con el seudónimo de *Un teniente de artillería* y esperó con las ansias de su carácter impresionable, no sólo la publicación, sino el resultado de una valiente vindicación y él ha contado las angustias porque pasó esperando el fallo de gentes competentes, don Domingo de Oro, Andrés Bello, etc.

El éxito fué cumplido. Al año siguiente el Congreso restablecía a San Martín en el escalafón. Sin contener aquel escrito las audacias de un estilo personalísimo, que tal vez se ignoraba aun a sí mismo, era como el grito de la conciencia aletargada por el espíritu de partido o los celos internacionales y pedía reparación de una injusticia histórica. Para los hombres de letras era un misterio ese verbo varonil, honrado, sin ataduras convencionales; al partido liberal dejaba adivinar un abogado digno de su causa; a los hombres de gobierno revelaba un espíritu colocado fuera de las pequeñeces de partido; para el autor fueron las frescas guirnaldas que encontró al abrirse paso y medios de existencia.

Poco después, el 5 de Abril, aparecía un estudio mucho más importante de la batalla de Maipú y para escribirlo había reunido un consejo de guerra de los actores mismos, Las Heras, Dehesa y el español Barañao, para discutir en juicio contradictorio las peripecias de la derrota de Cancha Rayada y la decisiva jornada de Maipú.

Desde entonces hasta fines de 1842 la redacción de el *Mercurio* era absorbida por el nuevo campeón que entraba en la liza.

Esta primera aparición del escritor en la escena presenta el carácter que forma la unidad de su pensamiento durante cincuenta años, en que habiendo escrito más que Voltaire, no ha producido una sola página de mera imaginación o pasatiempo, no se ha ensayado ni por asomos en el verso ni en la novela, y siempre ha tenido en vista la educación del espíritu público, penetrando con franqueza heroica en el corazón de todo debate.

Recordando las palabras del héroe de Gœthe, « que hallaba el escribir una ociosidad laboriosa y se indignaba al escribir lo hecho, de perder el tiempo en que algo podía hacer », creemos que no podrían aplicarse a Sarmiento cuyos escritos eran siempre acción.



En el año 1841 en que Sarmiento empezó a figurar en Chile y a remover las estagnantes ideas sobre educación, era condenado un reo por seis años a trabajos forzados « en *los carros* », (especie de penitenciaría ambulante), y por pertenecer a una familia influyente, le fué conmutada la pena en *tres años de maestro de escuela!*... así como suena.



Fuera de la propaganda en favor de la idea novísima de que la educación era un deber imprescindible para toda criatura humana, « su labor pedagógica fué vasta y trascendental, dice Manuel A. Ponce, a él se debe la institución del preceptorado nacional, la reforma de la enseñanza de la lectura y la fundación del periodismo pedagógico ». En sus ideas pedagógicas se hallan esbozadas casi todas las innovaciones modernas « adivinadas », dicen los espíritus poco reflexivos; pero en realidad deducidas de su profundo raciocinio y no perfeccionadas por falta de dedicación en su múltiple acción. »



Bajo el concepto de que de la simplificación de la orto-

grafia depende la más pronta y facil difusión de los conocimientos, propuso y logró hacer aceptar su famosa reforma ortográfica. El niño tiene una tendencia hacia la lógica estricta y el maestro tiene que luchar contra su lógica para enseñarle ciertas cosas al revés de lo que deben ser y ha de leer a la fuerza género, donde dice *jénero*, ya que le han enseñado que la *g* suena de otro modo en *galo*. — *El sic de cæteris*.

En una república, cuyas libertades no pueden subsistir sin la general educación del pueblo, han de quitarse todos los obstáculos del camino para que el agua vivificadora de la instrucción corra sin tropiezo.

La reforma ortográfica le suscitó las más acerbas polémicas y a un español D. Rafael Minviel se le ocurrió insinuar que el cuyano que tal osadía mostraba de tocar al idioma español, haría mejor en fijarse en el estado político de su país, le cayó una soberbia réplica en que demostraba que la tiranía argentina era genuinamente católica y española, hija legítima de la Inquisición.



Su profesión de fé literaria en nada se parece a los manifiestos de los jefes de escuela :

«... Es la perversidad de los estudios que se hacen, el influjo de los gramáticos, el respeto a los *admirables modelos*, el temor de infringir las reglas, lo que tiene agarrada la imaginación de los chilenos, lo que hace desperdiciar bellas disposiciones y alientos generosos. No hay espontaneidad; hay una cárcel cuya puerta está guardada por el inflexible culteranismo, que da sin piedad de culatazos al infeliz que no se le presenta en toda forma. Pero cambiad de estudios, y en lugar de ocuparos de las formas, de la pureza de las palabras, de lo redondeado de las frases, de lo que dijo Cervantes o Fray Luis de Leon: *adquirid ideas, do quiera que vengan, nutrid vuestro espíritu con las manifestaciones del pensamiento de los grandes luminares de la época, y cuando sintáis que vuestro pensamiento a su vez se despierta, echad miradas observadoras sobre vuestra patria, sobre el pueblo, las costumbres, las instituciones, las necesidades actuales, y en seguida escri-*

bid con amor, con carazón, lo que se os alcance, lo que se os antoje, que eso será bueno en el fondo, aunque la forma sea incorrecta; será apasionado, aunque a veces sea inexacto; agrada al lector, aunque rabie Garcilaso; no se parecerá a lo de nadie : pero, bueno o malo, será vuestro, nadie os lo disputará. »

Sin haber leído a Catón, renovaba la máxima de aquel original personaje : « — Concedid bien vuestro asunto, que las palabras seguirán : *rem tene, verba sequentur*. »



Dejémosle relatar sus polémicas :

« — Quiero contar cómo se sostenían aquellas polémicas puramente literarias, a veces, y cómo se apasionaban las poblaciones siguiendo las peripecias de duelos en que corría mucha tinta, y entre galicismos y barbarismos, se cruzaban excelentes y buenas ideas.

« Estaba establecida mi reputación de escritor en Chile, gracias a un magnífico artículo de entrada en escena, al favor de un Ministro de mucho poder y a la lisura y franqueza de decir todo lo que le viene a uno al magín y baja a la punta de la pluma, pues que si no es tonto, o demasiado ignorante o fatuo, y con tal que tenga su chispa de ingeniatura, ha de salir bien por fuerza el que tenga las dotes naturelas.

« Pero el favor público y oficial, la infatuación producida por situación tan nueva, inspiraban al escritor novel audacias que se hacían al fin intolerables, a los gazmoños una vez por alguna burla, a los clérigos por alguna alusión poco piadosa, al país, en fin, por las razones que cada zote tiene de hallar el suyo irreprochable y muy impertinente al extranjero que pretenda que es posible que se parezca a tantos otros.

« La juventud universitaria se sentía ajada con la idea de incapacidad nacional que argüía el ser argentinos todos los escritores; bien es verdad que muchos reputados literatos, tenían a menos escribir para diarios... ¡folicularios!...

« Ocurría esto por los tiempos aquellos en que llegaba a Chile la primera oleada del romanticismo, y que, con

pasaderos actores, el teatro repetía el *Hernani*, el *Podestá de Padúa* (Angelo) y las demas piezas de Hugo. Reinaba a la sazón en las aulas de la Universidad, Hermosilla, purista español y enemigo jurado del galicismo, como ferviente adorador de las tres unidades etc., y tales enormidades debimos enjaretar, Lopez que no creía en Cervantes y yo que hallaba a Larra mejor que Moratín, en favor del drama y de la escuela romántica y contra la gramática, que no pudieron llevarlo con paciencia los que de entendidos se preciaban; y doce literatos, ni uno menos de doce, se pasaron la palabra para vengar tanta afrenta, y produjeron a escote, entre los alaridos de la montaña... *El Semanario de Santiago*... con el resuelto propósito de acabar con la cuyana chocarrería y poner a buen recaudo a los tales románticos de allende y aquende, conservando en su no eclipsada fama a los Moratines y demás plagarios del empíreo clásico.

« Todavía me acuerdo del alborozo con que me aparecí en casa de Vicente Lopez que departía en el patio con Miguel Piñero, alzando en alto un papel, diciendo a gritos y a saltos : — ¡tenemos fiesta! Un periódico nuevo contra nosotros, que escriben Talavera, Tocornal, Sanfuentes, Lastarria, etc., hasta doce!

« — Un periódico contra nosotros... y los románticos! A Piñero que se reía a carcajadas de mis muecas : — chust!! no nos espante la caza! Les vamos a dar una sableada! Lopez, desde la *Gaceta de Valparaiso* vendrá detrás con la gruesa artillería, las carronadas, los razonamientos, las citas de autores y demás, mientras que yo desde *El Mercurio*... déjenmelos a mí guerrillearlos todos los días y ya verá Vd. el desparramo que vamos a hacer!

« Y manos a la obra. Nada más cortés ni más zalamero que el artículo del *Mercurio* (no había diarios en Santiago) aplaudiendo la aparición oportuna y necesaria, que ya se hacía esperar demasiado, de una publicación *hebdomadaria*, escrita en lenguaje castizo y correcto por la ilustrada juventud chilena... (ah! pícaros! decía yo, mientras escribía estos cumplidos, ¡ya me la pagarán!)

« En efecto, en el segundo número se les escapó decir :

escritores extranjeros, y aún me parece que famélicos, hablando sin el debido respeto de Víctor Hugo y comparsa romántica... Ira de Dios! Todavía siento sabrosa la mano que movió aquella vengadora pluma! Qué tunda! Y qué iniquidad a la vez!

« Figúrense Vds. que ellos daban el sábado un artículo que había pasado tres veces por la criba, y se publicaba *con licencia del ordinario*, como los antiguos libros, mientras *El Mercurio* se les dormía desde el lunes de una pieza hasta el sábado que salía el nuevo número del *Semanario*, ya todo acontecido y aboyado y con el brazo en guardia para los nuevos zurriagazos que se aguardaba.

« *El Mercurio* era una especie de revolver, tum... tum... tum... seis tiros a la semana.

« Esos artículos, no habiendo diario en Santiago, oh! tempora! llegaban de Valparaiso, y despertado el interés por el primero, al día siguiente llegaba un segundo más incisivo, seguido de otro más contundente.

« El efecto era desastroso. En una antigua casa de la plaza de armas del lado del este, que fué después imprenta del *Progreso*, y es hoy un palacio mansardé corrido, estaba la oficina de correos, y el de Valparaiso llegaba a las siete de la mañana trayendo *El Mercurio*.

« Toda persona que sentía rebullirse allá en sus adentros el patriotismo chileno, que es un patriotismo asaz reacio, acudía a esa hora al correo; y desde mi balcón (recoba del sur) como en territorio extranjero y con antejo de largo alcance, podía divisar la mancha negra con puntos blancos de gente devorando, no que leyendo el recién llegado *Mercurio*. ¡Qué crispaciones de nervios! que sacudidas a guisa de protestas y amenazas de hacer pedazos al sarcástico diario! Uno de los Viales vino a decirme de parte de D. Manuel Montt : dígame que si está en su juicio! que las piedras bailan en las calles! Y en efecto, bailaban los guijarros del empedrado de puro patriotas! Pero era el caso que cuando llegaba a Santiago el artículo improbadado, ya iba en camino otro y que se estaba a la sazón imprimiendo otro en Valparaiso, del mismo jaez y cata-dura de la tropilla, y no se había inventado aún el telégrafo

para decirles : bárbaros ¡no publiquen el tercero que me van a matar!

« Agregábase a la fatalidad de las distancias para mal de mis pecados, la presencia en Valparaiso de un literato granadino (1) que gustaba apasionadamente de aquellos escritos y se levantaba a las siete para ir a leer de primera mano en la imprenta los manuscritos recién llegados y reír a más y mejor de las diabluras que contenían. Llegó mi carta a Rivadeneira pidiendo por gracia que suprimieran tal o cual frase que dejaba presentir desde Santiago el efecto de una carda sobre el cutis de mis clásicos contendientes en particular y del público santiaguino en general, que nada entendía de la materia de la disputa; pero el granadino decía : yo cargo con la responsabilidad de conservarla tal como está. No hay que tocar el manuscrito. Toda la sal del cuento está en esa palabra o frase que quiere suprimir y yo en Santiago esperaba a mi vez la llegada del *Mercurio*! y entre trances y agonías, abriéndolo cautelosamente, desdoblándolo y llegando con mirada furtiva a la columna del diario más o menos donde debía estar la malaventurada frase, y... ¡oh horror! y ahí estaba, íntegra, tangible, brillante por su brutal oportunidad!

« Ah! no sé como no me morí esos días a fuerza de sustos! Y sin embargo, lo que son las cosas de este mundo! Al tercer día estaba furioso todo Santiago; al cuarto empezaba a aburrirse de estar enojado; al quinto una ligera sonrisa desarrugó algunos mustios y sañudos semblantes; y tantas desvergüenzas les dijo a los literatos chilenos el *Mercurio* y tan bien fundadas eran sus razones, que el público sensato acabó por reírse, y cuando los *rieurs* están de vuestro lado, el pleito está ganado.

« Santiago acabó por celebrar la invención, el chiste, las burlas a clásicos, Moratines, castizos, puristas y Hermsillas. La victoria quedó por los cuyanos, disipándose el sanhedrin de los doce apóstoles, a quienes no fué dado por entonces el don de lenguas, quedándose con la suya pegada y anunciando que se iban a tomar los baños al

(1) Juan García del Río.

campo, cada uno por su lado, con lo que se acabó el *Semanario*, después de haber vivido lo que viven las rosas, doce números. Nunca se habló más de él. »



Llegaba a Chile un libro ingenioso, *Les animaux peints par eux-mêmes*, en que habían colaborado Balzac, George Sand, Musset, etc., y Sarmiento fingió dar cuenta de un capítulo *los gallos literatos*, el cual era de su cosecha, para ridiculizar a sus adversarios, enseñoreados en su gallinero literario, donde todo intruso andaba como pollo en corral ajeno. Fué aquella una sátira finísima sin amargura, y llena de la amplia indulgencia de un espíritu superior.



En medio de la refriega lanzó un artículo de las más atroces burlas contra la vieja escuela clásica, de hacer dar retortijones a los culteranistas. Cuando se hubo gozado del horror y aspavientos de sus adversarios, descubrió el pastel, y era que el escrito aquél era todo entero de un español, de Larra, entresacadas las opiniones de diferentes partes de sus escritos y dispuestas y ligadas con tal artificio que formaban un conjunto armónico.



Habíase fundado en Santiago el *primer* diario. Había pues, interés y utilidad pública en sostener aquella planta naciente y ayudarla a luchar con todas las dificultades inherentes a toda mejora y el Gobierno mantenía franca y lealmente una partida del presupuesto así concebida : « item, 4.000 \$ para subvencion de diarios. » en que entraba tambien el *Araucano* redactado por D. Andrés Bello.

Creóse a la sombra de aquellos *La Guerra a la Tiranía*. Había tomado creces la oposición en el Congreso y debía discutirse la partida de subvenciones y se trataba de suprimirlas, creyendo sin duda que ya la planta estaba bastante robusta para tenerse sin tutor sobre su propio tallo.

Un Ministro llamó al redactor del diario protegido y le

insinuó la conveniencia de no dar en sus escritos por esos días al menos, ocasión ni armas a los opositores, para que suprimiesen la partida. Díjole que no había inconveniente y así lo haría; pero que si hubiera de seguir sus propias inspiraciones, él obraría de otro modo. — ¿Y que haría Vd.? — Pues! yo les daría de paso una *pinchadita*, así como quien le pisa un callo al pasante, y le dice, perdone Vd. Son estos diarios odres inflamados de aire impuro, y basta un alfilerazo para que larguen toda la inmundicia que contienen y guardan para ir lanzando poco a poco por la boca. — ¿Sabe Vd. dijo un Ministro al otro, que me gusta la idea? y riendo todos, concluyó aquella grave consulta, diciendole : — ¡he! haga lo que quiera.

Al otro día apareció en el *Premier Paris*, un artículo diciendo : Dios creó el mundo de la nada, sin consultar al autor de la *Guerra a la Tiranía*.

Ira de Dios! Allí fué Troya! el diario aludido prorrumpió por ambas vías contra el escrito *fanático* por arriba y contra el gobierno *tiránico* por otro extremo.

Llegó el día de la discusion en la Cámara y el Ministro llevaba bajo la levita, pero a la vista, como quien no quiere la cosa, el diario *independiente*, de manera que se divisasen los letrones del título, para que lo viesen todos.

Se pone a discusion la partida. Nadie toma la palabra. Se vota por unanimidad.

Tres años después, la prensa de Valparaiso opositora, se desbordaba con motivo de la elección de Presidente y D. Demetrio Peña que había estado detrás de bastidores entonces, escribía a sus amigos de Valparaiso : « conténganse por Dios! Las pinchadas de Sarmiento (porque no pasaban de alfilerazos en verdad) es una celada que les tiende el camastrón para perderlos, segun el adagio, el pez por su boca muere ».

Con este motivo escribía a D. Manuel Montt : — « Creo que es llegado el caso de irse a contener ese manantial de calumnias y que todo lo que se ha de arrojar en seis meses, se haga en ocho días. Es mi sistema auxiliar la enfermedad, apurarla para que haga crisis; después se mejora el enfermo. »

En su larga vida de polemista ha renovado con frecuencia el estratagema, siendo indiferente a la injuria soez.



En la contienda para la elección de nuevo Presidente, redactó dos diarios. *El Mercurio*, y *El Nacional* y ganando las elecciones los conservadores quedaba el emigrado en situación de aspirar a todo, cuando un día se le presenta a don Manuel Montt equipado para viaje, y como le preguntase donde se dirigía, contestó, abriendo él tamaños ojos con la sorpresa :

— « A la República Argentina. El general La Madrid está en Mendoza y debo reunirme al ejército. »

Don Manuel le hizo presente todo lo que la prudencia le sugirió, haciéndole valer que recién era el momento de recompensarle los buenos servicios prestados...

Ese día estaba en camino hacia Aconcagua y al siguiente con don José Posse se dirigían a la Cordillera. Pasada la cumbre, divisaron bultos de caminantes y la primera palabra que les hizo zumbiar los oídos de dolor, fué la de *derrota!* Los restos del ejército de La Madrid, venían poco a poco, marchando a pié a asilarse en Chile.

La Cordillera estaba cerrada al paso de animales y hacía difícil el de hombres extenuados y peligroso el pasaje, cayendo un temporal que duró tres días. Era preciso obrar. Regresó inmediatamente y condecorador de la Cordillera y de sus malas mañas, emprendió la tarea fabulosa de reunir recursos en pocos días para socorrer a unos mil infelices, proveerlos de víveres, medicamentos, abrigo. Establece una oficina de socorros, fatiga a todos los ecos pidiendo recursos, pasa y repasa siete veces a pié la Cordillera, despacha chasque tras chasque, y como descanso, poníase a escribir largo y tendido para conmover la filantropía de todo Chile. Cuando empezaron a pasar los grupos después de haber estado sepultados centenares bajo las nieves, un ejército de vivanderos los recibía en las cumbres o en las primeras escalas del descenso, proporcionándoles viveres; médicos fueron a hacer amputaciones de miembros helados.

Se aseguraron alojamiento y trabajo a casi todos y sólo Peñalosa (a el Chacho) se lamentaba : « *¡Como m'y a dir, en Chile, y a pié !* »

En 1868 recibían en el muelle de B. Aires al héroe de aquella salvación de un ejército, electo Presidente, y un orador popular recordaba que había llevado *charqui* a los asilados y exclamaba : « ahora también nos trae de Estados Unidos, el *charqui* de la civilización! » Lo que demuestra que ninguna obra buena es perdida y que no hay cosa que esté fuera del alcance de la tontería de los oradores.



En el Congreso americano de Lima, el ex-Presidente Montt decía en conversacion familiar a los demás ministros : — « El Ministro argentino no sabe cual es el libro más importante de cuantos ha escrito; y si no que él lo diga. — Tóma, si sé, contestaba éste, es el Método Gradual de Lectura.

« De mi Silabario, decía en otra ocasion, tengo el único elogio ageno que necesito, y es el de un candoroso maestro de escuela que me decía : — Señor, por este libro le serán perdonadas en la otra vida todas las penas del purgatorio y le sobrarán seis años de indulgencia todavía...



Notando cierto malestar en los semblantes de los alumnos maestros de la Escuela Normal, deshabituados de recibir lecciones y puestos en guardia contra el profesor, al empezar el curso de francés les espetó este exordio :

« — Vds. han de creer que el idioma francés es muy difícil de adquirir. Pues no, es en el fondo idéntico al español. Solo se diferencia en que el francés es más *frunciado*. Por ejemplo : los franceses dicen frunciendo, *cul... de sac, cul-de-lampe*, o la cosa sola, mientras todo español honrado lo dice a boca llena, para no andarse con p...terías como los franceses... »

La glace quedó rota y el buen humor estableció la corriente de simpatía necesaria para hacerse escuchar.

El Dr Tejedor fué a quien Sarmiento, admirándose aquél de oírle citar una frase de la Eneida, le dijo :

« — ¿Qué se admira Vd.? No sé latin, pero sé más de cien latines. »

Siendo profesor de hombres barbudos en la Escuela Normal, es donde más ha debido mostrarse la espontaneidad de su ingenio; pero quedan pocos rasgos auténticos. El siguiente es relatado por José B. Suarez, uno de sus mejores discípulos, en una Biografía de 1863.

Don N. Rojas había estudiado todo el latín e inutilidades anexas a la teología, y un día, explicando Sarmiento el movimiento del sistema planetario, le interrumpió :

— Yo no creo lo que Vd. está diciendo. Cuando más lo admitiré como una hipótesis.

— Muy bien. ¿Sabe Vd. cuánta distancia hay de la tierra al sol? — Si señor. — ¿Y de la tierra a las estrellas? — Inmensa. — Fije Vd. una cifra de millones de millones de leguas. Si la tierra no gira en torno del sol, las estrellas giran en 24 horas en torno de la tierra. Esa distancia es el semidiámetro de un círculo; luego, multiplicando el diámetro o el semi-diámetro por seis, obtendrá aproximativamente el espacio que Vd. hace recorrer a las estrellas por día, por hora o por minuto, es decir, muchos millones de leguas por minuto; mientras la teoría contraria le da 6 1/2 leguas por minuto de marcha de la tierra en torno del sol, lo que hace una parte de la distancia que recorren los ferro-carriles. Así, pues, la verdad es verosímil, mientras que su sistema de Vd. es absurdo e inútil. ¿A qué fin han de dar esta inconcebible vuelta y hasta lo infinito de velocidad en los extremos, en torno de nuestro globo todos los días...?

El clérigo Oro en sus pláticas, veinte años antes, le había dejado impresa la leyenda de una monja Zañartu que habría muerto loca encerrada en el *in pace* de un

convento. Sin cuidarse de que tuviera deudos, como le ha sucedido después con los descendientes de grandes criminales históricos, hizo una alusión a la leyenda de la desgraciada niña, que le sublevó las iras, entre otros, de un D. Domingo Godoy, que anduvo repartiendo horribles acusaciones contra Sarmiento.

Al saberlo se fué Sarmiento a la Bolsa y colocó un letrado en uno de los pilares más visibles retando a su detractor : — « *Vaya un fresco para D. Domingo Godoy...* »

Replicó Godoy con « *El Desmascarado* » y salieron en hoja suelta aquellas varoniles páginas tituladas. *Mi Defensa*, origen de *Recuerdos de Provincia*.



« — Soy muy detestado de todo lo que hay de bárbaro por aquí »... escribía en 1845 a su amigo José Posse, contándole un episodio de su vida periodística :

« — Tu sabes que me curo poco de la opinión de los demás y que soy yo siempre el mejor testigo que puede citarse contra mí.

« Te diré, pues, que esa ocurrencia me fué del todo desfavorable y que he sufrido hondas humillaciones a causa de ella. Los del « *Siglo* » se abandonaron a todo el furor que es costumbre entre todos estos canallas, cuando les apreto los callos. Dijéronme caballo, cuyano, cobarde y qué sé yo. Instigado por Lopez, me dirigí a la imprenta del « *Siglo* », requerí al ofensor, no me daban una explicación, escupile la cara, y él, entre si se le pasaba el susto, si hacía algo por lavarse la afrenta, trató de agarrarme, alcanzó a los cabellos; me desasí de él y lo eché en mala hora.

Yo me aguardaba algo serio, algo de caballeros. Media hora después, empero, estaba lleno Santiago ¡bailaban de gusto! de qué sé yo qué cuentos inventados a placer : me hacían molido a patadas, sacándome los ojos. Quince días después la República entera estaba llena de que me habían destripado. Brindaban en Aconcuagua, predicaban los curas. La verdad no penetró sino muy tarde, porque nadie quería escucharla : era un asunto nacional y se libraban del yugo que los oprimía. »



EL FACUNDO — Había llegado a Chile la misión de D. Baldomero García, secretario D. Bernardo de Irigoyen, y no se conoció otro objeto de la embajada que pedir la extradición del famoso criminal Sarmiento (1). Fué entonces cuando se improvisó la publicación del *Facundo*, para desmonetizar a la embajada; y si alguna vez se hiciera un análisis crítico de aquel panfleto, deberán tenerse en cuenta ciertos detalles anecdóticos, sin los cuales el juicio podría extraviarse.

Se deduce de una carta de Aberastain (obras T. XLV. p. 25) que Sarmiento reunía materiales para una obra fundamental sobre el caudillaje argentino y buscaba datos biográficos entre otros de Facundo Quiroga que debía ser el protagonista más característico; pero la necesidad apremiándolo, creemos que felizmente, le hizo abandonar su primer proyecto, poniendo en práctica su máxima de toda la vida: — « hacer las cosas en el momento oportuno, hacerlas mal, pero hacerlas ».

El lunes 5 de Mayo, aparece el primer folletín interrumpido al día siguiente, sigue el 7, 8, 9, se interrumpe el 10 y sigue el 12 hasta el 5 de Junio, aumentándose hasta terminar con un suplemento de ocho columnas de cuerpo 6,

Esas interrupciones de la publicación tienen una singular historia.

Redactando Sarmiento *El Censor*, cuarenta y un años después, y como tuviera por regla de conducta no darse el disgusto de leer a ciertos adversarios, pues decía que el que lee un escrito malo se hace cómplice del que lo escribe, le dábamos nosotros informes sobre lo que merecía tenerse en cuenta, y un día de haber aparecido en *El Figaro*, diarucho de combate, un escrito en que se afirmaba

(1) El archivo de la Legación Argentina en Chile conserva las instrucciones del gobierno de Rosas a su enviado y resulta que lo principal de la misión de don Baldomero consistía en espionaje a los emigrados, en comprar diarios y obtener, si se puede, la cabeza de Sarmiento, que eso era su extradición.

En esos documentos aparecen también diversas travesuras de Sarmiento enviadas como buscapies, entre ellas el haberlo hecho alojar en casa con cortinados y adornos celestes, lo que debidamente denunciado, motivara sendas tramitaciones entre el enviado y la roja cancillería.

tener la prueba de que Sarmiento no era el autor del *Facundo*, robado a otro emigrado.

— Averigua si don Tadeo Rojo está en Buenos Aires, y si está, pínchalo, fué la respuesta.

Pudimos averiguar que T. R. era el autor de la curiosa afirmación y nos pusimos a provocarlo desde las guerrillas de *El Censor*, a que produjese la prueba de su aserto. Todo inútil, el hombre no se atrevió a tanto.

El secreto nos lo reveló Sarmiento. Mandaba a la imprenta las carillas del *Facundo*, a medida que se iban llenando febrilmente bajo su pluma; pero al segundo día resultó que el segundo capítulo, *Originalidad y caracteres argentinos*, no se podía encontrar en ninguna parte. El autor se puso a rehacerlo con la enorme dificultad « de volver a parir » que todo escritor habrá sentido. Pero a los pocos días vuelve a desaparecer otra parte que el autor renunció por completo a reemplazar. En esas circunstancias, desapareció también el corrector de pruebas. T. R. que no dió señales de vida al respecto sino en 1886, creyendo siempre Sarmiento que fuera el autor de la sustracción y detentor de la prueba por lo menos de la existencia de otros capítulos que no aparecen en el libro.

Sarmiento creía que eran las mejores páginas las que había elegido aquel maniático y la provocación a producir las se hacía en la esperanza de recuperar lo perdido.

Ese libro sin asunto, cuyo interés vive aún, que ha sido traducido al inglés, francés, italiano y alemán y todavía le toman páginas en Europa, fué escrito al calor de la improvisación, en un raptó de lirismo, « de aquella exaltación que se hace crónica en las emigraciones políticas o religiosas, especie de sonambulismo que ha producido a los Moisés, los Garibaldis, conductores improvisados de pueblos a una tierra de promisión que sus apasionados corazones ven dentro de sí mismos, pero que creen tener delante de sus ojos, rodeada de una aureola nebulosa, que borra los contornos, que la hace parecer próxima, que es siempre un miraje que marcha adelante y que seguimos atraídos por su belleza indefinida, yendo adelante siempre, hasta que la muerte o el desencanto

« rompan la ilusión. Era un libro extraño sin pies ni cabeza, « informe, verdadero fragmento de peñasco que se lanza a la cabeza los titanes. »



Había pena de la vida para quien tuviese en sus manos algún sospechoso escrito del traidor, inmundo, salvaje, etc., Sarmiento, y sin embargo sus panfletos fueron introducidos con cierta profusión en la Confederación, a costa de ingentes sacrificios pecuniarios y mediante tretas de todo calibre.

En Buenos Aires los recibían Roque Perez, de la Fuente, el general Mansilla, cuñado del tirano y que era tentado de la risa, y don Pedro Angelis, redactor de sus injurias en la *Gaceta*. Estos últimos gustaban mucho de aquellos escritos y los propagaban como cosas de loco.

Era preciso introducir el *Facundo* en San Juan, a cordillera cerrada y dirigiéndose a un médico le decía : — « Doctor, necesito que me escriba una carta para don Amán Rawson, dirigiéndole este cajón de medicinas. Póngale algo hediondo para que no lo abran en el Resguardo de Uspallata. — Azafétida. — Bueno. — La carta decía : Le remito las medicinas pedidas, es lo más fresco que se encuentra en la farmacia. En cuanto al tratamiento de la *coqueluche*, de que me pide las últimas observaciones, diré a Vd. que... y seguía una tirada, como si fuera junta de médicos.

Llega el cajón a San Juan, calóse las gafas don Amán; abre, lee, vuelve a leer el título; no hay duda, es a él dirigida. « Señor don Amán Rawson. Mi estimado señor. » Veamos el cajón. Primero : azafétida! *secundum*, libros, *Civilización y Barbarie*. Don Amán miraba con grandes ojazos a sus hijos; sus hijos lo miraban a él, don Amán se sonrió y guardó silencio, sus hijos se rieron y no dijeron nada y así terminó aquel interesante diálogo.

Un ejemplar de *Facundo* se halla aún en nuestro poder, es la primera edición de 1845 con esta dedicatoria con letra acentuada : — SENOR GENERAL DON NAZARIO BENAVIDEZ, DE SU COMPATRIOTA EL AUTOR. En seguida

dice : *Tomado de la biblioteca de Don Juan Manuel Rosas y devuelto al autor por J. B. Gorostiaga.*

Otro ejemplar de la misma edición poseemos que ha sido recuperado por Eduardo Hopkins en 1869 después del saqueo de la Asunción por los brasileros y que verosímilmente habrá estado en poder del tirano Lopez. Ambos ejemplares se hallan hoy en el Museo Histórico.

Para introducir *Argirópolis* en la cueva del león, fué encargado Bonpland, célebre naturalista, compañero de Humboldt, lo que costó menos plata y menos circunloquios.



Cabe aquí una reminiscencia. El padre de quien esto escribe, Don Julio Belin, no había dejado de ser francés, pero se dedicó todo entero a la obra de su suegro, costeando de su peculio el enjambre de folletos y cargando con el subido gasto de introducirlos tras los montes, hasta y después de Caceros.



Pretendía Sarmiento que era el poema de Ercilla lo que había estorbado a las subsiguientes generaciones conquistar el suelo de Arauco, con el prestigio épico de la tradición; y en su indignación decía que Lautaro, Rengo y Caupolican eran unos índios piojosos, que así son todos.



Apenas vuelto de Europa, de buenas a primeras se encuentra con que las bailarinas de la Opera de Santiago hacían sus piruetas con calzones largos hasta el tobillo! Era de perecerse de risa, un baile, que por supuesto no era a calzón quitado, sino con calzas como las gallinas cochinchinas.

Escribió entonces una de esas críticas con tres bemoles que conocían y de que gustaban en Chile, vengando a la decencia y a la humanidad insultadas.

¿Creen Vds. que el pudor de la mujer ha venido a refugiarse detrás de la Cordillera y que son damas y jóvenes unpúdicos los que componen la aristocracia inglesa, o el

faubourg Saint Germain? ¿No les hemos visto, a esas mismas pudibundas gazmoñas en el Parral, viendo por centenares la *zambacueca*, a las célebres Petroquinas y a los coristas y frailes en parrandeo, arremangarse los hábitos y cernerse remoliendo las gransas *á la zamba*! ¿Están borrachos?

« Y vamos ¿qué consiguen con los calzones blancos? La gasa es un invento ingenioso para derrotar las miradas inquisitivas, pues borran y esfuman las líneas, mientras un género tupido las determina, y no se necesita haber estudiado matemáticas para encontrar el vértice del ángulo. Pero esto viene de la abstinencia del célibe que anda viendo visiones como San Antonio, etc., etc. »

Duróles el escarmiento hasta 1881 cuando una comisión de jóvenes gazmoños intimó a un empresario pusiera calzones a las bailarinas, intentando llevar la disciplina del confesionario al teatro y convertir en sacristía los palcos.



« — Llegaba de Europa, y tomaba yo asiento en Valparaíso en una mesa de huéspedes. Estaba allí un personaje chileno, de espíritu travieso, y que no había hecho muy buenas migas antes con el recién llegado.

« Comían poco menos que en silencio, cuando el taimado, con voz autoritativa y afectando superioridad, dijo :

— Domingo Sarmiento, pásame un plato.

« El al parecer aludido, tuvo sin embargo, la presencia de ánimo de no mover un músculo y como si nada hubiese oído, volver la vista maquinalmente, cuando vió en efecto, un sirviente traer un plato.

— Mozo! Es Vd. de San Juan? — Sí, señor. ¿De Puyuta? — Sí, señor — ¿Hijo de D. Rafael ó de D. Domingo? — De D. Rafael, señor. — Vengan acá esos cinco, que es Vd. mi primo; alcance aquella botella del tinto...

« Tuve años después por mucamo a un Sarmiento, negro como una breva, que dió en no servirme de nada; solíase pasear por las mañanas, peinarse las motas y solo recojerse a dormir.

« No había forma de despedirlo, por cuanto pretendía

ser de la familia Sarmiento, ser aquella su casa, hallarse muy bien y no tener donde irse, ni necesidad de ello. Murió en Cepeda, defendiendo esta patria de los Sarmiento. »



LA TIRANÍA — « Tocóle por patria, dice elocuentemente « Pellegrini, inmensa heredad inculta y aplicó todo el « vigor de su alma a abrir en la espesa selva anchas vías « a la civilización. Lo hemos visto sudoroso, apasionado, « febril, empuñar el hacha del *pionnier*, abrirse paso al « través del espeso matorral de la ignorancia, destrozando « errores, preocupaciones, y al encontrarse en su camino « con el árbol colosal de la tiranía que cubría a su patria « toda con sombra letal, atacar su tronco, herirlo sin « tregua y sin reposo hasta verlo caer con estrépido, « abriendo en el bosque inmenso claro, que permitió a « un pueblo contemplar el cielo luminoso y aspirar las « puras brisas de un porvenir libre. »

Eran ciertamente de raza de titanes los que no deses- peraron de su patria y siguieron combatiendo; pero sin- gulariza a Sarmiento entre aquellos sublimes comba- tientes por la libertad, el que la libertad no embriagó su alma y en la exaltación del combate contra la tiranía, supo conservar su desconfianza contra los extremos de la libertad, sin dejar contaminar sus ideas de gobierno libre con esos ideales de demagogia de que se impregnaron otros e hicieron tan difícil después organizar la república.

Mientras en algunos emigrados su actitud de protesta era una mera excitación política, a veces sujeta a claudi- caciones y al cansancio, en él fué una convicción que lo llevaba a las mayores audacias de invectiva, sin perder un momento el terreno de la razón, conquistando inteli- gencias y simpatías en el pueblo, haciendo de la guerra a Rosas una guerra social, económica, literaria e institu- cional. Veinte años estuvo con los ojos fijos sobre el teatro sangriento en que se desenvolvía el extraño drama de la tiranía, siguiendo con apasionado interés las peripecias de lucha, espionando las faltas que el tirano cometía en daño propio o revelando a los pueblos caminos poco frecuentados por donde tomarle la vuelta y circunvenirle.

« — No luchamos en vano tantos años contra un tirano, « dice, hasta hundirlo bajo la masa de materiales que el « estudio, los viajes, el valor, la ciencia, la literatura « acumulaban en torno suyo, como se amontona paja « para hacer humo al lado de las viscacheras y hacer salir « al animal dañino, si no se le puede ahogar en su guarida. »

Consiguió hacer respetables a los emigrados, formando conciencia en Chile de que padecían por una noble y santa causa. En la desesperante tarea de escribir sin hallar un eco en torno suyo, supo interesar a los indiferentes, invocando la solidaridad de los pueblos y el interés de los vecinos en no dejar desarrollar un sistema monstruoso que podía avasallarlos. El estudio de los hechos, seguido paso a paso, examinando su origen, exortando siempre en nombre del porvenir, retardado y contrariado por los vicios de los que se precipitan en la servidumbre, buscando entre el fragor de la lucha, el terreno en que los antiguos partidos pudiesen deponer sus odios, su propaganda constante, infatigable, su azote levantando contra todos los pretendientes al gobierno personal en América, hicieron de sus escritos la fuente de ideas que servirían a la organización futura.

Resistió a las seducciones de la riqueza, a los terrores del miedo y penetrando por entre la nube de incienso de los aduladores, metió su mano por entre las ilusiones de carne del gran pulpo y con los tajos de su pluma hizo caer a pedazos los tentáculos monstruosos. En Caseros vencieron a un miserable mendigo, que como Nerón, pedía le dejasen vivir una hora y se lamentaba del poeta y del cómico que en él perdía el mundo. ¡*Cualis artifex pereo!*



El 25 de Mayo de 1849 en su quinta de Yungay, organizaba una fiesta que parece describir la aurora de tiempos mejores.

Estaban presentes Juan Gregorio de las Heras, Pedro Regalado de la Plaza, canónigo Navarro, Bartolomé Mitre, Juan G. Godoy, Juan María Gutierrez, Zuluaga, Jacinto Peña y se hacen presentes Nicolás Rodríguez Peña, Carlos Tejedor, Aberastain, Domingo de Oro, etc.

El General las Heras brinda por Rodríguez Peña, « nuestra revolución sobreviviente » — Brindan el Canónigo Navarro, Mitre, Gutierrez, Godoy. El Dr. Martín Zapata lee la presentación del tirano Rosas al gobierno de Chile en que solicita una medida eficaz « de represión y castigo que ponga al aleve conspirador D. F. Sarmiento en la « imposibilidad de lanzar libelos tan infames e insolentes... »

Se presentan quince jóvenes argentinos, encabezados por el hijo del General Lavalle, trayendo la bandera recamada de oro que las damas de Montevideo ofrecieron al ínclito General, al abrir su última y desgraciada campaña. Pedían su lugar, dijeron, al lado de la generación que les precedía para asociarse al recuerdo de la Patria.

Sarmiento contestó : — Hoy es el primer día de mi vida. El recuerdo del 25 de Mayo; la presencia de los héroes de la Independencia; la de los proscritos de nuestra época; la de vosotros los representantes de la generación que se acerca; la bandera argentina que las damas de Montevideo pusieron en manos del ilustre Lavalle; y los desahogos mismos del tirano de nuestra patria. Tres generaciones aquí presentes; la libertad y el despotismo, todo ha pasado en este día por los umbrales de mi morada! »



A su vuelta de Europa, en 1848 y antes de emprender su campaña decisiva contra Rosas en la prensa, Sarmiento dió cita a su hija y a sus hermanas para que partiendo, ellas de San Juan, y él de Los Andes, se reuniesen un día en el Puente del Inca.

Todo se cumplió a pedir de boca salvándose el peligro de muerte que corría tan empedernido « salvaje unitario », por lo desierto del paraje y por lo atrevido de la empresa. El día pasó en sentidas expansiones del corazón. En el camino se había cruzado Sarmiento con una partida de soldados colorados : « Detuvimos el paso y creo que el aliento, dice, compuse la montura; trazas del viajero o del militar mañero para ganar tiempo, no poco desagradado de tan inopinado encuentro. »

A una observación de su compañero contestó : « Vea

Vd., no hay más camino practicable que esta única senda, y aquí es lo mismo uno que seis, y yo conozco a estos bárbaros; son de lanza! »

Por la noche, bajo el Puente del Inca, cuando los escurionistas dormían, vino a hospedarse un viajero de distinción, dada su escolta, el cual se puso en camino a la frontera chilena antes del alba y sin entablar relación alguna con los huéspedes anteriores.

El compañero inopinado era Cuitiño; según se cercioró ese día Sarmiento, quien exclama : « nada sucedió, sin embargo, por estar en desacuerdo los relojes de la Providencia y el Destino, que se disputan el gobierno del mundo.



Para las elecciones de presidente de Chile se presentaban en 1851, candidaturas de diversa indole, con la inseguridad de resolver problemas que no estaban claramente planteados. Apareció un folleto de Sarmiento con este título :

— ¿A quién rechazan y temen? a Montt — ¿a quién sostienen y desean? A Montt. — ¿Quién es entonces, el candidato? Montt.

La misma franqueza con que plantea la cuestión en el título domina la exposición y tuvo influencia decisiva en el resultado.

Habiendo sido nombrado presidente D. Manuel Montt, saliendo de la casa de gobierno, detuvo a Sarmiento que iba a caballo, para decirle : « Excepto presidente, será Vd. en Chile lo que quiera ser. Tome carta de ciudadanía. »

— Gracias, le contestó, necesito tres meses, Urquiza está por declararse...

Exclamó Montt con disgusto : « ¡Un hombre viejo ya, cargado de familia, que no se le asienta todavía el juicio! »



RECUERDOS DE PROVINCIA data de 1850 y publicado en Chile en vísperas de grandes trastornos, nunca fué juzgado ese libro con el criterio con que fué escrito, de una defensa personal contra las diatribas de los tiranos que le tenían reservado « palco por temporada » en sus documentos oficiales y podían acabar por formar conciencia de denuesto

y de ridículo. El libro era, además, una plataforma para presentarse ante la libre opinión de nuevas generaciones en teatro nuevo.

Sacadas esas páginas de su objetivo, debían aparecer ostentando los defectos de personalismo que tanto chocaban a los que luchaban en torno del autor y no eran hombres de colocar en primera línea su propia personalidad.

Más de uno de los que se levantan a la fuerza de los puños, de la oscuridad y la miseria, adquiere indomable vanidad que suele ocultar con cinismo devoto y honrado. Podía, entre tanto, Sarmiento ostentar un personalismo al parecer vanidoso, cuando su esfuerzo gigantesco para surgir, era el trabajo exclusivo para levantar la condición moral de los pueblos en que actuaba. Su vanidad famosa y toda de *surface*, el Don Yó de la leyenda vulgar, que se confunde con el egoísmo, en la realidad se traducía en trabajar, como nadie ha trabajado, en conseguir el bien de los demás, sin preocuparse un solo momento de sí mismo, ni aun para allegar bienes de fortuna para descansar en la vejez.

RECUERDOS DE PROVINCIA es la producción que más condensa los lados salientes del hombre cuyo es el estilo. Así como la valentía de su defensa del principio de autoridad fundado en el derecho ha servido a varios para justificar el arbitrario, así mismo la potente familiaridad de ciertas expresiones suyas para obrar sobre espíritus refractarios a lo abstracto, ha servido de ejemplo y de estímulo a groseros y chavacanos. De ahí el reproche de egoísmo, de vanidad y de vulgaridad.

Forzoso era que hablara de sí mismo quien casi siempre estaba solo con su opinión y obligado a hacer su propia cocina política, mientras sus rivales, más representativos de las ideas reinantes y jefes de banderías, disponían de allegados que proclamasen interesadamente todas las excelencias que los adornaban, para edificación de los pueblos y fabricación del necesario entusiasmo y adhesión. Nunca hablaban ellos de sus propios méritos ¡oh eso nó! pero no se negaron a que otros lo hicieran en su provecho y hecho que se ha establecido que *ID EST CUI PRODEST*. Sar-

miento estuvo solo para recordar sus propios servicios, entre jueces mal intencionados y olvidadizos, en el torbellino de acontecimientos oscuros y mal interpretados, en el escenario cambiante como un kaleidoscopio que empieza en la estagnante ciudad colonial llena de ignorancia presuntuosa, al través de guerras civiles sangrientas, obstinadas, bárbaras, hasta la lucha de las ideas que venían transformándose.

Para trepar más arriba de los hombres es necesario tallarse escalones en el odio; pero debe recordarse que el hálito de impropiedades que, en suma, espoloneó su talento, no tendría ejemplo hoy por la atroz crueldad, y si se hiciera un catálogo de las imputaciones que la jauría de sus adversarios, siempre renovados, aullaba en torno suyo, habría para calificar a un monstruo que la naturaleza humana aun no ha producido, y a riesgo de parecer vanidoso ante quienes no sufrían de esas heridas, era forzoso que se defendiese en persona, ya que carecía de *condottieri* de pluma para pelear a su servicio contra las rencorosas pasiones que su propaganda civilizadora suscitaba.

Qué procaacidad la suya! hoy que no se recuerda la de sus contrarios. Imprímase en fonógrafo el monólogo de un capitán dirigiendo la maniobra en la tempestad deshecha y repítase después en un salón al abrigo de los vientos las órdenes, invectivas y reniegos, suprimiéndose el acompañamiento grandioso de los elementos desatados. — ¡Shocking! oh! most shocking! qué horror de hombre! exclamarían las remilgadas damas.

Hay rudas franquezas si se convierte en monólogo el de Sarmiento y se le oye ahora apartado del coro de voces irritadas, de los clamores sangrientos, de las injurias atroces que le dirigían a porfía; pero reconstitúyase la ardorosa escena de la lucha y compárese las bajas calumnias y los rugidos feroces de sus adversarios con su vigorosa invectiva llena de enseñanza que produce heridas en las inflamadas vanidades y nunca en la reputación y el honor individual. Vedlo entonces cómo él describe a Echeverría: — « el grito de la inteligencia pisoteada por los caballos de la Pampa, el gemido del que, a pie y solo, se encuentra

rodeado de ganados alzados que rujen y cavan la tierra en torno suyo enseñándole sus aguzados cuernos. »



Al enviarle a Don Manuel Montt el primer ejemplar de aquel libro le escribía. — « Ahora que está impreso y lo he leído con calma, empiezo a creer que he traspasado todos los límites de la indulgencia de los que hayan de leerlo que serán por ahora solo mis amigos aquí, porque toda la edición la echaré a la otra banda, donde la crítica me incensa con humos que no pueden ya subir de punto. »



A Mitre que le decía entonces que ese libro era un error de que tendría que arrepentirse, le contestó : — Deje no más, tengo tantas cuerdas para mi arco...



Habent sua fata libelli. La 1ª edición de *Recuerdos de Provincia* fué repartida en Chile y a escasos ejemplares en el Interior, sin ser conocido el libro en Buenos Aires. Algunas páginas formaban parte de antologías clásicas, pero prevalecía en Buenos Aires la leyenda de que el tal libro era un amasijo de vanidosa ostentación llena de chavacanerías. Tal sería la primera impresión de los amigos de Sarmiento en el destierro, pero estos mismos se habían convertido en ardientes opositores al andar de la marcha de las ambiciones y habían agravado acaso sinceramente ese juicio desfavorable con el mismo prurito que hizo declarar a un diario de esos sus antiguos amigos el día en que pronunció Sarmiento el *Dircurso a la Bandera*, que era una vergüenza fuesemos gobernados por un *Présidente* capaz de tales chavacanerías.

Cuando Sarmiento en 1878 hubo de reempuñar su antigua arma de combate en la prensa, levantando la polvareda de los antiguos denuestos y de cuanto de ridículo le achacaban sus adversarios, prevalecía entre ellos el mote de general de la batella del Piojito, o bien el haber dicho

que los árboles (por árabes) eran pueblos errantes y semi-barbaros.

A fuer de colaborador literario, incipiente, en *el Nacional*, se le ocurrió a quien esto escribe hacer componer para darlo en folletín el incriminado capítulo de *Recuerdos de Provincia* donde se relata la hazaña callejera de unos pilluelos. Cundió la alarma entre los amigos y entusiastas admiradores de Sarmiento, tales como Lucio V. Lopez, del Valle, Cané quienes no conocían sino la legenda forjada al respecto y creían que un genio apasionado era susceptible de incurrir en excesos de pluma que prestasen al ridículo.

Este sanhedrin literario oyó sin embargo la lectura de la pieza incriminada y fué con intensa emoción que esos espíritus selectos encontraron el más esquisito humour a lo Dickens donde temían hallar cosas de locos.

Desde aquel folletín no se volvió a mentar al General del Piojito, buscándose otros proyectiles para derribar la bien ganada plaza de General en el escalafón Argentino.



Hemos dicho que la intención del autor era reivindicar su personalidad que debía figurar en el teatro saturado de las injurias federales. Es oportuno observar que el autor de *Recuerdos* olvida su objetivo dejándose arrebatado por profundo sentimiento y eso constituye la inmortalidad de esas páginas.



En la Universidad de Harvard College los profesores hicieron una recepción en su sala de grados al Ministro plenipotenciario maestro de escuela, y el ilustre historiador de la literatura española, George Ticknor, habló en nombre de los demás, traduciendo al inglés el episodio de la higuera de *Recuerdos de Provincia*, proclamando al autor uno de los maestros del idioma.



Debían hacerse elecciones de presidente en Chile y el partido liberal apelaba a las inveteradas mañas de usar de todos los medios de apoderarse de la dirección política.

En la noche del 20 de abril de 1851, se sublevaban dos batallones que guarnecían a Santiago.

Entre los primeros que se presentaron a la Moneda (palacio de gobierno) estaba Sarmiento, quien no pudiendo usar espada en suelo extranjero, llevaba un rifle-revólver (que « el vulgo creía escopeta », según Lastarria.)

Su primer acto fué borrar una proclama para que la firmara el presidente Bulnes. Era de *imperatoria brevitatis* y se reducía a decir a los ciudadanos « descansad tranquilos que el gobierno sabrá cumplir su deber. ¡Ay de aquellos que olviden lo que deben a su patria! »

Ante el ¡Ay! el ministro meneaba la cabeza, encontrándolo muy duro; pero Sarmiento no rebajada un centavo de la primera parada. Sólo se les amenazaba con el rigor de las leyes y la proclama no habría de traerle un amigo al gobierno, pero haría mirarse a dos lados a los jóvenes entusiastas, antes de reunirse a los amotinados y si un centenar de estos señoritos tomaba cartas, no habría un oficial que hiciese fuego sobre ellos...

La proclama prevaleció y Sarmiento se ingenió con su acostumbrada actividad para distribuirla. La imprenta Belin hizo millares de hojas sueltas y se reunieron todos los rotitos que se hallaron a mano para vociferarlas *per la città*. Fué entonces que se inventaron los *boletines* y los pilluelos vendedores de diarios que no se conocían en la América del Sur.

Cuando se entabló el combate, los impávidos repartidores con el valor que hace la gloria del repórter, andaban entre los combatientes y los curiosos, con su ¡Ay! de los que.....



En 1849 estaba tan convencido Sarmiento de la próxima caída de Rosas, por un levantamiento de pretorianos, que preparaba una expedición por el lado de Cuyo, haciéndose de recursos en todas las formas imaginables.

Tenemos de labios del Sr. Holmberg, entonces director del jardín botánico de Santiago de Chile, el extraño suceso que sigue.

Como Holmberg oyese un día una algazara de músicas

discordantes y gritería de chicuelos, salió a la calle en momentos que se detenía una mascarada con un carro, y un turco de mamarracho, pidiendo limosna para derrocar la tiranía de Rosas.

El turco se bajó del carro, entró en la quinta para descansar, y sacándose la careta, mostró a los ojos atónitos de su amigo, la cara de don Domingo Faustino Sarmiento.

El anciano Holmberg no podía contener las lágrimas, cuando esto relataba, y agregaba que nunca le pareció más grande aquel hombre a quien consideraba el más grande entre todos, como cuando lo vió de turco de mamarracho.



Entre los emigrados había varios que a fuerza de talento y actividad tenían reunidas respetables fortunas. Fueron tan patriotas como el que más; pero a medida que los pesos se acumulaban, las ideas de estos iban tomando un aplomo y una calma imperturbables.

Cuando se trataba de allegar recursos para el último esfuerzo contra la tiranía, Sarmiento se excusaba de aceptar la comisión de pedir a los emigrados ricos.

« — No quiero hacer del patriotismo una pasión vergonzosa y vergonzante. El capital es incompatible con las quimeras. El patriotismo está en razón inversa de la fortuna, y cuanto más puede un individuo, menos hay que esperar de él.

« Publiquemos que no se aceptan limosnas para libertar la patria, sino de los más pobres; que los ricos ya tienen su galardón y se queden ciudadanos del país donde hicieron fortuna y allí sirvan de testimonio de la capacidad de los argentinos... »

Así se hizo, y muchos dieron, avergonzados.



Aconteció el horroroso incendio de la Compañía en 1864 y Sarmiento desde San Juan escribió uno de sus más valientes artículos que debía repercutir mucho tiempo en aquella sociedad enlutada por la pérdida de tres mil víctimas.

En lugar de extenderse en estériles lamentos, va derecho a examinar las causas de la catástrofe de la superstición, el sensualismo de un culto degenerado fascinando los sentidos de la población femenina, embriagada con armonías, luces y fantasmagorías. Denuncia a los supervivientes que no se atreven a verlo, que quien les quemó vivas a sus madres, esposas e hijas, está vivo y le tienen miedo aún : son esos sacerdotes enfermos, raquíuticos de corazón, que iban a buscar en los juguetes de una idolatría pasto para alimentar la aneurisma moral que extravía sus sentimientos y el egoísmo que los hace avaros de indulgencias. No pereció un solo sacerdote, ni se expuso ninguno a una quemadura. — En todas las circunstancias de la vida, las muchedumbres humanas no salvan en las situaciones difíciles sino por la dirección inteligente impresa a sus movimientos por sus caudillos. Un general salva un ejército, un capitán de buque su tripulación de la muerte inevitable. La masa es impotente para dirigirse a sí misma. Ella se obstruye, se estrechoca, se neutraliza. Una palabra de dirección la somete, la guía, la reprime y la conduce. Aquellos pastores que habían encerrado la grey en el aprisco, abandonaron su puesto en el primer asomo del peligro, y dejaron a tres mil quinientas mujeres, el ser sensible, impresionable, irritable, nervioso por excelencia, abandonadas a sí mismas y perecieron todas. ¿Por qué no perecieron sacerdotes, como habrían de seguro perecido por centenares los bomberos, sin saber siquiera por quién exponen sus vidas? Es porque el fanático, el supersticioso, el sacerdote embaucador, no es hombre, sino una depravación del hombre. »

« El catolicismo se ha vuelto una enfermedad en aquella ciudad; enfermedad frenética, que tira mordiscos al aire, como los perros atacados de hidrofobia contra un enemigo imaginario. Donde no hay libertad de cultos, donde todos nacen y crecen católicos, el catolicismo se defiende sin que lo ataquen, vive irritado, maldiciente, rencoroso, inquieto. Es propagandista de catolicismo entre católicos y se reviste de una librea para reconocer a sus adeptos. Las mujeres se visten de *clérigos*, lo que llaman vestidos de misa, el luto

que llevaron en vida las predestinadas víctimas del incendio de la Compañía...

« Tres mil mujeres, lo más encumbrado de la sociedad, quemadas vivas, por motivo tan frívolo como el que las reunía, pereciendo en el centro de la capital, sin que un rasgo de inteligencia, de filantropía, de humanidad, haya brillado en aquella escena puramente animal; muriendo como morirían ovejas en un corral, y sólo salvando los sacerdotes, es decir, los cómicos que habían atraído a la muchedumbre de mujeres, será la vergüenza eterna de Santiago, de los devotos y de los clérigos de la Compañía!...»

Sería de citar todo enteró aquel mangífico estallido de una conciencia indignada y debería releerse de tiempo en tiempo en las familias.



El Presidente Montt le encargó el borrador del decreto creando un periódico de educación que debía dirigir y le llamó *Monitor de la Educación*.

El Ministro Ochagavia encontró pretencioso el título y lo cambió por *Monitor de las Escuelas* y como si aun eso fuese demasiado le añadió, *Primarias*.

Sarmiento reclamaba : — Señor, mi propósito es escribirlo para educar Ministros, Diputados, Senadores y doctores, porque de tanto que Vds. saben, no saben que ignoran todo sobre este asunto. Las escuelas no se mejoran en la Escuela, sino en la opinion de los que gobiernan y legislan. »

Era inútil. *El Monitor* nació muerto. ¿Qué persona *decente* iba a leer cosa buena cuando más para maestros? Así viendo que no tenía auditorio, el padre se guardó la mitad del sermón, a fin de no echar perlas a los cerdos.



Encargado por M. Buloz, director de la *Revue des Deux Mondes* de escribir desde Chile para dilucidar los problemas sudamericanos, fundando el honroso nombramiento de corresponsal en el mérito del *Facundo*, trasmitía Sarmiento la carta a don Manuel Montt pidiéndole no la extraviase que constituía un rapé de que su vanidad gustaría de oler en los malos trances.

AÑOS DE VIAJE

Después del *Mercurio* de Valparaiso, redactó *El Progreso*, el primer diario fundado en Santiago y tocando todas las cuestiones con la franqueza honrada y algo ruda de su estilo, debía suscitar pasiones enemigas traducidas en ataques brutales como para exasperar a naturalezas mucho menos excitables que la suya. En *Recuerdos de Provincia* describe la crisis moral a que cedió en un momento de ofuscación y de excesiva tensión cerebral, creyendo que era el punto de mira de los odios de todos, sin paramientos en que los hombres de valía lo apreciaban y estimaban, y hubo de producir un conflicto, enviando a la prensa un escrito irreparable que hubiera sido un suicidio, si sus amigos no se lo estorbasen .

Fué entonces cuando Don Manuel Montt, su sesudo amigo y discreto protector, halló el medio de alejarlo, confiándole la misión de estudiar en Europa los problemas de la educación popular, lo que fué aceptado con entusiasmo por aquel visionario, pues en ese momento los liberales argentinos, derrotados todos sus esfuerzos, nada eficaz podían emprender contra la tiranía y Sarmiento creía que aún no habían llegado los tiempos, pues ya no esperaba nada sino de un levantamiento dentro de las propias filas de la tiranía.

El gobierno chileno aceptó la idea, no tanto por realizar un sistema de educación que nunca fué apoyado debidamente, sino tal vez para alejar un amigo un tanto incómodo cuyo exceso de ideas ponía a menudo en singulares aprietos a políticos prudentes y cautelosos.

El viaje se hizo a vela y durante largas travesías monó-

tonas, Sarmiento desplegaba su actividad mental en cavilaciones sin fin, en una especie de rumiar de la inteligencia que hacía desfilas sus numerosas lecturas y digería de nuevo todas las ideas asimiladas. Sometía a los compañeros de viaje y tripulación del buque a disimulados interrogatorios, sosteniendo que en todo hombre había una fuente de información, « siendo dado a pocos saber sacarles lo que tienen en el vientre. »



De paso hubo de permanecer dos meses en Montevideo y sus relaciones con los sitiados debían resentirse un tanto de la diferencia de pareceres y tendencias que los dividían. Prevalecía entre los ilustres argentinos refugiados en la plaza, la solemnidad de los primeros unitarios, así como sus ilusiones doctrinarias, teniendo Sarmiento ocasión de decirles que lo que ellos soñaban era una restauración de la presidencia de Rivadavia, mientras no debía pensarse sino en una organización nueva.

Florencio Varela le hizo en sus barbas el cumplido de que el *Facundo* no valía nada, ponderándole una baratija de que era autor, pero que Varela ignoraba que lo fuese. Díjole, riéndose en sus barbas también : « Eso prueba la capacidad de juzgar de Vd. »

A los pocos días fué a pedirle ejemplares de *Facundo* porque el Almirante Deffaudis y todos los europeos le decían que era el único libro sud-americano que merecía ese nombre. No se trataron en los dos meses, porque el uno no tenía tiempo y el otro no gustaba buscar a nadie; pero el día en que Sarmiento debía partir, fué Varela a despedirse a las ocho de la mañana y se fué a las cuatro de la tarde, exclamando « — : Ahora que lo he oído a Vd. cuánto siento no haberlo tratado! »



Valentín Alsina ofreció a Sarmiento un trabajo de corrección a su *Facundo* para una edición ulterior, trabajo que hemos encontrado muchos años después y publicado como una curiosidad por lo minucioso de las rectificaciones de detalles históricos ignorados del que escribía

lejos del teatro de los sucesos y careciendo, en épocas turbadas, de fuentes de información.



Alsina le habló con entusiasmo de un memorial presentado al General Paz por un Dr. Ferrera, aconsejando poner en ejercicio el derecho de represalia, para contener la atrocidad de la guerra que Rosas hacía y la matanza de patriotas y militares de la Independencia, pues la represalia tiene por objeto defender las vidas de los propios soldados y evitar que el temor de una muerte ignominiosa los amilanase.

A medida que Alsina se extendía y se deleitaba en seguir la argumentación del memorial, sentía Sarmiento venirle también el recuerdo de haber tenido esas mismas ideas y recordó que las había expresado en un escrito dirigido al General Paz y enviado desde Chile por conducto del mismo Dr. Ferrera, quien se le había ofrecido para comunicar con el ilustre General.

Sarmiento al narrar lo que antecede, añade — « Que alguna malicia debió haber de parte del Doctor aquél en la substitución de nombre, lo deduzco de que habiéndonos encontrado después en Buenos Aires, empleados ambos del mismo Gobierno, nunca me saludó, ni en la calle, afectando no haberme conocido. »



Pensaba ingénuamente Sarmiento que su *Facundo* « en que tenía fe » sería como una llave para abrirle muchas puertas en París. Al probarla, se encontró con que no hacía a ninguna cerradura. El español era lengua desconocida en París, donde creían los sabios que sólo se habló en tiempo de Lopez o Calderon y había degenerado después en dialecto inmanejable para la expresión de las ideas.

Hizo traducir una parte por un erudito y lo entregó a un amigo para que lo recomendara y a los dos meses éste nada le dice.

« — ¿Qué hay de mi libro? — Estoy leyéndolo — Mala espina me da esto. Vuelvo más tarde, pido mi manuscrito y me dice : — lo hallo un poco difuso... hay movedad e

interés, pero... La verdad era que no había leído una palabra ¡Quién lee lo que ha escrito uno a quien juzgamos inferior a nosotros mismos? Un autor tiene un santo horror al manuscrito ajeno... »

Logra remitir su manuscrito a M. Buloz, director de la *Revue des Deux Mondes* y éste que era tuerto, cada jueves lo recibía « sacando su ojo en la punta de la cara » y lo mandaba al jueves siguiente : « De jueves en jueves, un « día por siempre memorable en la biografía de todo borra- « jeador de papel, las puertas de la redacción se me abren « de par en par. ¡Qué transformación! M. Buloz tiene « dos ojos esta vez; el uno que mira dulce y respetuosa- « mente y el otro que no mira, pero que pestaña y agasaja, « como perrito que menea la cola. Me habla con efusión, « me introduce, me presenta a cuatro redactores que espe- « ran para solemnizar la recepción. Soy yo el autor del « manuscrito (una reverencia), el americano (una revé- « rencia) el estadista, el historiador...Me saludan, me « hacen reverencias. Se habla del libro : hay un redactor « encargado de los libros españoles que quiere ver la obra « entera para estudiar el asunto... »

M. Charles de Mazade publicó un artículo que hacía plena justicia al *Facundo* y así tuvo Sarmiento como presentarse ante los escritores. « En París no hay más título para el mundo inteligente que ser autor ó rey. »



En la época de la navegación a vela, debían ser tan incompletas las nociones sobre estos países como arbitrarios los motivos de las grandes naciones para intervenir en sucesos tan lejanos.

Sarmiento cuenta a este respecto su entrevista con M. Dessage, jefe del gabinete de M. Guizot en 1846.

« — M. Dessage me interroga. Quiero yo establecer los verdaderos principios de la cuestión. Hay dos partidos, los hombres civilizados y las masas semi-bárbaras.

— El partido *moderado*, me interrumpe, esto es, el partido moderado que apoya a Luis Felipe, el mismo que apoya a Rosas.

— No señor; son campesinos que llamamos *gauchos*.

— Ah! los propietarios, la *petite propriété*, la *bourgeoisie*.

— Los hombres que aman las instituciones...

— La oposición, me rectifica, la oposición francesa y la oposición a Rosas, compuesta de esos que pretenden instituciones.

Me esfuerzo en hacerle comprender algo; pero imposible! es griego para él todo lo que le hablo. Hay un partido tomado y un gobierno no se deja persuadir a dos tirones.

En resumen :

ROSAS. — Luis Felipe.

MAZORCA. Partido moderado.

GAUCHOS. — La *petite propriété*.

UNITARIOS. — La oposición del *National*.

PAZ, VARELA, ETC. — Thiers, Rollin, Barrot.

Y como no es propio a un recién llegado echar a pasear a un funcionario, dóile respuestas sin sentido a todo lo que sobre los hechos me continúa preguntando, y tomo mi sombrero, después de haber recibido la indicación de hacerme presentar a Guizot, quien estará aleccionado de que soy un bicho raro, que vengo hablando *rococo*, principios, libertad, instituciones... »



Habent sua fata libelli. — El discurso de Sarmiento en la Sociedad Histórica de Francia sobre la entrevista de Guayaquil, ha tenido el extraño destino de no haber sido tomado en cuenta por los historiadores posteriores para explicar el misterioso suceso.

Fué confeccionado aquel documento, sin embargo, con los datos proporcionados por el general San Martín y fué leído en la Sociedad en presencia del vencedor de Chacabuco y era la versión genuina del más sincero de los dos actores, puesto que de su parte estuvo la abnegación.



Viajando en diligencia por los andurriales de la Mancha, tuvo que pasar con otros la noche en una de esas sucias posadas, al lado de un pobre postillón postrado de heridas en un ataque de ladrones. La velada en torno del fogón,

fué de cuentos de bandidos, inquietos los narradores, escuchando el menor ruido, temerosos de un nuevo ataque.

« Otro llegó de afuera, asustado, aterrado. — ¿Saben Vds. lo que ha sucedido en Moral, ahora poco? Cosa horrible! Hay una familia compuesta de la madre y su hija; la una casada vive en paraje no distante, y un hermano que salió niño para América volvía con una buena fortuna en doblones. Llega a casa de la hermana casada, se hace reconocer y le cuenta la buena nueva, anunciándole que va a casa de su madre de quien no se hará reconocer por darle un chasco. Al día siguiente va a la casa paterna y signo ninguno exterior le indica la presencia de su hermano. — ¿Y el viajero? pregunta. — ¿Qué viajero? le contestan madre é hija despavoridas. — El viajero que vino a alojarse. — No ha venido nadie, contesta la madre pálida. — Se fué esta mañana, contesta al mismo tiempo la hija. — Pero, madre, era Antonio que venía de América, rico. — ¡Antonio, mi hijo! mi hermano! exclaman mesándose los cabellos, y el corazón no me había dicho nada!... Madre y hermana lo habían asesinado en la noche, por apoderarse del saco de onzas!!!... »

« La compañía que estaba en torno del brasero se quedó pasmada, y yo veía parárseles a todos de horror los cabellos, excepto a mí, que dije, con tono autoritativo : — Es falso, señores, eso es un cuento. »

« Todos se volvieron hacia mí, mirándome de hito en hito por la extrañeza de la afirmación, pues sabían que no conocía los lugares, ni las personas. — Este cuento lo he oído en América hace doce años; la escena tenía lugar en la campaña de Córdoba, el mozo volvía de Buenos Aires, y lo mataron como aquí madre y hermana con el ojo del hacha, de donde deduzco que ni entonces ni ahora ha ocurrido tal cosa. Son ciertos cuentos que corren entre los pueblos. Ya he sorprendido unas cincuenta anécdotas ocurridas en España, en Chile, en Francia, en Buenos Aires y contando algunas de ellas, logré distraer los ánimos, porque la verdad sea dicha, ya nos moríamos de miedo... »



Todo cuanto Sarmiento combatía provenía de España; la tiranía misma de Rosas la conceptuaba un engendro de la Inquisición y del absolutismo español. No hubiera sido extraño que, en el ardor de su propaganda, el lector confundiese las tendencias que aborrecía con la nación que las había producido. Su propaganda que muchos han creído pura godofobia puede reasumirse en este concepto que nada de ofensivo contiene para nuestros madre-patrios, y es que no pudo nunca perdonar a España el habernos hecho tan parecidos a ella. Su descripción de España en sus *Viajes* revela sin embargo, un calor de simpatía que hace resaltar las bruscas protestas del hombre de progreso contra toda manifestación de atraso.

« Esta *Aspaña*, dice, que tantos malos ratos me ha dado, téngola por fin en el anfiteatro, bajo la mano, la palpo ahora, le estiro las arrugas, y si por fortuna me toca andarle con los dedos sobre una llaga, a fuer de médico, aprieto maliciosamente la mano para que le duela... »

Su principal objeto era estudiar los métodos de lectura, de que hizo « bien pobre cosecha ». Hallábase una noche hablando de ortografía con Ventura de la Vega y otros literatones, defendiendo él su simplificación de la ortografía.

« La sonrisa del desdén andaba de boca en boca rizando las extremidades de los labios. Pobres diablos de criollos, parecían disimular, quien los mete a ellos en cosas tan académicas!

Y como pusiese en juego baterías de grueso calibre para defender sus posiciones, se le observó que dado caso que tuviese razón, aquella desviación de la ortografía usual establecería una separación embarazosa entre la España y sus colonias...

— Este no es un grave inconveniente, repuso con el mayor candor y suavidad; como allá no leemos libros españoles; como Vds. no tienen autores, ni escritores, ni sabios, ni economistas, ni políticos, ni historiadores, ni cosa que lo valga; como Vds. aquí, y nosotros allá, traducimos, practicando el « lloremos y traduzcamos » de Larra —

nos es absolutamente indiferente que Vds. escriban de un modo lo traducido y nosotros de otro. — En mi vida he leído libro malo, por cuya razón conozco tan poco los autores españoles...

Lo que daba más realce a esta peroración era, que a cada nueva indicación, afectaba apoyarse en el asentimiento unánime de los oyentes : — Como Vds. saben... como Vds. no lo ignoran... No había concluído cuando todos le habían dado las buenas noches...



Describiendo los pintorescos andrajos de esos mendigos característicos, graves y altivos, que el arte se esfuerza en conservar y recorriendo las soledades incultas de España, donde no se divisa una flor, comparando los trajes de los labriegos, exclama :

— Os creeríais en Cuyo al ver los paisanos de Don Rafael Minvielle que allá nos quería hacer pasar a los españoles por gente. No le creais una palabra, son como nosotros, atrasados, sin ciencia y sin artes.

« Opino porque se colonice a España... »



El general Flores, prototipo de los « ilustres caudillos » de la época embrionaria americana, llegó a ser dueño del poder absoluto en el Ecuador, hasta que una revolución lo voltease, y tras de un convenio (el de Elvira), celebrado con el poder que sustituyó al suyo, se le acordaba una buena suma para vivir en Europa y no molestar más con su ambición. El subsidio aquel lo empleó en preparar en España una expedición reconquistadora, con aventureros y la tolerancia o indiferencia del gobierno español.

Sarmiento voló a España a emprender una campaña periodística contra tal invasión. Publicó dos escritos en que pintaba con colores recargados los peligros del clima tropical, hasta los alacranes, los bichos venenosos, las pestes y cuantos horrores pudieran arredrar al viajero rodeado de comodidades, las luchas con poblaciones feroces, etc., etc. El efecto fué inmediato y la expedición se desbandó, por lo que Sarmiento quedó defraudado, pues

esperaba habérselas con una defensa de la cosa en la prensa.

« — Ay! qué polvareda, dice, se hubiera levantado! Habrían salido todos los cueritos al sol, desde Pizarro y Valverde, hasta Don Antonio de Ulloa, el General Morillo y Don Juan Manuel Rosas; desde la Inquisición y Felipe II, hasta la España de hoy, que es la misma de entonces! Hubieran visto el inventario hecho por actuación de escribano de su estado actual, gobierno, industria, civilización, bellas artes, instrucción pública, comercio, para ver lo que nos iban a llevar estos caballeros; pero, por desgracia, la prensa mostró más sentido común del que yo le hubiera concedido y he quedado con todos mis cohetes chingados!... » — « Estos godos y Rosas, su consecuencia, es la pasión que calienta mi pluma... »

Lo curioso fué que la *Gaceta Mercantil* de Rosas se desató en elogios a Sarmiento con este motivo, olvidando por ese momento, que era tan « salvaje, inmundo », etc., como siguió siendo a fojas vuelta.



A un mozo en un café en Madrid que se señalaba en el pescuezo el *violin* que ellos tocarían al llegar a América, le contestó : pase por mi patria y le darán lecciones del arte; pero le prevengo que Bolivar hacía fusilar al que decía como Vd. Francisco, esperanza, lo que probaba que era maturrango, y no Francisco y esperanza como decimos los naturales de aquellos países salvajes.



Conoció a Ferdinand de Lesseps simple cónsul en Barcelona y debieron adivinarse esos dos hombres que mucho tiempo después cambiaban cartas titulándose ambos, « mi ilustre amigo ». A Lesseps le llamó muchos años después de aquel encuentro, « Ministro de Obras Públicas del Creador. »

En 1869 se carteaban con motivo del proyecto del

puerto de Buenos Aires, cuya ejecución quería Sarmiento confiarle.



« —Encontré en Rio Janeiro (1852) al personaje más curioso, más raro y de cuya catadura no hay otro ejemplar en la tierra. Un vice-almirante de una república, de edad de quince años y que había merecido tan alto honor desde la edad de trece años. Con este título se había presentado en el Brasil, solicitando entrar en una escuela náutica, de cadete y empeñado en hacerse uniforme de su rango. Se le hizo sentir lo poco decoroso que sería el aplicarle el guante al señor vice-almirante, estando de gran uniforme. En aquella fisonomía infantil se podía estudiar los estragos que hacen estas posiciones altas, a que se elevan muchachos imberbes y por su capacidad y prendas naturales, insignificantes. Imagínese el orgullo de un niño que habla con la gente grande, que vive libre de toda sugestión, que charla de todo y se cree el igual de todo el mundo.

« Sabiendo quien era yo, se me acercó en la mesa, y a poco pudo entablarse un diálogo de este género, principiado por él con tono de hombre que juzga de la altura de su posición estos pequeños sucesos que alteran la faz de los pueblos.

— ¿Qué le parece a Vd., la conducta del General Urquiza? ¿Cree Vd. que haga algo de bueno? Yo creo que no ha hecho más que sustituir a Rosas.

— Tiene mil dificultades con que luchar; pero aun no hay nada que se oponga a su marcha.

— Veo (*esto con un sentimiento de desprecio y de lástima*) que hay muchas ambiciones en la Confederación : todos han de querer mandar.

— No deja Vd. de tener razón. Sin embargo, son siempre los que se han elevado por el capricho del acaso los que hallan muy ambiciosos a los que serían dignos de reemplazarlos.

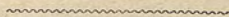
— Si : pero... hablo de las ambiciones despreciables...

— Tales para cuales. No suelen ser menos despreciables

los que hallan despreciables el deseo de otros de remediar absurdos que chocan el buen sentido.

El niño estaba en espinas y bajando poco a poco el tono de suficiencia en que había principiado, habló de cosas más conformes a su edad. Después, refiriéndose a mí, había dicho : « me parece poca cosa este hombre. »

Creo que he olvidado decir al lector quien era este vicealmirante. Era nada menos que el hijo del señor Presidente de la República del Paraguay.



CAMPAÑA DE CASEROS

Cuando estaba por sublevarse Urquiza contra Rosas, preparaba Sarmiento una expedición militar que invadiese por Cuyo, con veteranos de la independencia, emigrados sanjuaninos y espadas como Paunero, Mitre, Crisóstomo Alvarez, Aquino. — Todo estaba preparado con armas, municiones, etc., y de haberse realizado hubiese cambiado la faz de los acontecimientos, oponiéndose un contrapeso al vencedor de Caseros y evitando por lo menos las desgracias que cayeron sobre San Juan diez años después.

Había ido a Chile el Dr. Rawson a ponerse de acuerdo con Sarmiento. La entrevista fué cordial y satisfactoria; pero a la pregunta tan natural: — « ¿qué piensa Vd. hacer por su parte, si el General Urquiza se levanta y declara la guerra a Rosas? — la respuesta era tan natural como la pregunta. — « Hacer la guerra de este lado. Entrar a la Confederación en armas. » — « ¡La guerra! la sangre! exclamó Rawson. Eso no! » — Pretendía arrastrar a Benavidez por fuerza de raciocinio.

El debate duró dos días sobre esta extraña teoría de derrocar tiranías armadas, arraigadas, por otros medios que la violencia, oponiendo el joven doctor el sistema flojístico de emolientes y anticipando sobre los recursos pacíficos de una Constitución venidera para buscar los medios de establecer sus garantías.

Desde que el confidente que podía ayudar de este lado, oponía una resistencia de conciencia al parecer, el plan estaba frustado, pues no se aventuran vidas, poniéndolas a merced de un indiscreto.

Para terminar ese pueril debate de dos días, Sarmiento se levantó de su asiento y encarando a Rawson, le dijo : — « Doctor, tiene Vd. la inteligencia de un sabio alemán : el corazón sano, pero rotos los brazos (y estrechándose los por las sangraderas)... Vd. no hará nada en su vida...!

« Fué a Valparaíso y Copiapó, desmontando los ánimos, burlándose del descabellado proyecto, aventurando el secreto, según me lo escribían, y jactándose de haberme hecho oír razón. »



En Setiembre de 1851 se embarcaba Sarmiento en Valparaíso en la fragata a vela la « *Medicis* » junto con Aquino, Paunero, Mitre y tres sargentos licenciados. Durante el largo viaje en torno del Cabo de Hornos, los expedicionarios estaban a oscuras de los sucesos y al llegar a Montevideo el 1.º de Noviembre, debía ser muy grande su ansiedad. « ¿Qué habría sucedido en tres meses transcurridos? Urquiza había debido invadir el Estado Oriental ¿Habría triunfado? Había sido vencido? ¿Quién manda en Montevideo? Oribe o Urquiza?

¿Dónde está Oribe? preguntó al piloto, queriendo ir de un golpe al fondo de la cuestión.

— En su quinta, fué la inaperturbable respuesta. Luego está sitiando siempre!

« Ya estábamos anclados y la verdad la íbamos a saber probablemente en el muelle o en la cárcel. Entonces fuimos a interrogar a los boteros — Ola! hé! ¿quién manda en la plaza? — El gobierno — ¿Oribe? — Está en su casa — ¿Y Urquiza? — Se embarcó anteayer para Entre Ríos — ¿Y el sitio sigue? — Se acabó ya; todos se entregaron; hay paz... »

« Nos abrazamos todos como chiquillos, dimos saltos sobre cubierta, respiramos fuerte, pues habíamos todos cuatro reprimido durante una hora nuestro sobresalto y tratado cada uno de mostrarse a los ojos de los compañeros, sereno, tranquilo, indiferente a aquellas siniestras indicaciones. »



La deducción lógica le había dado a Sarmiento como

solución de un teorema, el que Rosas no sería volteado sino por revolución de terminadorianos (1), pero las visiones entusiastas de las consecuencias futuras, le hacían olvidar que el pretoriano destructor de la tiranía habría de obrar como pretoriano, sin cuidarse mucho de los móviles de los idealistas.

Apenas desembarcado en Montevideo, empezó a sentir el antagonismo irremediable entre él y Urquiza y hubo de desistir de juntársele. Don Valentín Alsina y Don Vicente F. Lopez le indujeron a sacrificarse por la causa nacional y seguir adelante el vía crucis de ponerse a las órdenes de un caudillo, él que se había constituido el arriete de los caudillos.

Las entrevistas que tuvieron en Gualeguaichú fueron cordiales exteriormente, pero llenas de reticencias, haciéndole hacer insinuaciones el General en los intervalos, por medio de sus allegados, para ponerse la cinta colorada, que Sarmiento había estigmatizado como emblema de esclavos. En sus conversaciones que eran monólogos, Urquiza explayaba sus proyectos sin pedir jamás una opinión y dando como de su invención propia las ideas programas que Sarmiento había elaborado en sus escritos, notándose el empeño de que no se creyese que el General recibiera inspiraciones del escritor.

Urquiza le había dirigido una carta antes de salir de Montevideo como Teniente Coronel, lo que indicaba que lo reconocía como tal y que le daría mando militar. Después de muchas vacilaciones, le encargó publicase el Boletín del ejército y se proveyese de imprenta.

Así mismo y por el mismo espíritu taimado, Urquiza no había aceptado el ofrecimiento del General Paz de servir a sus órdenes.

Este singular papel en una campaña fué aceptado por Sarmiento, quien decía :

— « Soldado con la pluma o la espada, combato para poder escribir, que escribir es pensar; escribo como medio y arma de combate, que combatir es realizar el pensamiento. »

(1) Le había dicho en 1849 « ¿Será que los tiranos no pueden ser derrocados sino por otros tiranos? » (Véase; T. VI, p. 66 donde se desarrolla esa idea.)



Entre los preparativos de campaña celebrábanse tertulias donde se acercaban los futuros expedicionarios y a ellas solía asistir Urquiza, vestido de paisano o poco menos.

Una noche hizo su aparición de brillante uniforme de general francés. Explicó que esa noche asistiría « el viejo Sarmiento » y no quería exponerse a su crítica.

Ese « viejo Sarmiento » tenía cuarenta años de edad y diez menos que Urquiza y acaso fuese una forma instintiva de homenaje.



Vuelve a Montevideo y se ocupa en adquirir imprenta y operarios, contratando a un alsaciano, M. Bernheim que después fué uno de los factores de progreso de los diarios de Buenos Aires.

Se embarcaron con Mitre y Paunero a bordo de la capitana del Almirante Greenfell y recibieron de éste el privilegio de permanecer a cubierta durante el pasaje del Tonelero, pasando a tiro de fusil de las barrancas de cuyas alturas recibían las balas rojas del General Mansilla, apoyándose sobre la borda Mitre y Sarmiento, contando las balas, mientras Paunero « que de miedo, no de las balas, sino de caerse al agua, se fué a dar de palos a aquellos infelices artilleros de la pieza de a setenta y ocho, los cuales con los lomos calientes, recobraron toda la actividad de unos energúmenos. »

La orden de la Rosa fué discernida a los tres jefes argentinos.



El Boletín n.º 3 (Diciembre 26 de 1851)... « El sol de ayer ha iluminado uno de los espectáculos más grandiosos que la naturaleza y los hombres puedan ofrecer : el pasaje de un gran río por un gran ejército... » es una descripción del pasaje del Diamante que produjo honda sensación y queda todavía un modelo.

Fué escrita por Mitre bajo el dictado de Sarmiento y hemos oído de labios del improvisado escribiente que

Sarmiento exclamó al aprobar las modificaciones de forma introducidas :

— » ¡Qué grandes cosas haríamos, dictadas por mí y escritas por Vd. Mitre! »

Malgrado la malicia que pudiera hallarse en este arranque, nos lo refería el General Mitre sin dejar sospechar intención maliciosa. Era la expresión ingenua de que su fogosa imaginación requería un freno por parte de otro más preocupado de las realidades.



En el Diamante le decía Urquiza :

— Cuando lleguemos a Buenos Aires, ha de ser necesario colgar a muchos, o me he de volver a mi casa y dejarlos que se avengan como puedan.

— General, le contestó, no ha de hacer lo uno ni lo otro. No anticipemos sobre los hechos. Conozco la situación de la república y el espíritu que la domina.

— Ya verá Vd. las resistencias.

— ¡Qué! está teniendo miedo, General! Las venceremos. ¿En dónde nos opondrán resistencias? En la prensa, en la tribuna, en el ejército? Lo veremos.

— ¡Miedo, yo, cuando he desafiado el poder de Rosas!

— Miedo a fantasmas, General. Así son los hombres. »

Cuando esto le recordaba Sarmiento al mismo Urquiza, agregaba : — « Creo que no le gustó mucho a S. E. esta franqueza honrada; pero yo no contaba con que nosotros mismos enredásemos la pita, para tener el gusto de desenredarla a tirones, a tajos y reveses. »



Desembarca en el Espinillo, cerca del Rosario. — « Descender a tierra y montar a caballo fué la obra de algunos minutos. ¡A caballo, en la orilla del Paraná, viendo desplegarse ante mis ojos en ondulaciones suaves, pero infinitas, hasta perderse en el horizonte, la Pampa que había descrito en el *Facundo*, sentida, por intuiciones, pues la veía por la primera vez de mi vida! Paréme un rato a contemplarla, me hubiera quitado el kepí para hacerla el saludo de respeto, si no fuera necesario primero conquistarla, some-

terla a la punta de la espada, esta Pampa rebelde, que hace cuarenta años lanza ginetes a desmoronar, bajo el pie de sus caballos, las instituciones civilizadas de las ciudades. Echéme a correr sobre ella, como quien toma posesión y dominio y llegué en breve al campamento del Coronel Basavilbaso a orientarme y pedir órdenes para el desembarco de mi parque de tipos, tinta y papel para hacer jugar la palabra... »



« Nubes negras y atormentadas se iban esparciendo por el cielo. El General Urquiza me dijo : « — Va a llover, y con tono de burla : van a mojársele las plumas. »

« Era el caso que yo era el único oficial del ejército argentino que en campaña ostentaba una severidad de equipo estrictamente europeo, silla, espuelas, espada bruñida, levita abotonada, guantes, kepí francés, paletó en lugar de poncho, todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco, lo que al principio dió lugar a algunas pullas, a que contestaba victoriosamente por la superioridad práctica de mis medios.

¿Qué está haciendo, Coronel? decíale a uno. — Estoy componiendo el recado. — Yo no compongo mi silla nunca.

— ¿Quién tendrá fuego? decía un general en la marcha. — Yo, General, y sacaba una navaja de campo, inglesa, con eslabon, lanceta para caballos y un almacen de herramientas.

— Me muero de sed, decía alguno mirando mi carañola de platina, colgada en el arzón de la silla. A los seis dias de campaña, la silla, la levita, el kepí estaban debidamente respetados.

— Se han de reír de Vd., me decía uno. — Ríase Vd., le contestaba, y nadie se ríe cuando no hay de quien, aunque haya de qué .

« Esto, que parece una pequeñez, era una parte de mi plan de campaña contra Rosas y los caudillos, seguido al pié de la letra, discutido con Mitre y Paunero, y dispuesto a hacerlo triunfar sobre el chiripá si permanezco en el ejército. Mientras no se cambie el traje del soldado argentino,

ha de haber caudillos. Mientras haya chiripá, no habrá ciudadanos. »



El General Paz, al verlo después, de regreso de Buenos Aires, fué su primera pregunta confidencial :

— ¿No lo ha mordido el perro Purvis?

— Porque no ha podido morderme, General, es que me vé Vd. aquí. Siempre tenía la punta de la espada entre él y yo.

El caso era que Urquiza tenía un monstruoso perro — (llamado Purvis en recuerdo del Almirante inglés) — que se avalanzaba sobre todo visitante y éste no se salvaba de ser mordido, si el General no le intimaba estarse quieto, como señal de bienvenida. La salvación de todo concurrente a la tienda de Urquiza estaba pendiente de un grito dado un segundo más tarde del momento oportuno, y la gracia consistía en provocar síntomas de terror para presentarlo en una luz desfavorable y a veces ridícula.

Sarmiento había cometido la imprudencia de dejarse agasajar por los habitantes del Rosario, lo que provocó la ira del receloso caudillo que le mandó decir « que la prensa de Chile ha estado chillando en vano contra Rosas. »

Sarmiento decía : — « He estudiado a Facundo y jurado servir bien y hacerme respetar. » — Era necesario abordar la situación y presentarse al General. Escribió en un papecito — « el perro Purvis va a morderme hoy » — se lo mostró a cuatro testigos y se fué al Cuartel General.

— « Acometí, dice, la descomunal empresa de atravesar sesenta varas de terreno despejado, solo, y en línea recta a Purvis y al taimado Moisés. No he tenido excitación igual nunca. Debía ostentar una serenidad perfecta, si no quería desbaratar mi obra, y la sangre me venía y se retiraba a borbollones del corazón. A pretesto de elegancia, llevaba la espada de cierto modo, de manera que la mano derecha, esta vez sin guante, anduviese frotando el pomo. ¡Ah Purvis, no sabes de la que escapastes! »

Se había producido una reacción en el General y la entrevista fué agri-cordial.

— « Escabullíme, pues, y a la vuelta de un matorral

salté en mi caballo y gané la Pampa, dejando dilatarse aquel corazón, aquellos tendones, aquellos nervios, tirantes por más de un cuarto de hora de miedo... »



La imprenta que arrastraba en la campaña era de lo más pesado y primitivo. Sarmiento había adiestrado a sus hombres para entintar y a guisa de prensa, imprimir a cepillo. A fuerza de ejercicio y de distribución del trabajo con movimientos mecánicos, los cuatro hombres evolucionaban como un regimiento de línea. De día armaban las cajas en un minuto; de noche trabajaban con velas y nunca hubo una hora de postergación de un Boletín, reimprimiéndose varios de los agotados.



Al penetrar en territorio de Buenos Aires se desplegó por vez primera la bandera celeste y blanca, en lugar del azul negro con letreros de Rosas. Eran muchos los que no conocían el proscrito pabellón y Sarmiento describe sus profundas emociones de esa toma de posesión de la Pampa, que personificaba toda la barbarie que venía combatiendo, de esa Pampa que había que abrir de par en par, « acogotando al portero. »

« — Acampamos; la noche sobrevino y saboreé hasta tarde el espectáculo nocturno de la Pampa, silenciosa no obstante sus quince mil huéspedes, iluminada en mis alrededores por los fuegos ordenados de los vivaques, incandescente a lo lejos por el incendio que abrazaba a trechos el horizonte, los olores de la vegetación silvestre humedecida por el rocío, el grito de algunos pájaros acuáticos, no sé qué armonías del silencio, aquella extensión infinita, dan a la Pampa, contemplada de noche, cierta magestad solemne, que seduce, atrae, impone miedo y causa melancolía... »



« — En el Pergamino, dice, se me apareció un viejo de setenta años, blanca la cabeza y cerrada de cabello como un faldero, y como un faldero, tenía los ojos lacrimosos.

Contaré la escena por lo cómica y para mostrar el disparate de Rosas en las reclamaciones a son de tambor mandadas a Chile contra mí. — ¿De qué Sarmientos es Vd. señor? — De los de San Juan, señor. — Sí; ¿pero de cuál, de cuál de ellos? Yo conozco a Tomás, a José y muchos otros que ya han de haber muerto. — Soy hijo de Clemente. — ¡Clemente! ¡Clemente, uno alto, que tenía una quemadura en la frente? Hace muchos años que viaja para Buenos Aires. — Ha muerto. — ¡Pobre Clemente! — ¿Y (*acercando la silla y echando una mirada en torno*), qué es del otro? — (*haciendo señas para el lado del Oeste*) — ¿Cuál otro, señor? — (*acercando la silla y marcando las palabras*) — El de Chile! — Soy yo, señor, — (*meneando la cabeza en señal de no haber sido comprendido y acercando la silla*) — ¡El que escribe! — ¡Bien, señor, soy yo! — Su paciencia se agotaba, acercó más la silla y me lanzó al oído la bruta parola: — ¡El que ataca a Rosas! Tampoco pude contenerme de reírme, explicándole menudamente el caso, cómo había venido, etc. Entonces el anciano empezó a retirar su asiento y mirarme con ternura; pero creo que con menos interés; ¿le sucedía lo que a Galán? ¡era yo un pobre diablo! »



Para completar la fisonomía de los actores, es bueno referir que Generales y jefes se burlaban de los planos y mapas que llevaba el Comandante Boletinero, fiándose de vaqueanos, cuyas «leguitas» calculadas a ojo, hacían de las etapas de la marcha cosa del acaso. No pasaron muchos días antes que las cartas topográficas empezaran a merecer más respeto y su dueño consultado a la par de cualquier vaqueano.

— « Recuerdo esto, dice, por mostrar cómo los Generales paisanos con su desprecio necio por las letras y los medios cultos de los Generales «fundillos caídos», aprenden a respetarlos, cuando se les dan lecciones prácticas como las que las daba la carta topográfica. »



Se divertía en hacer tirar piedras a los militares paisanos

de que venía rodeado, los que, en cuanto a ginetazos sobre todo, no podían oír ni una paradoja siquiera!

— Mejor que la nuestra es la caballería francesa que en Africa arrolla gauchos más de a caballo y más valientes que nosotros... »

— ¿Conque hay gente más de a caballo que los argentinos?

— Sí; los ingleses, que tienen mejores caballos, saltan zanjas de siete varas de ancho y cerca de dos de alto.

— Pero un gringo no se tiene a medio corcobo.

— Eso prueba su superioridad. Es preciso que seamos tan torpes, como somos, para estar expuestos a cada rato a perder la vida o un brazo, porque no sabemos educar bien un caballo. En Inglaterra no corcobean los caballos. En cambio, corren más que los nuestros, y les son superiores en fuerza y belleza, porque los ingleses saben más que nosotros de caballos. Ellos mandan hacer los caballos a su gusto.



Esas enormes heregías contra el culto del ginete pampeano, traía disputas terribles y una vez a un General que se desacía en insultos contra gringos, le hizo Sarmiento mostrar las manos...

— Están llenas de sangre y de expoliaciones, exclamó; no hable Vd. de gente civilizada!



Por fin, después de un encuentro de la vanguardia de caballería, en que fué arrollado el General Pacheco, apareció la planicie cuyo nombre debía llevar ante las generaciones futuras la chispa luminosa de una gran victoria que abriría una nueva era.

La participación de Sarmiento en la batalla de Caseros, debía ser la de un entusiasta que, sin funciones definidas y tascando el freno, no espera sino lanzarse a la acción. En medio de la jornada recibe orden de hacer avanzar sobre el Palomar una división oriental. Atravesando campo, lo detiene el Comandante Cándido Galván y lo salva de caer en una división rosista. Cumplida su orden, « carga espada

en mano con la división oriental, que tomó por asalto las posesiones enemigas, » según se expresa el General Mitre. Así tuvo la dicha de hallarse en lo mejor de la refriega sacando como trofeo del combate un estandarte de Rosas: el que conservó siempre y mostró al pueblo veinte años después en su glorioso discurso a la Bandera Nacional (1).



El 4 de Febrero Sarmiento fué a Palermo y escribió sobre la mesa del tirano, fechando de la « casa de Rosas », como punto final del largo « alegato de bien probado ». Aquella satisfacción, aquel grito de triunfo fué confirmado por la posteridad, plantando su estatua sobre el sitio mismo, iluminándola con el Apolo vencedor de las tinieblas. El parte oficial de la batalla de Caseros fué redactado por Sarmiento.



Empezaba de nuevo la vida civil, con las congojas y dificultades para conciliar las aspiraciones de los que, partiendo de rumbos opuestos, querían organizar la República, cada cual a su modo.

El vencedor de Caseros no era por entonces un genuino constituyente en el sentir de los pensadores que con su propaganda habían allegado elementos para derribar la tiranía. Urquiza creyó hacer un movimiento « federal » en el sentido de la palabra en esa época, con los federales y sus prácticas exteriores. Quizá se mostrara político prudente, manteniendo las situaciones provinciales tales como

(1) Cuando D. Nicolás Calvo provocaba a Sarmiento con insultos diarios, para que lo desafiara a fin de elegir las armas, el ofendido, firmemente resuelto a no hacerle el juego a su audaz contendor (según se narra en el siguiente capítulo), levantaba una información, requiriendo de personas honorables su testimonio si en tales o cuales circunstancias había llenado las prescripciones del honor, tal como se entiende entre caballeros. Esa información tenía por objeto su satisfacción personal y la de los amigos de su estimación, desdeñando la publicidad. Esos testimonios obran en nuestro poder, y entre ellos se hallan los del capitán Pedro Ballefín, su ayudante en Caseros y del teniente coronel Gregorio Dillon, certificando que no teniendo Sarmiento colocación forzosa en la línea, avanzó espontáneamente hasta colocarse al frente de ella en el punto, más avanzado, rogándole Dillon dos o tres veces, a medida que arceaba la metralla, que evitase peligro provocado sin necesidad. Que haciéndose notar el ayudante que eran el blanco de los artilleros, « tomó el galope arrojándose con entusiasmo en medio de un fuego de desesperados sobre la casa fortificada (el Palomar) en cuyo entrevero se perdieron de vista para no volverse a ver hasta después de concluida la acción ».

estaban para no decretar una inmensa anarquía; pero chocaba profundamente a los hombres de principios que anhelaban el triunfo de otros hombres y otras ideas, el que se mantuviera a los seides de Rosas y se les designara en un decreto ,« los guardianes de los pueblos! »

« Los unos estaban por la realización de las ideas porque habían combatido : los otros por obtemperar con las circunstancias. »

En este conflicto la piedra de escándalo fué la cinta colorada que Urquiza deseaba que los ciudadanos siguieran ostentando como divisa de la revolución federal y que los unitarios habían estigmatizado como símbolo de esclavo. No se trataba, como se ha alegado después de los colores rojos del uniforme militar de la época, sino de ostentarlos en el traje civil.

Sarmiento decía : — « La cinta para mí es cuestión de honor, pues no habría más que leerme lo que contra ella había escrito, llevándola ahora para quedar expuesto a la vergüenza pública. »

« — Yo no practico ni acepto el axioma de Rosas : de sacrificar a la patria, fortuna, vida y fama. Las dos primeras las he prodigado, a condicion de guardar la última intacta, tal como yo la entiendo, pues sólo a las mujeres les hace o quita la honra la opinión ajena. »

En una disputa con un hijo del General, dijo : —

« — Quiere uniformar los sombreros y dividir las opiniones. »



« — En lugar de la victoria que habíamos consumado con veinte años de sacrificios heroicos, un aliado traidor nos dejaba maniatados con las redes de la fusión, que consistía en poner de pie lo que habíamos echado por tierra, y hacer que en realidad no hubiesen « ni vencedores ni vencidos, » es decir, que continuase por la intriga la lucha que las armas habían terminado. »

Mientras tanto mil rumores circulaban, la aflicción ganaba todos los ánimos, y todos creían, en su desencanto, que se trataba de reorganizar la tiranía.

Hé aquí una escena contada por Sarmiento.

« Yo faltaba de Palermo ocho días... El Coronel Chenaut es un hombre vivasísimo que acompaña de sales, gesticulaciones y movimientos cómicos cuanto dice de broma. Estábamos en la sala de billar; y cuando ya me habían contado las ocurrencias del día, llegó mi turno, y entonces con aspavientos a la manera de Chenaut, dije con misterio : « tengo que contarles cosas muy importantes. Vean que no nos oigan! » — Mitre mismo, que venía conmigo y nada me había oído, prestó atención. Chenaut con chistosa travesura se levantó en puntillas de pié, abrió las puertas que daban al patio, asomó la cabeza, volvió a cerrarlas; recorrió las otras, abrió ventanillas y de par en par la puerta de la capilla de Rosas, cuyo altar e imágenes quedaron a la vista. Concluída esta ceremonia les dije : « siéntense y oigan. » Pero un joven de Buenos Aires que estaba ahí y me habían presentado (1) se paró de súbito, el pelo erizado, las manos crispadas, y con voz hueca y sepulcral, me apostrofó : ¡Pero señor Sarmiento! ¡Qué es lo que va a decir usted? Yo no quiero comprometerme! Yo... ¡El terror de Palermo; exclamé, señalándolo con el dedo y echándome a reír. Rieron todos y rió él mismo, avergonzado de aquella sublevación de la carne, del terror como en tiempo de Rosas; y cuando hubimos reído bien, fué preciso decir que yo nada tenía que contar y que sólo había querido hacer una broma a Chenaut; pero al paso salió aquella singularísima manifestación del estado de los espíritus. »



En esos días observó Sarmiento los orígenes del difícil problema de la posición del extranjero y su abstención de las responsabilidades políticas. « Los criollos gozan del derecho de que los maten, acuartelen por años sin salario y los arreen en las retiradas; los otros tienen la carga de trabajar con doble salario porque están garantidos de tropelías. »

« ¡Qué vá a suceder? exclamaba. Que el Estado va a ser gobernado por una minoría paciente, en favor de una mayoría expectante y garantida... » « La ciudad, *la cité*,

(1) Era el D.^r José Benjamin Gorostiaga.

deben componerla los que la habitan; defenderla los que vida y propiedad tienen; gobernarla todos, y sufrir sus cargas a la par de las ventajas de que gozan. »



Después de Caseros se produjo un escándalo que tuvo larga resonancia, entre Sarmiento y un Coronel Mur.

Antes de sublevarse Urquiza, se presentó en 1850, el Coronel Juan Mur en Chile, en casa de Sarmiento, a proponerle el Ministerio de Gobierno de parte de Don Juan Manuel Rosas, con todos los circunloquios y promesas que son de imaginarse para demostrar el decidido intento del tirano de enmendarse y constituir la República con la ayuda de los más eminentes de sus adversarios. Sarmiento contestó que recordaba la suerte de Beron de Astrada, sacrificado con idéntico engaño, y como el otro insistiese, no queriendo arrojar a puntapiés a un huésped, le dijo :

— « Dentro de dos años, lo encontraré en las calles de Buenos Aires y me prometo cruzarle la cara a chicotazos! »

En efecto, algunos días después de Caseros, en la calle de Cangallo, cerca de la de 25 de Mayo, frente al Teatro Argentino, lo encontró y le cruzó la cara con un rebenque.

El Coronel, después de salir su antagonista de Buenos Aires el 26 de Febrero, publicó en el « Diario de la Tarde » un factum titulado : *Asesinato frustrado y fuga del asesino*, donde se le ponía de oro y azul al que así había fugado. El Coronel B. Mitre salió noblemente a la defensa de su amigo y hemos oído de sus labios que su defensa le valió en Buenos Aires, donde era poco menos que desconocido, su primera popularidad.



Sarmiento se separó de Urquiza en los términos siguientes.

Buenos Aires, Febrero 23 de 1852.

« Excmo. Señor : Habiendo obtenido de V. E. el permiso de regresar a Chile, después de haber terminado la comisión que se dignó confiarme en el Ejército, he resuelto

aprovechar la próxima partida de un buque para Río Janeiro, para tomar desde allí alguno de los muchos que salen para el Pacífico.

« Aceleran esta resolución el lenguaje y los propósitos de la proclama que ha circulado ayer, siendo mi intención decidida no suscribir a la insinuación amenazante de llevar un cintillo colorado, por repugnar a mis convicciones y desdeñir de mis honorables antecedentes.

« Este acto por el cual me sustraigo a toda jurisdicción gubernativa, es un hecho personal, que en nada se liga con la conducta que guarden o hubieran de guardar otros, justificándolo mi radicación en Chile, y el ver, a juicio mío, malograda la esperanza de un regreso definitivo a mi patria.

« Que Dios ilumine a V. E. en la escabrosa senda en que se ha lanzado, pues es mi convicción profunda que se extravía en ella, dejando disiparse en un período más o menos largo, pero no menos fatal por eso, la gloria que por un momento se había reunido en torno de su nombre.

« Aprovecho esta ocasion de ofrecer a V. E. los respetos y la consideración con que suscribo de V. E. seguro servidor. — *D. F. Sarmiento.*



El 24 de Febrero se despedía de sus amigos en el muelle y encarándose con Mitre, le dijo estas textuales palabras, que él nos ha repetido y que muchos años después el General Mitre nos ha confirmado :

« — Mitre, será Vd. el primer Presidente de la República; pero no se olvide que me reservo la segunda presidencia... »



Su convicción de que, contra toda verosimilitud, el vencedor de Caseros estaba perdido, se halla expresada con energía al final de « Campaña en el Ejército Grande » :

« Un hecho solo me parece claro y conquistado ya históricamente y es que Urquiza, con el Congreso o sin el Congreso, con Buenos Aires o sin él, con las provincias o sin ellas, con el directorio o sin él, con los diarios o sin ellos, no será Jefe de la República. Esto me parece que

está escrito allá arriba, y siento de ello esa intuición indefinible pero firme, incontrastable, que he sentido siempre por los hechos fatales que las causas conocidas traen aparejados. »



« — Haciendo campaña a sus propias espensas con sus armas y caballos, como los antiguos capitanes españoles y dejando atrás familia y cuidados de fortuna, en busca de una patria libre y culta, por quince años de destierro suspirada, había costeadado el Atlántico y el Pacífico, remontando el majestuoso Uruguay y el fecundizante Paraná; atravesado las provincias argentinas Entre Ríos y Santa Fe; visitado las capitales Montevideo y Buenos Aires; batídome en mar y tierra; y, viajando y combatiendo, soportando rudas fatigas, y gozado de emociones profundas; observando lo que mis ojos veían y oían mis oídos; pensando y escribiendo y viviendo de la vida fácil del entusiasmo de la lucha...

« Ando peregrinando por la tierra de nuevo en busca de instrucción para el pueblo! Demonio escapado del infierno del destierro sempiterno, vuelvo, después de haber bajado al mundo de la vida, a recoger de nuevo la cadena que me tiene atado, lejos del pedazo de tierra que me fué por la naturaleza asignado por patria! ¡Emigrado otra vez! ¡Prófugo! ¡Proscrito!



El 8 de Marzo de 1852, a bordo del « Prince », navegando en rumbo a Río Janeiro, voluntariamente desterrado, junto con otros náufragos de la tormenta, entre ellos los parientes cercanos de Rosas, le decía don Juan Terrero :

« — Según los principios de Vds., estamos garantidos de toda responsabilidad...

« — Vd. debe suponer, le contestaba, que hay unos principios opuestos a los nuestros, y que Rosas en virtud de sus principios, podía impunemente degollar millares de hombres, confiscar la mitad de las propiedades, dilapidar el tesoro, e insultar a la naturaleza y la dignidad humanas.

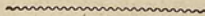
« Eran estos sus principios : los nuestros deben ser, no dejar impunes tales atentados.

« No sé lo que hará el gobierno de Buenos Aires; pero por lo que a mí respecta, hágame la gracia de decir a don Juan Manuel Rosas que aún me queda una misión para con él. Que bien puede salvar su cuerpo del patíbulo de que ha escapado, fugando al extranjero; pero que nos queda su execrable nombre, que como el de Quiroga, llevaremos a la posteridad para que lo maldiga eternamente. »



En su quinta de Yungay, en su nuevo destierro, había un día aceitado su espada y puesta al sol. Encontró el sablecito de lata de Dominguito colocado al lado de la espada.

« ¿Es esto un epigrama, escribía a Mitre, una burla, una lección? »



EL PUBLICISTA

1852-1860

La década pre-constitucional que siguió a la caída de la tiranía, época de discusión fecunda de ideas que servirían a la organización del país, fué en la vida de Sarmiento el período más caracterizado del publicista moderno, de una actividad incesante en la propaganda, aplicando sus meditaciones a cuanto pudiera traducirse en mejora práctica y realizable.

Era la tiranía de Rosas una consecuencia extremada y feroz, pero lógica y necesaria de un mundo que tenía su origen tanto en la barbarie indígena, como en siglos de despotismo ignorante y de opresión inquisitorial. « La guerra civil educa », ha repetido Sarmiento y debe creerse que la excitación de las inteligencias para combatir un régimen opresivo, debía producir las reacciones que preparasen el advenimiento de ideas nuevas.

Todo estaba en tela de juicio. La legislación debía discutirse a fondo y las costumbres políticas, las ideas tradicionales, las prácticas de la vida, hasta los modos de enriquecerse, todo debía reformarse y todo proporcionaba materia a un espíritu infatigable, profundo y práctico, para señalar rumbos, para combatir errores y siendo un batallador agresivo, un atropellador de rutinas, habría de levantar resistencias airadas del orgullo intransigente de los que dormitan en la conciencia de la tradición, de

manera que la implantación de mejoras que nos parecen triviales hoy día sublevasen protestas iracundas y la algarabía de polémicas injuriosas.

En su concepto, los hombres que habían luchado treinta años contra la tiranía, en nombre de la civilización, del progreso y de la libertad, debían a la vindicta pública el mostrar con los hechos, que no eran meras armas de combate y de partido las que con tanto éxito esgrimieron. Era su preocupación que debía aprovecharse esa época climática de reconstrucción y apresurarse, con una entereza de fe en el porvenir que asombra, de implantar medidas que serían resistidas más tarde por la creación de enormes intereses que les fueran un obstáculo. Quería regularizar la subdivisión de la tierra « distribuyendo a cada familia su « legítima de globo habitable y guardar para las generaciones futuras el espacio que reclamarán a su tiempo », de manera a solucionar para el porvenir el pavoroso problema social de la distribución de la riqueza — cercar las propiedades rurales — plantar bosques al infinito para cambiar la climatología y crear riqueza — ensanchar las calles de Buenos Aires aldea, en previsión de la futura metrópoli — crear un sistema de educación con rentas propias y propiedades inenajenables — solucionar la cuestión fronteras — policía civil y rural independientes del poder político — régimen municipal — cementerios libertados de denominaciones religiosas — mejoras de razas de animales de producción — exportación de carnes y de animales en pie — exposiciones agrícolas y de maquinaria — puertos en el sur — desarrollo de las islas del Paraná — sistema decimal — codificación — libertad de imprenta — leyes electorales — beneficencia — sistema rentístico — ferrocarriles y caminos — leyes rurales — abolición del pasaporte — nacionalización de extranjeros — *et sic de coeteris*, sin contar la algarabía levantada en los senderos sin salida en que la discusión solía extraviarse, tanto más acerba cuando menos asunto tenía. (1).

(1) Todo esto y mucho más se encontrará en las Obras, sin que haya nada que como pudiera suponerse, fuese sugerido a la imaginación del panegirista por lo realizado desde entonces, en gran parte sobre los impulsos de este anticipador de ideas.

Tan larga enumeración podría aplicarse a las tareas de un diario moderno, aunque en aquel caso y en ese tiempo, todos eran asuntos novedosos y nunca los abordaba con trivialidades, ni hacía concesiones a la preocupación arraigada, y en el desborde de sus conceptos apasionados, saltaban chispazos y expresiones de tan brutal oportunidad, que penetraban como una obsesión en las células cerebrales y servían de eficaz levadura para hacer fermentar al fin ideas que, más tarde, más temprano, eran ensayadas o realizadas.

Su mayor empeño consistía en convencer a las gentes del magnífico porvenir. Predicaba sin cesar que debíamos agrandar nuestro concepto de las cosas, antes que fuera demasiado tarde y costosa su aplicación.

Por encima de todos los asuntos, estaba el problema supremo de la unión nacional. Al deponer a Rosas, entendían muchos prohombres que no habría de substituirse una arbitrariedad a otra, habiéndose servido de un cuchillo de dos filos, de un instrumento manchado que ensuciaba las manos, y se obró la separación entre Buenos Aires y la Confederación, que bien pudo ser tan definitiva como la de la Banda Oriental, si unos pocos no hubiesen tenido la visión certera, siempre presente, de una patria grande, y que si podían « ceder al viento, no cambiaron de rumbo; si el viento era contrario, podían recoger velas, tenerse a palo seco, pero soltaban todo el trapo cuando corría favorable. »

Tan próspera y feliz era Buenos Aires como Estado separado, le era tan fácil levantar « su banderita de pulpería » y creerse « la República de Buenos Aires » (1) que pudiera haber olvidado su misión de ser la base económica y civilizada de la formación de una nacionalidad y era necesario recordárselo con prudencia a veces y con audacia y fuerza otras. Era indispensable también apartar de la discusión las vanas quimeras de teorías sin base, tanto como la ofuscación de las pasiones, a pesar de estar escribiendo sobre un suelo caliente aun del combate, y flotando el humo de la pólvora.

(1) Como se propuso denominarla y lo combatió Sarmiento.

Los actores del drama tendían a dispersarse aun antes que la nave hubiese naufragado y fué la gran tarea reunirlos de nuevo en la misma obra que los unió en Caseros. La brecha se agrandaba con la discusión acerba y la elocuencia del sentido práctico logró calmarla, ajustando el debate a los hechos existentes, al derecho de cada uno, fundado en instituciones anteriores, en doctrinas sancionadas. El egoísmo propendía a hacer cada uno su cocina, su fogón apartado, y se consiguió hacer conciencia de un porvenir de grandeza para todos reunidos, de manera que, lo que cada uno pretendía haber hecho bueno para sí lo generalizase a toda la República, forzando, por fin, a unirse todos los hermanos en una misma familia, después de haber liquidado en los campos de batalla sus malas pasiones.



Alberdi se puso al servicio de la Confederación y emprendió desprestigiar a Sarmiento, alejado voluntariamente del teatro de los sucesos. Se dice que en la polémica de personalidades iniciada con las cartas Quillotanas, Sarmiento llevó la peor parte, quedando Alberdi dueño del campo, lo que no nos empeñaríamos en atenuar.

En el concepto de Sarmiento la lucha entre ambas personalidades carecía de importancia. Donde estaba empeñada era en Buenos Aires y triunfando la Confederación, Sarmiento quedaba anulado y desterrado; triunfando Buenos Aires, como sucedió, Alberdi no levantaría cabeza.

Por lo tanto, el inmediato resultado conseguido por Alberdi, fué lanzar a Sarmiento como un ariete contra Urquiza. En cuanto a la polémica, a esta distancia, parece verse a un atleta encerrado en las mallas innumerables de una red, debatiéndose con esfuerzo desmesurado contra invisibles y escurridizas argucias que nunca se formulan y siempre reaparecen por vía de insinuación maliciosa y Sarmiento venciendo en los hechos y en la razón, quedaba ahogado en esa atmósfera mefítica de venenos disimulados.

— « Notará Vd., decía, que hay diferencia entre este lenguaje brusco y de soldado, improvisado en el calor de la indignación, y las melífluas perífrasis, difamaciones

oblíquas, que usted ha rumiado, estudiado, corregido y empapado en sutil e imperceptible ácido prúsico en sesenta días de recogimiento y meditación en Quillota.

« Pero yo tengo muchas plumas en mi tintero. Téngola terrible, justiciera, para los malvados poderosos como Aldao, Quiroga, Rosas y otros; téngola encomiástica para los hombres honrados como Fúnes, Balmaceda, Lamas, Alsina, Paz y otros; téngola severa, lógica, circunspecta para discutir con Bello, Piñero, Carril y otros; téngola burlona para los tontos. Para los sofistas, para los hipócritas, no tengo pluma; tengo un látigo, y uso de él sin piedad, porque para ellos no hay otro freno que el dolor, pues que vergüenza no tienen cuando apelan a esos medios de dañar. »

No está demás observar que los escritos de Alberdi en Chile fueron profusamente distribuidos y reunidos oficialmente en sus obras. Las réplicas de Sarmiento no cundieron ni penetraron de este lado de los Andes y recién fueron recogidos por este Editor de las obras completas en 1900; de donde resultó que ideas genuinas de Sarmiento fuesen atribuidas a Alberdi, y el público convencido de la superioridad de Alberdi.



Hay palabras que tienen el privilegio de alojarse en la memoria e impresionan más hondamente que los más sutiles razonamientos. De las amonestaciones de Sarmiento para la unión nacional no pudieron por muchos años desaparecer del recuerdo estas frases :

— « ¡Insensatos todos nosotros! La Confederación sin Buenos Aires es como aquel ginete que, durante el bombardeo por los ingleses, seguía galopando y parecía blandiendo la espada por las calles, mucho tiempo después que una bala de cañón le había volado la cabeza. El Estado de Buenos Aires sin las provincias, es como las cabezas de los guillotizados que continúan pensando y sintiendo largo rato...

« Oh! electores de Buenos Aires! Qué! Vais a llevaros el nombre argentino? Seríais ladrones. ¿Vais a dejarlo a otros? Seríais infames desertores. Vuestro triunfo os ha

puesto miedo, tan grande era, y habéis huído, como esos gallos de mala ralea, que cacarean al ver a sus pies cadáver al que tan duros golpes habían asestado. »



Un día en Chile lo tenían al Sr. Elordi acosado, atrincado contra la pared : — que Buenos Aires se tiene la culpa de todo — Buenos Aires va y Buenos Aires viene.

Hasta que Sarmiento se les enderezó :

— « ¡Límpiese la boca los cochinos antes de nombrar a Buenos Aires, que es la cara, la honra de la República! Qué serían Vds., aldeanos, sin aquella nuestra representación...! »

« Lo que reprocho a Buenos Aires, es no haber avanzado la partida de policía hasta Salta a recojer el fruto de la victoria y constituír la República. A los otros diré que no hay República Argentina sin Buenos Aires.

« De hoy en adelante, seré porteño en las provincias y provinciano en Buenos Aires. »



Habíase proclamado en el Paraná amnistia plena y reconocimiento de los grados militares y en esta virtud, en Febrero de 1854 llega a Mendoza en compañía de unos tres franceses que se le habían juntado en el camino.

Grande alboroto en la ciudad en que imperaba un sobrino del fraile Aldao. Delación en forma y acusación de traer un formidable armamento y una revolución. Lo llevan *in continenti* a la cárcel, donde cayó dormido boca arriba, como si se hubiera tomado todo el ópio de la botica. El hecho era que había cabalgado cuarenta y ocho horas seguidas y cuando lograron despertarlo para notificarle la causa de la prisión :

— ¿No es más que eso? contestó. No embromen con zonzeras. — Y pidió permiso para echar otro sueñito y fué preciso convenir que hombre que tal dormía era inocente hasta de pecados veniales, siéndole fácil demostrar que todo provenía de preocupaciones populares que lo suponían conspirador contra el « orden establecido » y que sus cómplices no lo conocían ni de nombre y el arma-

mento formidable se reducía a dos escopetas y un revólver.

Pero en la hora de la sentencia, apareció el enemigo malo del reo. El centinela que lo mantenía incomunicado en los altos del Cabildo, por preguntarle en vista de sus andrajos y porte marcial, si era soldado de San Martin, había llamado la guardia con voz estentórea : — ¡el preso HA HABLADO!... Dos días después era el mismo centinela que le hablaba quedito, diciéndole :

— Soy sirviente de don Indalecio. N. y anoche decía allí el juez Palma : « si Sarmiento no anda vivo, va a perder su causa.

Vuelta a pedir el reo el tribunal.

— Lea Vd. esté escrito y diga si su contenido es suyo.

A una ojeada reconoció al muy indino que era suyo genuino; pero de otra letra y autorizado al final : — « Es copia, Benavidez ».

— No conozco, señor, ningún escribano Benavidez en San Juan, y los conozco a todos...

— No; es el General Benavidez; léalo Vd. sin embargo.

— Es escusado, señor, no es mi letra y no es escribano el que certifica la copia y tales papeles un Tribunal de Justicia no puede aceptarlos. Ponga así señor Escribano ». — Y el semblante risueño de éste, acreditaba que había dado en la tecla.

Se le mandó retirar y fué absuelto.

Lo ocurrido era que desde Chile había escrito a Benavidez induciéndolo a separarse de Urquiza y reparar su ausencia de Caseros sirviendo de intermediario para la reunion de la República. Hubiera sido inútil que alegara que aquello era en virtud del derecho de petición que autoriza estos actos cuando son dirigidos al mismo gobierno sin escándalo.

Se paseaba muy ufano por la ciudad, haciendo alarde de su triunfo, a pesar de reiterados avisos de que tratase de regresar a Chile, que no podrían responder de su seguridad. Sarmiento calculaba que se había mandado aviso a Urquiza en cuanto lo tomaron, pero hacía sus cálculos de los veinte dias que debía tardar el chasque de vuelta

con órdenes y a los diez y nueve, poniendo los piés en polvorosa llegó sano y salvo a Uspallata, el día mismo que entraba un ayudante con doce hombres, con orden de conducir preso al Paraná al célebre conspirador. No se guardó el secreto al llegar el oficial, que lo creía preso y custodiado, y cuando supo que el pájaro era ya el condor que se cierne tranquilo sobre las altas montañas, contemplando las escenas de los valles, sintió la vergüenza de su situación.

Por documentos irrefutables sabemos el objeto del descabellado viaje que Sarmiento no había confesado. Iba a Mendoza con el propósito siniestro de establecer una Quinta pública de Agronomía y trazar un pueblo en Uspallata para una aduana común, cosas que había sugerido y convenido con el Ministro de Mendoza, Dr. Gil, quien se hallaba ausente a su llegada, reemplazándolo el jefe del club, corresponsal de Alberdi.



Encuentra en Mendoza a su antiguo compañero de emigración el poeta D. Juan Gualberto Godoy. Se abrazan y entre las expansiones nota Sarmiento lo flamante de la vestimenta del vate y le dice entre broma y serio :

— Hombre, a tí no te hacen caso en Mendoza, puesto que estás suelto, mientras que a mí me honran con tenerme miedo, de donde resulta que esos pantalones nuevos que tú ostentas vanidosamente me quedarían mejor a mi...

Y los pro-hombres cambiaron pantalones sin chistar.



No podía amoldarse a la idea de ser otra cosa que argentino y mientras creía inútil su esfuerzo para arribar a la unión nacional, pensaba alejarse a los Estados Unidos para fundar desde allí una vasta propaganda a favor de las bibliotecas populares, aunando a las repúblicas de habla española para la mayor publicación de libros en nuestra lengua. El Presidente Montt le ayudaba y le tenía concedido credenciales para representar a Chile en esa misión.

Los sucesos dispusieron de otro modo y no tuvo que estrellarse contra las resistencias que sufrió más tarde en el mismo propósito.



Celebrado el tratado de 20 de Diciembre 1854 entre Buenos Aires y la Confederación, no tenía razón de ser su alejamiento, y emprendió viaje a Buenos Aires por la Cordillera; pero a la bifurcación de los caminos, en Uspallata, no pudo resistir al impulso de irse a retozar en su querido San Juan, donde reinaba aún Benavidez que nada había aprendido ni olvidado, a pesar de Caseros.

De un galope recio y tendido se introdujo a la ciudad en Marzo de 1855... « Que ha llegado Sarmiento — que lo han visto galopando por la calle ancha — que entró a su casa — que es él y no puede ser otro... »

Una hora después, la ciudad semi-aldea estaba en ascuas. Las comadres se pasaban la noticia, los ayudantes se cruzaban en todas direcciones, la casa de gobierno se convertía en fábrica de cartuchos y estado mayor general en previsión de la revolución.

Al día siguiente recibe en su casa, rodeado de sus amigos, una orden perentoria de salir del territorio de la Provincia en el término de veinte y cuatro horas.

Seguido de Rawson, se presenta Sarmiento en el despacho del Gobernador (que lo era un sustituto el coronel Pancho Diaz); previene al entrar que necesita una conferencia reservada y debe salir el jefe de policía, a lo que accede refunfuñando. En seguida, en presencia del General Benavidez, discute la orden de destierro, pena mayor que no tenía S. E. facultad de imponer, y entrando en materia, recuerda a Benavidez cuantas veces ha intentado señalarle rumbos de conducta que lo hubieran colocado en posición respectable y mientras el país estaba en armas prefería quedarse en casa oprimiendo mujeres. — A lo que Benavidez socarronamente meneaba la cabeza : — « qué don Domingo! Siempre el mismo!

El orador se fué exaltando, hasta echarle en cara a Benavidez todos los errores y las faltas cometidas y en una fulgurante peroración le hacía entrever las tempestades

que se acumulaban en el horizonte y acabarían por barrerlo de la escena...

Al retirarse, Rawson seguía sus agitados pasos, y solamente al llegar a la plaza se animó a decirle :

— Sarmiento, cómo se atreve?...

— Cá!... de miedo, pues!



Tratábase en 1855 de salvar los pantanos de Flores que detenían tres meses las carretas de maíz de Mercedes y sepultaban y tragaban, en un abismo insondable de barro líquido, los bueyes, ganados y aun las carretas. Hiciéronse los estudios, trazóse la línea de lo que debía ser el ferrocarril del Oeste y ya daban por realizado el prodigio del ferro-carril de *dos leguas*, cuando se levantó la voz de un potentado temible, un hombre en boga entonces; y con la voz amenazante del Landlord, diciéndole a *la línea recta* : « por aquí no pasarás. »

La consternación fué inmensa y se daba por abandonada la obra del patriotismo. Pusieron la demanda a Sarmiento, recién llegado a la sazón, lo llevaron al lugar del siniestro, a ver el cerquito de zarza mora y pitas que se ponía por delante.

El Nacional del día siguiente a aquella vista de ojo, mandó el remedio para curar estas enfermedades locales. En un artículo terrible de franqueza indignada, señalaba al gran acopiador de tierras como pariente y paniaguado del tirano, quien repetía lo que Rosas hizo en tiempo de Rivadavia, cuando mandando el juez poner los mojones linderos con Videla Dorna, los mandó sacar con sus peones y hacer sus necesidades en el agujero.

Tan amenazante era el escrito que el malavisado propietario rompió al día siguiente con sus manos el cerquito de tunas.



EL EDUCADOR — La época en que Sarmiento actuaba en Buenos Aires fué la de mayor y más eficaz propaganda para hacer de la educación común una institución fundamental. Era una época de reparación y de preparación,

d'enfancement, en que la razón no estaba divorciada con las brillantes ilusiones, con las grandes esperanzas, con las creaciones de la imaginación. La vida era una labor, una novela y un poema.

Desde la invención de las letras, siempre hubieron privilegiados que recibieron cierta educación y cuanto se había hecho hasta entonces en estas regiones quedaba limitado al beneficio de oligarquías pudientes. La revolución que debía obrarse, abarcaría el problema social, para colmar los abismos de las diferencias establecidas por el acaso, y hacer del cultivo de las inteligencias la condición previa de la felicidad humana. Los analfabetos no pueden conocer los atributos de la justicia inmanente y no pueden aspirar a ellos; no pueden mesurar las calamidades del mal y por tanto mitigarlas; no pueden pesar la degradante servidumbre de la superstición y por tanto su reino nunca sería abolido. Debía abarcar tan vasta idea todos los ideales de la república, como irrealizables sin republicanos para comprenderlos. « — La escuela de hoy es el programa
« de la política dentro de diez años, cuando los niños sean
« ciudadanos. ¿Créen Vds. que se podrá siempre falsificar
« elecciones y simular la voluntad de un pueblo sin volun-
« tad? Un pueblo ignorante elegirá siempre a Rosas. —
« Hay que educar al soberano. »

Debía abarcar toda la civilización : — « La educación
« más arriba de la instrucción primaria, la desprecio como
« medio de civilización. Es la educación primaria la que
« civiliza y desenvuelve la moral de los pueblos. Todos
« los pueblos han tenido siempre doctores y sabios, sin
« ser civilizados por eso. Son las escuelas la base de la
« civilización. »

Un sujeto que sabía más en matemáticas que Newton, por haberse aprovechado de las adquisiciones posteriores, quería hacer poco demostrarnos que Monsieur Ohnet debía tener más literatura que Shakespeare y ser el *Maître de Forges* superior a *Macbeth*, por razón demostrativa y por lógica inducción. Con tan inocente criterio, un cualquiera de entre nuestra generación podría medirse a la talla del apostolado que se trazó Sarmiento, por más que nadie

es bastante osado en el día para emprender la realización de su idea en toda su magnitud, de altísimo programa socialista.

La tenacidad del propósito que ni pudieron desviar sucesos tan diversos y trágicos, ni los intereses de la ambición, la actividad de propaganda que nunca fué amenguada ni aún por la resistencia de la socarrona ironía de sus más indulgentes amigos, el entusiasmo de su fé y su vasta « locura », fueron, sin duda, parte de su mérito; pero no fueron su mérito todo entero y debe hacerse fuerza de remos remontando la corriente de ese pasado de ayer, tan lejano ya de nosotros, para divisar toda la mole del obstáculo y todos los escombros en torno.

Para concebir tal idea en tal época, se necesitaba haber hecho abstracción de la menudencia de los sucesos contemporáneos y haberse orientado desde lo alto sobre la marcha de la humanidad, para descubrir la necesidad de educar las fuerzas productoras del hombre, única garantía de conservación y de aumento de la moralidad del espíritu. Era necesario examinar las instituciones de los diversos pueblos, penetrar los principios que las rigen y atisbar los nuevos desarrollos que estaban en gérmen, para aleccionarse en los elementos dispersos de la ciencia educacional, y tener como estadista la intuición de las grandes cuestiones sociales, de moralidad, trabajo, criminalidad, ejercicio de los derechos políticos y la urgencia de acudir a la raíz y cegar el mal en sus fuentes.

Para desempeñar su tarea, donde todo debía improvisarse, habría de ser maestro de escuela, a fin de comprender la eficacia de los métodos de enseñanza como medios mecánicos de producir ciertos resultados y haber alcanzado en sus meditaciones hasta adelantarse a grandes saltos sobre su tiempo, (1) y haber alcanzado práctica tal que le permitiese estar en todo, salvar todos los inconvenientes y descender sin derogar a las humildes ocupaciones del pedagogo, dando la medida de una banca, el bosquejo de una escuela, o los libros de lectura adecuados a la compren-

(1) Es opinión de eminencias pedagógicas que en Sarmiento se hallan los gérmenes de lo más adelantado que se conoce en la materia.

sión infantil, componer silabarios o reunir los elementos que deben constituir una ley de enseñanza.

Era preciso para importar en nuestra América española la instrucción primaria, ser literato lo suficiente para apreciar lo que en el idioma sirve a la fácil propagación de los elementos de enseñanza y qué libros, tratados, textos, no pesaba aún nuestra lengua; para inventar métodos, introducir tratados y estudiando el conjunto de la bibliografía española, encontrar en la falta de libros la causa y el efecto a la vez de la inferioridad intelectual de que entonces padecía.

Para iniciar la reforma, debía ser publicista, autor, periodista, a fin de obrar sobre la opinión pública, por medio de esa iniciación lenta, pero constante, diaria, seguida por años, que cambia insensiblemente las ideas, que introduce otras nuevas, que hace nacer convicciones en la masa de los hombres que influyen en los destinos de las naciones.

Preciso era para todo esto disipar el tiempo y posponer consideraciones de fortuna y elevación personal, perseverando en una idea fija años y años, mientras cambiaban a su alrededor gobiernos, ministerios e instituciones, y crugía la tierra bajo las plantas, sacudida por las revoluciones en que no había de desdeñar tomar participación, a fin de destruir obstáculos, de otro modo insuperables, para todo progreso y mejora intelectual.



Fué todo un conflicto el que tuvo con la Sociedad de Beneficencia sobre la dirección a darse a la educación de las mujeres.

La respetable Sociedad creada para administrar la caridad pública en épocas patriarcales, debía ser insuficiente en ciencia educacional cuando la aldea se transformase en gran ciudad. Para Sarmiento Buenos Aires, aldea en realidad, era el plantel de una de las grandes ciudades del mundo y pretendía organizar sus servicios para ese futuro que él solo veía próximo y los demás no veían sino tal como era, dentro de sus reducidos horizontes.

La Sociedad quería conservar la dirección de la educación de las mujeres y Sarmiento incorporarlas al plan de enseñanza común, para crear madres directoras de la educación de sus hijos y crear maestras para utilizar factores de otro modo inútiles en las sociedades modernas.

Esas ideas precursoras han vencido al fin sobre las instituciones caseras de antaño, salvo en lo que respecta al Asilo de Huérfanas que aún se maneja bajo el antiguo concepto.

La guerra encendida daría materia para la más entretenida de las comedias, si fuera posible teatralizar las emboscadas y dificultades que las damas suscitaban a su antagonista, así como los zarpazos leoninos que éste lanzaba, cuando se veía acosado y vencido en su forzada cortesía. « A las mujeres debe tratárselas con cariño siempre, mucho más si se ponen bravas. »

— Nadie mejor que nosotras para educar a esas pobres huérfanas, decían las matronas.

— El mal está en que las eduquen Vds. que no sabrán hacer de ellas sino señoritas con muchas artes de ornato y para ganarse la vida, nada. La física distingue los cuerpos en conductores o no conductores del calor o de la electricidad. Las mugeres son poco conductoras del pensamiento y muy conductoras de la electricidad religiosa...

— Les inculcaremos moral y religión...

— Ahí está el error. La moral nace del trabajo; no se produce con rezos, sino con la educación y la aptitud para el trabajo. Van a criar sabandijas devotás. En lugar de dejarles creer lo que nada produce, deben ser educadas para ocupaciones útiles que las salven de seguir produciendo « huérfanitas » para el hospicio.

— Haremos de ellas excelentes compañeras para las familias.

— Hagan maestras de escuela. Para educar a los pueblos bien y barato, nada mejor que la mujer.

— La administración de hospicios y escuelas, agregaba, requiere conocimientos superiores a los estudios de las señoras y éstas están colocadas en una altura social

que las hace irresponsables en caso de malversación o de incapacidad.

— Cosas de Sarmiento! exclamaban ellas.



Entre las solemnidades que se celebraron para la repatriación de las cenizas de Rivadavia, hubo un funeral en la Catedral, donde Sarmiento se halló colocado cerca de las matronas de la Sociedad de Beneficencia.

Se usaba en esas ceremonias que cada uno tuviera a un momento dado un cirio encendido y al distribuirlos, Sarmiento indicó al sacristan no les diera a esas señoras.

— Sarmiento porqué nos hace semejante desaire?

— Ustedes no tienen vela en este entierro...

La gracia estaba en que siendo las damas de Beneficencia de las familias más ricas, pertenecían todas a la aristocracia que había sostenido a Rosas y no tenían vela en el entierro de Rivadavia.



Siendo don Juan Bautista Peña un honorabilísimo personaje acaudalado, representante genuino de su tiempo y poseído de un como aristocrático desden por toda innovación, habría de despreciar a ese maestro pobretón de Sarmiento que venía de atropellador de rutinas.

Al primer encuentro, solicitando Sarmiento la dirección de las escuelas, lo que no era mucho pretender, don Juan Bautista encontró medio de herirlo profundamente, aludiendo al sueldo y declarando con « *su seboso aristocrático desden* » que todo eso era para arruinar a los estancieros.

— Nos hemos enriquecido porque nuestros capataces en las estancias no saben leer! — ni una hoja de cigarrillo se ha escrito jamás en nuestra estancia! — A lo que replicaba el maestro : — no llevan escrituras para conservar la conciencia tranquila sobre los robos de ganados alzados con que se enriquecen — Vd. se ha de morir sin cercar sus estancias.

— Nada de caminos, decía el estanciero; la pampa toda es camino!

Sarmiento se la guardaba y cuando fracasó Peña en su

negociación en el Paraná para la reincorporación de Buenos Aires, escribió de su buena tinta varios artículos cruelísimos para el amor propio del importante rico home. Tratándose de elecciones, hizo un poema épico admirable de las del año 1831, donde fracasaron los héroes de la Independencia acaudillando al pueblo, ante un atentado de atrio cometido por un honrado tendero, que era el mismo J. B. Peña, comparando su acto inconsciente al de la perrita que incendió los manuscritos de Newton y al caballo que destruyó la dinastía de Luis Felipe, matando al duque de Orleans.

— Si a cada uno de esos mozos que se llaman liberales, exclamaba don Juan Bautista, se les da vuelta patas arriba, no se les caerá un cobre del bolsillo.

— Patas arriba o patas abajo, a Vd. no se le caerá jamás una idea. Toda su respetabilidad la debe a la procreación espontánea de los toros alzados de su estancia.

Todo lo cual nunca impidió que ambos conservasen el respeto que el otro merecía.



Una de tantas veces que Sarmiento emprendía una campaña contra las preocupaciones prevalentes y hacía surgir adversarios como por encanto, su viejo amigo Tejedor, le decía en vía de consejo : — « Vd. se pierde! »

— Hace muchos años que vengo perdido, ¿qué extraño será que ande perdido algunos más? Estuve perdido cada vez que no hice los disparates que Rosas, Benavidez y Urquiza quisieron que hiciera. Me pierdo a cada rato, pero siempre caigo a la huella, como las mulas de mi tierra.



Se le tachaba de ideólogo, de utopista y de no conocer tanto el país como los hombres prácticos que no habían leído tanto como él.

— No es el patán el que conoce el país en que vive, si no habrían doscientos mil conocedores de su país en los labriegos que lo habitan, más capaces de juzgarlos que los hombres de estudio que consagran sus vigiliass a encontrar la causa de los males y la fuente de la riqueza. No se

violan los principios, so pena de vivir envueltos en los desastres que trae la falta de principios, ni los hombres que nada saben, pueden saber la cosa más difícil, lo que no sabe en país alguno, uno en cada millón de habitantes, que es conocer el suelo que pisan. A conocerlo los que sólo tienen ojos, las vacas que lo recorren palmo a palmo lo conocerían mejor que los geólogos.

« No hay *utopistas* más osados que los ignorantes con poder, precisamente porque no están en antecedentes. Rosas es una utopía sangrienta. El caudillo no posee otra ciencia que la larga práctica del país y sus relaciones con los paisanos; bien entendido que el día que le déis el poder, os amarrará a vosotros, estrujatá a los paisanos y saqueará el país para hacer su fortuna y saciar sus apetitos.

« Son ideas las que regeneran o pierden a los pueblos. La falta de ideas es la barbarie pura. Hacéis el mayor abuso de la inteligencia, despreciándola para adular las preocupaciones del vulgo. Estudiemos.



Después de las grandes tiranías, queda por una generación una anestesia moral que impide corregir los abusos que dejaron. Tras la crueldad del tigre, viene la doblez del lobo, la sutileza de la zorra. El fraude es acariciado como una virtud.

Después de Caseros hubo una singular aberración del espíritu público. Lo que excitaba la admiración de toda la juventud de entonces, eran las intrigas, los cubileteos, las engañifas. El pueblo se había quedado pícaro con treinta años de educación de tiranía.

Las elecciones de 1856 fueron las primeras a que asistiera Sarmiento en Buenos Aires y fué tal la indignación que le causaron las torpes pillerías y los bestiales atropellos presenciados, que lanzó un artículo brulote en *El Nacional*, cayendo amigos y enemigos en la volteada. « Así se falsifica la conciencia pública, así se engendran los atentados. Apruébense esas elecciones; declárese que el fraude y la violencia se han practicado en todos tiempos y se practicarán en adelante y las cabezas de sus hijos van a pagar

mañana el crimen político cometido por la inmoralidad de los padres. »

Nunca dejó de insistir, desde entonces, en que debía darse una buena ley electoral, fracasando todas sus tentativas ante la doble intención de los pillastres políticos que mantenían leyes de elecciones para trampear las elecciones.



— ¡Los caballos no votan ! — y con este raro descubrimiento se acabaron las cabalgatas atronadoras en las calles, con cuyo ruido se ganaban las elecciones.



Se le ha reprochado con frecuencia que pensara según el lugar en que estaba y hacer pesar su fuerza de razón o de pasión, dando preeminencia a la Legislatura cuando era Senador, al Ejecutivo cuando era Presidente, al Gobierno provincial cuando era Gobernador.

Mientras no importase negación de principios, no fuera esto sino consecuencia de la superioridad individual y para evitarlo necesitara apagarse a sí mismo; pero más de una vez supo llamarse él mismo y llamar a otros a la proporción del caso.

Eran municipales fundadores Marmol, Sarmiento, Lorenzo Torres y solía presidir como Ministro Valentin Alsina y ya se puede imaginar el carácter que iban tomando las discusiones. — Torres hacía oposicion al gobierno. Marmol creía, como el Hércules de los argonautas, que del lado en que él remaba, se inclinaba la nave del Estado. Alsina, pomposo ministro, proponía leyes nacionales a causa de una pobre inscripción en la Pirámide, mandada por el antiguo Cabildo.

Prolongándose el debate y magnificándose el horizonte, Sarmiento replicó una vez : — No debemos salir de nuestro humilde terreno : cuando el Sr. Alsina se siente en el Congreso, propondrá leyes para honrar la memoria de los héroes de la Independencia; cuando el Sr. Marmol escriba la historia nos pintará esas escenas grandiosas; cuando el Sr. Torres esté en la Legislatura, dirá esas cosas al gobierno; pero aquí estamos encargados como municipales, del barrido

de las calles y de sacar las basuras, y todas esas grandezas y retóricas amplificaciones, están fuera de lugar. Hagamos algo útil para que no se nos aplique la observación taimada del paisano, al ver la lozanía de ciertas plantas : muchas guías y zapallos nada. »



Los POSTES — « Pero la duodécima hazaña de Hércules se queda petiza, enana, al lado de aquella del Cid Campeador, cual fué arrancarles a los viejos porteños sus inventerados postes. La caída de Rosas costó menos sangre, porque en verdad costó poquísima, ni tan sendos hachazos descargaron sus Genísaros, como los que abatieron el orgullo secular de los postes de Buenos Aires; ni el su per años repetido : ¡MUERAN LOS SALVAJES! mató a todos los salvajes, pues quedan muchos por desgracia en la Prensa y en la Pampa .

« ¡Cómo fué de fulgurante el grito de exterminio de Sarmiento, que van repitiendo todavía los ecos de los Andes : ¡mueran los postes porteños! porque ya no los había en el mundo, ni aun en las provincias, tan atrasadas en otros puntos : gobiernos de hecho, electores, etc. » ¡Qué San Bartolomé, ni qué berengena! (no aludimos a D. Bartolo, esto es otra cosa.) Aquí no escapó nadie. Es hoy una raza extinta, cuyos restos recomendamos a la sociedad antropológica, americana, argentina y porteña, que dirigen Lopez y Moreno; porque antropófagos se mostraron entonces los porteños contra los postes. Peor que eso, inquisidores como el *Eco de Córdoba*, verdaderos descendientes de Torquemada, pues los entregaron a las llamas con feroz alegría.

« ¡Paz a sus cenizas!

« Fáltales empero, un Homero que cante aquella jornada, más tostada que la de Sierra Chica o la de Sierra Morena. Recordaremos sólo las efemérides.

« Abrese la campaña contra los postes, al son de clarines de los heraldos de Sarmiento. Se les denuncia, no de vagos, porque es justicia que se les debe, nunca se movió ningún poste de su puesto, sino de estar mirando todo lo que pasa por la calle, siendo sospechosos de haber ejercido el oficio

de espías y delatores, durante la tiranía de Rosas, quien los consideraba parte y muestra de su política. En prueba se alegaba que no había postes más gordos, más firmes, más alineados y cuadrados que los de la casa de Gobierno mismo. (La que fuera antes la casa de Rosas.) Los médicos los acusaron de varias hernias producidas por los encuentros de los que no siendo porteños, pretendían llevárselos por delante, como piensan los extranjeros hacer con los hijos del país. Una criada, mal criada, depuso que al dar paso la niña a un caballero, entre el poste y la pared, como era necesario dar vuelta cual torno, el caballero le había dado un beso a la niña, o la niña al caballero, de lo que no estaba cierta; pero las mamás recordaban (no los besos por cierto, que de eso son incapaces), sino que cuando usaban peinetones de dos tercias de ancho (histórico), no habiendo espacio ni para el paso de una sola en la vereda de los Llavalloles (tres cuartas de vara de ancho), si se encontraban dos rivales, tenían que estarse mirando de hito en hito cinco segundos, mientras describían la vuelta giratoria para no tomarse por los cuernos, y podían a mansalva descubrir cuán gruesa la capa de solimán que emblanquecía sus hermosos rostros; haciendo así capital político para la lucha por la existencia.

« Mire Vd. a quién! Propusieronle conciliación a Sarmiento : — ¡abajo los postes! — Dividióse la ínclita ciudad en conservadores o rosines, o liberales y jacobinos. Hubo por un momento una fracción *juste-milieu*, que aconsejaba rebajarlos hasta la mitad; apoyaron los médicos (entonces no habría nacido el Dr. Wilde), presintiendo que habría más tibias rotas que si hubiera pasado en la Cámara el proyecto de *ambos rechazos*.

« El partido conservador tuvo su Guizot, su Frías, en el historiador Dominguez. Consultados, decía, crónicas y edictos del Cabildo, sosteniendo que los postes son anteriores a la ciudad, como aquel otro que pretendía que la Providencia en su infinita bondad había puesto un río al lado de cada ciudad para que bebiesen agua sin ir más lejos. Demostróse el error cronológico que tomaba el efecto por la causa, y la causa por el efecto a un tiempo, y aban-

donaron este terreno. Atrincherándose en seguida en la hipótesis que se habían puesto los postes (hallando relaciones etimológicas entre *puestos* y *postes*, oh! gramáticos!) para guardar las veredas contra los caballos que conducen las carretas; anacronismo! les gritaron los adversarios, las carretas de la campaña venían antes tiradas por tardos bueyes. Al contrario, solían tomarse de una asta en el poste, e interrumpir el *progreso*.

— Yo hablo de carretillas y carruajes.

— Los postes son anteriores a estos vehículos, pues en San Juan donde no eran conocidos a mediados de este siglo, si no es la caleza del Santísimo Sacramento, ya habían postes, aunque truncos y descabalados, al frente de casas antiguas y aristocráticas que se nombraron al efecto.

« Este punto queda fijado. Los postes eran posteriores a los carruajes y anteriores a los porteños. ¡Parece paradoja! el eruditísimo Sarmiento hubo de probar con la historia de la edad media en la mano, que los postes eran emblema feudal, un signo de hidalguía que rodeaba las casas señoriales, o solariegas y se llamaba casa de cadena, lo que era decir de muy alta alcurnia, aquella que ostentaba de Poste en Poste una cadena de festón; y como todo godo que venía a América adquiría por ende el DON, bien así como todo mozo bien parecido lleva el de DOCTOR, por ser, dicen, un atractivo para las jóvenes que desean dar esperanzas a la patria, resultó que todas las villas y ciudades de América fueron decoradas con líneas de postes, contra la creencia vulgar porteña que pretendía que, cuando decimos que el Sol sale por Antequera, se alude al canal de este nombre que está en las islas al Este de Buenos Aires. Rosas, el sostenedor de esta teoría, mandó conservar los postes por decretos policiales y reponer los rotos en la época del blanqueo.

« Ya parecía que nadie tomase la palabra, lo que era señal de que todo iba a acabar en nada, a usanza parlamentaria, « mucho ruido y pocas nueces », o según la traducción americana, « muchas guías y zapallos... nada », cuando un revolucionario de aquellos buenos tiempos, en

lugar de pasar a la vereda de enfrente a cortarles los postes al adversario conservador, como ahora se estila en materia de fraudes y gobiernos electores, toma la heroica resolución de cortar él mismo sus propios postes. El heroísmo es contagioso, como el bostezar, o el reír, Sarmiento lo ha dicho. A una cuadra más lejos, se abre otra brecha de diez varas, y de distancia en distancia se divisan varias soluciones de continuidad; el desmonte sigue, las hachas fulgurán en el aire y sus tremendos cadenciosos golpes conmueven los corazones empedernidos de los obstinados conservadores.

« Ataque decisivo. El gobierno de don Pastor Obligado estaba en contra de estas innovaciones, pues que, aunque enemigo de Rosas, no era franca y estúpidamente revolucionario como otros. Un asistente o el centinela delató la oposición : fué a recostarse como de costumbre en uno de los postes de entrada; y zas! el poste cede, el centinela le sigue y ambos dan con su humanidad y su poste-rioridad en el suelo.

« Era cosa de no creer aquello. Parecía milagro de Santo Domingo, en Jachal. Van a tantear otro de aquellos modelos antes de firmeza, que habían impreso a la historia porteña de 1820 atrás y adelante su horror al cambio y a las revoluciones, sentimiento que Rosas explotó hábilmente; y todos los postes, unos tras otros, fueron cayendo, todos estaban aserrados por la base, habían sido cruelmente degollados en la noche! Oh! mazorqueros!

« ¡Maldición! exclamó su Excelencia, al ver y comprender lo sucedido a los acontecidos Postes! No había ya que dudarle, otras ideas habían triunfado. En vía de precaución, se mandó acuartelar la Guardia Nacional, se decretaron algunos arrestos preventivos de sospechosos. Pero en lugar de subir, las onzas bajaron en el Canvati (1), debiendo suceder lo contrario si fuese aquello síntoma de revolución. Las gentes suspiraron, la Patria estaba salvada, sin mayor derramamiento de sangre, que según buenos autores, es bueno de *cuando en cuando*... Personas hubo que caminaron la cuadra de la casa de Gobierno y volvían

(1) Canvati, nido de abispas. Así se llamaba la Bolsa de comercio.

a andarla de regreso, para ver si faltando los postes se podía andar sin bastón y sin apoyarse a la muralla; y observaron con deleite que tras de dos o tres pasos vacilantes y con extender los brazos a los lados, en previsión de una caída, un porteño de entonces podía marchar sin Postes, ni más ni menos que cualquier otro bípedo extranjero, acostumbrado desde la infancia a marchar sin andaderas.

« ¡Oh pueblo feliz! con qué miradas de gratitud y de ternura pagaban a su libertador Sarmiento durante esos ocho días, el servicio prestado a su país! Hoy lo han olvidado. ¡El ostracismo!

« Cuando ya no quedaban postes, raros y de trecho en trecho, como se usaban los dientes en cierta edad, antes de la invención del dentista, la Municipalidad decretó la supresión por completo de los que quedaban, como hacen siempre las Municipalidades que siguen con sus bueyes atrás el paso de la carreta.

« No se acuñó medalla alguna; no quedó inscripción que recuerde hecho tan negativo, ni de eliminación tan completa, de uno de los primeros elementos de la vida social de las colonias, pues la colonia en Buenos Aires no desapareció en Caseros, como lo pretenden los historiadores, sino cuando se cortaron los postes.

« Sarmiento dió libertad a los porteños; digan lo que quieran los que no han marchado después, escoltados por una eterna hilera de postes. Nadie se escapaba! La calle era puros pantanos. Y sin embargo, cuando discurre solitario por las veredas, cabizbajo, bajo el peso de algún remordimiento o la preocupacion del día, parécele ver la cabeza de Banco de trecho en trecho (1), que lo acusa y denuncia a la posteridad diciéndole, con la voz sin sonido de Banco y de los Bancos y de los postes : « FRA-TRI-CI-DA! como en el Duque de Vico, ven y con nosotros baja, que ya va siendo tiempo! »

(1) Muchos años después se veían en las aceras los postes recortados a raíz del suelo a vara y media de distancia unos de otros. Este escrito es de *El Nacional* 1878, entre reminiscencias para evocar antiguos servicios.

Y Legislaturas, Fiscales, Gobernadores, Bartonilos y *tutti quanti*, le vienen empujando a la *subeé*.



LAS ISLAS — De tiempo atrás, desde el destierro, Sarmiento miraba en el mapa el extenso Delta del Paraná como destinado a ser rival en producción del valle del Nilo; pero cuando pudo contemplar esa región singular nacieron los amores más duraderos de esa alma entusiasta., Aquella tierra en formación, húmeda y caliente como en los trópicos, blanda y profunda como en los invernáculos, tierra de aluvión arrastrada desde los feudatarios del Plata, y formando una naturaleza virginal, de canales silenciosos, de vegetación delirante que creaba la poesía grandiosa adecuada a su espíritu, la que fuera la realidad de un mundo pronto a brotar de aquellas entrañas feraces.

Sus contemporáneos de costumbres sedentarias o arraigados a la pampa desnuda, y poco preparados a gozar profundamente las bellezas naturales, atribuían a chifladura su entusiasmo, tolerándole sus mejores amigos esa aberración como le toleraban indulgentemente sus ideas de educación en mérito a otras cualidades que sabían apreciar. Otros le ridiculizaban hasta el escarnio todo cuanto hacía en las islas y muchos años después, cuando en 1874, *La Nación* hacía un juicio retrospectivo de su presidencia, recordaba que Sarmiento había tomado posesión de su isla disparando tiros de su carabina, razón por la cual no podía haber hecho una presidencia potable. Y la verdad era que aquella festiva imitación de la toma de posesión de tierras nuevas de los antiguos conquistadores, entre chacota y risa, tenía por alcance lo que soñaba de grandezas para el porvenir.

Si se analizaran los componentes de lo que han proporcionado los entusiasmos de un hombre, se estaría muy cerca de conocer los motores internos de su acción y se tendrían buenos lineamientos de su retrato moral.

En la propaganda ardiente para poblar las islas del Paraná y durante treinta años persiguiendo la sanción de la ley que otorgase propiedad a sus ocupantes, contribuía, sin duda, a sus «amores carapachayos», la variedad

infinita de placenteras escenas, de paisajes serenos, risueños, ideales, para reposo de un espíritu agitado; pero contribuía más que todo la preocupación de lo útil, lo « *usefulness* »: « nuestros hombres públicos carecen de esta calidad en grado eminente; centenares de hombres conozco que gozan de inmensa y durable popularidad que ningún bien habían hecho al pueblo. Ni les pasa por las mientes el hacerlo, ni el pueblo espera que se lo hagan. »

Veía, en efecto, en las islas el bello ideal de la viabilidad, con la preocupación de la canalización e irrigación, y como pensara siempre que habría de transformarse la Pampa desnuda de árboles, llegaba a imaginar el Delta como un inmenso invernadero natural para la propagación de billones de árboles y el agua amarillosa del limo, la tierra que ahí parece agua endurecida, se le presentaban como si solidificada como hoy se hace del alcohol, manoseara el barro de que se hacen grandes cosas.

Para hacer pasar esas que llamaban « cosas de Sarmiento », reunía con cómica gravedad a todos los isleños carapachayos (pues habría sido locura de remate hacerlo en serio en su época) y les distribuía solemnemente estacas de mimbre que hacía venir de Chile donde antes lo había introducido y plantó con sus manos : EL PRIMER MIMBRE QUE VA A FECUNDAR EL LIMO DEL PARANA. Hoy se exporta por millones de pesos el mimbre para envases.



La mejor idea de Sarmiento carapachayo la encontramos en una de sus cartas inéditas en una frase que requiere aliento para leerla de una sentada, pero que lo pinta maravillosamente en esas retozadas que se daba.

— « La juventud dorada de Buenos Aires no sabría sentir estos goces acres de arrancarse a la vida civilizada y en el intervalo de pocas horas, sepultarse entre la espesura de las malezas de las islas, abrirse paso, machete en mano, por entre el enmarañado laberinto de enredaderas, sentir sudor caliente corriendo a chorros y la sangre de las manos clavadas y rasguñadas por las espinas, comer como lo exige la reparación de fuerzas así derrochadas, recorrer la Boca de las Palmas en la obscuridad de la noche, atrave-

sado sobre una tabla en espacio y postura que las sardinas hallarían regalada, haciendo fiesta y caudal de los incidentes más insignificantes; sin otro interés que moverse, sentirse vivir, olvidarse de todo, reír con todo motivo y a toda ocasión, cansarse, y volver a su casa después de tres días de haber sido divinamente bruto, a hacer las muecas y musarañas que constituyen la vida civilizada, pararse cuando un desconocido entra, dar la mano *á tout venant*, leer la *Tribuna*, asistir al Club-Libertad y quizás pronunciar un discurso en la Cámara, ante una barra que aplaude por razones que no nacen de lo que oye, sino de su regalada gana y soberana voluntad. »



En el último año de su vida se ocupaba de mandar varillas de mimbre por el correo a la Asunción, Villa Rica, Concepción, y como asegurase que durante toda su vida había distribuído esta planta que los conquistadores no trajeron, hubo un contemporaneo que asegurase no haber conocido otra cosa que mimbre en Buenos Aires desde que tuvo uso de razón.

Como tuviera canas el de la aserción, Sarmiento repuso :
— Podemos conciliar lo que Vd. dice con la historia, preguntándole, ¿a qué edad empezó Vd. a usar de su razón, hasta hoy tan escasa?



Quejábase un día un carapachayo de que los pájaros le comían toda la uva : — Es que es poca, le replicó; cuando hayan muchos viñedos, tomarán los pájaros su parte y mucho quedará. »

Solía hacer de esto una parábola para significar que necesitaba plantar mucho más para que dando su parte a los pajarracos de envidiosas democracias, algo le quedara.



El sistema de estancias, sin deslinde dentro de la pampa infinita, con el vagar incesante de los brutos, requiriendo que hombres sirviesen de cercas animadas para custodiarlos,

haciendo imposibles las leyes sobre propiedad y fomentando la vida salvaje, tal era la más sólida creencia de los porteños, el palladium de sus ideas económicas, al punto que Rosas compraba en Inglaterra una cantidad de tierra y la convertía en estancia para enseñarle a los gringos.

¡Qué algarabía fué aquella que levantó don Domingo para persuadir a los estancieros que cercasen e hiciesen caminos a los que decían que toda la pampa era camino!

— Hay en Buenos Aires, les decía, una industria que cría moscas y son los saladeros; hay otra que cría indios, y es el ganado. ¿Qué remedio para agotar las moscas? El aseo. ¿Qué remedio para extinguir a los indios? Poblar los campos, pues pretender matar a los indios es lo mismo que matar las moscas a manotones.

— Nos costará un ojo de la cara, le replicaban.

— Toda industria se guarda a sí misma. El comerciante no expone sus onzas a la calle. En esta industria no entran como capital, ni cercos, ni corral, ni edificios, ni seres humanos, son onzas de oro derramadas en la campaña, pero onzas visibles de una legua y que caminan para donde se las dirige. Una hora de tiempo y veinte ginetes bastan para reunir estas onzas de oro y pocos días para transportarlas a un mercado. Gasten lo necesario y hagan estable su fortuna.

— Estamos bien como estamos y el ganado no se pierde, puesto que alguno lo aprovecha al fin...

— Está claro; pero el que aprovecha lo ageno, lo roba. Resulta que los más ricos son los que roban el ganado de vecinos indivisos. Viven Vds. de las « marcas desconocidas ».

— Lo que Vd. nos dice es contra todo sentido común!

— El sentido común no es sino el modo general de sentir en el país donde se vive. Lo que les propongo viene del sentido común de todos los agricultores del mundo. ¡Enriquézcanse, no sean zonzos! Cerquen, no sean bárbaros!



Por supuesto que los importantes personajes que detentaban los latifundios recibían tales consejos con el más

altanero desdén; pero Halbach, Iraola y otros probaron la cosa por ver y hallaron, ¡oh sorpresa! que por lo pronto las ovejas no eran arrastradas a distancia por el pampero.

— ¿Cómo quiere que lo cambiemos todo en el país, cuando al fin la vida no es tan mala? le decían los más acomodaticios.

— Quieran que no, todo ha de cambiar y es preferible que se proceda con método para que cueste menos después. Alguna vez se cultivará la tierra; cultivemos desde ya al hombre y dispongamos la tierra para ser cultivada. Reservemos espacios afectados permanentemente al plantío de árboles y de propiedad de las escuelas. La rutina se paga con millones y con millones de millones la imprevisión y la ignorancia.



La distribución de la tierra fué objeto de sus profundos estudios y de propaganda incesante, adelantándose con sus ideas a la organización social futura y queriendo colocar en los cimientos mismos los remedios que se buscan demasiado tarde en las sociedades caducas.

Lo único práctico que consiguió fué la distribución razonable de lotes de propiedad en Chivilcoy, pues sus estudios no eran tenidos en cuenta por los ignorantes que exigen una marca de fábrica universitaria y doctoral.



Como todas las ambiciones noveles que empiezan por negar la historia y emprenden decapitar a los hombres en posesión de la consideración pública, don Nicolas Calvo dirigió sus tiros a lo que llamó la « *pandilla* », compuesta de Velez, Sarmiento, Mitre, Juan Carlos Gomez, Dominguez, Cantilo, etc.

Habilísimo esgrimista y tirador eximio, el nuevo campeón pretendía llevar uno por uno a aquellos hombres notables al terreno del duelo, provocados por una injuria atroz de las que no soportan los hombres de honor.

Un día don Juan Carlos Gomez indignado de estos innobles desafueros, tocó el móvil y objeto de toda esa algazara, diciendo : « No hay nada más despreciable que el

honor de un espadachín, si no es el valor de un espadachín ».

En el duelo a pistola que se siguió, le tocó la parte más noble a Gomez quien perdonó la vida a su adversario.

Después de aquel ruidoso suceso el provocador mal parado esgrimió con más astucia la táctica del duelista para hacerse desafiar « y lo dejasen escojer las armas, decía Sarmiento, es decir, practicar el asesinato honorable a mansalva ».

Las provocaciones contra Sarmiento eran de diario, pero este dominaba sus nervios y esperaba, sin que fueran bastante a sacarle de quicio acusaciones horrorosas como la de haber envenenado con arsénico al primer marido de su esposa.

Al fin Calvo reta a duelo a Sarmiento por el diario y no por padrinos, para reservarse la elección de armas. Sarmiento contesta a la tarde en *El Nacional*.

« — Aceptado el duelo. Hora : doce del día. Lugar : plaza 25 de Mayo. Padrinos : Jefe de Policía y Arzobispo. No sea zonzo!

El desenlace fué que un día Sarmiento presentó al Juez del Crímen la colección de atrocidades y crímenes que su contendor le iba inventando cada mañana y Calvo abandonó el juicio y fué a parar a Inglaterra, hasta 23 años después.



Como muestra de las resistencias innatas con que tropezaba Sarmiento, ninguna más instructiva que la siguiente.

Durante la administracion libérrima de don Pastor Obligado, tan patriota como el que más, en la intención, negóse la creación de un departamento separado de educación primaria, la que estaba afecta al Rector de la Universidad; pero Sarmiento hacía tanta insistencia de su propósito de consagrarse a la educación y condición de su permanencia en Buenos Aires, que consiguió se introdujese en el presupuesto la separación, como de contrabando. Al proponer los *items* que para el año entrante debían figurar en el presupuesto para sostenimiento y creación de escuelas en toda la provincia, Sarmiento

propuso 200.000 pesos moneda corriente, como ocho mil fuertes.

Por poco no se cae de espaldas el buen Gobernador al leer corregida la cifra del anterior presupuesto de 20.000 pesos (menos de mil fuertes). Era de no creer a sus ojos! ¡200.000 pesos en útiles y libros! Ya empezaba a cobrar fama de loco el autor de la enmienda; pero atribuyó el error a no estar en antecedentes « este mozo que venía de afuera. »

— Venga doctor, le dijo al Ministro Velez, a ver la graciosa equivocación de su amigo. Como no está en antecedentes, ha leído en el presupuesto un ítem de 20.000 para útiles y al copiarlo le ha agregado un cero y propone 200.000! Rieron mucho Gobernador y Ministro de la peregrina ocurrencia; pero el Ministro que tenía mejores antecedentes del asunto, sugirió antes de enderezar el entuerto, hablar con el causante, « porque » decía el cándido doctor, « no sé qué le he oído a Sarmiento y bueno fuera que le oyera Vd. »

Llamado a conferencia particular y expuesto el caso, le dijo que en efecto, al llegar a aquella partida había meditado mucho para fijar la suma indispensable para proveer de mobiliario, mapas, textos a todas las escuelas de la provincia, y calculado necesarios, por ahora, *dos millones* de pesos papel... ¡Dos millones! le interrumpió el Gobernador con muestras visibles de espanto, pudiendo leer el interlocutor en su semblante signos manifiestos de que encontraba confirmada la sospecha popular de que tenía propensiones a la locura. ¡Dos millones en escuelas...!

Nos podemos imaginar las elocuentes razones de uno y otro lado. La lucha duró varias horas, empeñado, el Jeje de Escuelas en mantener sus 200.000 pesos como *mínimum*, y el Gobernador emperrado en sus 20.000 pesos que todavía creía exorbitantes. A fuerza de regatear, consiguió como un triunfo 70 000 pesos papel, que figuraron en el presupuesto.



La reparación tardía que Rivadavia obtuvo de una generación por los agravios de otra, repatriando sus

restos con honores supremos, parecía asumir los caracteres de una exaltación del sentimiento localista, estando Buenos Ares separado de la Confederación.

Sarmiento elevó su palabra en un discurso de honda repercusión, para hacer de la fiesta una escena de familia, pero de la familia argentina y en una magnífica evocación hizo acudir en tropel en torno de la urna funeraria a todos los miembros dispersos, todas las ideas, sacrificios y glorias que componen la nacionalidad argentina y se ligan con los esfuerzos de aquel gran patricio. Era como si se hubiese presentado D. Bernardino, en vida y salud, ascendiendo las escalas del muelle, con su paso grave y mesurado y el pueblo argentino acudiera a su encuentro, a darle cuenta de los horrores sucedidos en su ausencia y de los hechos heroicos y los progresos realizados por todos, en cualquiera parte donde estuviesen.



Nada cuesta tanto como ensanchar las medidas tradicionales de las cosas.

Sarmiento tenía tan a la vista en 1857 las grandezas futuras de Buenos Aires, que su imaginación anticipada se sentía sofocada en la estrechez de las calles y abogaba por su ensanche, hasta hacer sancionar una ordenanza municipal mandando que todo permiso de edificación llevara la condición de constriuir dos varas más atrás de la traza actual.

Se sancionó la ordenanza con la restricción mental de no cumplirla y hubo una conspiración universal para dejarla como letra muerta. *Et voilà pourquoi* las calles de hoy no son transitables sino para una hilera de vehículos en la misma dirección.



En el Senado tenía con frecuencia como adversario un ilustre poeta y literato, Mármol cuya facundia oratoria se producía con esos *aria di bravura* que impresionan el sistema nervioso y suelen prevalecer contra la razón y la ciencia. De él decía Sarmiento : — « Es el representante en la Legislatura de todo lo que se ignora, por ignorarlo él mismo y no quererse tomar el trabajo de aprender nada,

en lo que tiene sobradísima razón pues su experiencia de dos años en el Senado le enseña que es un bagaje inútil el más leve conocimiento de lo que se trata. »

Lo que hacía echar chispas al fogoso orador cada vez que se lanzaba en sus sonoras excursiones de pura imaginación, era la siguiente invariable interrupción de Sarmiento :
 ¿Ha visto escrita alguna vez esa doctrina?



Confeccionado por los Dres. Velez y Acevedo el primer Código que hubiésemos tenido, el de Comercio, propuso Sarmiento en el Senado que se aprobase a libro cerrado, sin perjuicio de corregirlo después, contra el parecer de los demás que pretendían discutir en detalle sus dos mil artículos.

Les decía que sintiéndose lego él mismo en tales materias tenía derecho a creerlos tan incompetentes a los demás; que siendo un trabajo coordinado, una enmienda parcial destruiría todo el instrumento. Si se discutiera entre juriscultos solamente, habría los mismos inconvenientes, pues cuando disertan abogados ante un tribunal, se supone que los jueces son más competentes, mientras que en la Cámara, discutirían para una mayoría incompetente. Si se hace comparecer al autor, será juzgado como un reo, y el juez sería inferior al reo; es al juez a quien le falta juicio; el juicio lo tiene aquél que va a ser juzgado.

Se nos presenta un libro *cerrado*, decía un Senador, para que sancionemos su contenido.

Al contrario, replicaba el del proyecto, se presenta un libro *abierto*, a ciegos que no saben leer.

La lucha duró tres años, hasta que se convencieron y quedó sancionado el Código en la forma adoptada por todas las naciones.



Los grandes propietarios, con sus estancias abiertas de par en par, se quajaban amargamente de los buhoneros, pequeños comerciantes ambulantes, a quienes acusaban de encubrir los robos de cueros. Se trató de ponerles una fuerte patente para escarmentarlos; pero el vigoroso buen sentido de Sarmiento se puso por delante :

— No hay cosa que produzca más fatales resultados que hacer leyes de *carambola*, que apuntan a una parte para ir a dar en otra. Las leyes de impuestos deben ser para lo que son, para contribución, y entonces ha de haber la gradación según el capital; pero nunca se han de convertir en leyes penales.

« Ese pequeño comerciante es un elemento de progreso, de movimiento y si recoge lo que está abandonado, es que las estancias no tienen límites. No hagamos leyes para proteger el atraso de los estancieros que no se guardan, que no emplean la gente necesaria, que no amanzan sus ganados, que no cercan sus estancias.

« La ley nunca debe llevar el sello de la clase social que la dictó en su beneficio y en perjuicio de otros.



Había pronunciado en el Senado (agosto 1857), un discurso tan lleno de novedad como de profundo estudio, contra la mezquindad que entonces dominaba en achaque de concesiones a los ferrocarriles. Se trataba de conceder a la empresa de la Ensenada unas pobres hectáreas en el bajo, que nada valían y que el ferrocarril haría valiosas. No solo se resistía a esto, sino que se imponían multas y cortapisas a una empresa, reo de querernos enriquecer.

Un Senador, infatuado por sus servicios militares, emprendió la refutación de aquel estudio, que hoy mismo puede consultarse, con frases ampulosas y conceptos espontáneos del que ha vivido sin horizontes.

— ¡Soy el hombre más desgraciado! exclamó Sarmiento. ¡Que tantos años de estudio y de viajes vengan a parar en que me conteste el Señor Senador Pirán que no ha visto un ferrocarril en su vida!

Se la guardó y en adelante, cada vez que aquel General tomaba la palabra, era interrumpido a la segunda frase por Sarmiento para llamarlo a la cuestión; se votaba y el Senado resolvía invariablemente que el orador, en efecto, andaba por los cerros de Ubeda. Al poco andar ya no aparece su nombre en el diario de sesiones, sino entre los presentes.



Mas de un director de Biblioteca podrá reproducir el aviso que Sarmiento puso en la portada de los libros para uso del público :

- 1.º — Nunca tomes un libro con manos sucias.
- 2.º — Nunca mojes el dedo para volver una hoja.
- 3.º — Nunca te pongas el libro en la boca.
- 4.º — Nunca rajes las esquinas.
- 5.º — Nunca dobles una página para señal.
- 6.º — Nunca dejes el libro abierto.
- 7.º — Nunca lo dejes sino en lugar seguro.



« — Estamos en materia de libertad, en el borde del abismo que ha sepultado las libertades de la Europa, y no se necesita más que un indiscreto nos dé un empujoncito para lanzarnos en el despeñadero ».

Así se expresaba, defendiendo el principio de no legislar en materia de imprenta. « La inquisición no era más que una ley de imprenta. — No hay juez humano que pueda distinguir lo que es libertad, de lo que es licencia, sin temor que él llame licencia a la libertad misma, ni menos separe la demagogia del patriotismo. — Un diarista, por hacer alarde de la libertad de que goza, como el potro que levanta la cola y da corcovos relinchando, llama bajo su firma asesino a quien le place, ladrón al de más allá y esposo engañado a otro ¿quíerese más licencia? pues bien, de esa prensa licenciada vamos a hacer el elogio y mostrar todas sus glorias. — ¿Valen la pena estos rasguños, de mutilar la libertad de imprenta y entregar la civilización y el porvenir de nuestros países al primero que pasa para encadenarlo? »



Con motivo del libro en que el doctor Facundo Zuviría había gastado mucha erudición para demostrar la necesidad de restringir la libertad de imprenta : — « Es imposible saber más, ni entender menos la materia de que se trata. »



Era voz pública que, durante la tiranía de Rosas, don Adolfo Mansilla había hecho quemar vivo en la calle por esbirros, a un comerciante Martínez, para apoderarse de sus bienes. Había vuelto ese señor a Buenos Aires y se paseaba tranquilo, mientras hasta los niños lo señalaban como el instigador de crímen tan atroz y creyendo Sarmiento que, a ser cierta la imputación, insultaba a la sociedad con la impunidad y que si fuese calumniado, debía dársele ocasión de vindicarse y de justificarse ante la justicia, y tuvo el singular coraje de señalar en un scritto de *El Nacional* los detalles de la leyenda y pedir a las justicias ordinarias que sabido de público y notorio que tal cargo pesaba sobre Mansilla, procediesen conforme a derecho.

Don Adolfo Mansilla se vindicó plenamente y era tal el respeto que inspiraban, sin duda, los móviles del acusador, que no se le ocurrió molestarlo por la responsabilidad que en todo otro caso hubiese incurrido.



En una de esas reacciones del viejo espíritu de las oligarquías, reacio a las ideas de la educación « del populacho », se propuso en el Senado la supresión de los *Anales de la Educación*, por oneroso al tesoro.

Pidió la palabra Sarmiento, redactor de los *Anales*, y expuso, con gran sorpresa de los demás padres *conscripti*, las razones que haría prevalecer para que se aceptase sobre tablas la supresión propuesta. El pensamiento, dijo, que aconsejó aquella creación, era difundir nociones exactas sobre educación primaria, que era en las Repúblicas la base del sistema representativo, fundado en el voto popular. El legislador era el más interesado en seguir de cerca los progresos de las instituciones que la difunden; pero estando en inglés, alemán o francés los libros y las leyes que debieran ilustrarlo, convenía una publicación periódica que recogiese y suministrase los datos. Que este propósito, sin embargo, no se había conseguido, por constarle que, no obstante el trabajo asiduo, y podía asegurar, la eru-

dición profesional de la redacción, ningún Diputado, ni Senador, ni gobernante, ni juez letrado, había leído jamás un solo número de los que ya habían aparecido, desafiando a los Senadores presentes a desmentirlo, si alguno de ellos había leído una página de aquella costosa y asaz superflua publicación.

El momento era favorable, añadía. Acaba de pasar en globo la partida del presupuesto de guerra, por millones, sin objeción alguna, y debía ahorrarse lo superfluo del exorbitante gasto de ochenta pesos fuertes anuales.

El Senado, tomado *in fraganti* de no haber abierto un solo número, votó la conservación del gasto.



Tienen los niños por atavismo de raza y como fórmula del idioma, la costumbre de atentar al honor de la madre de quien les incomoda. En la época embrionaria en que nacíamos a la libertad, el lenguaje de los exaltados, era un frenesí de injurias como no salen de la celda de un loco. De ese lodo inmundo decía Sarmiento : — « esas humillaciones son la corona de espinas de la vida pública. »

Entre sus detractores más furibundos estaba una especie de atleta de hazañas bullangueras, que no tenía su capacidad política en la cabeza sino en las anchas espaldas, y que murió pacífico y respetado anciano, don Angel Plaza Montero, de quien decía : « lindo como un angel, grande como una plaza, zonzo como un montero. »

En unas elecciones Montero se había apoderado de la mesa de la parroquia de San Miguel para dirigir desde ahí el desórden, hasta que el pueblo lo encerrase con once más en la torre de la iglesia. Seiscientos vecinos indignados se preparaban a dar asalto y hacerle una mala partida al asaltante corrido, pero encontraron en la puerta a un hombre que en medio del tumulto les dirige la palabra, aquieta los ánimos y les hace desistir de su desacordado empeño. Ese hombre era Sarmiento, el insultado soez y diariamente por Plaza Montero.



Al terminar la administración Obligado, contaba con

grandes simpatías la candidatura Riestra para gobernador. En reunión preparatoria de los electores se manifestaron tres cuartos en su favor y el resto por D. Valentín Alsina.

Sarmiento y Velez provocaron una conferencia con dos de los partidarios de Riestra para oír sus razones en contra, diciéndoles que un nombre propio es una idea en política — que las simpatías por Riestra no eran motivos para elevarlo al gobierno y debía sólo examinarse lo que uno y otro candidato representaría y hasta qué punto nos alejaría o nos acercaría a la solución de los grandes problemas que nos dividen con las Provincias — que un candidato debe ser aquel que lleva un programa en su actuación anterior y no necesita hacer de esos programas que son siempre leche y miel, son la tierra de promisión y a nadie engañan. ¿Quién es Riestra para los jujeños? Nadie. Deben elegir a Alsina...

Le interrumpieron a Sarmiento observándole que Alsina era su enemigo o lo desestimaba.

— Se sale Vd. de la cuestión. No se trata de hacer un gobernador para mi uso personal, ni para el de Vd.

Fué elegido Alsina al día siguiente por gran mayoría.



Un rasgo del carácter de Sarmiento que hemos observado cien veces, era su completa ecuanimidad para soportar los ataques de sus enemigos y los golpes recibidos en buena lid. Si bien sabía asestar golpes recios, recibía con frecuencia heridas en el entrevero; pero nunca guardaba rencor contra adversarios leales, llegando hasta manifestar admiración cada vez que en contra suya se producía el ingenio y el talento y se complacía ingenuamente en contar aquellas circunstancias en que había salido peor parado.

Siendo Senador del Estado de Buenos Aires, era su colega el Dr. Juan José Alsina, hermano de don Valentín, hombre de mucho mérito intelectual, según resulta de los debates, sin la altisonante gravedad de su hermano; pero, con justicia o sin ella, tenía fama de excederse a veces en la apreciación de los buenos vinos, lo que traducido al lenguaje de la época, era un tanto borrachón.

Un día don Juan José, ignorante quizá de la fama de

que disfrutaba, presenta un proyecto de ley tendente a reprimir la borrachera... en la campaña. La despreocupación del autor por lo que tocaba a la ciudad donde residía, para reprimir en ella el vicio que el público le achacaba, prestábase a risueños comentarios; pero el proyecto era excelente y la Comisión de Legislación de que Sarmiento era miembro informante, lo despachó favorablemente.

El Senado entonces se reunía por la noche y cuando hubo de tratarse el proyecto, Sarmiento cuenta que había comido en casa de don Antonio González Moreno, donde cierto Jerez amontillado lo había seducido. El hecho es que empezó su informe sobre la represión de la bebida, con las mejillas algo encendidas, los gestos exhuberantes y con un calor de convicción que se emplea más generalmente en toda otra circunstancia que la de un informe sobre cosas de legislación.

Cuando el acalorado miembro informante hiciera una pausa después de un concepto vigorosamente lanzado, se oyó una voz en el recinto :

— Señor Presidente, si están maamados los dos...!

Esto era dicho por el Dr. Velez con el acento cordobés que exageraba cuando lanzaba una de esas saetas que se han incrustado en la lengua o en la historia argentina.

La risa fué irresistible y el proyecto rechazado por unanimidad.



Acudían al Departamento de Escuelas madres de familias a interponer queja de actos de injusticia o de violencia contra maestros y antes de oír la exposición del hecho. Sarmiento establecía este axioma : — « El maestro tiene siempre razón... ¿qué decía Vd. de su niño? » y se comprende que era excusado el caso, conocida esta jurisprudencia del tribunal.



Para construir el ferro-carril a San Fernando debía acordar la Legislatura una garantía, pero los Senadores que « eran razonadores universitarios, notables por su mala preparación para la nueva vida a que era llamado el

país » se espeluznaban ante el capital de 800.000 pesos fuertes y hallaban excesiva carga garantizar el 7 % del mismo.

Contestaba Sarmiento que, por el contrario, era tan poca cosa, que un banquero en Londres a quien se le fuera a pedir esa suma, contestaría : vean Vds. al prestamista del barrio. En cuanto a mí, agregaba, no he de morirme, sin ver empleados en ferro-carriles en este país, no digo, 800.000 duros sino ochocientos millones de duros!

Los Senadores y la barra se echaron a reír, tan insensata les parecía la suma y Sarmiento pide que conste esa hilaridad en el acta.

— Porque necesito que las generaciones venideras sepan que para ayudar al progreso de mi país, he debido adquirir inquebrantable confianza en su porvenir. Necesito que consten esas risas, para que se sepa también con qué clase de necios he tenido que lidiar. »

Rira bien qui rira le dernier.



No podemos imaginar hoy la sorpresa con que fueran recibidas las extrañas teorías que Sarmiento expuso en el Senado para contrarrestar excesos de caridad oficial.

La caridad, decía, es del dominio de los particulares. El Estado no tiene caridad, no tiene alma, no se salva ni se condena. Los ricos, ocupados sólo en ataviarse, no pueden salir sin chocar con seres destituidos y es el asco del mendigo lo que les hace socorrerlo y su egoísmo lo entrega al Estado quien a su turno fomenta la mendicidad dando un asilo a la imprevisión del pobre y exonerando al individuo de la responsabilidad de sus actos. La acción del Estado debe ser previsor, debe educar, educar y educar para disminuir el vicio y la criminalidad, para suprimir la destitución y la miseria y dejar a la acción individual socorrer a los desgraciados. La acción del Estado es contraproducente, cuando se ejerce sobre los efectos y no ataca las causas, y todo lo que invierte debe ser en previsión de la civilización y del bienestar permanentes.

El mendigo es parte integrante de la sociedad, como son necesarios los insectos en la economía de la creación

para recoger los desperdicios y presentándose el pobre a la puerta del rico, conmueve su corazón con el espectáculo de la miseria.



Había conseguido por primera vez en esta América, construir un edificio propio de escuela con el concurso popular (el de la calle Reconquista), y un día en el Senado se levantó una voz para pedirle cuenta de la administración de los fondos y acaso queriendo confundirlo de malversación :

« — Señor Presidente, contestó, declaro ante el Senado y esa barra que me escucha, que la Escuela Modelo se ha hecho a fuerza de ardidés, de engaños, de embustes y de maulas! Si saben mi propósito, me fusilan! Gracias a ésto Buenos Aires tiene escuelas de que honrarse. Si descubro a las autoridades mi proyecto, jamás habría visto escuelas dignas de un pueblo culto! (aplausos en la barra. La barra aplaude todo lo que es torcido).

Había con eso eludido el malicioso y encapotado cargo de fraude, acaso de robo; pero el rejón había quedado en la herida y necesitaba arrancarlo. Al día siguiente fueron convocados a la Comisión de Legislación todos cuantos habían intervenido en la construcción y Sarmiento obligó a sus acusadores a asistir hasta el final a desarrollar ante ellos la inversión del último ladrillo y del mínimo clavo de la construcción, demostrándose hasta la evidencia que un angel del cielo no habría sido administrador más puro, y sin embargo, faltó el caballero para hacer la reparación pública en el lugar en que la ofensa había sido producida.



La noticia de haberse tragado la tierra a la ciudad de Mendoza, no era recargada con adornos, como sucediera después con otros terremotos tan inofensivos como quejumbrosamente pregonados. El estupor que produjo la catástrofe parecía tener en suspenso los sentimientos de solidaridad en Buenos Aires, hasta que, aprovechando la oferta de unos pobres cómicos españoles de un beneficio, Sarmiento llama a sus amigos para constituir comisión

y desplegando una actividad asombrosa, apelando a los vecinos, poniendo en campaña a la masonería, al clero, a los protestantes, bancos, casas de comercio, pasando diez días sin dormir (así literalmente), se reunieron sesenta mil fuertes, fuera de ropas y remedios para curar a una provincia.

Don Juan Cobo fué el portador de la feliz remesa de dinero, el que quebró el vehículo en el camino, por su enorme peso.

El resultado fué que se creyó conveniente entregar ese dinero al Gobernador de Mendoza y nunca se distribuyeron entre los necesitados las sumas recolectadas en Buenos Aires y en Chile se dijo que se destinaban para construir casa de Gobierno y cuarteles; pero al llegar Sarmiento el 1º de Enero de 1862 en Mendoza, no encontró ni rastros de aquellas sumas.

Así aleccionado sobre los efectos de estas administraciones de la caridad oficial, cuando en 1885 fué nombrado Presidente de la Comisión del Interior para socorrer los coléricos del mismo Mendoza, su primer paso al enviar dinero fué ordenar la organización de una comisión popular, excluyendo de ella a todo Senador o Diputado o persona que tuviera puesto oficial alguno.



A una polémica algo agriada, Miguel Cané ponía punto final con nobles conceptos invitándolo a almorzar juntos y Sarmiento replicaba :

— Gracias, Cané, gracias! Mi viejo amigo Cané : en materia de feos, los hediondos no se huelen. Vaya ese puñado de manos y un corazón entero para la amistad y para la patria. El día que me devuelve uno de mis viejos amigos, alejado por disidencias de opiniones, me saco el gran premio de la lotería. La conducta de Vd., me hace esperar a los otros que ya tardan. Corro a tomar por asalto el N.º 5 de la calle San Martín, servilleta al cuello, *fourchette* en ristre. *Enlevé le N.º. 5. En avant, Cané!*



Nombrado jefe de Estado Mayor del Ejército de Reserva

mostró su actividad incesante y la originalidad de expresión que imprimía profundamente una enseñanza.

Era aquella tropa compuesta de milicias de la campaña y de batallones de guardia nacional de la ciudad, con el mejor espíritu, pero con los defectos de toda guardia nacional al abrir campaña. El Jefe de Estado Mayor cambió en un mes el aspecto de la tropa; introdujo sistemas de administración, contaduría, raciones y la más severa disciplina y aun la *tenue* del soldado de línea. Aquella organización iba hasta repartir impresos los partes diarios de los sargentos primeros, los de capitán, mayor y coronel, a punto de que resultando una diferencia de doce raciones en la entrega de comisaría, después de seis días de trabajo, se encontró al fin donde se había cometido el error.

Al ejecutar una pena de ordenanza que el superior estaba dispuesto a atenuar ante los ruegos de los ciudadanos que la hallaban excesiva para un miliciano, les decía : vean a Sarmiento.

Este les contestó : — La pena militar no es impuesta en proporción del delito, sino en relación al peligro que pone al Estado. De hombre que era el soldado, pasa a ser máquina de matar, a condición de morir, si desarregla o debilita su organización, o de morir combatiendo por su patria. La muerte gloriosa por delante, la muerte infame por detrás : este es un ejército. »

Costó un triunfo persuadir a esas milicias que estaban bajo las ordenanzas del ejército; que no podían escribir a los diarios en elogio o queja de sus jefes; que hiciesen los honores a sus superiores al pasar y persuadirles que en los actos exteriores, un soldado y un oficial no eran dos gemelos, para tratarse como en su casa. Una orden del día les decía, al fin, que eran ya soldados, desde que comían con gusto la carne de perro que les servían.



La excesiva destreza en el manejo del caballo y la grande espontaneidad individual del jinete argentino, ha impreso a nuestra caballería una notable falta de consistencia en la línea, siempre que una disciplina como la de San Martín no la hacía un baluarte poderoso y sin rival. Cuando actuó

en grandes masas sin organización y sin confianza el soldado en sus jefes, fué su tradición desbandarse y las primeras noticias llega a das Buenos Aires de la batalla de Cepedala daban como perdida por la disparada de la caballería.



La indignación de Sarmiento se tradujo en veinte líneas, proponiendo que a todos los que habían disparado del campo de batalla se les rasurase la mitad del bigote.

Puede imaginarse la protesta de los culpables y su impotencia para manifestarla. Muchos años después, un anciano jefe que efectivamente había disparado en Cepeda con la caballería en masa, le temblaban las carnes al referirnos la injusticia de ese arranque. Su defensa consistía en aseverar que eran los caballos los que habían disparado arrastrando a los ginetes.

Hemos visto con motivo de la campaña de Caseros las rechiflas con que eran recibidas las enseñanzas de Sarmiento quien pretendía quea la perfecta equitación importaba la educación del caballo.

La disparada en masa de los cuerpos de caballería era tradición de las guerras de ginetes y tanto más terribles, cuanto más numerosos los cuerpos de caballería. Así en masa, el caballo se siente formar parte de la *manada* y retorna a su instinto salvaje. Al estruendo del cañón, el caballo toma el viento y dispara como la manada en la pampa y los ginetes valientes como las armas, son llevados irresistiblemente.



« — Encontrando en la calle al Dr. Rawson, días después de la batalla de Cepeda.

— ¿Y Vds. qué piensan hacer? porque hasta entonces nosotros éramos para él *ustedes*.

— Resistir, le contesté.

— Pero serán vencidos, el ejército victorioso de Urquiza es irresistible.

— Yo soy de la misma opinión que Vd.

— ¿Está seguro de que serán vencidos?

— Que nos venza, a fin de que se haga la historia.

— ¿No dice que van a resistir? Para qué?

— Para eso, pues, para que nos lleve el diablo; pero hasta que no nos lleve, hay tiempo de pensarlo. Para ser vencido es preciso ponerse en un campo de batalla. Así se conserva el carácter de los hombres.

« Ocho días después de la batalla iba Urquiza con su ejército navegando por el Paraná y habíamos dado con el tratado de Noviembre un paso más en el camino de la unión. Sin Cepeda no hay Convención, ni unión nacional. »



Puesto el sitio a Buenos Aires por Urquiza en 1859, en un momento de pánico en que se creyó que invadían los federales, apareció casi toda la ciudad embanderada.

La explicación de caso tan extraño estaba en que la calidad de extranjero había sido durante todos nuestros desórdenes intestinos el único título que protegiera la vida del habitante pacífico, y en cuanto aparecía la amenaza de un saqueo, enarbolaban en sus casas la bandera de su nacionalidad, sin cuidarse los residentes que estaban a las maduras y debían estar a las duras y que con eso señalaban a la casa del vecino como buena para todo atropello.

Sarmiento se le ofreció al Gobernador para suprimir el escándalo y provisto de una orden escrita, procedió metódicamente, casa por casa, a hacer bajar las intempestivas banderas, arrancándolas con su mano en cuanto se le hacían objeciones, pues no reconocía sino a las legaciones y consulados el derecho de ostentar bandera extranjera.



Lo estipulado en los tratados era que se sometería la Constitución de 1853 dada sin la participación de Buenos Aires, a una convención provincial; y las reformas que ésta propusiere a una nacional y lo que ésta decidiese sería la Constitución para todos obligatoria.

Una facción quería la separación y proponía tal número de reformas que hiciera imposible la unión; otra quería la unión a todo trance y sin exámen; pero los hombres

más sinceros del partido unitario, Obligado, Alsina, Velez, Sarmiento, querían *bona fide* corregir lo defectuoso y reunir la República, condenada a despedazarse en lucha intestina sin término posible.

El General Mitre tuvo una parte activa en las discusiones de la Comisión. Al tratarse de las reformas, propuso una especie de alianza menos que una confederación, como el medio de unión de Buenos Airse, Sarmiento le contestó :

« — General, creo que puedo formular ese pensamiento en una frase familiar. Buenos Aires unido a la nación, con *precilla*, para desprender el lazo cuando tire mucho.



Sarmiento no era propiamente un orador, pues la franqueza de su palabra excluía todos los artificios de la oratoria, aunque el desprecio de la elocuencia solía producirle el colmo de la elocuencia. El autor del « Tiempo Perdido » tuvo la intuición de este concepto, comparando su más célebre pieza oratoria, el Discurso de la Bandera, a una mujer que hubiese atravesado las calles sin adorno alguno que ocultase el esplendor de su joven hermosura.

Así el famoso discurso que puso término a los debates de la Convencion de 1860, no contiene una sola frase oratoria, de las que tienen alas para volar armoniosas en el recuerdo de las generaciones.

Había principiado el difícil debate en los términos más acres y los contendientes con el corazón cargado de hiel, separados por charcos de sangre de sus correligionarios. La larga discusión entre hombres sinceros, con la razón y la verdad, había borrado pasiones hostiles y Sarmiento resolvió reasumir el largo debate en un pensamiento sintético, proponiendo denominarnos Provincias Unidas del Río de la Plata, como una esponja que borrarse todos los pecados del pueblo, evocando en esa palabra las antiguas glorias de la República redentora de pueblos, y como un grito de amor de los hermanos que vuelven a verse, después de largos años de separación.

Prorrumpió, dirigiéndose a los adversarios : « ¡que se levanten y que exclamen con nosotros — queremos

unirnos, queremos volver a ser las Provincias Unidas del Río de la Plata...!

Su voz no tenía vibraciones estudiadas; era llena y sonora, con el timbre de esas buenas campanas de aliage de oro que vibran al menor choque de una falange plegada y era portadora de una palabra convencida que penetraba hasta lo más hondo del auditorio. Por más que casi nunca fuesen sus ideas la expresión del alma colectiva que las escuchase, en ese momento solemne, según los contemporáneos, produjo la impresión de haber condensado en su palabra la voz suprema del genio de la República, el clamor de los sacrificios de los antepasados, la evocación gloriosa del porvenir...



El tratado de 6 de Junio de 1860 por el que se pactaba la unión de la República fué negociado por el Dr. Velez y poderosamente apoyado en el Paraná por el Dr. Benjamín Victorica, quien manifestó el deseo de que se hiciese una reparación de honor a su padre Don Bernardo restituyéndole su jubilación de que Rosas le había despojado. El gobierno de Buenos Aires había accedido, con tanta más razón, cuanto que en el mismo tratado se estipulaba una ley de olvido que abarcaría a otros que fueran horribles criminales. Tan justa y necesaria condescendencia fué duramente atacada en ambas Cámaras como un acto inmoral y dió lugar a debates apasionados.

El debate fué sostenido por Sarmiento, como Ministro de Gobierno con brillantes discursos que triunfaron de la oposición; pero solo relataremos un episodio cuya celebridad corrió la América, pues un Ministro de Méjico le preguntaba en Estados Unidos la verdad del suceso.

Entre los diputados hacían sus primeras armas parlamentarias los Dres. Nicolás Avellaneda, Manuel Augusto Montes de Oca, Manuel Quintana, faltándole unos meses al último para tener los veinte y cinco años cumplidos para ser diputado. Esa ardorosa juventud hacía grandes méritos de su propia intachable pureza y honradez, para afeardar la inmoralidad aparente de una transacción que la política del momento había necesitado.

Cuando más invocaban los jóvenes su intransigencia moral : ¡Nosotros los puros, nosotros los jóvenes!... Sarmiento levantando en alto el vaso de agua que tenía por delante :

— Puros como el agua que contiene esta copa, que aún no ha servido para nada!

Incorporándose repentinamente, exclamó :

— Puros, somos nosotros los viejos, que hemos marchado veinte años con la sangre a los tobillos y hundido nuestros brazos en el fango...

« Un poco de polvo en los vestidos y alguna vez las manos un poco sucias, hé aquí lo que estos chicos pueden echarnos en cara; pero se las lava uno para volver a principiar de nuevo... »



Para que se juntasen los hermanos separados y Buenos Aires entrase a balazos en la unión nacional, muchas fueron las vacilaciones que se vencieron, entre ellas las del General en Jefe del ejército porteño, que prefería transar antes que jugar sobre una carta las libertades de Buenos Aires.

El General Mitre escribía el 2 de Agosto de 1860 desde San Nicolás manifestando todas sus dudas e inclinándose a hacer la paz. Sarmiento le contestaba : — Vd. tiene la Presidencia por un lado, o la posición de los demás Generales, por otro. Es preciso seguir su carrera, o anularse. Vd. conspira contra sí mismo, creyendo que es una alta razón que lo guía. El pueblo cree que es Vd. una inteligencia superior engastada en un cuerpo sin alma, sin voluntad, sin pasiones ni públicas ni privadas, dominado por una molicie de carácter que su razón se empeña en vano en vencer u ocultar, y empeñando, a fuerza de habilidad inactiva, los frutos que no se obtienen sino a fuerza de actos perseverantes. Si yo pudiera pasar a su alma mis convicciones, le aconsejaría salvarse dando una batalla y haciéndose derrotar en un lago de sangre. Estos pueblos no se pierden por las derrotas; treinta años se lo han mostrado. »



Una sola vez le fué dado realizar en toda su amplitud un anhelo que siempre tuvo, de hacer fiestas escolares que tomaran las proporciones de « una apoteosis de la educación y de la infancia ».

Para colocar la piedra fundamental de un edificio de escuela el 27 de Mayo de 1859, poco antes de Cepeda y en época de graves dificultades, se organizó una procesión que Sarmiento describe. Al frente iba el plano de la escuela nueva, el busto de Rivadavia, las comisiones y todos los niños con bandas y banderitas blanca y celeste cada uno, cuando no llevaba una trompeta de juguete y un sable idem a la cintura, o un fusil o carabina capaz de disparar un fulminante.

« Las banderitas eran de rigor para los alumnos de todas las escuelas que seguían en cortejo de cinco mil niños, a que la vivacidad infantil quitaba lo grave mediante lo risible que no podía nunca ser ridículo, y seis cuadras de banderas, mapas en asta, inscripciones análogas al objeto, y banderitas de varias naciones, y millares de banderitas, compusieron una escena de inconcebible esplendor y gracia, haciendo una nube flotante de celeste y blanco, salpicada de vez en cuando, cual flor de vivo matiz, con los colores de Inglaterra, Italia, Francia, España, según los colegios particulares la prefirieron, produciendo el efecto de enjambres de mariposas de todos los colores revoloteando sobre la cabeza de los niños. La calle decorada de banderas, las azoteas coronadas de millares de espectadores, cinco músicas militares y cohetes voladores aumentaban el plácido tumulto...

« Y los palmoteos de la inmensa barra, y los hurras de los niños, acompañados de piés y manos, continuarían todavía, si no hubiese sido necesario poner término a las emociones del día, y desarmar de sus sables, fusiles, banderas y cornetas a la amotinada chusma infantil y devolverlos a sus madres, tan enloquecidas como sus chicos, puesto que hubieron muchas que trajeron los de dos y tres años de edad, a fin de apaciguar el alzamiento general

de párvulos, en favor de las escuelas, obrado por resorte tan sencillo. »

En su pensamiento fiestas como estas eran para estimular la idea de educación enloqueciendo a los chicos y las madres de las clases más abandonadas que requieren esa propaganda.



Los empleados de Aduana eran casi siempre mocitos imberbes, cuyo menor defecto era su familiaridad con los dependientes de las casas de comercio. Suspendido un empleado de Aduana por mala conducta, el comercio elevó una petición pidiendo su restitución. Sarmiento contestó que, en efecto, debía aquél ser inpagable e irremplazable... para los comerciantes y por lo mismo se mantendría la separación.



Cuando el presidente Derqui vino a Buenos Aires y se dió con Mitre, gobernador, el célebre abrazo en el muelle, manifestó la conveniencia de arreglar de antemano entre ambos gobernantes la materia de la Convención futura para la reforma de la Constitución, diciendo que sin este prévio arreglo, la Convención se volvería « una merienda de negros », tanto más cuanto que había Diputados que creerían su conciencia ligada por el juramento que prestaron de no reformar la Constitución antes de diez años.

A estos puntos de teología satisfizo cumplidamente el Ministro Sarmiento, haciendo notar que aquel escrúpulo de conciencia debía ser para aceptar el nombramiento de convencional y los emolumentos; pues sería un solemne pícaro el que aceptase aquéllos, sólo para decir que su conciencia le prohibía cumplir con su mandato y que la Convención los despediría de su seno, como imposibilitados para ayudarla en sus trabajos. En cuanto a arreglar nada entre los gobiernos sobre las reformas, no podía insinuarse siquiera. El objeto principal de ellas, la exclusión de alquileres y otras, eran dirigidas a asegurar al Congreso el uso de sus atribuciones, libre de la coacción del Ejecutivo de quien sería un simple oficioso para hacer prevalecer sus

miras y política; y nosotros no habíamos de dar el escándalo de arreglar impudicamente de antemano el resultado de las deliberaciones de la Convención que aun no estaba electa.



La siguiente escena consta de actas en la institución masónica y por eso mismo no forma parte de la historia ostensible.

La Logia Union del Plata recibió en solemne tenida a los hermanos Urquiza, Derqui, Mitre, Sarmiento y el Venerable (o sea el presidente) Roque Perez, les dirigió una alocución en que les ordenaba en nombre de la patria y de la humanidad consumasen la union de la República. Entre abrazos y expansiones se comprometieron a realizarla (1).



Los pactos de union del 11 de Noviembre fueron celebrados, entre otras fiestas, por un banquete en el Club del Progreso. Hablaron entre entusiastas expansiones, Velez, Sarmiento, Mármol y otros grandes oradores, con esa difícil facilidad que se adquiere o que la inspiración revela.

Se levanta copa en mano un excelente patriota que hemos conocido como el más bondadoso de los hombres, don Ladislao Martinez, pero que nunca demostró talentos oratorios. Empieza muy orondo : « Hace treinta años señores... » recién advierte el peligro y vuelve animosamente : « Señores, treinta años hace... »

Hasta que se oye la voz de Sarmiento :

« — Dr. Velez, priendale una cuartita a don Ladislao », dicho con tan expansivo buen humor, que sirvió de tabla de salvación al naufragado orador.



Siendo Presidente había tomado el vapor sin poner en ejercicio del mando al Vice Presidente, ausentándose sin permiso del Congreso. Hubo al respecto toda una controversia. Era sin embargo una cuestión de prudencia

(1) Dicho discurso ha sido publicado por *El Diario* el 22 de Julio de 1904.

gravemente meditada y no de capricho como lo pintaba la oposición. No delegaba la principal facultad, la de ser comandante en Jefe, precisamente porque la terminación de la guerra exigía que fuese en persona a ejercitar esa facultad. La ausencia, la enfermedad que inhabilitan al Presidente, por otra parte, son materia de apreciación, en cuanto a su prolongación o gravedad y la razón de utilidad de designio, de conveniencia ha de determinar el uso discreto de la prohibición y no ha de trastornarse la política con cambios momentáneos de dirección.

Durante este viaje el Coronel Py, salvando respetos, le preguntó como conciliaba su conducta con el artículo constitucional. Recordó Sarmiento que los Delegados de Buenos Aires a la gran convención de Santa Fé, hicieron el viaje en un buque mandado por el mismo Py y le hacía rememorar las grandilocuentes discusiones del entusiasmo intransigente de los principistas ardorosos por sostener todas las reformas y sólo Velez y Sarmiento mantenían su reserva, hasta que una noche, desvelado en su camarote, Sarmiento desde la cucheta más alta interpelló a Velez :

— Apuesto, Doctor Velez, que Vd. está pensando lo mismo que yo. Al paso que vamos y si nos dejamos llevar por las teorizaiones de los compañeros, esos ingénuos fabricantes de constituciones, lo único que conseguiremos es no tener Constitución. »

Así pensaba Velez y ambos se comprometieron en poner su esfuerzo en levantar todo obstáculo que se opusiese a la union y a la sanción de la Constitución, capitulando con su propia ciencia y conciencia en todo lo que pudiese estorbar aquel grande objetivo.

Tal fué la explicación de haber aceptado lo que no podía estorbarse, por absurdo o nímio que apareciese después. En ese caso se hallaba lo de la licencia que no pasaba de una preocupación de los primeros constituyentes, amenazados con el aislamiento del gobierno en manos de Urquiza, que solía llevarse a su estancia de San José, y conservaron una imitación de viejas constituciones, cuya prescripción tuvo por origen la fuga de Luis XVI y la voluntad de cortarle el pescuezo. Ahora es una farsa que hace

del Presidente un oficinista amarrado a la mesa, en tiempos de telégrafo en que se puede administrar desde cualquier punto, cuando se hace necesario apreciar las cosas de cerca.

Aunque de historia anecdótica, aquel episodio se liga con la historia de la Constitución y merecería completarse con la narración de las transacciones que precedieron a su sanción definitiva.

El nudo de la cuestión estaba en la aceptación de las reformas propuestas por Buenos Aires y los representantes de ésta habían concluído por someterse a cierta disciplina o unidad de acción, siendo Sarmiento el *leader* principal para insistir en lo fundamental o transar en lo que fuera obstáculo insuperable a la unión nacional. Todas las cuestiones se resolvieron por convenios amistosos.

La principal dificultad estribaba en hacer callar a los más elocuentes, entre ellos a don Valentin Alsina, que con su candor habitual, no podía comprender cómo una Convención, a diferencia de un Congreso, puede zanjar dificultades por transacciones, sin debate ostensible. El poeta Mármol tenía un discurso que colocar a cada trance.

Había sucedido que el Dr. Nicanor Albarelos tenía puesto sobrenombres durante el viaje a los convencionales : Sarmiento era « *el chanchito de las provincias* » por uno arrollado que había llevado clandestinamente a la mesa; don Valentin era el *pavo vivo*; Obligado era « *el sargento Cuitino* », etc., etc.

En las oficinas donde se dirigían las maniobras de táctica parlamentaria, se hace llamar al sargento Cuitiño y éste al presentarse, cuadrado y la mano en el supuesto kepi, decía : « *a la orden mi comendante!* »

— Bien sargento. Va Vd. a decirle al « Pavo vivo » que se le prohíbe hablar — y después de esta introducción el tono cambiaba y se continuaba : « es preciso, amigo, evitar discusiones, palabras sacan palabras, y si se abre el debate, perdemos la unidad de acción y la buena armonía que dará peso y sanción moral a las reformas. Sólo Vd. tiene influencia con don Valentin, vaya a verlo y hágalo entrar en el plan general. » El sargento, una hora después, y previas las ceremonias de broma, traía la plausible noticia

de que renunciaba a la palabra, como estaba acordado.

Hé aquí por qué no hablaron sino el doctor Esteves Sagú y el doctor Benjamin Victorica haciendo sancionar por aclamación las reformas.

Cuenta Sarmiento que un cleriguito de Corrientes, amigo de Derqui, en el momento de votar, quiso echarse atrás : pero los dos diputados que tenía a uno y otro lado, al ponerse de pié, le metieron el brazo por debajo de los sobacos y lo levantaron en peso bonitamente, quedando en el aire haciendo cabriolas. Lo mismo sucedió después con los primeros tramways a vapor en Nueva York que para cumplir la ley llevaban un caballo colgado de las varas. Estos detalles los hemos conservado del relato de Sarmiento, faltando muchos que no sabríamos describir con la misma exactitud.



El horrible crimen que se cometió con Aberastain, que había sido amigo de Sarmiento como jamás había habido dos hombres que se quieran y respeten más, lo conmovió profundamente. Estaba en su despacho de Ministro de Gobierno y fué a presentar su renuncia ante el Gobernador Mitre, retirándose a su casa. Lo fué a ver Mitre a quien dijo: « No me hable, no estoy en estado. »

Más tarde el General Gelly le preguntó : — ¿Cual es su resolución, sus motivos razonables?

« — La cosa es muy sencilla; mi posición en el gobierno de Buenos Aires es imposible con este hecho. Si el gobierno adopta la guerra, todo Buenos Aires va a creer que el sanjuanino, el amigo de Aberastain, es el que provoca, y si la rechaza, hacerme cómplice. El medio, pues, de evitarlo, es que yo me separe y queden Vds. libres de obrar en un sentido o en otro. Yo no quiero tener opinión en este asunto. »



La revolución que se hizo á Virasoro en San Juan, había sido formalmente desaconsejada por Sarmiento, quien se negó a prestar apoyo a una comisión de sanjuaninos en su carácter de Ministro de Buenos Aires. Sarmiento poseía

el acta levantada en testimonio de su negativa (1), y nunca contestó a la especie levantada de que él había hecho dar dos mil onzas de oro del Tesoro de Buenos Aires para ayudar esa revolución, por su sistema de no desvanecer las calumnias que el público forja o le sugieren los partidos políticos. « Es mejor, dice, callarse y dejar que las cosas se expliquen por ellas mismas. »

Estando aún bajo el peso del dolor de la pérdida de su gran amigo, iban comerciantes sus amigos a decirle que el comercio inglés creía lo de las onzas y que se justificase.

— Yo no digo nada.

— ¿Pero qué es lo que hay en esto?

— Que no ha dado el Gobierno ni un maravedí.

— Permítanos, a lo menos, decirlo de nuestra parte.

— No; no digan nada. Yo no justifico mis pensamientos, peor para el que no me haga justicia, la culpa es suya : me calumnia y se engaña a sí mismo.



Tratándose de hacer aceptar a Rawson el Ministerio de Gobierno que Sarmiento dejaba, decía aquél no saber cómo se gobierna.

« — Le daré una regla segura, le contestó, *media firma o firma entera*, no hay más que hacer en el gobierno; porque tiene Vd. a La Fuente atrás que le ha de decir : póngala aquí o allá... » Esta salida fué relatada en el Senado contestando las diatribas de Rawson y la ironía se desprende de tal circunstancia.



Siendo Ministro de Gobierno en 1860, adelantándose veinte y cinco años a los centros agrícolas, propuso expropiar algunas estancias, para subdividir la tierra en chacras para agricultura, a lo largo de la prolongación del ferrocarril del Oeste.

Habitados al derroche de tierra de las estancias, parecía a ciertos representantes imposible aprovechar sesenta hectáreas y preguntaban ¿qué sembrarán?

(1) Publicada en el Tomo XLV y la pieza original está en el *Museo Histórico*.

— Sembrarán huevos...! Criarán gallinas y zplantarán hortalizas, si no les alcanza para sembrar maí y trigo...



Pidió servicio en el ejército expedicionario al interior que debía completar la batalla de Pavón y fué nombrado Auditor de Guerra, confiándosele la misión secreta de hablar seriamente con el General en Jefe sobre su estacionamiento inexplicable en el Rosario, mostrándole la imposibilidad de continuar gastando cuarenta mil fuertes diarios, e insinuarle discretamente que sería removido del mando o ellos dejaban el gobierno.

El General lo recibió dándole una peluca delante de don Régulo Martínez, diciéndole de una hasta ciento, echándole en cara que el gobierno no había tenido confianza en él.

« — Confianza en Vd. Nosotros que lo habíamos forzado a dar la batalla, teníamos más confianza que Vd. en sí mismo! Después hablaremos General...

— No; no volverá a tratarse de este asunto nunca, dijo el oráculo.

No se trataron más en efecto, pues de parte del feliz General la antigua amistad estaba concluída y Sarmiento se guardó para sí la misión confidencial.

Algún tiempo después D. Régulo le echaba en cara haber consentido en los cargos sin contestarlos. Aburrido al fin, le contestó : — La causa de mi silencio es que Vd. *estaba presente*. ¿Cree Vd. que sin faltar a los respetos debidos a su puesto, había de hablar delante de un extraño?



Los episodios referidos en este capítulo pertenecen a la época más fecunda del propagandista. En ese tiempo, toda discusión tomaba formas apasionadas y todo escritor era un polemista, hablando nuestro heroe más alto e hiriendo más lejos sus flechas.

Al recordar tales violencias de lenguaje no siempre se ha tenido en cuenta lo candente de la atmósfera, cuando las palabras se convertían en balas y se ha olvidado la tónica del debate.

Un episodio entre tantos serviría a explicar mordacidades que nunca herían el honor del adversario y solo su amor propio.

El sesudo historiador chileno, Don Guillermo Guerra, parece escandalizado de que Sarmiento tratase a todo un señor abogado como sigue: — « En mi vida pública muchos perros me han salido al encuentro, pero ninguno tan flaco, tan pulguiento y tan sarnoso como el Dr. D. Miguel Navarro Viola. »

La historia del caso es ilustrativa. Escribe Sarmiento sobre un texto escolar que era un detestable producto de la escasez de medios industriales y en mucha parte del menosprecio con que se trataban detalles, como ser una impresión bavosa, que destruye la vista del lector, el papel de estraza sin recortar lo que entrega el libro a la depreciación de los párvulos.

La ocasión era propicia a propagar ideas que entonces no alcanzaba el público y al enumerar sus críticas el tono se iba enardeciendo, hasta exclamar :

« Ira de Dios! ya que hemos destruido la mazorea ¿porqué no estar en vigencia la ley de Lynch, y linchamos el libro del Doctor N. Viola.

« Aquella escrecencia de libro, aquella sucia servilleta en que se han limpiado todos sus amigos. Necesitamos respirar un poco para que no nos sofoque la cólera y no se nos vaya la persona, que la sentimos con ímpetu de dejar la pluma y enarbolando una tranca, salir en busca del libro del Doctor... »

Exasperación tan santa y tan motivada producía el mismo estupor que el que debieron sentir los mercaderes, del Templo quienes se hallaban en posesión tranquila de los lugares.

Pero el látigo vengador estaba levantado contra el impresor y mercader y no se hablaba sino de las condiciones materiales del libro y en manera alguna del autor.

El Doctor había sido del partido vencido en Caseros y su réplica fué todo un desahogo donde chisporroteaban los mismos donosos conceptos que otrora acompañaban a los degüellos.

En su respuesta, Sarmiento continuó sobre la fabricación de libros escolares, sin preocuparse del feroz ataque personal y sólo al final del escrito aparecía la frase aquella que fué proverbial, sin parar mientes de que siendo flaco y lo demás, podía un perro ser persona honorable.

Pasaron años y entablándose una polémica sobre escuelas y entre la baraunda no diremos que ladraba sus improprios el mismo Doctor Navarro Viola. Algunos de los de la jauría eran tratados en las réplicas con cierta indulgencia como ser el poeta Carlos Guido Spano de quien decía Sarmiento que bastaba producir en juicio su persona poéticamente extravagante, para probar que no podía ser Consejero sobre Educación. Al Doctor Navarro Viola tenor en el concierto de denuestos no le fué replicado por solo esta consideración que de todos los Consejeros era el único que trabajaba, y las guerrillas tuvimos orden de respetarle.

Volviendo a las acérrimas polémicas de aquellos tiempos, obligados a leerlo todo para autenticar los escritos de Sarmiento para sus Obras, podemos aseverar que Sarmiento nunca fué respetado en su honra y su vida privada ni en sus afectos más sagrados.

Escribian todos bajo el anónimo y ese anónimo ha sido conservado por la posteridad para casi todos sus adversarios, mientras los escritos de Sarmiento iban firmados y rubricados, por su incomparable originalidad de estilo.

El estilo era el hombre y si alguna vez pudo proparar los límites de un tímido culteranismo, era siempre en defensa de nobles y desinteresados ideales y con frecuencia en provecho de sus mismos contendores. La franqueza de sus ideas podía exacerbarse, pero en realidad el estilo eficaz para sacudir a sus gentes. ¡Bueno hubiera sido que empleara en femismos para decirles a tantos que eran unos bárbaros!

EL GOBERNADOR

En 1849 en la « Crónica » de Chile, hacía Sarmiento un paralelo humorístico entre él y Rosas, cuando éste reclamaba su cabeza y el desterrado terminaba proponiéndose desempeñar diez años después la presidencia de la República y decía que por lo pronto su afán consistía « en ir formando su reputación con paciencia para presentarse a solicitar los votos de sus conciudadanos para desempeñar un destino de Gobernador de alguna pobre y atrasada provincia. »



Librada la batalla de Pavón, para dar cima a la unión national, restaba someter los caudillos que dominaban las provincias y una división al mando del General Paunero fué dirigida al interior. En dicha división, el Teniente Coronel Sarmiento iba en el carácter de Auditor de Guerra y en el fondo como consejero político.

La expedición, después de la batalla de Cañada de Gomez se reducía a un paseo militar, y un Comandante Ordoñez, un paisano, « una especie de potro con un cuero a la cola », con presentarse en San Luis, puso en fuga al terrible Juan Saá, así es que no pudiendo contener su impaciencia, Sarmiento al mando de treinta hombres, se fué, a fines de Diciembre de 1861, de un galope hasta Mendoza, que estaba en ruinas, donde organizó algunos servicios, y desde allí a San Juan, donde fué recibido el

7 de Enero, precedido y seguido por leguas de polvo, levantado por el tropel de los que salían a su encuentro.

Al narrar a un amigo lo sucedido, empezaba : — « Sarmiento en San Juan, qué cosa más bella! » — frase que se hizo proverbial, porque encerraba un mundo de sobreentendidos, entre los cuales la satisfacción de sus rivales con el alejamiento de un amigo incómodo.

« Qué poeta griego, agregaba, habría imaginado hacer que saliesen a mi encuentro los escapados al desastre del Pocito, para recibirme sobre el sitio en que mataron a Aberastain! »



Se le hizo Gobernador por aclamación, casi al bajar del caballo, y a sus objeciones, se le respondía : — « nosotros nos hemos sacrificado tantos años por sus ideas, que bien puede Vd. hacer el sacrificio de gobernarnos. »

Él también creía que debía retribuir a su Provincia como una deuda las capacidades adquiridas en el largo batallar y sin arrojar una mirada para atrás, se puso todo entero a la obra imposible de aplicar a gobierno tan reducido un vasto plan de reformas.

Se encerró en su ínsula y se privó de toda manifestación de ideas sobre política general, al punto de rehusar la candidatura a la Vice-Presidencia que le fué ofrecida.



El sistema de caudillos había imperado treinta años, sin el auxilio de las fuerzas reparadoras que vienen con el tráfico en las ciudades que están en contacto con el mundo exterior. A más de la lenta acción aniquiladora de la barbarie, las últimas convulsiones habían destruído a los hombres de valía y de luces, y las costumbres paisanas y provinciales de la época bajado el nivel social muy a ras del suelo y creado la peor de las igualdades, la que rebaja las cabezas de las adormideras que sobresalen.

Solamente habiendo visto con las manos en la masa a aquella prodigiosa actividad, se concibe el movimiento impreso a esa sociedad estagnante por naturaleza y más abatida entonces por sus trágicas desgracias.



Tibia estaba aún la silla que dejaban momentos antes los régulos intronizados desde 1826. ¿Qué tradiciones de gobierno encontraría, qué personal del servicio civil? Antiguos bandidos retirados a más sedentaria vida, revisaban como ordenanzas, partidas de plaza, porteros y otros menudos funcionarios. Costurones de cuchilladas cruzaban la mejilla de uno; una mano encorbada contaba una de esas reyertas del paisano peleador, del gaucho malo; y el enemigo jurado de la bota de potro tenía que soportar el ruido de las espuelas nazarenas y ver el bambalearse del ginete en su torpe caminar de ganso sobre el suelo.

Era preciso empezar a construir una policía. Entre amigos, parientes y partidarios se reunieron uno por uno cincuenta jóvenes de veinte años, todos conocidos y honrados.

Del cuartel fugaron una noche trece de los nuevos policianos, con vestuarios de paño y aun con las armas. Ya podía inferirse el espíritu que reinaba. Al día siguiente, el Gobernador fué al cuartel, reunió la tropa y dijo a los soldados sin rodeos lo que había sucedido, pretextando haber sido mal servido al indicársele tales individuos y recorriendo las filas, dijo al uno : — retírese Vd. por viejo. — Vd. por enfermo — el otro por andrajoso, lo que demostraba que debía ser vicioso y cinco más, según lo que hacía plausible algún motivo aparente. La desertión cesó.

Otra vez les habló así : — « Van Vds. a ser encargados de cuidar de la seguridad de los demás vecinos. Vds. son desde ahora unos magistrados, con deberes y funciones. Estas gentes estaban habituadas a ser gobernadas por pícaros y ahora todos confiarán en hombres honrados como Vds... »

Aquellos paisanitos se transformaron en funcionarios públicos y tres meses después, preguntaba Paunero : ¿de dónde ha sacado esa policía que se toma a brazo partido a caballo con los bandidos y caen abrazados, blandiendo sus puñales ?



Tal era el afán de plantear instituciones de progreso que de haberse salvado, habrían hecho de aquella apartada población, un modelo y una irradiación.

Las fiestas públicas para despertar el sentimiento colectivo, asumían formas novedosas. La inauguración de la Quinta Normal, con pikniks, pabellones, adornos, exhibiciones parlantes de máquinas, conferencias sobre animales finos, etc. La colocación de una piedra fundamental iba precedida de procesiones con los retratos de los prohombres y fundadores de familias, como en los tiempos de la República romana. Los aniversarios patrios eran solemnizados con ejercicios de los niños y dejaban inolvidables recuerdos. Se representaban óperas, organizándose orquestas, coros y cantantes con aficionados de hacer aullar a los wagnerianos de hoy, pero cuya buena voluntad no debió ser tan estéril, pues de ahí salieron ambos Beruti. Bailes, fiestas sociales, excursiones a las montañas, daban expansión al instinto de cultura que dormía bajo las cenizas.

En algunas de las aldeas capitales de Provincia, el cementerio es todavía un espacio insuficiente, donde para sepultar un cadáver, es preciso remover los restos aún no del todo descompuestos de otros dos o tres, presentando un aspecto nauseabundo y repelente. Así era el de San Juan, no dejando ver la desnudez del suelo sino señales de sepulturas y restos de vestidos y de cajones dilapidados.

Sarmiento emprendió la obra de crear un cementerio que hasta hoy es un modelo. Los medios de ejecución son dignos de memorarse. Sale en el *Zonda* de 16 de Julio de 1862 una proclama sobre el estado actual del cementerio, el nombramiento de una comisión encargada del trabajo y una larga lista de varias columnas de los vecinos conocidos, atribuyéndoles lo que se creía que podían hacer para contribuir a la obra, como por ejemplo : Don M. Marcó 10 \$ dinero y un peón por 30 días — Manuel J. Zavalla \$ 17 — Doña Josefina Sarmiento, plantas — Don Gregorio Corro su persona — Don Eusebio Dejorté, lo que pueda — Presbítero M. Videla Luna, 100 \$ y sus oraciones — San-

tiago Quiroga Alvarez, algo — etc., etc. Así clasificadas, se consideraba el silencio de esas personas como señal de haber aceptado la contibución voluntaria indicada, pues la comisión no habría de emplear un tiempo inútil en recorrer las casas. La obra empezaría el 1º de Agosto y se contaba con que nadie se negaría a contribuir a adecentar el lugar de su propio reposo.

Así fué hecho y nadie faltó, pues *El Zonda*, de 27 de Noviembre, publica una lista de dos páginas de los que cumplieron la invitación.

Fué necesario una lucha, empero, para derribar una capilla, veneranda por lo inmunda y para sacar de la jurisdicción eclesiástica el reposo de los que en vida no hubiesen hecho buenas migas con el clero.



Para ensanchar calles se las tenía tiasas con los dominicos, entre otros, que no cedían una piedra de sus fortalezas ni una pulgada de su territorio.

La operación del blanqueo la favorecía, haciéndose sorprender (por casualidad grande) pintando él mismo el frente de su casa.

Lo que admira es su facilidad para ponerse al tanto de sus administrados, descendiendo a detalles ínfimos y caseros que hubieran provocado los desdenes de hombres menos dedicados al bien público. Hasta el estilo de sus escritos de propaganda parecen esconder las uñas del león y se hace tan llano y sencillo que sería difícil reconocerlos como suyos si no fuera el fondo de las ideas que los patentiza.

« Suprimí dice, el chiripá inventado por el padre Adan, sin ofrecer premio al que llevase calzones, con solo llevarlos yo mismo. »

El empedrado era combatido como un derroche. Al contrario, decía, es una economía para economizar polvo, pues apenas se ve salir y ponerse el sol en el turbio horizonte. — Sostenía además que las calles deben barrerse de cuando en cuando : esta idea hizo camino y tuvo apoyo al fin en la razón pública, porque supo demostrar que en

efecto, las calles se hicieron para andar por ellas, a no ser que otra fuese la intención oculta de sus fundadores.

La que fué después llamada escuela Sarmiento para la que se utilizaron los paredones de una iglesia no terminada, con gran escándalo de beatas y motilones, es la obra más característica de aquella gobernación agitada. « Fué concebida en días de amargura, alimentada de zozobras y construída con el arma al brazo, cuando se divisaban desde las torres las polvoradas del Chacho en Cauçete. »

El que esto escribe tiene muy presente el recuerdo de las armas en pabellón de los albañiles de la obra.



Como se negara el cura de la Catedral a pagar el empedrado frente a la misma, alegando penuria y pertenecer ese gasto al patrono de la iglesia, el Gobierno mandó pagar el empedrado, oficiando al Obispo que tuviese a bien dar cuenta inmediata de los capitales, tierras y otros bienes productivos que la iglesia poseía, con los réditos vencidos y la inversión de lo cobrado en los últimos años. Ya que se amparaba la iglesia al patrono, éste último tenía derecho a conocer la inversión de los bienes con que dotó a la iglesia, etc.

Excusamos decir que el empedrado fué pagado apresuradamente por el señor cura, sin hablarse más de tales cuentas viejas.



En cuanto a alumbrado público se atenían hasta entonces a la luna y después de hallar imposible establecer el gas, con grande esfuerzo se implantó el inaudito lujo de unos faroles a kerosene.



Una sola escuela rural existía en los « Desamparados » merced a un santo varón Don Juanuario Quiroga que la había regentado durante cuarenta años, enseñando gratuitamente, sostenido por las pobres contribuciones en especies de los de la vecindad.

Era la única escuela *estable*, aunque más parecía un

establo. Faltábale luz y espacio; los niños se sentaban en bancos de barro, con cueritos de carnero; escribían unos primero y otros después en pizarras y papeles de desecho. Los libros que servían para la enseñanza eran un tesoro de curiosidades, según las imprentas rudimentarias que habían abortado devotas panaceas supersticiosas...

Tal era la escolita que Sarmiento halló y quería conservar como monumento histórico.



Así se crearon en ese período de gobierno — el primer presupuesto — departamento topográfico y el primer mapa de la provincia — oficina de estadística — poblaciones agrícolas — organización de policía urbana y rural con propaganda para hacerla popular y beneficiosa — edificios de escuelas y sistema de educación — maestranza para la guerra — empedrado — servicios municipales — aceras en las calles — tablillas y nomenclatura de calles — centenares de puentes sobre las acequias y veinte mayores — edificios para Legislatura y Tribunales — correos internos y con Mendoza y San Luis — baños públicos — casa de corrección para mujeres — dotación de hospitales — fundación de un colegio preparatorio, después nacional, con edificios y bellos jardines — ensanche de calles — alumbrado — frente de la catedral — jardines en la plaza y bancos de hierro — escuelas en departamentos rurales — manos muertas, mayorazgos, capellanías empleados en educación — obras públicas en Jachal — varias obras hidráulicas para contener el río torrentoso — decreto sobre minería — organización de compañías mineras en Inglaterra y venida del mayor Rickard — reglamentación de todos los servicios públicos por una legislación que ocuparía un volumen — ley de imprenta — administración de justicia — difusión de la educación en todas las clases de la sociedad, organizándola y fomentándola — matadero público — padrón estimatorio de propiedades — un lujoso cementerio enteramente civil — inspección de agricultura — apertura de caminos rurales — fundición en Hilario de minerales — organización de la Guardia

Nacional y varios cuerpos de *élite* — proyecto de expropiación para fundar colonias agrícolas — patentes — ley de contribución directa. Quinta Normal y aclimatación de plantas.



Parecía que su desapego o desden por la fortuna estuviere en él en proporción inversa del entusiasmo con que impulsaba las empresas en que otros habrían de enriquecerse.

No es para imaginarse la correspondencia que sostuvo desde San Juan para fomentar las empresas de minería, acumulando capitales, hombres y máquinas de todos los extremos de la tierra al pié de los Andes.

En vísperas de dejar a San Juan, escribía a Avellaneda : — Hoy se ha elevado en la atmósfera la primera columna de humo que exhalan las chimeneas de los hornos de fundición. Y sin embargo, mi ausencia hará extinguirse luego, falta de pábulo, aquel signo redentor. No puedo dejar la confianza en los ánimos. El pueblo necesita *feux de joie*, luchas estériles. Lo malo es que aquí no hay millones de cabezas de ganado como en Buenos Aires que trabajan a su modo para que vivan ociosos en el foro los romanos. »



Al empezar el año de 1863, esos rumores siniestros de algo que corre y no se vé, sino por la fisonomía insolente de uno, por una palabra que a otro se le escapó, por una amenaza, se sentía la conspiración de oscuros cabecillas de masas ignorantes que se agitan sordamente en las campañas. Avisos misteriosos llegaban de reunirse los antiguos secuaces del caudillaje, refugiados en Chile. En la ciudad de San Juan, donde tan mortales enemigos contaba el legendario adversario de las montoneras, la agitación tomaba formas extrañas y llenas de la malicia candorosa de la ignorancia. El gobierno era masón, según los rumores que corrían entre la gente llana, y había llevado la impiedad hasta hacer de una iglesia una escuela, y de una capellanía una quinta normal y tomado a un convento unas varas de tierra para ensanche de una calle.

La leyenda se hizo que el Gobernador tenía conciliábulo pecaminoso con una *mula negra* que lo visitaba al anochecer, saliendo de la quinta Normal y volviéndose a la misma por la madrugada. Un paisano juraba y perjuraba ser verdad que atraído por luces extrañas había penetrado en la Escuela Sarmiento en construcción (en un antiguo templo abandonado) y había visto, con sus ojos visto, muchos caballeros reunidos, el mismo Gobernador entre ellos, que estaban azotando un santo Cristo, a cuya flagelación le obligaron a él también.

Cada progreso, cada mejora era atacada con ridículas invenciones que cundían en la imaginación supersticiosa de ignorantes y tomaban de pretexto los bandidos. Un tal Puebla, federal, acusaba de masón al Gobernador y saqueaba con tan justo motivo a los arrieros y transeuntes y declaraba que siendo *mánson* Sarmiento, él iría a defender la religión a San Juan, a cuyo Gobernador le mandaba decir de palabra y por escrito, que se atara los calzones.

Sacerdotes paniaguados con el antiguo partido de Rosas, al cual debían posición y honores, explicaban devotamente desde el púlpito toda la abominación de la masonería, subentendido que el Gobernador era masón, y a él se dirigían aquellas hipócritas conminaciones.

Un clérigo español entre otros, un padre Reta, en un sermón sobre San Ramón, se excedió hasta declarar que Sarmiento tenía cola como todos los masones, agentes de Lucifer. Un día el Gobernador lo encontró a mano y lo interpelló, invitándole a que tocara donde se imaginaba que llevaba enroscada la cola. — Venga, padre, y toque, cerciórese bien y después predique su nuevo Evangelio.



Un acto *ab irato* de la Legislatura destituyendo a uno de sus miembros y sometiéndolo a los tribunales ordinarios, sin haber semi plena prueba de delito alguno, fué comunicado al Gobernador, al parecer para su cúmplase.

En lugar de asistir impasible a lo que creía una injusticia, el Gobernador se valió del derecho de veto, que no hubiera procedido, si la Legislatura hubiese ejecutado un acto interno sin comunicarlo. Mandó un mensaje de recon-

sideración enseñando toda la doctrina parlamentaria pertinente y la Legislatura volvió sobre sus pasos y corrigió el error.



« — Sirva de muestra el siguiente episodio, para ver los resortes empleados, algunas veces con grande y trascendental resultado. Los gustos plebeyos, gauchescos habían dado la ley veinte años. Fué necesario, al comenzar, arreglar los correos, citar a los maestros de posta, a fin de acelerarlos.

« El primero que se presentó fué el del Posito, la principal posta. Era un joven atlético, blanco, bien parecido, vestido con calzoncillo ancho de flecos y perendengues de plata y chiripá de jerga ordinaria. Este refinamiento de la jerga gris, por poco abajera, era *a lo chacho*, pues por acá se usaba de paño, y cuando menos de bayeta colorada. ¿Era una provocación...? Pues ya lo verás...!

— ¿Es Vd. el maestro de posta?

— Sí, Su Excelencia.

— Siéntese, Señor, mostrándole un sofá de damasco, y manteniéndose el Gobernador de pié — ¿De qué Morenos, es Vd.? — De los Morenos de...

El Gobernador se dió un paseo y volvió a pararse en frente — ¿Tiene V. propiedades, señor? — La finca en que está la posta, es mía, Su Excelencia, y tengo algo. — Dos pasos del Gobernador; — ¿y sabe Vd. leer señor?

Recién se desconcertó la arrogancia del paisano. Contestó ruborizándose y bajando la cabeza : — Oh! Sí, señor, cómo no...!

« Después de otro paseo : — Bien, señor, retirese; yo lo haré llamar.

« Los Ministros que presenciaban esta flajelación, conmovidos, hallaron que era demasiado para hombre de posición. A los tres días volvió a presentarse el llamado, vestido *comme vous et moi*, sin ostentación y sin muestras de enfado. Comprendió que había sido adivinado y recibido el castigo que merecía. »

Al tiempo, si de las Lagunas o de los Llanos de la Rioja se aparecía alguno con chiripá, sus conocidos le decían :

— « que no te vea el Gobernador, porque ver chiripá y ver al diablo es lo mismo. »



La tendencia de cada empleado nacional desde que recibía su nombramiento, aunque fuese un amanuense, era de sublevarse contra su Provincia. Un empleado de aduana le dijo al Gobernador que tenía que abrir un cajoncito de encomienda que le llevaba. Dijo el Gobernador lo que contenía y el otro insistió en que necesitaba verlo. Contestóle, indignado del vejamen gratuito : — « le he de quebrar las manos, si lo intenta en mi presencia. »

El administrador de correos le hizo notificar que mandase buscar la correspondencia oficial, que él necesitaba el portero para otras cosas. Contestó que mandaría cada vez un sargento con cuatro soldados, para traerlo, a él por añadidura.



Un Fiscal se entremetió en formar causa a unos presuntos simpatizadores con la reacción federal que podía favorecer la invasión del Chacho, y que se habían encarcelado por precaución en virtud del estado de sitio. Fué nuestro Fiscal a informarle al Gobernador que para un Sr. Desiderio Bravo, no se encontraba causa ni semi plena prueba de delito alguno y debía ponérsele en libertad.

— Bueno, replicó el Gobernador, déjelo preso por mi orden y apunte como causa, la siguiente : por feo, y por marinango. »

(Marinango designa al que tiene seis dedos en una mano).



« — Causábale al Aquiles del coronel Sandes, mucha sorpresa y gusto recibir una partida de caballos gordos, sanos, herrados de piés y manos para su tropa. Apenas podía creer a sus ojos.

— ¿Y las mulas? — Las mulas no se hierran, coronel —
— ¡Hágame herrar mis mulas! — Si no se hierran, coronel.

Ya empezaba a amostazarse y el jefe de policía le dijo que se necesitaba orden del Gobernador. El coronel mandó

al caballerizo, con bota de potro y lanza, con esta misión :
— Dice el coronel que le haga herrar las mulas.

El Gobernador oye y se calla.

¿Qué le digo á mi coronel? — Nada.

« Amenazaba tragedia. El Gobernador hizo traer de su casa dos pistolas y cubriéndolas con un pañuelo de manos sobre el escritorio, empezó a pasearse y aguardar. A un rato el mismo caballerizo :

— Dice el coronel Sandes, que le haga herrar las mulas.

« La misma respuesta, mirarlo y no contestarle.

« Habría comprendido, sin duda, que no siendo el jefe de la división, no podía dirigirse al Gobernador y solicitaría venia del coronel comandante. Su etiqueta militar no llegaba hasta comprender que un caballerizo no es órgano. El día se pasó en esta terrible expectativa que tenía embargados igualmente a los ministros. Pasaron las horas de despacho y el Gobernador volvió a su casa.

« Después de comer, se presentó Sandes a caballo. Se desmonta, da la mano con cariño, conversa y ni una palabra del incidente. Venía a dar satisfacción, sin duda, a su manera, sin decir nada. De repente, una contracción horrible de la boca, mordiéndose el labio inferior. — ¡Si le vendrán accesos de cólera y ganas de echarse sobre el Gobernador! — Siguió la conversación y otro acceso repentino. Despidióse, y no se habló más del caso.

« Momento después llega el doctor Tamini, y hablando de esto y aquello, el Gobernador dijo, que Sandes le había dicho tal cosa.

— ¿Dónde ha visto a Sandes? — Aquí. — ¿Cuándo? — Hace media hora. — ¡Imposible! lo he dejado en cama después de una operación. — Dígole que acaba de salir.

« El médico se hacía cruces : — Le he reabierto una herida en el estómago y sacádole un pedazo de camiseta que le habían dejado en la curación y le incomodaba.

« Tal era Sandes. Se trataba a sí mismo con la misma dureza que a los demás. Habría comprendido o le hicieron comprender que había faltado al respeto al Gobernador y se había levantado de la cama a reparar la falta y las contorsiones atroces del dolor de heridas vendadas, infla-

madras, eran aquellos alarmantes gestos que parecían arrebatos de cólera. »



Lo que relata el hoy coronel Tula (1904) que fué parte en la expedición, dará idea de las dificultades y de la energía desplegada para vencerlas.

Aparece la montonera por Angaco, y Sarmiento se traslada en persona a improvisar los medios de resistirla. Se disponía sólo de cien infantes, de las mulas necesarias, pero de monturas ni noticias. Se mandó recoger cueros de carnero para hacer unos especies de pellones atados en el animal a guisa de cinchas, con lonjas de cuero fresco y se hicieron bozales del mismo modo. Así se lanzaron a la persecución y lograron escarmentar la retaguardia de los montoneros que fueron muy sorprendidos por la celeridad extraordinaria de la persecución.

Lo singular del caso era que las mulas, a quienes no se convence de ordinario cuando deben acelerar el paso, esta vez eran urgidas a caminar desesperadamente por aquellas cinchas que al secarse se iban encogiendo, apretandoles la barriga.

Es de mencionarse que esas guerras, de correrías por los desiertos y con medios bárbaros de destrucción, tenían su principal elemento en las caballadas, las que eran tratadas a lo gaucho, es decir, destruídas con una imprevisión que asombra. Desde San Juan se proveían sin contar magníficos caballos y mulas, hasta dejar a pie la provincia entera, y era de tal naturaleza la ojeriza o falta de cordura de los antiguos amigos de Sarmiento en el gobierno nacional, que le hicieron cargos por la desaparición de unos centenares de caballos patrios.

El Gobernador contestó reprimiendo su indignación, demostrando que tales cargos debían reportarse sobre los jefes nacionales que no dependían de él y que lejos de ser responsable su gobierno de tales derroches, había provisto además, a las fuerzas nacionales de 3466 caballos y 2870 mulas cuyo valor se le debería todos los días que amanecen.



Es digno de tenerse en cuenta este incidente para conocer las dificultades que se le suscitaban, mientras luchaba desesperadamente en un extremo del territorio. De igual origen procede la cuestión del estado de sitio, que dió lugar a una controversia y debilitó singularmente la autoridad de los gobiernos regulares del interior.

Rawson era de la escuela de los liberalotes que debieran conservarse siempre en la oposición y pretendía hacer gobierno con teorías abstractas e ideales de libertad que comprometerían la seguridad pública, supliendo el entusiasmo a la regla. En circunstancias angustiosas para gobiernos de provincia, amenazados con la sublevación del paisanaje para degollar a la gente culta, habían declarado el estado de sitio y Rawson lanzó a la publicidad una circular reivindicando como facultad nacional la declaración de estado de sitio, por hallarse igualmente entre las facultades federales. Sarmiento pretendía que era facultad innata de todo gobierno y por haberse reunido en nación, los gobiernos de provincia no habían dejado de ser gobiernos y no habían perdido la facultad de defenderse y precaverse a distancias casi intangibles del gobierno federal, para acudir a él en tiempo oportuno.

El gobierno nacional no sólo sostenía su prerogativa, sino que llegaba a condenar en principio tal resorte de gobierno, prometiendo no hacer uso de él y no estaba terminada la discusión promovida, cuando se hallaba decretado el estado de sitio en toda la República por el mismo gobierno nacional que lo había desacreditado tan solemnemente.

Dada la vehemencia de sus convicciones, lo extremo del peligro y la inoportunidad de su adversario, podemos admirar hoy la ecuaminidad de la forma en que se expresó Sarmiento e imaginarnos cómo se habrá mordido la lengua para no estallar contra tales mezquindades (1).

(1) La forma de estos apuntes nos inhibe detallar aquel choque de tendencias que se hallará admirablemente reasumido en un « Diálogo entre dos hombres de estado » — T. XXXI, pág. 108 de sus obras.



La guerra contra las hordas de Peñalosa está narrada en « El Chacho » (Tomo VII.) pero pertenecen a este libro algunos episodios característicos.

El gobierno nacional no podía comprender la naturaleza de esa guerra de montoneras que se esparcía en un territorio inmenso, se disolvía en un punto y reaparecía con velocidad asombrosa a docientas leguas de distancia, atravesando desiertos. Así es que las fuerzas nacionales con los contingentes sanjuaninos se hallaban donde no pudieran socorrer a San Juan si fuese atacado, como era la previsión del Gobernador.

Éste hacía esfuerzos inauditos para allegar recursos, reuniendo en asamblea a los principales vecinos y con ruegos les hablaba como un amigo a otro, pidiéndoles un empréstito de treinta mil pesos para improvisar medios propios de defensa. Hubo reuniones tres días consecutivos; bajó el empréstito a diez y siete mil; discutióse de nuevo y bajó ultimamente a siete, lo que el Gobernador aceptaba, recordándoles lo de las caperuzas del sastre de Sancho, por cuyo sistema podría hacer una *defensita*, decía, de valor de mil pesos.

Creemos que el empréstito no se cobró; pero los preparativos para recibir la montonera se hacían febrilmente, pidiendo, suplicando que le mandaran unos pobres cien hombres de línea, lo que no impedía que las obras públicas se continuasen.

Un día aparece un oficial, trémulo de terror, castañeteándole les dientes, anunciando que el Chacho se venía sobre la ciudad. El Gobernador lo fulmina por su cobardía y monta en el caballo del chasque, hace tocar a rebato las campanas y mientras se reúne la población en la plaza de armas, ordona a algunos veteranos hagan centinela para que ningún hombre válido salga de esa ratonera y a la fuerza se organizan bien que mal compañías. De a caballo y haciéndolo remolinear como si fuese parte en la improvisación, Sarmiento dirige a esa milicia en cuyos semblantes era visible el pavor, una alocución fulgurante, cuyas andanadas de palabrotas militares

no son para imaginarse ni estamparse, y en que descolaba el apóstrofe de no tener sus oyentes los atributos masculinos sino los femeninos, con las palabras descriptivas de la cosa... Muchos años después, nos decía : — « Ha sido mi mejor discurso, aquél que más efecto produjo. »

Recorriendo las filas, ya más templadas, oyó la queja de un fidalgo de esos que en Provincia conservan pretensiones inauditas de aristocracia, indignado de formar al lado de un moreno. Se encara con él, le increpa el haber formado a la fuerza por haber caído en la ratonera preparada, mientras el negro venía a cumplir su deber y a defender lo que el blanco poseía, lo degrada por cobarde y lo manda a su casa como el mayor escarmiento.

Era preciso en el entretanto combatir el pánico con la aparente calma y el movimiento de aprestos. A un viejo militar que sugería avanzar, como era del caso, dos piezas de artillería a la próxima calle ancha, el Gobernador, mostrándole el puño cerrado, le dijo : ¿comprende, mi Coronel, este plan de operaciones? Los cañones aquí. Defiendo el cuartel y defenderé lo más que pueda, hasta donde dé la cuerda y nada más. Necesito un punto fuerte para resistir hasta que lleguen refuerzos. »

A la caída del sol, con el antejo del vigía, se veía primero en la calle principal de Caucete mucho polvo y todo el paisaje circunvecino despejado. Hacia aquel punto había ordenado al Mayor Irrazabal se dirigiera con setenta hombres del 1º de caballería y allí debía encontrarse con el Chacho.

La noche avanzaba en silencio. Los fuegos de los vivasques en la plaza de armas en que estaba la pequeña pero robusta fuerza, dejaban ver caras serenas y varoniles. En el cuartel un estado mayor de oficiales y empleados civiles trataba de interrumpir el silencio que a cada rato se hacía, especie de sueño de la angustia. Sarmiento dijo :

— « Les contaré a Vds. un cuento. Un viajero inglés se había internado en los bosques de la India y llevado del ardor de la caza, olvidándose de las horas. La noche lo sorprendió y hubo de asilarse en un « *bungalow* » rancho construído exprefeso para refugio contra las fieras que

pululan en aquellas selvas. No bien entraba, cuando un enorme tigre que lo había olfateado, bramó a cierta distancia y llegó a poco a la puerta del *bungalow*; pero como por la obscuridad no se atreviese a entrar, acostóse gruñendo y azotándose los flancos con la cola. Y mi inglés y el tigre pasaron así la noche contemplándose el uno al otro. Ya se puede calcular quien a quien se la juraba para cuando amaneciese el día siguiente. El pobre inglés se echó en brazos de la muerte; pero como no es posible estarse muriendo de miedo toda una noche sin descansar un rato, el inglés empezó al fin a sacar cuentas a solas. Primero se acordó de sus caballos y perros, después de su familia, y en seguida de la Inglaterra, porque era muy amante de su país que acaso no volvería a ver, en seguida recordó los peligros de que había milagrosamente escapado en doce años de viajes, cuatro naufragios, dejado por muerto por los beduinos y cien percances más; y luego, el cuerpo es una filigrana que uno no sabe como vive, con mil reflexiones más o menos filosóficas que lo llevaron a la conclusión de que es mucho más difícil morir de lo que muchos se imaginan; luego, se dijo, de alguna manera habré de salir del aprieto. Ya empezaba a aclarar y el tigre a menear la cola y a relamerse los bigotes, cuando el inglés creyó oír a lo lejos ladridos de perros. El tigre echó una mirada de soslayo hacía donde se oía el ruido; y el inglés se le rió en sus hocicos, diciendo para su colete : era seguro, de alguna manera se salva uno... Esta es la moral del cuento : escuchen por si ladra algun perro! »

Una disputa se oía en la cuadra vecina — Aunque sea oficial, miente! — Yo he salido después que se ha acabado todo — Hemos triunfado! — Y Sarmiento exclamó : Ladran al fin los perros.

El Chacho había sido derrotado por un puñado de valientes!



Una fotografía se conserva de un centenar de prisioneros del Chacho formados en la calle con un cañón de cuero al centro, con el que pretendían hacer creer que disponían de artillería. Es un documento curioso que

revela fisonomías estólicas y vestimenta como ningún bandido las ha ostentado más miserables. Es una tradición en San Juan que después de haberlos fotografiado, con horrenda expectativa de aquellos desgraciados, el Gobernador les hizo una alocución afeándoles sus bandalajes y sus correrías y anunciándoles que los condenaba a empedrar calles para enseñarles el trabajo y que en seguida mandó avanzar tres pasos al frente a los que fuesen sanjuaninos, lo que hicieron presurosos unos cuantos, creyendo en mayor indulgencia.

« — Pues a estos que son más imperdonables, se les aplicará además cincuenta azotes. » (1)



Para despedirse de sus comprovincianos organizó una gran asamblea popular, para dirigirles sus últimos consejos; y fué tan sentida y sincera la manifestación de sus sentimientos, que varias veces ha recomendado después no dar publicidad a sus conceptos, por temor de deshonorar ante extraños a su pueblo natal. Ahora mismo nos vienen a los puntos de la pluma algunas reminiscencias de aquel discurso patético que hizo llorar a todo un pueblo.



Sus adversarios, los federales de Benavidez, decían ¿quién nos dará garantías, ahora que Sarmiento se ha ido? Había hecho un gobierno modelo, no tanto por los resultados, sino por haber sabido dar al poder ese respeto y afecto de que sólo en Inglaterra goza y esto en época en que no existían sino despotismos o anarquías. Al entregar el poder decía :

« — Esta fuerza moral que rodea al poder salido de las urnas electorales tiene un deber sagrado que llenar, so pena de destruir la base misma en que se apoya, y este deber es proteger las minorías vencidas y hacerlas honrarse en el gobierno que las rige. Las garantías de la Constitución no son sin duda para los que mandan, son para aquellos

(1) Pena legal, en vigencia entonces.

que teniendo opiniones distintas, si no entran en el terreno de la violencia, no han renunciado a sus derechos de ciudadanos argentinos, no han dejado de ser parte integrante de esta patria que es la propiedad de ellos como la nuestra. »



Los vejámenes de que sufría cruelmente Sarmiento de parte de sus amigos del gobierno nacional, a cuya ambición había dejado campo libre, retirándose a su rincón de provincia, provenían en parte de diversidad de opiniones, de indiferencia y descuidos y acaso eran magnificados por su propia sensibilidad, excitada por el extremo peligro a que estaba expuesto y de que salvó con los solos recursos que pudo crearse.

El hecho fué que el General Mitre hizo cuanto pudo después, para reparar los legítimos agravios, ascendiéndolo a Coronel en recompensa de la dirección de la guerra que había concluído destruyendo momentáneamente una causa de profundo malestar en el interior y dándole una misión diplomática para salvarlo de las dificultades personales en que su entusiasmo lo había engolfado, y para sacarlo de un escenario demasiado estrecho.

El ascenso a Coronel le fué oficialmente ofrecido, sin que se formalizase en el escalafón, puesto que Sarmiento quedó con el rango de Teniente Coronel que le reconoció Urquiza junto con Mitre, Paunero y Aquino al iniciarse la campaña de Caseros.

Así, pues, el ascenso a Coronel de Sarmiento, que entonces estaba en las facultades del Presidente acordar, no tuvo efecto y acaso se ignore hoy el motivo. No lo aceptó Sarmiento, sencillamente porque siendo Gobernador no debía aceptar honores que le pusiesen en la dependencia del Gobierno Nacional, del mismo modo que le es prohibido al Presidente recibir dádivas de las Provincias.

En cuanto a la misión diplomática que lo alejaba de la política militante, decía Sarmiento que lo atribuyó al propósito de imposibilitar su candidatura a la Presidencia; pero que, reflexionando, exclamó de repente, haciendo un gesto con el puño derecho sobre el codo izquierdo: — « ¡Te...

embromaste, más que nunca seré Presidente! Cuanto más lejos, más hermoso. Me idealizan!

Entre los cargos de sus enemigos que fueron reproducidos después en el Senado por Rawson, se halla el de haber ejecutado sin juicio al chacho en Olta. En las instrucciones escritas de los jefes a sus ordenes iba la de remitir a la plaza todo preso para seguirle juicio regular. El Mayor Irarazabal era capaz de no haber comprendido ese mandato puesto que en el parte auténtico declara haberle fusilado y puesto su cabeza en una lanza, *para estímulo de otros*.

Se hizo grande alarde de que Sarmiento hubiera ordenado la ejecución de un Coronel Segura, el cual fué juzgado regularmente y condenado por sus bandalajes y dos asaltos contra fortalezas nacionales. Para mandar ejecutar la sentencia no tenía más título que el de Director de la Guerra, el cual no existiendo en las ordenanzas, carecía de las facultades de un general en jefe y mandó el juicio y al reo al Gobierno Nacional, el cual tuvo a bien darle completa amnistía; pero dejando que sus partidarios achacasen a Sarmiento la intentona o pretendida severidad.

DIPLOMACIA

Estaba muy consentido de que su discurso de recepción en Chile, en momentos que la España arrebatava al Perú una parte de su territorio, si bien saliéndose un tanto de la rutina diplomática, era la palabra digna de la vieja República Argentina que reaparecía reivindicando la dignidad de los pueblos que ella había contribuído a independizar.

Bien pronto se desengañó ante la directa reprobación de la cancillería argentina y los duros conceptos que le llegaban confidencialmente, vertidos por los hombres que no se conformaban con que Sarmiento fuese Sarmiento donde quiera que estuviere y estando a las órdenes de Elizalde, hubiese de ser un trasunto elizaldino.

Sarmiento se defendía, diciendo que don Andrés Bello le escribió desde la butaca en que yacía paralítico : « Me complazco en felicitar a Vd., y creo que pudiera hacerlo en nombre de todo el país, por su brillante discurso de recepción tan digno de un representante de la noble República Argentina. » Y Sarmiento agregaba : « En mí es imperdonable lo hecho; pero esta escapada de colegial es muy disculpable en joven tan entusiasta como Bello y tan poco versado en formas y cuestiones de derecho internacional. »



Los gobernantes de 1864, convertidos cuatro años después en apasionados opositores del gobierno de Sarmiento, explotaron la situación desairada que ellos mismos le crearon con sus vacilaciones y órdenes contradictorias en el Congreso Americano de Lima. Largos años siguieron reprochándole su desobediencia a instrucciones de que se creía no existir constancia tras del incendio del archivo, y que llevado por su vanidad había tomado asiento en el Congreso sin misión ni carácter alguno.

A su turno, Sarmiento desdeñó siempre hacer polémica con un asunto de carácter gubernativo que no creía del dominio de la publicidad; pero hoy ha podido reconstituirse aquel embrollo, merced a la documentación conservada en el archivo de las legaciones en Estados Unidos y Chile, a la colección de copias de las notas de la cancillería argentina y a cartas originales en nuestro poder.

La actitud de Sarmiento fué simplemente la de un funcionario que recibía órdenes terminantes y las cumplía, hallándose después en serias dificultades para cumplir otras que derogaban las primeras, cuando éstas tenían un principio de ejecución y un grado de compromisión que no permitía salir airoso del atolladero de instrucciones contradictorias. Relatando su situación, Sarmiento escribía a su amigo Posse : — « Tiene el personal de nuestro gobierno un pequeño defecto que desluce sus mejores cualidades : — pedante! Envanecido con una situación que es buena, no sólo se imagina que es su obra exclusiva, sino que el Espíritu Santo posa sobre sus cabezas, de donde viene la manía de haberlo previsto todo y de echarle la culpa al de más allá de lo que tiene mal éxito, o no tan cumplido como era de desear, o completo sin comprenderlo... Así yo recibí órdenes e instrucciones de todo género, tan vagas y contradictorias, como eran arbitrarias y gratuitas las suposiciones de que partían. Felizmente, yo no estaba a merced de tales juegos de palabras, y he podido, dando cuenta de lo obrado con referencia a sus órdenes, establecer mi carácter de simple oficial mayor de ministerio tan previsor. Se guardarán muy bien de publicar mis

notas, porque haciendo lo relación de lo obrado y sin mira de responder a objeción alguna, sigo las instrucciones recibidas por fechas, por días, por horas, resultando por documentos en mano que lo que reprobaban es lo mismo que ellos han ordenado y sus propias opiniones sin que haya una mía, ni un paso aventurado en todo el procedimiento. »

Efectivamente, todo procedimiento está justificado por instrucciones terminantes y cuando el Presidente Mitre le escribía en un sentido contrario a las notas de Elizalde, Sarmiento le replicaba : — « No he firmado tratados, porque a esa condición entré al Congreso. Si hubiera creído que debía firmarlos por ser convenientes a la República, lo habría hecho sin vacilar, porque en eso del *honor* y de la *consideración de mi patria*, no es sólo el Presidente y el Ministro de R. E. quienes están encargados de guardarlas, ni a ellos solos reservada la apreciación del caso. »

Condenando la firma de tratados que suponía erróneamente haberse firmado, al Ministro Elizalde parecía habersele escapado de la memoria que tal firma de un Plenipotenciario es siempre *ad referendum* y no tiene alcance sino después de sanciones legislativas de las *partes* contratantes.



Entre las instrucciones para actuar en Chile, hubo la de reclamar el reconocimiento de deuda de los sacrificios argentinos para independizar a Chile. Fueron tan vigorosas las objeciones del Plenipotenciario que se abandonó tal propósito.



Unos de los libertadores permanentes del Perú, el General Castillo, un bruto que gobernó, fastidió y libertó cuarenta años, era miembro del Congreso Americano y no sabía hablar sin auxiliarse con el gesto o el dedo para completar la frase. Una vez, mostrando la pintura con que se había untado al tocar una ventana recién pintada, decía : ¡ Pintura...! ventana...! malo...!

— ¿Qué dice? preguntaba un literato.

— Ese era el latín en su origen, contestó Sarmiento, yo

entendiendo perfectamente, supliendo el verbo y adverbios. Traduzco : esta *pintura* se me ha untado al acercarme a aquella *ventana*; es *mal* hecho pintar las puertas cuando se espera gente. Esto es claro como la luz, y en verdad os digo que esto basta para ser grande caudillo, como muchos otros que conozco en América. »

No sólo bastaba eso, en el concepto de Sarmiento, sino que era esencial para acaudillar a brutos, ser tan bruto como ellos.



Habíanse dispuesto grandes salones del suntuoso edificio destinado a la escuela de Artes y Oficios en Lima, para hacer la solemne inauguración; y a las pompas consuetudinarias de la antigua corte de los Virreyes, se añadía la presencia del Congreso Americano. Cuando todas las corporaciones, las listas civil y militar estaban en sus puestos y tocóle el turno de hablar, desprendióse del cuerpo diplomático, el representante argentino atravesando la sala, fué a colocarse entre los maestros de escuela. Mucha sensación produjo este cambio de roles y como quedase en frente de la inmensa concurrencia de damas, éstas le daban la enhorabuena, con movimientos de las manos y abanicos, recordando mitigadas las costumbres de la antigua tapada limeña, que frecuentaba con donaires, iglesias, palacios y fiestas, haciendo la crítica o aplaudiendo.

El orador diplomático hizo furor, aunque confesara que no se daba cuenta de lo que había tan extraordinario en su discurso, pero, le había precedido cierta nombradía que desde Chile alcanzó a aquellas costas, puesto que en los puertos intermedios, las gentes apiñadas para saludarlo al pasar la nave que llevaba la bandera argentina al palo mayor, pronunciaban su nombre con muestras de simpatía. En la recepción oficial dada por el Presidente, todas las niñas se habían pasado la voz, para concurrir de celeste y blanco en honor del Ministro argentino.



Su primer viaje a Estados Unidos en 1847 fué para él

una revelación. Asombra a primera vista, que viese desde ese entonces toda la grandeza de aquel portentoso experimento humano. Analizando, empero, los ideales que forman la unidad de su pensamiento, se encuentra la afinidad absoluta que debía hacerle comprender que allí se preparaba el advenimiento del poema épico de la democracia, el Eden de la tierra, por la elevación moral e intelectual del pueblo, mediante la extinción de todas las fealdades que la pobreza, la ignorancia y el atraso arrojan en la senda de la vida social, como deslucen un paisaje las basuras y malezas.

En su segundo viaje experimentó « las emociones « de quien se asoma a la caverna de los cíclopes, u oye la « algazara de los titanes, o ve rebullirse el mundo « futuro. »

Desempeñaba, sin duda, sus funciones, relacionándose con los personajes oficiales, informando a su gobierno lo que se le pedía y algo más, defendiendo los intereses de su país y haciendo propaganda para desvanecer preocupaciones, etc., etc., pero en lo demás ! qué singular y novedoso diplomático era aquel judío errante que en el tiempo en que sus colegas sudamericanos se lo llevaban en Washington jugando al tresillo y quedándose baules, habiendo ido petacas, él recorría todo el país, estudiaba todo, estaba en todo, viajaba « como los horneros, recogiendo a cada rato un poco de lodo para continuar la obra, siempre haciendo afanado punto de media...! »

« — Si me dejaran obrar, escribía a Posse, yo cambiaría la inútil y costosa diplomacia argentina en el exterior, en oficinas laboriosas de estudio, de comunicación de medios y elementos de civilización. »

« — Debiera ser un ojo nuestro que contemple el movimiento humano donde es más acelerado, más intelectual, más libre, mejor dirigido hacia los altos fines de la sociedad, para comunicárnoslo, para corregir nuestros extravíos, para señalarlos el buen camino.

« No debe ver con los ojos de su nación propia. Criticar con aires magistrales aquello que ve allí un hispano americano, un español, con los retacitos de juicio político que

le han trasmitido los libros de otras naciones, como veremos ver las manchas del sol con un vidrio empañado, es hacer gravísimo mal al lector, a quien llevan por un camino de perdición al abismo de la autorización de lo malo que allí ocurre, porque allí ocurre y ante conciencias relajadas justifica el delito que intentamos cometer. Los defectos y flaquezas de la práctica republicana en Estados Unidos, magnificados, con ser muy grandes, por los críticos malevolentes, monárquicos, o sud-americanos cuyo criterio está más abajo todavía que el de los monarquistas, ha traído el período de imitación del mal y del extravío que atravesamos.

« Lo que debe ver es lo grande de aquel experimento humano, dándonos cuenta apasionada de lo bueno, comunicándonos su entusiasmo, para que pongamos el hombro a levantar en peso la locomotora y hacerla entrar en los rieles, como lo hacen los pasajeros con la que los conduce al través de desiertos. »



« — Se marcha de capital a capital : el tren se traga por horas las distancias intermedias. Tengo una curiosidad insaciable, inestinguible. Nadie habrá visto más que yo, aunque muchos habrán viajado más. Véolo en la muchedumbre que me acompaña : conversan, leen, duermen; solo yo estoy pegado al vidrio de la ventanilla del tren, desde que amanece hasta que anochece, mirando, con los ojos fijos siempre, viendo desfilar bosques, maíz, papas, casitas, fábricas, villas, cascadas, y siempre viendo, mirando, alegre, silencioso, contemplativo. He adquirido así la facultad de ver, de medir, de comparar, de observar, de contemplar, de recordar.

« Todos los árboles nuevos para mí, me llaman la atención, y si una yerbita es de mi país, yo la saludo al paso, como a un amigo. Si en las ciudades me pierdo, vagando por sus calles, bástame fijarme en los millares de letreros, en las estampas de las litografías. Luego reconozco uno al cual noté una hora antes le faltaba la punta de una A, o un retrato de Lincoln o de Grant colocado a la derecha y me basta esto pará orientarme, porque

todo, letras, estampas, arquitectura, lo había mirado bien. Este panorama de centenares de leguas que va pasando por la retina deja sus impresiones que se perpetúan en recuerdos, en los parajes que algo de bello, de útil, de nuevo, cautiva, atrae o sorprende y por tanto se ahonda la impresión. Más tarde, en sueño, en las horas de contemplación, en este vivir la vida interna, estos depósitos de imágenes se iluminan de por sí, se mueven y avanzan al frente, y la imaginación les da vida, volviendo a viajar gratis, sin que ningún importuno le diga al oído, *your ticket.* »



Arreglando con el ilustre astrónomo Gould la creación del observatorio de Córdoba, le enseñaba una carta del Ministro Eduardo Costa, mostrándose simpático a la idea, aunque revelase una extrañeza irónica de que Sarmiento « tan opuesto a los grados universitarios » propiciase tan altos estudios.

Nada en los antecedentes conocidos explicaba al sabio norteamericano esta alusión y fué necesario decirle :

« — Por allá se nace doctor; y no se puede serlo jamás, aunque se acumulen ciencias para enseñar a la Universidad, si de muchacho no se ha estudiado ciertos cuadernitos y recibido tres R. de unos rematados borricos que suelen ser de ordinario los examinadores de niños. Yo soy uno de esos condenados por la Constitución a ser lego toda mi vida, no obstante que mi oficio es hacer enmiendas en las constituciones hechas por los doctores. »



La Constitución de Méjico no tenía previsto Vice Presidente, sino que el P. E. pasaba en acefalía al Presidente de la Corte Suprema. Al concluirse el período de Juárez, en plena guerra de independencia, reclamaba la presidencia un Gral. Ortega, presidente de la Suprema y entonces asilado en los Estados Unidos.

Sarmiento fué consultado oficialmente sobre el peregrino caso y su dictámen (publicado en inglés entre los

documentos diplomáticos norte-americanos), fué aceptado y seguido.

Establecía que ninguna disposición constitucional podía poner en peligro la salvación del conjunto; que la renovación periódica del poder previene el establecimiento de un despotismo, pero estando el territorio en guerra y ocupado por el enemigo, no pueden ser ejecutadas sus cláusulas; que el Presidente de la Corte es tal cuando tiene Corte que presidir y desde el extranjero no tiene Corte ni es Presidente; no se trataba sino de resistir a la invasión extranjera y para llevar la resistencia a fin era necesario que la persona que la principió permanezca en su puesto.

Esta solución prevaleció, decretándose Juárez una prolongación de su poder.



Llevado del celo del bien pasó una nota al Ministro del Interior estudiando las concesiones de tierras a los ferrocarriles, aconsejando lotes alternados para reservar los que adquiriesen valor con lo que poblare el ferrocarril. El Ministro Rawson le contestó un folleto de polémica para probarle que él se lo sabía todo, cuando precisamente concedía toda la extensión de la línea del F. C. del Rosario a Córdoba.

Dice Sarmiento que tuvo que medir y pesar al escrúpulo sus palabras al contestar, para no darse por entendido del espíritu pueril de esas observaciones que sólo tendían a echarle « la pierna por encima. »

Mientras estuvo en posición subalterna, en efecto, con respecto a sus compañeros de causa convertidos en rivales infatuados, no cesaron en el plan de molestarle, desaprobarle, desaprobando lo mismo que le ordenaban hacer, sin más intento que demostrar su superioridad de saber, patriotismo, política, etc. « Mitre, dice, me lo repitió tantas veces y con frases tan poco disimuladas, que un día le dije con el mayor respeto : no sea zonzo! y ha dejado de fastidiarme. »



Visitaba los colosales mataderos de Chicago y un cria-

dor de vacas de Michigan le preguntaba ¿cómo era el ganado de su país?

— Pues; es un ganado grande, huesudo, patas más largas que éste, cuernos retorcidos; qué sé yo cómo describir aquellos tan animales de mi país, tan ordinarios, comparados con este *stock* de Michigan, bien educado, ojo amigo, gordo, manso, carnudo, con astas diminutas y patas breves... Mire Vd. dijo al fin al preguntón, es como aquel novillo bayo que viene en ese *arreo*, una partida o *puntilla* de ganado, que venía gravemente haciendo resonar el pavimento de madera. Cierto, exclamó el hombre, porque esos son de Texas.

« ¡Era innarrable! agrega, ¡españoles, pues, mis compatriotas! Texas es, por si Vds. lo ignoran, una provincia de la República Argentina. Hay estancias de diez leguas, propietarios de cien mil cabezas de ganado que valen tres pesos la vaca con cría. Hay rancheros, es decir, gauchos a caballo y no se encuentra leche para el té en muchas partes y la mantequilla la introducen de otros Estados. Son pobres la mayor parte de los habitantes, hay mucha carne, pocas escuelas, aldeas sucias, harapos por todas partes y el cuchillo brilla a cada palabra mal sonante y fueron los Texanos los primeros en levantarse contra el Gobierno y los últimos en someterse. ¡*Felix qui potuit rerum cognoscere causas*. Las mismas a los dos extremos del mundo! »



Preguntábale un joven uruguayo a qué ramo debería consagrar sus estudios durante sus viajes en los Estados Unidos : — « A la educación común, le contestó; es lo único que puede importar a su país que haya de atraerle las bendiciones de sus compatriotas. »

Ese joven fué José Pedro Varela que ha dejado en el país vecino la gloria más duradera, haciendo trasmigrar su alma a los que han continuado su obra, creando el espíritu de asociación espontánea, pues allí están más adelantados que en Buenos Aires donde la ley ha creado Consejos, « que es como decretar entusiasmo. »

Tanta importancia daba Sarmiento a esta iniciación,

que la comparaba con el consejo dado por Arago a Leverrier que se echara tras de un planeta hipotético necesario para explicar las aberraciones de Urano.



Una de esas tarjetas que se venden a centenares de miles de ejemplares en los Estados Unidos, contiene las fotografías en miniatura de los hombres más eminentes y populares. Entre cincuenta retratos de hombres como Longfellow, Emerson, Ticknor, Grant, Lincoln, Dickens, etc., figura Sarmiento con el N.º 48.

Conservamos un ejemplar y lo mencionamos aquí como muestra de la alta estimación que el Ministro argentino había conquistado. Verdad es que en 1885, refiriendo aquello, decía que en los Estados Unidos era el N.º 48, mientras en su país sería apenas el N.º 80, contando desde el Presidente hasta el portero del Senado.



Al día siguiente de llegar a París para la Exposición de 1867, se presenta de visita en lo de M. Thiers, quien lo recibe en el jardín, donde estaba escribiendo a la sazón a la sombra de un árbol. El estadista francés le muestra las carillas del discurso que preparaba para la Cámara de Diputados, en que condenaba enérgicamente el fusilamiento reciente de Maximiliano, como un acto de barbarie sin ejemplo, del que un opositor al régimen imperial no quería hacerse solidario ni pasarlo en silencio.

Preguntado Sarmiento sobre cual era su opinión personal al respecto, observó que el punto de vista americano era muy distinto del europeo. Que no habiendo jamás pisado en la América española un personaje de sangre real, el pueblo carecía de los sentimientos monárquicos de los europeos, no distinguiendo razas ni dinastías, por lo cual, Presidentes, Protectores, Emperadores, Dictadores y cualquier otro título de que se revistiese el poder, dejaba siempre un hombre sujeto a las vicisitudes de los tiempos, a las formas de la justicia y al cadalso. Que Maximiliano había sido ejecutado en el mismo banco en que había rodado la cabeza de Iturbide y que en virtud de la

ley de represalias de guerra decretada, Maximiliano había sido legal y debidamente condenado a muerte, muriendo víctima de su propio decreto, cumpliéndose en el pretor su propio edicto, según la ley romana. Las guerras de independencia se hacen a todo trance, defendiendo Méjico su derecho a no ser colonizado con estirpes dinásticas. Explicó además la actitud probable de los Estados Unidos, acertando exactamente.

Tan convencido estuvo Thiers, que cambió el plan de ataque de su discurso, haciéndolo de plano contra la política de Napoléon III en Méjico.

EL PRESIDENTE

1868

Hallamos en la correspondencia del Doctor Velez de 1866, el consejo de no escribir sobre política, sin duda para no perturbar la cristalización de simpatías que el alejamiento obraba. Agregaba Velez en vía de consuelo, que de todas maneras, él y Posse eran los únicos en comprender lo que escribía y después de ellos la posteridad.

Poco o nada escribió sobre política en ese lapso de tiempo, aunque protestase contra el consejo que sin embargo acataba :

« — Nuestra política de injurias, de denuestos, de odios, exige de los hombres que se mantengan visibles por el rencor que inspiran, de manera que el enemigo los señale y se sepa donde hallarlos; pero ocultarse a la vista de amigos y enemigos, sustraerse a toda mirada, es perder su posición y ausentarse. Es la abdicación... « — Si me apuran, tomo un diario; y me hago un mondadientes de él, como lo hacen del cuchillo los paisanos. »



Al aceptar la candidatura presidencial, escribía a Don José Posse :

« Te diré que si me dejan, le haré a la historia ameri-

cana un hijo macho. Treinta años de estudios, viajes, experiencias y el espectáculo de otras naciones que aquella de aldeas, me ha enseñado mucho. Si fuera un estúpido, razón tendría todavía de creer que más se me alcanza que a los niños con canas que tienen embrollada la fiesta. »

A otro le escribía : — Habría que realizar lo que tantas veces he comenzado, en la escuela, en el ejército, en Chivilcoy, en San Juan, en la prensa, hasta que la piedra de Sísifo ha rodado hasta la base de la montaña. Pónganse a mi lado, detrás, espalda con espalda los otros; sostengan mi debilidad y por mi madre, prometo que levantaré la piedra y la subiré sobre la montaña.

« Tengo la convicción íntima de que puedo hacer el bien, porque sé en qué consiste. »



Por decreto de 25 de Enero de 1868, en víspera de las elecciones, se le nombra ministro del Interior. Su no aceptación se funda en que siendo transitorias esas funciones excluyen la esperanza de desempeñarlas con utilidad y que siendo Ministros los dos candidatos que dividen la opinión, su aceptación comprometería la dignidad del gobierno y quitaría a uno de ellos el significado político de ser la espontánea expresión de la opinión pública.

Una frase de una carta privada que se había hecho pública decía que « íbamos mal » y Mitre en un célebre manifiesto la había calificado, diciendo que Sarmiento había dado una « coz » a su partido. En su renuncia, éste se expresa al respecto :

« — No sé por otra parte si las leyes del decoro personal estarían bien consultadas, aceptando un Ministerio bajo la administración del mismo funcionario que ha caracterizado mis ideas con un injusto desconocimiento de los sacrificios, trabajos y conquistas de las generaciones presentes, sin respetuosa protesta de mi parte y sin indulgente atenuación de la suya, de la frase que iba más allá del pensamiento en su desaprobación. »



Sarmiento ha dejado sus impresiones durante su viaje

de Nueva York a Buenos Aires, con el nombramiento de Ministro del interior de una administración que concluía, con el de Senador por San Juan y la incertidumbre completa sobre el resultado de la lucha presidencial en que su nombre figuraba entre candidatos que contaban con fuerzas siempre eficaces.

Al llegar a Pernambuco, un buque de guerra norteamericano, al mando del Comodoro Davies, envió un bote a reconocer si venía el señor Sarmiento, hecho lo cual, empavesó y le mandó una salva de veinte y un cañonazos, saludándolo Presidente.

Fué así como supo la consagración de sus altas ambiciones y dice en su diario de viaje.

« — Seré, pues, Presidente. Hubiera deseado que mi pobre madre viviese para que se gozase en la exaltación de su Domingo. Pero me sucede lo que a los viajeros que han ido dejando como luces extinguidas sus afecciones en el largo camino.

« Como los generales, después de gloriosos combates en que perecieron sus bravos compañeros; como el marino que salva del común naufragio, yo tengo un mundo fúnebre que quisiera evocar de la temprana tumba. El doctor Aberastain que desde los primeros pasos de mi vida, creyó en mí como en un ser privilegiado. Belin, el impresor, marido de mi hija, habría encontrado la recompensa de su laboriosa vida, a mi lado. Juan Godoy, Hilarión Moreno, Jacinto y Demetrio Peña eran mis candidos admiradores. Perdí a Dominguito, cuando necesitaba de su aprobación, de su pluma, de su entusiasmo. El pobre Marcos Gomez, que tanto prometía; el pundonoroso Soriano, que se mata por temor de que yo lo juzgue mal. Todos míos, sin egoísmo, míos por el corazón. De esta estirpe de amigos se ha hecho en torno mío un desierto.

« Quédame la otra rama del árbol de las afecciones, y a Dios gracias, en plena y abundante florescencia. Al frente de la falanje : *Aquella* que me decía : — « Si no sigue mi consejo, no siga el de nadie. » — Nunca el corazón habló más alto. Y *aquella* que me escribe : — « Usted no es un hombre, es usted una nación que lleva en su corazón.

Yo creo en las individualidades. » Y *aquella* que a propósito de *Ambas Américas*, exclamaba : — « El gigante está de pié otra vez. » — Y *aquella* que, nombrado senador, me decía : — « Lo celebro por lo que le honra, que todo honor es poco para lo que merece! » — Y *aquella* otra *Marta*, que después de la entrada del enemigo en San Juan, me escribía : — « Si hubiera estado usted aquí, mi hermano no hubiera muerto. »

« Y los poetas menores del corazón, mis hermanas, mi hija, han tenido también su palabra de aliento o de fe o de inspiración. La mujer es la sensitiva humana. Ella es la primera en sufrir las crispaciones que causa el contacto de las naturalezas eléctricas. Las mías vienen anunciando, presintiendo el sentimiento público. Sus cabellos se agitan y ondulan con los suspiros de la brisa. El pueblo necesita que la brisa se convierta en viento.

« *Aquella* fé robusta de Aberastain, *aquella* infatuación de Mrs. Mann se han encarnado en el pueblo y héchose fé, creencia, opinión, esperanza. Mi Aberastain, es la prensa de ahora. La que me dió su corazón, años antes de que nadie creyese que merecía un corazón y solo necesita decirme : venga a recibir su ínsula; el grande noviciado está terminado.

« ¡Y vive Dios! Si siento a mi espalda el apoyo del pueblo, si esta brisa favorable no cambia de rumbo, he de justificar a mi país, a mis amigos y a los que me aman. Haré que tengan razón, y que no muera, sin que otra falanje de amigos, de entusiastas, me acompañe al sepulcro...

« Oh! Magdalena! te levantarás la primera a preparar el cadáver querido para el reposo eterno. Si hay detrás la inmortalidad de la gloria, las lágrimas están demás...



« — La política de allí me vuelve, como cosa indigesta. Llego... grandes vítores! gobierno admirablemente un mes, dos ...presento ciertos proyectos de ley y principia la fiesta. Un diario sugiere una objeción, la comisión una enmienda. Otro proyecto... « este Sarmiento, tan poco prudente, no hacerse cargo...! » Mitre me escribió a San Juan : —

« Vd. debió contentarse con hacer un gobierno *modesto...* »
— Otra reforma, y soy declarado loco...!

La verdad exacta de su situación y del apoyo de la opinión con que podía contar, no le fué revelada sino en el curso de su trabajada presidencia. En el Colegio Electoral su nombre prevaleció por un voto de mayoría y entre sus partidarios podían contarse aquellos que habían votado contra la oligarquía porteña y los que votaron contra Urquiza que había gobernado demasiado.

Antes de recibirse de Presidente, contestando una manifestación de las escuelas, reivindicó altamente como su único título indiscutible el de maestro de escuela y visitando a Chivilcoy, fundado sobre las leyes agrarias que él había preconizado diez años antes, declaró que su programa de gobierno consistía en hacer cien Chivilcoys, con tierra para cada padre de familia y escuelas para sus hijos.



La base de su Ministerio fué el Dr. Velez quien contestó al ofrecimiento : — « Viene Vd. buscando el latín » — y era la cordial aceptación. Era, en efecto, el latín, el derecho lo que se necesitaba y en lo civil, lo eclesiástico y lo comercial ese hombre lo encarnaba ante la opinión como ante la historia.

Al concertar con el Dr. Velez la composición del Ministerio, ocurrió lo que hoy podemos revelar. En cuanto a la Instrucción Pública el nuevo Presidente manifestó su propósito de grandes reformas y pensaba buscar un joven de talento, susceptible de ser un estadista, en lo posible un porteño, indicando al Dr Manuel Quintana .

El Dr. Velez tenía poca simpatía para con ese candidato y lo hizo descartar.

Quien esto escribe tuvo el honor de ser amigo de Quintana, no habiéndose propasado nunca en su antagonismo con Sarmiento hasta olvidar las consideraciones entre caballeros. Un dia contamos a Quintana lo referido aquí y fué grande su sorpresa, habiendo creído siempre que había sido propuesto por Velez y rechazado por Sarmiento, que de tales componentes se hacen las enemistades.

Sobre la composición del célebre Ministerio es oportuno recordar que en él sólo entró un partidario político, Don Mariano Varela. Los demás habían sido abstencionistas o francamente adversarios de la candidatura Sarmiento.

El Dr José Benjamín Gorostiaga opuso el haber sido adversario político en la contienda electoral y Sarmiento le declaró que buscaba su competencia en finanzas y apelaba a su patriotismo para hacerle llevadera su colaboración con un antiguo adversario.



Pocos días antes del 12 de Octubre, no se sabía sino del Dr. Velez entre los que serían designados Ministros de la nueva administración.

En un almuerzo, en San Fernando, los brindis fueron subiendo de punto en elogios anticipados al Presidente y Ministro del Interior futuros.

De repente, Sarmiento exclama :

« — Señores! Está prohibido tirar a boca de jarro. Emplazo a Vds. para dentro de seis años, si nos hubiesen acompañado todos. Las salvas y los cohetes estarán bien al final de la jornada. Ahora no sirven sino para hacer perder los estribos al mejor ginete. Hablemos de otra cosa. »



Ha sido muy recordado el que Sarmiento declarase que para recibirse de Presidente se consideraba desligado de toda práctica o sujeción a la masonería. El hecho es único y no ha sido renovado, pues rara vez suben al poder hombres de tan profunda sinceridad en los principios que rigen la conducta moral.

Su discurso es una valiente apología de la institución masónica, para que no se creyese que disimulaba sus convicciones, pero llamado a desempeñar una alta magistratura « ningún reato personal ha de desviarme del cumplimiento de los deberes que me son impuestos. » — En carta a un amigo, decía : « un jefe de Estado debe ser como Melchisedec, sin padre, sin madre, sin genealogía

y no han de ser intereses privados, ni creencias personales como para supeditar los intereses generales. »

En ese discurso aparece el concepto que se hizo proverbial sobre la aplicación de principios extremados : — « El Papa se guardará muy bien de escomulgar a cuantos no aceptan sus declaraciones, por miedo de quedarse solo en el mundo con su *Syllabus* en la mano. »



Faltaban unos días para recibirse el nuevo Presidente y Sarmiento había querido permanecer una noche absolutamente solo en su casa.

Unos llamados imperativos del aldabón, lo hicieron salir al balcón, candelero en mano y reconocido el interruptor, le dió por disculpa de no poderlo recibir, el haberse encerrado a escribir su discurso de recepción y no tener siquiera la llave de la puerta con la que debían entrar los sirvientes.

El visitante era el Coronel Lucio V. Mansilla, bizarro militar que había trabajado arduosamente por Sarmiento en la campaña electoral y que desde entonces acá, plegándose con tino al éxito más probable, viene persuadiéndonos de que ha contribuído a hacer todos los Presidentes sucesivos, si no es que los haya fabricado *in integrum*, como un *petit Warwick*, hacedor de reyes. Tal ilusión llevaba a nuestro joven militar a creerse parte integrante del nuevo Gobierno, lo que no había de ser muy aceptable para Sarmiento que no había participado del calor de la lucha, ni de las quimeras que ella engendra.

El hecho fué que esa noche el jefe en cuestión insistió en ser oído sobre una combinación ministerial que le parecía urgente someter al Presidente electo; pero no había posibilidad en abrirle la puerta, y Sarmiento fué a requerir una sogá que le desarrolló desde el balcón para que atara su lista y habiéndola izado, leyóla a la luz del candil.

Contenía la dichosa lista algunos nombres del agrado del Presidente, pero el candidato para guerra y marina, le hizo exclamar.

— ¡Usted Ministro! Hombre, necesitaré un ministerio muy sesudo y muy calmoso para morigerarme a mí mismo.

Nos tildan de locos; a Vd. menos que a mí, tal vez, por no haber adquirido méritos para ello todavía. Juntos seremos inaguantables. Buenas noches...



El nuevo Presidente debía contar con dos grandes influencias vencidas, Urquiza y Mitre. El primero no pudo triunfar y el segundo acababa un período que abrazaba dos presidencias y el mando de varios ejércitos durante diez años consecutivos. En nuestras repúblicas con personal de gobierno reducido, no puede desligarse el poder público de las personas que lo ejercieron y al dejar el gobierno se llevan afecto a su persona la mitad del poder público, que no abandonan sino con los contrastes y los años.

Tenía, pues, que luchar con esas dos grandes influencias. Con Mitre el arreglo hubiese sido fácil, si no hubiese estado de por medio la infatuación de la mostacilla mitrista para quienes Sarmiento era un advenedizo, atrabiliario y loco, porque entendía de otro modo los deberes de un jefe de Estado que no aceptaba aliados ni protectores; y le tenían el más alto, el más merecido, el más calificado desprecio. Así se propusieron no dejarlo gobernar, jugando con él a la pelota.

En cuanto a Urquiza hubieron escenas dignas de recordación. El General encargó a varios amigos caracterizados se acercaran al nuevo Presidente para entenderse y darle las más completas seguridades de adhesión. ¡Cual no sería la sorpresa de aquellos caballeros al encontrarse con un hombre que parecía no entender palabra de lo que le decían y a quien no pudieron arrancarle otra declaración que la siguiente: — *Cumpla cada uno con su deber!*

Al fin de muchos circunloquios y con un más ladino personaje el Doctor y General D. Benjamín Victorica, yerno de Urquiza, el Presidente electo le contó como via de disgresión el caso de una comedia oída en su juventud. Un parisiense se había disfrazado de oso blanco para introducirse en el harem del Sultán, mediante las admirables habilidades de que hacía gala. Compran, en efecto, al fingido oso del empresario de pega, y lo guardan antes de exci-

birlo, dentro de una pieza, donde esperaba otro oso de color comprado igualmente por sus gracias.

El oso blanco se arrinconaba muerto de miedo, exhalando un sentido ¡sacrebleu! lo que oído por el oso negro, se apresuró a sacarse la cabeza de oso y ofrecerle sus civildades. Ambos osos disfrazados con el mismo propósito, fraternizan, hasta que oyendo ruido se cubren precipitadamente y el eunuco que viene a llevarlos, encuentra al oso blanco con cabeza negra y vice versa... y el comentario era que el oso del Entre Ríos acabaría por encontrar un hombre en la piel del oso de la casa Rosada y pronto se entenderían y dejarían de gruñirse.

El hecho fué que el Presidente Sarmiento escribía al Gobernador del Entre Ríos, con fecha 17 de Julio de 1869.

« — Vd. ha tenido el buen tino de someterse al fallo dado por las elecciones; sólo a esta condición es posible el gobierno republicano. En Vd. este acto era una virtud; en el ex-Presidente era un deber. De Vd. sus adversarios de antes (yo entre ellos), no debían esperarlo; de nuestro antiguo amigo, parecía la cosa más natural del mundo. Los roles están cambiados, sin embargo. El viejo caudillo se somete y presta su hombro a su inveterado y constante enemigo, mientras que el amigo y correligionario de treinta años, se alza contra las formas legales que dieron a la República un Presidente que tenía el *derecho* de ser por todos acatado. Anomalías semejantes darían de nuestro país una triste idea, si el extravío argentino no viniese corregido por el acuerdo argentino. Lo que admira es que el enemigo Urquiza acierte y el liberal amigo Mitre yerre. Cuando salí de Estados Unidos me decían : tiene V. por delante a Urquiza, y yo decía, es cierto. ¿Cómo explicarles ahora, que tengo a mi espalda al antiguo enemigo y al frente al amigo y compañero? Pero no nos desconsolamos. Este es nuestro país y esta la grande obra. »



Por otra parte, Adolfo Alsina el Vice-Presidente, acaudillaba a un partido que comenzaba a mostrar sus fuerzas y había contribuído a la elección. Tenemos de Sarmiento

el relato de una entrevista en que Alsina ofreció la cooperación activa del partido que encabezaba, pero requería en cambio ascensos y dádivas, cuyo pedido no hubiera chocado quizás a más de un Presidente que no fuera ese tan ageno a las menudencias de la cocina política. El hecho fué que durante seis años, el Presidente, y el Vice no volvieron a hablarse una sola vez, sino para cambiar frases ceremoniosas en asuntos oficiales.

Estos detalles son necesarios para conocer que se puede ser seis años el jefe supremo de la nación, como reza la Constitución, contra Buenos Aires hostil, contra mayorías en las Cámaras, contra los partidos enemigos, sin la voluntad de los jefes militares elevados por los hombres de la administración anterior que lo combatían a sangre y fuego, con rentas y administración desquiciadas, con una guerra exterior a concluir, contra caudillos tradicionales del interior, sin buscar hacerse un ejército suyo ni un partido personalmente adicto y todo en una época en que no estaba afianzada ni reconocida la supremacía del poder nacional. Y además podía decir después :

« — Aquel presidente tan pretencioso de prerogativas, tan intratable y autoritativo, dejó a sus enemigos, el derecho de serlo, con toda libertad, con más libertad que la que adversarios gozan en parte alguna : la libertad de abusar de la libertad. »



La entrega del mando del Presidente Mitre al Presidente Sarmiento fué una escena de populacherismo bochornosa que parecería increíble, si no se vieran todavía algunos efectos de la misma causa a pesar del camino andado.

Habían entrado dos mil personas en un salón donde no cabían ciento, decentemente colocadas. En medio del tumulto vergonzoso de curiosos, la mayor parte niños de las calles, el ex-Presidente oprimido contra la mesa por una turba desatenta y haciendo el papel humillante de policial, gritaba : « Silencio, señores! retírense, señores! den paso! » Los vidrios de las ventanas caían como descarga de artillería, entre risotadas, aplausos y dicharachos; racimos de muchachos estaban encaramados sobre las

estrechas mesas de mármol que sirven de base a los espejos y cariátides más sucias ni menos clásicas decoraron jamás un frontón; guardias, edecanes, jefes confundidos, atropellados, así como Ministros de las naciones estrujados, envueltos, arrastrados en aquella marea, sin el dique de ningún respeto humano.

« — El mal que hay que curar, decía Sarmiento, es la insolencia. Jamás tendrá república este pueblo, mientras no se respete a si mismo en quienes lo representan. Este desenfreno es todavía la reacción contra Rosas. Recibo vejada y desprestigiada la *autoridad*. Haré que sea respetada. »



Al recibirse de Presidente publicaba un diario una carta de un joven político, trazándole un plan de política, a la que contestó Sarmiento una carta privada que no fué conocida sino mucho después, prohibiéndole publicarla ni contestarla.

Esa carta llena de amonestaciones puede reasumirse en este concepto : Tengo más vasta y más variada experiencia y mayores conocimientos que Vd. y si fuera yo un simple particular no se atrevería a darme consejos, primero porque no habría de pedírselos y después por no tener títulos para dármelos; es la falta de respeto a la autoridad que invisto, mirando como hecho indiferente la opinión de la mayoría del país que me eleva a tan alto puesto, lo que induce a usted a considerarme en tan poco que se toma libertades que no se tomaría de hombre a hombre.

« Tengo un vasto plan de política, agregaba, que tengo miedo de exponer. No tendría el apoyo del público. La juventud, el patriotismo, los encuentro convertidos en críticos soberanos, irascibles, burlescos, mal intencionados. »



El caso de un joven Chapeaurouge, arrojado violentamente por el Presidente de su despacho, dió pretexto a los más acerbos ataques.

No hacía una semana que se había instalado la nueva administración, cuando el Dr. Velez notificaba a ese joven

empleado del Ministerio que optase entre escribir diatribas contra el gobierno y presentar su renuncia del empleo. El joven se introduce al despacho del Presidente y empieza a poner demanda de *injusticia*.

— No hay injusticia. Vd. no puede servir y atacar al gobierno al mismo tiempo.

— Señor, le doy mi palabra de honor que no es cierto...

— No se desmiente a un ministro. El Presidente no oye demandas contra sus ministros que se supone obran en su nombre. Salga Vd. para afuera...

Como siguiese en tono airado acusando al ministro, el Presidente lo tomó de las espaldas y lo arrojó, dicen que acompañando el gesto con el pié en buena parte.



Al recibirse del mando, escribió a un deudo de París :
 — « J'ai reçu votre lettre lorsque je venais de recevoir le
 « gouvernement. Vous concevez bien que c'est une tâche
 « pénible que d'administrer un peuple, après une longue
 « guerre, lorsque les ressources sont taries et l'enthousiasme public vous manque. Le pouvoir chez nous n'a
 « guère d'attraits, si ce n'est pour les imbéciles. J'en ferai
 « l'usage que les intérêts du pays demandent, et si j'ai des
 « rêves de gloire, c'est de la gloire à longue échéance, sans
 « témoigner beaucoup d'égards pour la popularité du
 « moment. »



Hubo de sostener una lucha con los Generales del ejército para conquistar las prerogativas de su puesto, dejadas caer pedazo a pedazo. El general Gelly al mando del ejército de operaciones en el Paraguay, renunció ante la resistencia opuesta por el Presidente a la pretensión de que se aceptasen sin examen sus propuestas de ascensos.

Entre los propuestos para ascender estaba el Comandante Calvete, quien se le presentó al Presidente e hizo su exposición, invocando su antigüedad.

— La antigüedad no es base de ascensos. Yo era capitán de línea cuando Vd. no había nacido y soy Teniente Coronel

a los 57 años, lo mismo que Vd. y no me quejo, porque sólo las necesidades del servicio y no la antigüedad son la base de los ascensos.

Lavalle, Enrique Martínez, Necochea y cien más volvieron a su patria Coroneles apenas, después de diez años de victorias, con más encuentros y batallas que pelos en la cabeza, contra enemigos de pelo en pecho y bajo Generales, ¡qué Generales! San Martín, Bolívar, por nobles causas, la Independencia de un Continente... »

— Señor, le replicaba el Coronel, se ha hecho abuso de los grados y estoy pospuesto...

— Pues; ayúdeme a poner término al abuso, resignándose. Es tiempo que no se haga de los honores y premios de la República el patrimonio de una generación joven y a estos mismos dejarles estímulo para la gloria en los años de vida que tienen por delante.



En Salta se quejaba el Gobernador D. Sixto Obejero de que un jefe nacional en realidad gobernaba. Un Coronel D. Martín Cornejo tenía perturbada la Provincia con la influencia de las armas nacionales. El Presidente se proponía hacer que las palabras fuesen realidades y que los Gobernadores gobernasen.

Mandóse orden al jefe de trasladarse a Buenos Aires; pero como pidiese un militar de confianza y de peso para darle una comisión arriesgada, le fué presentado uno que rechazó al principio, encontrándolo demasiado joven, buen mozo y elegante, deseando uno más arrugado y hasta feo. Rechazo instintivo que quizás fuese un presentimiento... Después de una segunda entrevista con el Mayor D. Julio A. Roca, lo aceptó y comisionó con esta instrucción : — « Llegado a Salta, sabrá si el Coronel Cornejo ha cumplido con una orden. Si no; lo prenderá y someterá a juicio; si resiste, procederá militar y sumariamente. »



— Me dicen que Mitre no tiene con qué vivir y por dignidad del gobierno que él ha desempeñado, debemos buscar el

medio de aliviar su situación. La única forma decorosa sería confiarle un trabajo remunerado. ¿Qué le parece a Vd. si le encargáramos la redacción de las ordenanzas militares?

Esto decía el Presidente al Coronel Gainza en la época de la mayor exaltación de la oposición, encabezada por el General Mitre, y el Ministro de la Guerra adoptó gustoso la insinuación, llevando al siguiente día proyectado el decreto; pero Sarmiento lo recibió con semblante triste :

— ¿Ha leído la *Nación Argentina* de esta mañana? Que le vamos a hacer! Que se muera de hambre. No podemos aparecer como comprando el silencio de ese diario. Mientras ataca actos públicos, estamos cada uno en su puesto y el gobierno no se rebaja dando ocupación a un adversario; pero las indecencias de que se hace cómplice por indolencia... es otro cantar...



Por allá por el año 1830 había servido Sarmiento a las órdenes del Coronel don Indalecio Chenaut, en calidad de Ayudante instructor de caballería y su fisonomía de diez y nueve años no le había servido para ser ascendido. No se había visto con su antiguo jefe sino en la campaña de Caseros, hasta que siendo Presidente, lo encontró de visita en casa de la señora de D. Martín Piñero. Era Coronel todavía, a pesar de sus prolongados servicios y Sarmiento, en recuerdo de otras bromas, le hizo la siguiente pasada :

— Oh! mi Coronel Chenaut ¿se acuerda que Vd. no me quiso nombrar capitán en 1830;

— Pero, señor Presidente, era Vd. tan joven... no podía prever...

— Confiese que cometió una injusticia!

— Señor...

— Pues me la pagará!

Y lo dejó con el susto, suplicante ante la señora de la casa para que intercediera : — Este Sarmiento, es tan malo! decía ¿qué no me hará? soy viejo e indefenso...

Al día siguiente iba al Senado el Mensaje pidiendo acuerdo para conceder el grado de General a don Indalecio Chenaut.



El General Worthington, Ministro de los Estados Unidos tenía instrucciones de su gobierno de prestar toda cooperación al Presidente argentino, amigo del pueblo norteamericano y de su Presidente, al punto de ofrecer la alianza para toda emergencia en que llegare a necesitarla. Personalmente buscaba todas las formas de demostrar su simpatía y adhesión, logrando hacerle aceptar un suntuoso almuerzo en una quinta.

Sarmiento trataba de corresponderle en la misma forma; pero sus posibles eran escasos y el presupuesto no daba para tales emergencias. Reunidos los ministros, el Presidente les expuso el caso y la necesidad de acordarle una suma decente. El de Relaciones dijo que incumbía al de Hacienda y se retiró; el de Hacienda lo echó sobre el del Interior y éste puso todos los peros de su repertorio, retirándose también, no teniendo los demás ministros vela en el entierro. Era el caso que se hallaban escaldados con una furibunda interpelación en la Cámara, por haberse gastado sin autorización legal dos mil pesos en destruir unas caballerizas que servían de entrada triunfal e indecente a los mismos representantes diplomáticos, reemplazándolas con unos modestos jardines.

Con ayuda de Avellaneda se consiguió que Tejedor prestase vajilla y muebles de su quinta del Tigre, Mariano Varela contribuyese con unos vinos y otros con alguna otra cosa, para dar un almuerzo campestre en Carapachay, y reemplazar el lujo ausente con derroche de simpatía y de republicana simplicidad.



Las relaciones entre el Presidente y los Gobernadores estaban lejos de concretarse a lo que sus funciones implican. El gobierno de Buenos Aires, sobre todo, pretendía ejercer una presión sobre el Ejecutivo nacional, dirigiéndole reclamos y ultimatus que hoy parecerían exorbitantes y en uno de ellos decía : « sírvase mandar que se den inmediatamente las órdenes para que regrese la Guardia

Nacional «(la cual estaba de servicio en guerra exterior). Tales demandas, reiteradas tres veces, porque no eran contestadas, se publicaban al tiempo que se enviaban, produciendo en el público excitaciones a favor de los intereses locales que se invocaban.

Cansado de pedir que se guardara reserva sobre esas comunicaciones, al fin le envió el Presidente al Gobernador una respuesta que puede reasumirse así : — ¡Y Vd., quién es? — ¡Es Vd. algo de Guardia Nacional, cuando está movilizada? — Cuál es su personería? Gobernador? los Gobernadores son agentes del Poder Nacional para hacer cumplir sus leyes; pero no son agentes naturales de la Provincia cerca del Gobierno Nacional, para representar o gestionar sus derechos, pues cada Provincia está en lo nacional representada por el Presidente y el Congreso y no tienen otra voz que la de su Congreso y otro agente que el Presidente.

El Gobierno Nacional se ejerce sobre individuos y no sobre grupos y en el carácter de simples individuos nacionales entran los que, en otro orden distinto, forman Legislaturas, etc. Los milicianos movilizados dejan de ser provincianos y pasan a ser soldados de la nación y del uso y abuso a este respecto no doy cuenta sino al Congreso.



Uno de los Ministros nacionales era amigo de infancia del Gobernador de Buenos Aires y a fuer de tutearse y de golpearse el hombro, los compadres habían olvidado las distancias respectivas. A cada momento recibía el Ministro esquelas del Gobernador llamándolo a su despacho y éste concurría bonachonamente, por ser usanza del país del *chê*.

Nadie paraba mientes en ello, pero tanto se repitió el hecho, que el Presidente un día que el Ministro Gainza le decía : — « tengo que ir a hablar con Emilio Castro que me aguarda », — le dijo a su vez : — Hágame el gusto de sentarse y escribirle que está hasta los ojos de despacho y no estará desocupado hasta las cuatro, hora en que lo espera para hablar largo y tendido... ¡A que no viene! »

Escribió la carta, pasó el día y el siguiente y los demás días; el Presidente le decía siempre al Ministro : — A que no viene. Siéntese al solcito a esperarlo. No vé Vd. que todo ese compadraje no tiene otro objeto que producir a un Ministro de la nación en sus antecámaras?



La Legislatura de Buenos Aires había votado medallas para la Guardia Nacional de la Provincia a su vuelta de la campaña del Paraguay y el Gobernador procedió a la entrega solemne, sin que nadie por entonces parase mientes en que aquello era un avance contra la nación, pues tales tropas no habían estado, para servicio nacional, bajo las órdenes de la Legislatura, y distribuir honores una Provincia era avergonzar a las demás por no tener dinero ocioso para hacer cosas ociosas.

Al repartirse las medallas fué invitado el Presidente y recibido con deferencia, se le ofreció un asiento entre los circunstantes, conservando el Gobernador el suyo de ceremonia. El Presidente se había imaginado que no habiendo ceremonial para caso tan peregrino, la buena educación lo supliría, dándole la presidencia, bastando ofrecerle la primer medalla para colocarla sobre el pecho del agraciado.

El Gobernador principió la ceremonia sin decir, « con su permiso », y siguió la fiesta, y siguió el reparto, dándole a veces la espalda, de lo que aprovechó el Presidente para escabullirse de aquella escena en que se le hacía figurar realmente honrando al Gobernador.

Estará demás decir que esa actitud tan de Presidente fué presentada como de la más exquisita mala crianza de provinciano.



La famosa cuestión San Juan que puso en campaña todas las iras opositoras y promovió célebres debates en el Senado, se presentaba bajo una forma que simplificaremos. El gobernador Zavalla pretendía ser senador al Congreso, resistiéndolo la Legislatura y al renovarse ésta, Zavalla anuló por decreto una nueva ley de elecciones dictada regularmente, para aplicar una derogada que

favorecía a sus adeptos. La Legislatura decretó la acusación política del Gobernador, el cual declaró rebeldes a los diputados y los encarceló.

En el gabinete nacional, el Dr. Velez hizo presente que la Constitución sanjuanina no contenía cláusula alguna sobre acusación política, habiéndose ultrapasado la Legislatura y siendo con el Gobernador con quien mantenía relaciones oficiales el Gobierno Federal, por deplorables que fuesen los hechos, no se podía intervenir para sacar a los diputados de la cárcel. Sostuvo el Presidente que si bien el Congreso no tenía más facultades que las enumeradas y escritas en el instrumento que lo creó, las Legislaturas, por el contrario, estaban en posesión de todas las facultades del Poder Legislativo espresas o no en el instrumento, con tal que no le estuviesen literal y expresamente vedadas en el instrumento mismo, y por tanto no era necesario que la Constitución sanjuanina lo dijese, para que el *impeachment* fuese esencial al sistema representativo.

Conluído el acuerdo, que tenía visos de desacuerdo, el Ministro del Interior le dijo en particular al Presidente, que no veía otra solución que su renuncia y que se buscara un sucesor que pensase como el Presidente.

— Se me ocurre otro remedio, Dr. Velez, y es que el uno convenza al otro. Piénssole bien; tenemos tiempo.

A la noche, cuando el Dr. Velez terminaba de comer, se le apareció el Presidente seguido de un lacayo con una valija.

— ¿Qué, está de viaje, Sarmiento?

— Traigo dos mudas de ropa y vengo a instalarme aquí para discutir la cuestión San Juan y no me voy hasta que Vd. me haya convencido, o yo a Vd.

Estudiaron esa noche y parte del día siguiente, hasta que el Dr. Velez se dió por convencido y fué el más sólido sostenedor del gobierno en el gran debate.



La reacción contra veinte años de atroz despotismo, producía en Buenos Aires las ideas más falsas sobre democracia, lo que no estorbaba que una oligarquía se reservase

el monopolio de las funciones primarias del gobierno democrático, y al mismo tiempo provocase las pasiones igualitarias contra todas las formas exteriores del poder público.

El Presidente aunque profundamente inbuído de ideas republicanas, profesaba que el único modo de hacer legítimo el ejercicio de la libertad de cada uno consiste en fortalecer el organismo que expresa la voluntad de todos.

De aquí resultaron los más singulares conflictos, explotados ruidosamente por la afectada ignorancia de los adversarios políticos. Un día era un carrero que se mandaba preso porque no despejaba el camino del carruaje oficial, otra vez, en una función de gala en celebración de la patria, se desplomaba una tempestad de silvos contra el Presidente, cuyo coche había sido arrimado a la salida del teatro, quien sabe si tomando *la préséance* sobre coches particulares.

El carruaje de ceremonia que los encargados de construirlo tuvieron el mal gusto de hacer demasiado vistoso en sus adornos, parece haber sido en aquella época lo que más irritaba las repulsiones democráticas, pues siempre daba pretexto a las más acerbadas declamaciones y aun a ataques tan injustificados como el que vamos a narrar.

Se celebraba la entrada solemne de las tropas que volían del Paraguay, tras de una larga campaña, y se vió al famoso carruaje oficial llevando señoras dentro de sus vistosos cristales. El corifeo de la oposición, la *Nación Argentina*, suponiendo prima facie que las damas vistas en el carruaje fuesen de la familia del Presidente, criticó acerbamente esa ostentación de vanidad que tanto chocaba al guarangaje republicano. Remontándose hasta los humildes comienzos de pobreza de Sarmiento, calificaba de « chimangas de provincia » a las damas del carruaje y otras lindezas que no son para recordarse.

El Nacional publicó en seguida un artículo : « POLI. TICA TRASCENDENTAL — UN COCHE — POSICIÓN DE LAS MUJERES » — en que se reconocía a leguas el estilo contundente de Sarmiento, enseñando la cultura de que entonces no se tenían nociones, defendiendo los altos respetos que en las repúblicas constituídas se tributan al

representante del soberano y demostrando que la familia y esposa de Presidentes y Jefes de Estado participan en todas partes de prerogativas y honores y sólo la tradición mahometana infiltrada en las costumbres españolas había excluido a las mujeres de las galerías de las Cámaras, de los banquetes y otras ceremonias. Por fin y como quien no quiere la cosa, declaraba que las « chimangas » según el guarango escritor, eran personas de la familia del General en Jefe del ejército que entraba en triunfo.

Sucedía que el benemérito General Don Emilio Mitre que mandaba en Jefe, era el hermano del otro General Mitre en cuya casa se escribían tan donosas embestidas contra el sexo débil. Habían escupido al cielo, las injurias quedaron en casa y no se habló más del peregrino caso.



Ardían las pasiones suscitadas por la cuestión San Juan y al trasladarse las cenizas del maestro Peña, el Presidente iba a encontrarse rodeado de sus opositores, entre semblantes hostiles y acaso, tales eran las costumbres, sufrir algún vejamen; pero fué tan imponente la actitud de Sarmiento, descendiendo de su alto magisterio para invocar su título de maestro de escuela, que logró impresionar a sus iracundos oyentes, pudiendo, al levantar la vista a cada período, ver desarrugarse un seño y cambiarse lentamente en expresión de ternura y asomarse una lágrima en los ojos de gran número.

« Los discípulos son la biografía del maestro y la de Peña está aquí representando sus virtudes : ... Cualquiera que sean los modos de apreciar mis actos como Presidente, en un punto estoy seguro que están de acuerdo, es que estoy bien al borde de esta tumba y que mi presencia en este acto ayuda a honrar la memoria de un maestro... Acaso la eminencia a que el voto de mis conciudadanos me ha elevado, sea sólo para que sienta más el embate de los vientos y el vano tronar del rayo...!



Tantas veces tiene que contemporizar un Presidente con catorce Gobernadores, o más bien treinta, porque se

renuevan cada tres años, y no siempre en personas habituadas a las altas posiciones, o que se ensoberbecen con las mismas deferencias que se les prodigan, que Sarmiento hubiese de haber estado en cuestiones personales con este o el otro, si no hubiese tomado el excelente recurso de ignorar lo que pasaba allá lejos, ya que de cerca no se podía, o bien no entender lo que le decían o le suponían.

Pero no pudo guardar esa ecuanimidad con don Manuel Taboada, que pretendía dirigir una liga del Norte e hizo circular una carta amenazante, desconociendo el poder nacional y donde resaltaba el elemento bárbaro del amor propio y aun el amor propio del bárbaro.

Sarmiento lanzó su célebre Carta a Taboada con lo que acabó con un poder insolente que habían venido robusteciendo condescendencias impuestas por la distancia y la necesidad y que no habría bastado acaso el poder de las armas para reducir a su nulidad ingénita. El poder de ese escrito consitió en lo que a veces constituye toda la energía de la oratoria, en decir la verdad que todos sienten, que todos desean que se diga y que alguno dice al fin, con claridad, oportunidad y buen propósito.

El sucesor de la tiranía cruel, horrible, estúpida del monstruoso Ibarra, su sobrino Taboada, está descrito de mano maestra, como hallándose ya al estrecho en el teatro de sus depredaciones y empezando a tender la vista en torno y como los Lopez con el Paraguay *Guazú*, queriendo con el norte de la República redondearse un bonito Paraguay *Mini*... Cuando cree ya madura su obra, se encara con el Presidente del Sud.

« ¿Pretenderá Vd. que va a librar en mí a la República de un opresor de las Provincias del Norte? Lo hermoso, lo cómico sería, que, lográndolo, apareciese don Manuel Taboada en la escena política de toda la República Argentina. La historia diría que el Presidente que más aproximadamente representa a la raza europea... un movimiento representando el atraso, la barbarie, la tiranía de que son víctima siempre los pueblos apenas civilizados, vino a perturbar su obra y dejar burladas las esperanzas de todos, y que la nación argentina que salvó la América, que enfrenó

al déspota de la raza guaraní, había caído al fin a los pies de un oscuro tiranuelo. Esto no sucederá, esté Vd. seguro de ello. »



Con este motivo escribía : — « Todos están educados para la guerra civil. Sentiría que alguien la iniciase; pero si sobreviniere, siendo mi ánimo y voluntad crear un gobierno nacional estable y fundado en derecho, acaso fuese la ocasión de ir al fondo de ciertas cuestiones y dejar a nuestros hijos un país que no esté a merced de caudillos que por falta de conocimientos surgen aquí y allí. Espero hacer un gobierno de leyes y no de hombres... »

El alzamiento de Jordán al año, dió motivo para ir al fondo de esos rezagos de separatismo de bárbaros incapaces de concebir la idea de patria.



Pasando revista de los opositores a su gobierno, en un escrito de *El Nacional*, 22 de Julio de 1869, decía de ellos que pertenecían a la época que iba pasando y entraban en la época de transición de las tiranías a la ley, época de tanteos, de contradicción, de recaídas, de saltos, de inmoralidad política, de declamación. Predecía de algunos que pudieran salvarse, mientras los demás eran incurables, « son como eran y serán como son; es lo pasado. »

Refiriéndose a un proyecto de la Comisión de Negocios de la Cámara, « rejuvenecido y abonado por los talentos oratorios indisputables del Dr. Quintana; los otros dos firmantes no tienen carácter político y uno de ellos no lo tendrá jamás. Ambos apoyarán siempre algo : les tirarán los alambres. »

« El Dr. Quintana apareció en la escena política con todos los aires de un hombre formado; y pudiera tachársele que emprendía despejar la escena de actores, para ocuparla él. Esto sucedía en 1860. En 1869 el Dr. Quintana, con talento, fortuna y saber, ocupa más o menos la posición de entonces, lo que debiera mostrarle que ha tomado mal camino y corre riesgo de esterilizarse. Sirva de ejemplo el Sr. Mármol : es senador hace veinte años, con sus raras

dotes y su frente laureada, simplemente porque hay caminos que no van a ninguna parte, los de los jardines, por ejemplo.

« A cuantos le preceden en esta reseña les falta la base de toda discusión política, el conocimiento del derecho, le que al Doctor Quintana le sobra como abogado y puede ser como jurisconsulto; pero el derecho en sus aplicaciones a la vida política, es decir, a la existencia de las naciones, le escasea no por falta de estudio, sino por haber adoptado precisamente la exageración de las ideas en que se han criado nuestros padres. Será el Doctor Quintana duro de cocer, pero a la larga será vencido por el Doctor Quintana que entrará en la nueva vía. Será amigo del gobierno, no del gobierno Sarmiento, sino del gobierno institución, poder, fuerza, para mantener la seguridad social... »



« — Había un jóven apuesto, (el mismo que propusiera cierta noche, su combinación ministerial), militar fantástico y jefe del ejército, con pretensiones literarias que podía justificar y posición social espectable. Todo le sonreía para su porvenir, pues estaba en la situación de los luchadores de la palestra, prontos a lanzarse.

« Este jóven gustaba de los colores vivos, y a fuer de soldado, se *afublaba* en las calles de Buenos Aires, de capas o bornoces, lacres, blancos, azules. Sabía que los « Spahis » los llevan de ordenanza; pero olvidaba que los « Spahis » son reclutados en Africa entre los árabes y para obrar sobre los árabes.

« No sabía lo que supo al fin, lo que decía con este motivo un hombre experimentado : — Este jóven se pierde, por esa misma *effronterie* para desafiar la crítica y el rechazo de la opinión pública. No es un capricho de la moda lo que hace vestir de negro o de gris a todos los pueblos civilizados. Es el desarrollo de las cualidades del ojo, como instrumentos de visión. El niño, después de la llama a que tiende las manecillas para tomarla, el color que lo atrae es el colorado. Los pueblos bárbaros visten lo más que pueden de colorado; la túnica de los reyes de

Roma y que alcanzó a ostentar César, era colorada, como el vestido de muchos reyes negros.

« Se ha necesitado el trascurso de dos mil años, el Renacimiento y acaso la extraña influencia de Felipe II para que los colores vivos se eclipsen ante el negro que es hoy para el ojo del hombre lo que el verde en las plantas, lo que no estorba que guste de las flores que son tan variadas.

« En estos últimos años han avanzado los descubrimientos de la óptica, en cuanto a las cualidades del ojo; y se han inventado nuevos colores brillantes, pero aún para el sexo que desempeña el rol de las flores se han encontrado adorables colores celeste-verde, rosa marchita y cien terciopelos viejos flamantes, de hacer saltar de gusto, porque parecen descoloridos.

« Dada esta marcha de la evolución de los poderes visuales, el hombre que deliberadamente viste de colores subidos, colorado o blanco, en los casos y lugares que trescientos millones de europeos y americanos llevan trajes pardos u oscuros, comete delito de lesa humanidad, hiriendo a todos los que lo ven con aquel cartel de desafío, diciendo : quién se atreverá a lo que yo me atrevo! Nadie; pero no irá lejos el provocador.

« Esto decía el hombre experimentado y el joven arrogante que se habría batido por una guiñada al paso, arrojó a las ortigas el bornoz colorado, y una vez se veía huyendo ante nuestros soldados, a un viejo cacique fácil de reconocer por el bornoz colorado que flotaba inflado a merced del pampero.

« Eh bien! Ahí estaba en su lugar el rojo traje!



Para reemplazar al Arzobispo Escalada, el Gobierno nombró al Padre Esquiú, que se había distinguido por cierto espíritu liberal y demostrado grande inteligencia en célebres sermones patrióticos. La cábala ultramontana, llamada por Sarmiento *ultrapampeana* por tener su sede más allá de la Pampa, se puso en campaña de intrigas contra el liberalote Esquiú, para que renunciara al arzobispado, sirviendo de tema su *humildad*, para las composiciones retóricas al paladar de la sacristía. Verdad es que

la humildad del P. Esquiú, a fuerza de usarla, se había acabado cuando hubo de aceptar humildemente otro obispado, lo que deja suponer que no fué tan espontánea la renuncia del primero.

Sarmiento decía después humorísticamente que, fracasado su primer intento de hacer arzobispo a lo más inteligente del clero nacional, había salido con linterna al puño para buscar al fraile más infeliz de todos, y había hallado a Aneiros, a quien, a pesar de ciertos debidos respetos, solía llamar familiarmente asneiros.



Era mirado por las gentes vulgares como el caso de manía de las grandezas más caracterizado, el que el Presidente hiciese preceder su carruaje de unos batidores y seguirlo de un piquete de la escolta, compuesta de sanjuaninos grandotes y vistosamente ataviados. Además de las solemnidades oficiales, esa exhibición se hacía a diario, para ir y para volver a la casa de gobierno, aunque pocos se fijasen en que para hacer visitas o pasear saliese con frecuencia solo y a pié.

Pocos supieron la razón de tanta ostentación. El hecho era que el ejército nacional había sido reducido a lo estrictamente necesario y estuvo constantemente ocupado en las trabajosas fronteras contra los indios y en sofocar los diversos rezagos revolucionarios que aún se producían como goteras tras de una larga lluvia. El Gobierno Nacional era apenas residente en la ciudad de Buenos Aires, cuya población política y gobierno local le eran manifiestamente hostiles y se hacía indispensable hacer alarde de fuerza. Durante seis años y salvo circunstancias bien difíciles, no hubo más guarnición en la ciudad residencia del Gobierno Federal, que los ochenta sanjuaninos vestidos (o disfrazados) de húngaros, y al darnos esta explicación agregaba :

« — Si hubiese sido necesario les habría pasado todos los días por las narices a los porteños una batería de artillería : porque la idea de la fuerza vale más que la fuerza misma. »

Cuando se recibió de la presidencia su sucesor, suprimió

la escolta, verdad es que tuvo inmediatamente seis mil hombres de guarnición y en 1880 hizo su escolta del célebre regimiento. N.º 1 de caballería.



En esa época era tan grande la exaltación del civismo, que desarrollaba en los jóvenes una singular altanería y el olvido de las gerarquías necesarias.

Un empleadillo de veinte años, después padre de la patria, elevó su renuncia de escribiente auxiliar de una repartición, « por no estar de acuerdo con la marcha del Gobierno. »

El Presidente lo mandó llamar y le dijo con la mayor seriedad y exquisita cortesía :

« — Señor. Me veo obligado a aceptar su renuncia de Vd. por las causales expuestas; pero supongo que me permitirá seguir gobernando. »



Sarmiento daba la mayor importancia a las diversiones públicas con formas decentes que diesen expansiones y júbilo a los más desheredados y entre la confusión de las clases sociales, los inferiores aspirasen a imitar a los más educados y más felices. Hizo propaganda siempre por los teatros, museos, exposiciones, paseos públicos y a las fiestas inaugurales les daba la importancia de asuntos de estado.

Entre sus distinciones honoríficas tenía incluida en un cuadro, la medalla conmemorativa de la creación del curso del carnaval, durante su presidencia, la cual lleva en el anverso la caricatura de Sarmiento con corona de emperador de las máscaras.



A propósito de lo anterior, es de recordar que fué recién en la administración siguiente que se vino a prohibir la exhibición de máscaras caricaturando a personajes de la actualidad. Antes nadie se había quejado desde que el jefe del Estado era el primero en celebrar y reírse de su propia efigie profusamente caricaturada.

Sarmiento coleccionaba bajo encuadernación uniforme todos los documentos impresos referentes a su administración y entre ellos figura *El Mosquito* único periódico de caricaturas de la época, sin que hubiese pensado en conservar los diarios serios. La caricatura la consideraba un documento más instructivo en su traducción gráfica de los sentimientos populares.

El comedor de su rancho isleño estaba empapelado con las más chistosas caricaturas de su persona.

Muchos años después, habiendo pronunciado su magistral discurso sobre Darwin, la primera página del *Mosquito* representaba el nacimiento de Sarmiento « en los bosques primitivos de San Juan ». Eran dos gorillas perfectos, la madre y el hijo. Grande fué un día la sorpresa de Stein el saber que el dibujante había sido el mismo Sarmiento.



Los jesuitas pidieron al Presidente fuese el padrino de la Iglesia del Salvador, pero Sarmiento conceptuaba que esa insinuación envolvía una forma disimulada de introducir el reconocimiento de una orden que solo por ley puede admitirse con existencia jurídica y contestó :

« — D. F. Sarmiento agradece cordialmente la indicación que el Rev. José Guardia le ha hecho de su deseo de que sea padrino en la bendición de la iglesia del Salvador y tiene el sentimiento de comunicarle que por razones emanadas del puesto que ocupa, encuentra inconvenientes para aceptar aquella distinción. »



Cuando Sarmiento fué a visitar al General Urquiza al Entre Ríos, forzado a ello por instancias del General que quería dar una prueba de su acatamiento al Gobierno, le contó delante de muchos lo que había contestado a alguien que le echaba en cara su adhesión a los « salvajes unitarios ». — « No tengo cuidado alguno por Sarmiento, decía Urquiza; es amigo y enemigo leal. Ese no hiere por la espalda. Cuando no esté conmigo lo hé de saber por él mismo, mientras que otros me dan la mano de amigo escondiendo el puñal que me asestan. »

Ese alguien era Lopez Jordán. Urquiza estaba perdido irremisiblemente para la antigua federación del cintillo y del despotismo de los caudillos armados. Una noche, asesinaron a Urquiza en San José. Lopez Jordán que había atravesado el Entre Ríos para perpetrar el crimen sin difraz, porque iba a libertar el país del horrible tirano, por haber dejado de serlo, se hizo sobre el cadáver proclamar emperador, como los generales pretorianos, y todo pareció concluído desde que la Legislatura hubo puesto su visto bueno al nefando hecho. Entre las singulares peripecias de nuestra vida política, no es la menos singular que Sarmiento estuviese encargado de vengar la muerte del viejo caudillo.

Predominaba entonces lo que Sarmiento llamaba el fetiquismo de la Constitución, es decir, el prurito de restringir la Constitución *a su letra*, y es de creer que Jordán se imaginó ingénuamente que si la Legislatura no pedía intervención quedaba bien muerto el Gobernador y ahí paraba la historia. El Presidente entendía la Constitución como un organismo viviente y no perdía de vista los objetivos para que fué creada. En el acto de conocer el atentado empezó a tomar medidas, mandar una proclama impresa condenando el crimen, embarcando cuatro batallones, otros tantos regimientos y una batería de artillería, todo a órdenes del General don Emilio Mitre, y mientras se arreglaba todo, hizo un borrador de instrucciones, reducidas a desembarcar en Gualaguaychú, montar caballería y artillería y avanzar una partida inmediatamente a tomar a Calá, parque de Urquiza y centro de operaciones de guerra. Dadas a copiar dichas instrucciones se fué temprano al despacho y encontró a sus Ministros que le presentaron un borrador nuevo de instrucciones que habían confeccionado ellos.

Al leerlo asombrado les observó : ¡estas instrucciones son para la Cámara de Diputados! Con esto no se hace la guerra. Yo descenderé del puesto que ocupo, si no puedo proclamar ante el mundo que no sé cerrar los ojos...

Era, dice, este incidente tan grave como la insurrección. ¿Qué hacer? ¿Cambiar Ministros? El Presidente les rogó

que le dejasen siquiera la orden de ocupar a Calá, que era la llave del Entre Ríos. El silencio fué toda la respuesta. Reflexionó entonces que no tenía autoridad sobre sus ánimos como militar, y resignándose, firmó valientemente aquella cataplasma. Se le ordenaba al General que su rol era de pura observación y que de cualquiera cosa que ocurriese diese aviso para impartirle nuevas órdenes, prohibiéndole obrar de por sí.

La brillante expedición zarpó, anduvieron dándose tumbos los vapores en el río Uruguay con un ejército apiñado a bordo. Preguntóles Jordán qué andaban haciendo cuando él reconocía al Gobierno : se consultó a éste, replicó, y Jordán declaró la guerra que duró y costó lo que se sabe, porque los minutos se perdieron y se perdió la ocasión que es suprema en la guerra.



La guerra de Entre Ríos se prolongaba con lujosos ejércitos que dejaban escapar al caudillo, hasta que Jordán se fuese a invadir a Corrientes lo que determinaba con precisión cuál sería su itinerario y el Presidente tomó sobre sí dirigir el último esfuerzo, guardando absoluta reserva para con todos sobre sus operaciones que consistían en hacer converger fuerzas sobre un punto estratégico, sin que nadie supiese el objetivo.

Era preciso estar en Corrientes con buena tropa antes que Jordán; pero de manera que ni lo sospechase siquiera. De quién había más que guardar el secreto era del Gobernador Baibiene, porque si se sabía protegido, lo diría a sus jefes para alentarlos, y de ahí al oído del enemigo en guerras civiles, el camino es corto y si lo sabía Jordán, la guerra continuaba seis meses más. El batallón Brigada llegó la víspera de la batalla, no queriendo anticipar su llegada ni dos días, el Goya estuvo antes porque siendo correntino no se había de sospechar un plan, y por fin eligió y mandó a Roca, porque quería un jefe joven « que fuese capaz de una calaverada. » Fué así como se preparó desde la Casa Rosada, la batalla de Naembé, cuando se hubieron demostrado impotentes los ejércitos mandados por jefes aguerridos.

A Don Emilio Mitre le había escrito antes su deseo de que se diese « una de esas *batallitas de linea*, como las de la Tablada u Oncativo, sin las muchedumbres que el tiempo de la montonera puso en voga con Rosas y Urquiza.



El Coronel Balza se hallaba en el despacho, momentos después de retirarse los Ministros y Sarmiento lo interpela ex-abrupto :

— ¿Qué opinión tiene Vd. de mí?

—

— Pero, al fin, ¿cree Vd. como los demás, que soy autoritario, que soy una especie de tirano? Diga Vd.

— Señor, por lo de autoritario, creo que llaman así a su firmeza de voluntad...

— Voy a darle una prueba de mi autoritarismo. Acaban de salir mis Ministros, a quienes he consultado sobre la suma de que podré disponer en mi viaje a Córdoba, para atender a las exigencias de mi rango, y a las cien mil peticiones. ¿Cuanto se imagina Vd. que se han dignado acordarme?

— Serán unos cien mil pesos.

— No está Vd. ¡Ocho mil...! lo que yo daría a la viuda de un guerrero que me gritara miseria...! Y soy autoritario! y a estos no los consulto sino por cortesía, cuando un autoritario les ordenaría...



Un amigo de gran sentido práctico y de gran valía para él, se fué a pelearlo al Presidente sobre su empeño de llevar a cabo la Exposición en Córdoba.

N. — No tenemos otra cosa que exponer que la carencia de industria, le decía.

PTE. — Será un balance de la situación saber que en 1870 no había industria y un punto de partida para crearla.

N. — Vamos a mostrar nuestras miserias. Hay un millón de destituidos, sin profesión, sin tierra, sin casa, sin medios de vivir...

PTE. — Y hay ríos navegables, territorios inmensos de

pan llevar, bosques con maderas exquisitas, minerales, etc., etc. Se hará sensible la coexistencia de estos dos hechos: tanta riqueza y tal miseria y su causa la falta de industria!

N. — Siquiera se hiciese en Buenos Aires para estudiar mejor los productos de las provincias y sus necesidades..

PTE. — Deje Vd. Para la población de Buenos Aires la exposición sería como el carnaval, como tantas otras exhibiciones de su cultura y de ningún provecho para el pueblo, para quien se hacen estas cosas. Entre exponer aquí la pobreza de allá y llevarles allá el ejemplo de otros progresos, elijo lo más provechoso.

N — Pero aquí el extranjero vería una ciudad culta y se formaría mejor idea de nosotros.

PTE. — Para el extranjero precisamente. Empiece Vd. con que verá el gran Río hasta el Rosario, espectáculo más codiciado por el europeo que todas las baratijas de una exposición. Después, el Rosario, única ciudad floreciente que se haya levantado después de la Independencia. — En seguida, la Pampa, por leguas, silenciosa, inhabitada, inculta, y la contemplará con respeto al saber que hemos decretado suprimirla, y por fin, Córdoba misma. ¿Qué cree Vd. que Córdoba es cosa así no más? Es la verdadera joya de la República. Una ciudad colonial, con el espíritu de entonces, su Universidad, sus conventos, su herencia inquisitorial. En vano recorrería el viajero la Europa y la America en busca de un pedazo de mundo antiguo, inocénte de toda reforma, de toda innovación.

N. — Esas gentes serán refractarias a todo progreso.

PTE. — De lo que se trata es de revolucionar todo eso. Si los cordobeses son reacios : materia de exposición. Si corresponden a la idea que todos abrigan de su cultura y aptitud al progreso, materia de exposición...

N. — Pero, ha de saber V. E. que hay católicos cordobeses que al saber que una máquina útil sale de manos herejes, retirarán con asco las suyas y declararán abominable y mal sano el pan que se confeccionase con el trigo que hubiesen trillado, cosechado y sembrado tales máquinas?

PTE. — No averiguan tanto como eso. De todos modos,

no existe otro medio de renovar un mundo atrasado, sino haciendo penetrar ideas nuevas por medio del bienestar y de la propia conveniencia. Vaya uno a decirles que si Salomón en toda su gloria está vestido apenas como un lirio de los campos, ha necesitado de toda la industria humana para vestirse, tal como se vistiera. Si tal decimos, somos herejes contumaces; pero por los ojos entra la vida.

N. — ¿Y no se avergonzaría el Presidente de mostrar ese atraso a los europeos?

PTE. — Que se avergüence la España! Si no tenemos industria fabril, es porque así lo quiso en su propio daño la nación de que procedemos. Cuando un pueblo pretende ser civilizado, es preciso que tenga el coraje de serlo y el punto de partida de la reforma no debemos ocultarlo ni a nosotros mismos ni a los demás. Por exíguo que sea el resultado de la exposición, su conocimiento será ya un progreso. Sabremos que no tenemos aún los medios de enriquecernos que otros pueblos han acumulado en la variedad de industrias manuales; pero el observador notará cuáles son los recursos, cuales los obstáculos para su desarrollo y cuales las industrias que progresarían si el capital europeo y la inteligencia viniesen a fecundarlas. El interior de la República, ignorado aún para los que gobiernan, es un misterio para el mundo exterior y una política ilustrada está interesada en ir descubriendo el velo que oculta aquel misterio.

N. — Mucho me temo que la exposición sea un fracaso y mal gastado tanto dinero.

PTE. — Tenemos que hacer mal las cosas para saber cómo deberemos hacerlas mejor. Quiero mostrar lo que no hemos hecho y lo que nos queda por hacer. La exposición será un acontecimiento más beneficioso que una batalla, y Córdoba empezará a marchar, como que la cultura mal encaminada pero real que allí existe, será el origen de un gran progreso. Créame: Córdoba será un barrio de Buenos Aires, si Buenos Aires no es al fin un barrio de Córdoba.

N. — Que los cordobeses del porvenir se lo premien, señor Presidente, que los del presente no se lo perdonarán.

PTE. — Amen.

En el Rosario, contestando un brindis de bienvenida, pronunció unas palabras que sirvieron de tema para un mes de invectivas en la libérrima prensa de oposición. Decía : — Hemos decretado la abolición de la Pampa. Estamos en el punto de partida de la revolución que nos hará norte-americanos y destronará al estanciero que hace nacer al gaucho y a la montonera. Va a constituirse una nueva sociedad, una nueva nación, dejando a los muertos, allá, que entierren a sus muertos. La Pampa es una inmensa hoja de papel en que va a inscribirse todo un poema de prosperidad y cultura.

« Tenemos tierra para dar hogar a los que nada poseen, mejoraremos las condiciones sociales de la gran mayoría, y entraremos en la realidad de la República, por la educación y el bienestar, a fin de que los hereditariamente desvalidos empiecen a mirar el gobierno y la patria como suyos.

Los dos argentinos a quienes Sarmiento ha respetado más, el General Paz y Velez, eran cordobeses y ha hecho plena justicia a varios otros, lo que no impedía que en su larga propaganda mostrara una perpétua inquina contra la Córdoba medieval, ese nido de conventos que le imprimían un sello especial. « La desocupación, la falta de asuntos, de novedades externas, el chismear acre de la beata que es el insecto parásito de la vida religiosa, hacen pasar revista de inspección diaria por cada familia, sabiéndose lo que en cada casa ocurre, quién fué a la iglesia, quién no fué; acabando todos estos teléfonos sin alambres conductores en regillas de confesionarios que están en actividad continua durante horas, oyendo deposiciones contra cosas propias o ajenas. Todas estas influencias son otras tantas fuentes de terror latente, de espionaje inconsciente, que hace recatarse al disidente, al extranjero al que ha bebido en otras fuentes su ideal. ¿Donde oyó misa? ¿Quién es su confesor? Hé aquí los gendarmes de esta policía católica que vigila en una pequeña ciudad en que pululan las iglesias, cada una de ellas con su clien-

tela del barrio o de familias de la devoción o de la parentela del fraile, del corista o del apaga velas. »

En esa vida de quietismo claustral arrojó Sarmiento a manos llenas cuanto pudo del movimiento de la vida exterior, ferrocarril, telégrafo, Facultad de ciencias con importación de cerebro cultivado, observatorio astronómico, exposición de productos industriales para llevar al interior el movimiento del litoral. Habiendo sólo dos escuelas con 49 alumnos al empezar su presidencia, había seis años después 3,800 niños educándose y aún se ha pretendido que Córdoba ha hecho progresos admirables en muchos ramos. Con tales antecedentes se tomará el sabor de los episodios que siguen, acaecidos durante su estadía en Córdoba para inaugurar la Exposición, el Observatorio, el ferrocarril a la Sierra, etc.



Al amanecer del día siguiente de su llegada, recorre las calles de Córdoba en busca de la casa que había habitado en 1820, sin encontrarla; pero llamóle la atención una construcción de iglesia abandonada desde su origen, detras del convento franciscano; y como en San Juan había hecho de los paredones de un templo de San Clemente la escuela Sarmiento, creyó poder hacer lo mismo en Córdoba. Inquirió quién corriese con ello y le designaron al canónigo Velez, como Síndico de la cofradía. Expúsole el caso, ofrecióle dos mil fuertes, pidiendo se cediese para escuela aquella construcción abandonada. El canónigo se reservó contestar y lo hizo a poco favorablemente, a condición de que el proponente firmase una declaración de que nunca habría en aquella escuela un maestro protestante!

— La enfermedad crónica cerebral! Contestó que siendo la suya una donación, como la que pedía del terreno, en beneficio de Córdoba, el Presidente no podía firmar obligaciones que negaran derechos acordados por la Constitución.

Se abandonó toda negociación, no se fundó la escuela, no enseñó en ella ningún protestante y un pobre herrero

hacía muchos años resonar el martillo, enderezando barras de hierro (1).



Aún los incidentes triviales de la vida deben tener relación con esta espina que llevaba clavada al pie aquella ciudad.

Un expositor yankee ve venir en plena calle una procesión, para sus ojos inacostumbrada, con faroles, campanillas, cruces de plata vestidas con faldas y otras singularidades, rodeando a un sujeto con vestidos sacerdotales que llevaba algo misteriosamente envuelto (Era el Viático.) Apercibiéndose de que aquello parecía ser objeto de veneración para los naturales, se quitó el sombrero cortesmente; pero el sacerdote al llegar hacia él le intimó rudamente que se pusiese de rodillas, a lo que se negó, con lo que el seráfico padre le dió una trompada. El yankee entonces, no pudiendo reprimir un reflejo primo, se le durmió con el paraguas y se había escapado merced al estupor de espanto producido por tamaño sacrilegio.

Acudió al Presidente para pedir amparo, quien, contado el caso, lo hizo subir con él al coche descubierto para hacer juntos un paseo por la ciudad y mostrar por quien era protegido el extranjero. Sarmiento durante el paseo explicaba al yankee su caso :

— Dios es adorado en Córdoba por muchas buenas prendas que sus habitantes le reconocen, pero los frailes de Córdoba lo han hecho un Dios guarango y mal criado, hasta con las damas. Vd. sabe que Dios sigue este saludable consejo de la sabiduría de las naciones, « a la tierra que fueres, haz lo que vieres », y tiene muy a bien en Inglaterra y Estados Unidos que cada uno lo adore según su entender, sin salir nadie a la calle con mamarrachos que ofenden al buen gusto o mortifican los sentimientos de otros creyentes; lo que es en Córdoba a Dios se lo lleva mandinga, en cuanto sospecha que alguien puede adorarlo en la forma que encuentra muy aceptable en otras partes.

(1) Nos informan que hoy es una escuela pública precisamente.

Siga mi consejo, sin embargo. Tómese el tren más próximo y póngase en salvo.



Las peticiones de gracias no se hicieron esperar y a poco se presentaron dos señoras, con una credencial de buena conducta, pidiendo al Presidente de la República auxiliase a una de ellas con una dote para entrar de monja en un convento. Era la Córdoba de 1820!

El funcionario público trató de hacer comprender en los términos más suaves a la postulante, que como individuo quedaría mal parado, poniendo su nombre al pie de tales donaciones... y lo único que podía era ofrecerle una máquina de coser para que trabajase.



Al fin se presenta una comisión de gente del pueblo, artesanos en su porte, de edad avanzada y aspecto decente, solicitando y obteniendo una entrevista con el Presidente. Antes de entrar en materia hacen valer, como hábiles diplomáticos, sus buenos lados personales. Son antiguos cívicos de Córdoba que han servido a las órdenes del General Paz, tan reverenciado del Presidente y peleando con él por la libertad, sufriendo después de tomado prisionero el General, las persecuciones de los bárbaros gobiernos que se sucedieron.

El exordio prometía. Vamos al caso. El caso era que ellos y los socios que los mandaban pertenecían a la orden tercera del Rosario, a quien le habían de tiempos atrás y antes de asegurada la Independencia, adjudicado para sus procesiones anuales, una *virgencita chica* (señalando el tamaño), mientras que la orden segunda tenía una imagen grande, siendo incompatible con la igualdad que aseguraba la Constitución a todos los ciudadanos, aquella odiosa división de clases entre una y otra orden, como lo mostraba la humillación de cargar en andas una imagen más pequeña...

Es preciso ponerse en el caso del Presidente que después de aquel simpático exordio caía del quinto cielo; y cuando esperaba una petición digna de un pueblo en que

tan costosas innovaciones acumulaba, oía estas quejas de sacristía, sin saber si reír a carcajadas y humillar a aquellas buenas gentes, o estallar, como le venían ímpetus, en gritos de indignación contra la superstición que había a ese grado falseado el ideal de las aspiraciones humanas, reduciéndolo al tamaño de imágenes o figuritas de madera cubiertas de chucherías tras las cuales se mueve la muchedumbre estólida.

Poniéndose de repente de pie el Presidente, medio sofocado por la emoción, dijo al señor Avellaneda que se hallaba presente : — a Vd. como Ministro del Culto y como entendido, toca arreglar estas cuestiones de cofradías y de tamaños de Vírgenes. — Retiróse a otra pieza a respirar.



Nadie más se presentó pidiendo gracias, acaso por difundirse, lo que es presumible, la noticia de que el Presidente no era buen cristiano, pues que ya se sabía que no había ido a los locutorios de los monasterios, como era de práctica y para ello fué solicitado, a pedir por cortesía monástica la bendición a las madres abadesas, en cambio de bandejas de confites duros con olor a incienso. Fué en cambio a visitar las nuevas culturas de riego, a hacer maniobrar máquinas agrícolas y a ver al astrónomo Gould. «Qué bellas cosas se dijeron tomados de la mano aquellos dos obreros, que se habían conocido, sin tener trabajo para sus inteligencias antes y se encontraban ahora en aptitud de hacer un poco de bien a la República! »



Visitaba la Universidad, y deteniéndose ante los letreros de dos puertas cercanas que rezaban : AULA DE TEOLOGÍA uno, y LABORATORIO DE QUÍMICA, el otro :

« — Esto es lo que ha perdido a Córdoba, y esto la salvará. »



Invitado a catar los vinos del interior para discernir él mismo los premios, hizo llamar al Gobernador, pregun-

tándole si había por acaso un condenado a quien conmutarle la pena si escapaba con vida de aquella prueba...



Se acordó una medalla de oro a un libro descriptivo de una provincia, cuyo autor era un jovencito que había sido escribiente de un gran geólogo muerto en el terremoto de Mendoza.

Sarmiento objetaba que había mucha geología en el escrito para ser verdad; que esta es ciencia resultante de otras que no se adquieren a los 22 años.

— Señor, le decían, por toda esa ciencia le hemos acordado el premio.

— Hombre; un rey africano se puso traje negro y corbata blanca para recibir a un capitán inglés e imponerle más respeto con ese traje y la primera pregunta del marino fué : ¿cómo se llamaba el misionero que has asesinado para vestirte con esos despojos?



Lo que sigue es sólo para consignar uno de sus rasgos que no se traslucían exteriormente y era su amor por los animales y sobre todo los pajarillos, cuyas graciosas voluntariedades contemplaba con ojo de artista. Siempre que pudo, cultivó amistad con alguna *chuña*, educada para hacer vida contemplativa sobre su escritorio; los loros a quienes hacía desaprender el castellano para enseñarles un especie de gruñido cariñoso; los tordos de Santa Cruz de la Sierra que comían en su plato; los caciques con quienes hacía una especie de esgrima a pico, de que solía salir mal parado con un picotazo en el ojo, cuyos caciques se le paraban en el hombro y le arrebataban los bocados; el *mocking-bird* que le trajeron de Estados Unidos y que murió de nostalgia echando de menos las selvas espesas del valle del Missisipí — « cantaba en voz baja, dice, como « tararean las niñas cosiendo y nos acercábamos con « precaución a escuchar aquellas melodías no oídas en « nuestros países y que parecían cantos lejanos traídos por el zéfiro. » Hubo un gatito angora que le cazaba la mano corriendo sobre el papel, y a quien le decía : —

« Hombre, déjeme usted trabajar, que le estoy confeccionando un sinapismo al pícaro de tal. » — Acabó por llenar un patio con una inmensa *volière* que sus amigos proveían con centenares de pajarillos.

Con tales antecedentes, imagínese el lector el gusto que tendría de ver desde sus ventanas de la presidencia un cazal de cardenales refugiados en el jardín de la vieja casa Rosada.

Un día un bruto les dió caza. Era un portero que nunca vió a un hombre tan enojado como al Presidente que le lanzó una de esas andanadas de hacer correr escalofríos.



Un día que se hablaba del proyecto de presupuesto, le dice el Presidente al Ministro del Interior : — « Empéñese para que pongan alguna partida para gastos de mesa, no tengo como ofrecer un vaso de cerveza a un visitante, sin que salga de mi bolsillo...

— Pero Sarmiento, hay una partida de 200 fuertes.

— Nunca la he cobrado.

Averiguado el caso, resultó que el habilitado aprovechaba el descuido del Presidente, y hacía dos años que se apropiaba la partida.

No sabemos lo que se hizo del empleado; pero un día que firmaba expedientes del Ministerio de Guerra, levantó la vista el Presidente y le preguntó al Coronel Balza : ¿Necesitan un valiente, para un caso arriesgado? — pues ahí está ese mozo que lo viene robando hace dos años al Presidente. Es valor...!



Un empleado llevó a firmar una nota de pésame dirigida a la viuda de un funcionario con el encabezamiento de : « Tengo el honor, » etc.

— ¿Ha pensado Vd. alguna vez en ser Presidente?

— No, señor, jamás...

— Hace Vd. mal. Es obligación de todo argentino aspirar a ser Presidente de la República. Vaya Vd. y cuando tenga esa idea en la cabeza, no se le ocurrirá que el Presidente tiene honor en dirigirse a nadie, por viuda que sea, sino que le hace honor dirigiéndose a ella. »

Ignoramos si esa observación tuvo influencia sobre el ánimo del jóven en cuestión; pero el Dr. Norberto Quirno Costa ha sido Presidente, un tanto, y es el empleado de la referencia.



Una Legislatura pidió intervención; la había pedido el Gobernador y también el Tribunal de Justicia, y al resolver el caso, el Ministro del ramo decía : — « habiendo pedido intervención el Gobernador, la Legislatura, etc.

El Presidente dijo : — « basta el Gobernador, no ponga más; los tribunales no piden eso, por más que se diga. No ponga a la Legislatura, porque ha de ser falso; yo conozco a mis gentes y sé como se hacen estas cosas. »

El Ministro insistía y Sarmiento replicaba : — Lo voy a convencer. A que no encuentra cinco firmas con la misma tinta... No se les ha ocurrido ir a buscar las firmas de casa en casa, con el mismo tintero. Luego la Legislatura no se ha reunido y no produce acto legal sino cuando está reunida. Los Diputados que firman no son la Legislatura desde sus casas.



El *miles gloriosus*, es de todos los tiempos.

En la francachela de una comida familiar, un General de fortuna iba olvidando los respetos debidos al Presidente hasta aludir al rango inferior de Tte. Coronel en que había quedado postergado en su carrera militar.

« — Hombre, dijo Sarmiento, en las viejas aldeas de América, andan en sus calles estrechas, incomodando a tropezones a todo transeunte, unos burritos con árganas...

Y señalaba los hombros de manera a hacer muy visibles las charreteras del impertinente General, quien se las tuvo por dichas.



Ningún Presidente de ideas liberales fué tan tolerante y pacificador en materia religiosa, y se halla entre los papeles de Sarmiento un oficio del arzobispo Aneiros, una vez terminado su mandato, agradeciéndole el respeto que había sabido observar con la Iglesia y haber apartado todo conflicto.

Mantenia firmes, empero, las prerogativas del poder civil si veía algún avance de las autoridades eclesiásticas.

Las catedrales de América son declaradas por bulas pontificias propiedad de la corona de España y pertenecen hoy a la República por transmisión de soberanía. Andando el tiempo, se le ocurrió al Jefe de policía Cazón poner en relieves dorados las armas pontificias en la Catedral de Buenos Aires y todo el mundo las halló muy bonitas sin acordarse que no es ese su lugar.

Un 25 de Mayo izaron sobre el tímpano de la Catedral la bandera de los Estados pontificios. El Presidente se ponía ya en marcha para asistir al *Te Deum*, cuando apercibió esa insignia. Mandó un edecán a averiguar el caso y rogar a S. S. Ilustrísima quisiera arriar la bandera de una soberanía extraña. Contestaron con el *non possumus* consabido. El Presidente mandó al edecán con soldados de la escolta a intimar la orden, y si no era obedecida, orden de ejecutarla *manu militari*, con el agregado que si se llegaba a esa extremidad, nunca más iría el Presidente a la Catedral.



En un asunto de grave importancia, el Presidente parecía resistir tenazmente la opinión unánime de las Cámaras y una comisión de diputados resolvió conferenciar con él.

Entre los de la comisión se hallaba el Dr. Manuel Quintana, opositor exaltado y que si bien era irreconciliable, era esencialmente culto y caballeresco y nunca dejó escapar de esas expresiones ominosas, habituales de la época, que impedirían todo acercamiento.

En la conferencia, el Presidente se encaró con Quintana, diciéndole que había hecho bien en venir, pues sólo a un enemigo político habría de descubrir todo su pensamiento. Explicó sus ideas y terminó declarando que si se tratara de su persona, habría de dejarse aplastar por el tren en marcha de las ideas adversas, antes que ceder.

Se retiraron mal impresionados los conferenciantes, creyendo que surgiría el más grave de los conflictos y muchos años después el Dr. Quintana admiraba la impersonalidad de aquel estadista que supo acceder a la unani-

midad de la opinión contraria, a pesar de la vehemencia de su propia convicción .



Las gentes del campo o de las montañas suelen en todos los países tener la costumbre de hablar a gritos. Así sucedía con el tono de la prensa, que tenía el hábito de exagerarlo todo, soñar despierta y dar sus deseos por hechos. Después de las grandes lluvias, suele seguir por horas lloviendo goteras de los techos, de manera que los que están debajo, creen que aún sigue lloviendo del cielo.

Así los diarios de Buenos Aires hablaban a gritos, razonaban con hipérboles, discutían los actos injuriando a los actores, ausente toda cordura y sin que asomase nunca una palabra de buen sentido, ni se tuviesen presentes los intereses reales del país. Las intenciones tergiversadas, las ideas del gobierno incomprensibles para sus mismos amigos y no habiendo quien ilustrara, pacificara y moralizara la prensa, el Presidente se veía obligado a ser su propio expositor y mandaba con frecuencia a los diarios escritos y comunicados explicativos, discusiones constitucionales, réplicas a ataques acerbos.

Por más serenidad que desplegara en esos escritos para calmar las pasiones, era inevitable que el vigor de su pensamiento se tradujese en esas formidables asperezas de estilo del gran polemista y traicionase bajo el anónimo al encumbrado escritor.

Reunidos los Ministros, un día, el Dr. Velez en nombre de sus colegas y con la autoridad de sus años y el respeto profundo en que ambos fundaban su amistad, le observó al Presidente cuánto exponía el prestigio de su alta investidura con el manoseo de las polémicas y réplicas de personalidades que se atraía de la procacidad de los adversarios. Sin dejarlo terminar, Sarmiento le dió toda la razón y prometió abstenerse de entrar en la lisa y contestar ningún ataque en adelante.

Algún tiempo después, tras de uno de esos incidentes de ocurrencia diaria donde la ignorancia y la pasión de los adversarios daba amplia materia para fulgurarlos con el ridículo, el Presidente lee a sus Ministros, con vis

cómica inimitable, un escrito que los hizo reír hasta las lágrimas, proclamando todos que era terminante, magnífico y que nunca había mostrado más ciencia y más vigor y que tal escrito era para anonadarlos, etc.

Entonces el Presidente haciendo pedazos su escrito y arrojándolo al canasto, dijo simplemente :

« — Era sólo para despuntar el vicio... »



En un banquete oficial, interrogaba un vecino al Presidente sobre la edad del Dr. Velez...

— Oh! dijo Sarmiento, el Dr. Velez es mucho más viejo que yo... Podría ser mi padre...

— Y su madre también, señor Presidente, objetó el aludido.



Un funcionario acusado de malversación de una aduana de Entre Rios, se refugia a bordo de un buque mandado por un su amigo. Sabiéndolo el Presidente, dió orden de prenderlo. Contestó el jefe no sabemos qué disculpa y fué llamado a la presencia del Presidente.

— ¿Sabe Vd. con quién habla? — Cómo no! con Su Excelencia el Señor Presidente.

— Se equivoca Vd. Es con el Jefe de la Escuadra. Hé dado orden al Comandante de un buque de guerra de aprehender a un prófugo y Vd. debe ignorar si tengo razón o no. Lo llamo para ahorrarle un castigo.

El jefe comprendió y reconoció su error.



La segunda insurrección de Lopez Jordán parecía deber mantener en zozobras y sacrificios al país, tanto como la primera.

Una mañana ¡zás! Jordán apoderado de La Paz, con perdida de vidas, saqueos, etc., y el público de Buenos Aires alarmado; el público, indiferente cuando lo sirven bien, si no envilece; pero intratable cuando algo malo ocurre. El Presidente encuentra a todos los Ministros reunidos en el despacho, inquietos y desmoralizados.

— Y bien; les dice, he dado a los Generales los medios de obrar y acabar la guerra. No han sido felices hasta aquí; yo entro ahora en campaña. Dentro de un mes estará concluída la guerra.

Se publicó a pregón esta jactanciosa seguridad, porque esta vez la operación no dependía del secreto y debía ser a cartas vistas.

Dos días después aparece en el Rosario un vapor de guerra con el Presidente que baja a tierra con dos ametralladoras y por poco no demuele un edificio en construcción probando el nuevo instrumento de guerra. No halló artificio más espectacular para hacerle llegar a Jordán la noticia de los huéspedes que le iban.

En el Paraná repitió la misma operación, deplorando que los diarios independientes, es decir, necios, no maldijesen más tanto estrago inútil. Ametralladoras introducidas en la guerra sin estruendo, son cañones, es decir, perro que ladra y no muerde.

Mucho después trasmitíamos a Sarmiento la extrañeza de uno de sus adversarios de entonces, de que no hubiese dado aquella sencilla explicación de un acto tenido por locura, cual es agujerear unas paredes para divertir a un público de paisanos.

« — La razón es un modo del intelecto y no se produce sino a su tiempo : haber intentado explicar entonces el hecho, hubiera sido subministrar nuevas armas al ridículo de los que condenaron como atentatorio a las libertades argentinas la traducción de un tratadista norteamericano, declarando el que mocionaba en contra que no había leído el libro, pero que debía ser abominable puesto que le gustaba al Presidente. Tal es la lógica de las pasiones. »

El Presidente llegó al Paraná con los refuerzos que había hecho venir a marchas forzadas desde Mendoza y tuvo una singular conferencia con el Ministro de la Guerra.

El Presidente empezó por intimar al Ministro oyese sin replicar, porque cuanto diría no se podría desmentir sino con actos. « Se dice en Buenos Aires que el General Vedia opera con toda lentitud del lado del Uruguay, sin arriesgar ninguna operación decisiva, para conservar un ejército

mitrista en vista de las próximas elecciones presidenciales, y así mismo se asegura en Buenos Aires, que el Ministro Gainza hace otro tanto del lado del Paraná, para conservar un ejército autonomista que contrabalancee al otro... No me diga nada; yo no creo una palabra de todo eso; pero necesito que Vd. me derrote a Jordán dentro de quince días, para que nadie crea semejante patraña. Examinemos la situación. Hemos reunido doce mil caballos en Nogoyá, a pesebre y maíz y con los refuerzos que traigo, dígame cómo hemos de organizar la columna expedicionaria, etc., etc... »

Siguió pacíficamente la conferencia, se arreglaron todos los puntos, el Presidente se volvió a Buenos Aires y la semana siguiente quedaba deshecho Jordán en el Talita y Don Gonzalo.



Un incidente cómico se recuerda de aquella campaña. El Ministro Gainza dando cuenta de un encuentro de avanzadas, y por un error de redacción o de transmisión en el telegrama, aparecían en lugar de rebeldes, treinta bolsas de harina prisioneras, y agregaba : ¿qué hago con ellas?

El Presidente contestó : — Haga tortas.



Juan Angel Martínez, después el simpático Diputado y elocuente sociólogo, era por entonces un oficialito que se presentó ante el Presidente con la misión de urgir el envío de pertrechos de guerra, cuya demora ponía en peligro una división del ejército en campaña.

El Presidente aseguraba que se habían mandado, pero el reclamo era terminante y fué preciso, hacer comparecer al funcionario que en ausencia del General Gainza, desempeñaba el Ministerio de Guerra *ad interim*. Éste confesó que aún no se había comprado una partida de sables, por dificultades de tramitación impuesta por la ley de contabilidad.

Martínez todavía se emociona al recuerdo de la andanada que le valió al apocado Ministro su inadecuada meticulo-

sidad. — ¡La guerra no se acuerda de la ley de contabilidad ni espera licitaciones! — La responsabilidad de vidas humanas que recae sobre nosotros, nos obliga a incurrir en cualesquiera de las miserables responsabilidades de violar leyes vigentes en tiempo de paz. — Para mantener incólume la nación no hay obstáculos legales; la Constitución se salva, hasta violando la Constitución... !



Al Gobernador del Entre Ríos, en lugar de cumplir una orden de operaciones militares, se le ocurrió hacer reparos al Presidente sobre la oportunidad de la medida, sin conocer nada del objetivo estratégico. El telegrama lo tomaría en mal momento, pues contestó :

— Señor Gobernador : su padre de Vd. era General y teólogo. Será Vd. un teólogo excelente; pero su estrategia es como la mona. Aténgase a lo ordenado.



Cuando mataron en Montevideo, al General Flores, el Presidente dijo a su Ministro Gorostiaga :

— Sopla; estas papas queman! Pobre Lincoln; cuánto mal hizo al mundo Booth, asesinándolo! No habrá gobernante seguro en veinte años!

— Pero qué tiene que ver Lincoln con Flores; un tan grande hombre, un paisano tan obscurc...

— Es que las enfermedades políticas son contagiosas. El asesinato político perturbará la conciencia pública durante muchos años.

— Está Vd. creyendo en las enfermedades contagiosas? Los médicos modernos... etc. (era amigo de Rawson).

Pasó este incidente, hasta que zas! Prim asesinado!— Pobre Lincoln! decía el Presidente — Siempre generalizando, decía el Ministro — Zas! el rey Amadeo escapa milagrosamente de ser asesinado, pase; pero el General Urquiza muere asesinado por sus amigos (1) y cuando

(1) Con fecha 7 de Abril 1870 una semana antes del asesinato de Urquiza, escribía á José Posse :— « El paisano es pícaro, matador, montonero, etcétera., pero ignorante y pobre. Los otros tienen la tierra y el colegio — el paisano su destitución y su facon. Veremos si no vuelven a poner de frente una sociedad contra otra y nos traen la guerra o el asesinato. Este está a la orden del día en toda la costa. »

escapó Sarmiento de las balas envenenadas con sublimado corrosivo de los Guerri, el Dr. Gorostiaga, que ya no era Ministro, fué a felicitar a su viejo amigo, y al estrecharle la mano, le dijo :

— Lincoln! Lo veo ahora.



El Gobernador de Santa Fé había dado aviso de que en una reunión de jordanistas se había anunciado la muerte violenta del Presidente y él mismo recibido la confidencia de un vasco Olave denunciando al Dr. Querencio que estaba en Montevideo y hermano del que figuraba al lado de Jordán, como conspirando contra su vida. De Montevideo mismo le fué enviado un anónimo denunciándole el peligro que corría.

Una noche en la calle Maipú pasaba el coche del Presidente que solía ir de visita a esa hora a lo del Dr. Velez en la calle Cangallo. De repente sonó el estampido de una arma descargada contra el carruaje y el cochero echó sus caballos a todo escape y abrió la portezuela todo azorado en lo de Velez, creyendo muerto al Presidente, quien bajó con tanta mayor tranquilidad, cuanto nada había oído ni sospechado, valiéndole su sordera el que no hubiese detenido el coche para averiguar lo sucedido, pues hubiese sido infaliblemente asesinado por dos de los conjurados que estaban allí prontos a la acción, con puñales que figuraron en el proceso, horadados intencionalmente para que la lesión hiciese mayor estrago y bañados en cloruro de mercurio.

El hecho fué que Sarmiento entró a lo de Velez, como de costumbre, con su comunicativo y robusto buen humor, con alguna broma para las niñas y sólo un buen rato después fueron entrando amigos a dar efusivos parabienes por la escapada, a lo que Sarmiento negaba haber corrido peligro alguno. Como insistiesen, se llamó a declarar al cochero quien refirió todo el percance y fué recién cuando el Jefe de Policía, Señor O'Gorman vino a dar detalles y cuenta de estar presos y confesos los asesinos, cuando Sarmiento empezó, según decía, a tener miedo retrospectivo.

Francisco y Pedro Guerri fueron los ejecutores habiendo cargado hasta la boca su trabuco que estalló, haciendo abanico las balas y recortes envenenados. Sarmiento solía decir de los ataques de la prensa, que no hieren por excesivos e inverosímiles, que son como el trabuco de los Guerri, que no alcanzan por estar demasiado cargados.

Los reos declararon que un tal Aquiles Sesatrugo fué quien los contrató para el crimen y que el precio debían recibirlo en Montevideo, donde estaba la persona interesada en el hecho, especificando uno de ellos que se trataba de obtener por ese medio que otra persona llegase a ser Presidente. Cuando la justicia buscó la comparencia de Olave y de Sesatrugo, ambos fueron asesinados, pereciendo el segundo a manos del doctor Querencio mismo, que lo mató en su propia casa. Olave, antes de morir, luego de ser gravemente herido, hace llamar al cónsul argentino, para confirmar las noticias que le había dado al Presidente y que garantizó con la fé que merece un moribundo que ya nada tiene que esperar. Estos hechos son tomados de la sentencia del juez Bunge.

El juez de la causa de los Guerri, conversando con Sarmiento después, no se atrevía a darle los detalles de la tentativa, hasta que tranquilizado, le transmitió un dicho del Dr. Puiggari, quien aseguraba que con solo tocarse el lagrimal los curiosos que manosearan las balas extraídas de las paredes en torno del atentado, se asegurarían la muerte inmediata.



Sarmiento decía al respecto : — « Pudo, pues, una bala herirme ligeramente, aunque más no fuese un rasguño, si no estalla el arma al salir el tiro y entonces quedar, acaso por dictámen de cirujano, declarado y comprobado, que el Presidente y Teniente Coronel, se había muerto de miedo, de la impresión que debió producir en su ánimo el formidable disparo de un trabuco a boca de jarro, a dos varas de distancia. Conócense las disposiciones de la opinión que hace fama de loco, de chocho, y habría llevado a la historia un calificativo. Ese fué el mayor peligro que corrí. »



Al día siguiente ocurrió un incidente muy de la época. Se inició en la Bolsa una manifestación espontánea para ir a saludar al Presidente. Según las costumbres ingenuas de aquellos tiempos, en que toda reunión se creía el pueblo, todos acudieron en tropel a la casa de gobierno, luchando a quien llegara primero. Cuando el Presidente se vió amenazado de una invasión de la pueblada simpatizadora que no cabría en el reducido recinto, mandó formar la guardia y rechazarlos. A duras penas se consiguió se designase una comisión y muchos quedaron persuadidos que Sarmiento era un tirano, atropellador del buen pueblo, sin tener en cuenta que en ese tropel podían ocultarse nuevos asesinos o por lo menos quedar en la confusión a la disposición de cualquiera los papeles de estado.

Es este el lugar de recordar que mientras el Presidente recibía de todos los gobiernos de la tierra y el país entero manifestaciones de simpatía o de cortesía con motivo del atentado, era tal el uraño guarangaje de las pasiones políticas, que en ninguna de las Cámaras del Congreso figura una mención, ni alusión a lo sucedido, enmudecidos los amigos mismos por el temor de pasar por adulones del poder. Las cosas han cambiado desde entonces.



El Senado rechazó por unanimidad el pedido de desaforo de uno de sus miembros que llegó a declarar « no ser un misterio para nadie que conspiraba », que era el delito de que se le acusaba; pero se pintó el caso como una persecución del poder y ensañamiento personal del Presidente, quien se sinceró serenamente en una proclama, demostrando el trámite judicial, el consejo de los primeros jurisconsultos y ser ageno al asunto.

Lo felicitaban varias personas, diciéndole que las Cámaras, la opinión pública y los diarios (que es cosa muy distinta de la opinión), hablaban que había vuelto a los tiempos en que imprimía a la marcha de los sucesos el sello de su pensamiento.

El Presidente contó de un actor de compañía de la

legua, a quien el público de las aldeas silvaba siempre, sobre todo al llegar a cierto pasaje de su papel. Un día se le antojó al respetable público aplaudirlo, y el infeliz confundido por los aplausos y palmoteos a que no estaba acostumbrado, se escabulló para sustraerse a la ovación y disimular sus agradables emociones. Llamáronlo a la escena, y forzado a aparecer, dijo al entusiasta auditorio, que como estaba habituado a que lo silvasen a tal pasaje, había olvidado su papel en lo que seguía adelante, por lo que les rogaba se suspendiese la función hasta el día siguiente, que lo sabría de memoria.



La campaña de Mendoza ganada con una proclama revela una de las formas de proceder que tuvieron real eficacia.

Por instigaciones políticas, se subleva la fuerza nacional estacionada en el sud de la frontera. El Presidente telegrafía al gobernador de Mendoza — ¿puede Vd. resistir ocho días en la plaza? — Sí. — A Ivanowsky en Mercedes : — ¿podría ponerse en marcha en dos horas? — Sí.

Ivanowsky llegó de San Luís un día antes que Segovia de San Rafael y la casualidad hizo que el Gobernador y el Coronel Ivanowsky propusiesen ofrecer una amnistía al ejército sublevado, si reconocían y acataban la autoridad nacional, lo que dió ocasión al Presidente a declarar que no habría perdón ni amnistía para el Coronel Segovia, O'Connell y demás criminales. Al primer disparo del « inofensivo cañoncito » de Ivanowsky, el General del ejército insurrecto sentía que el cuerpo lo llevaba hacia Chile y ponerse los pies en polvorosa, de miedo a la horca que le reservaban las reservas del Presidente, aunque tuviese fuerzas superiores. Este acto moral que viene clasificado bajo el rubro *Diplomacia de la guerra*, no solo decidió de la batalla, sino que ahorró el derramamiento de sangre, por parte del « sanguinario » Presidente.



Posse le había mandado con grandes ponderaciones de

habilidad extraordinaria, un loro tucumano que al llegar no mostró ningún talento.

En el acto fué un telegrama :

— « Tu loro es un animal, *Sarmiento*.

Posse contestó : « — No le des de comer y verás ».



El gobierno de D. Emilio Castro creó el batallón « Guardia Provincial », proveyéndole de armas y oficiales con grados nacionales, y como sucedía siempre con los abusos que cometía el gobierno de Buenos Aires, invadiendo los poderes nacionales, las otras provincias lo imitaron y tuvieron esa carcoma de sus reducidos presupuestos y una cuerda al cuello sus libertades con soldados mercenarios.

El bizarro comandante José Ignacio Garmendia había servido en la guerra del Entre Ríos al frente del Guardia Provincial y se presentó un día al despacho del Presidente, quien le dijo estar satisfecho de sus servicios, pero no podía reconocérselos, por ser manifiesto que mandaba un batallón que fuera del servicio nacional momentáneo, iba a quedar sin bandera, al servicio clandestino de un poder sin facultad de hacer la guerra... en fin, cuantas son cinco al respecto y en previsión de sucesos futuros (los de 1880).



La cuestión de la Capital Federal, dejada en suspenso como que sólo debía resolverse cuando dejara de ser cuestión, en el sentir de los hombres que labraron la unión nacional, era lanzada al tapete año por año, teniendo que vetar diversas soluciones, tanto Mitre como Sarmiento.

Era parte en el tirar cada uno para sí la Capital, la ambición de favorecer a su pago, sin duda, aunque en algunos casos se dejase sentir la especulación en tierras para llevarla tan luego al Rosario, o bien en Villa Maria de Córdoba. A esta solución opuso el Presidente un Mensaje de reconsideración en que se daban razones de profundo buen sentido al alcance de cualquiera; pero un incidente merece relatarse por su significado moral.

Presintiendo el veto, unos diputados fueron a peticio-

narle hiciera la vista gorda, pues en cuanto a la realización de la idea no le tocaría sino al Presidente subsiguiente. A eso repuso Sarmiento que tal circunstancia hacía más premioso su deber y su responsabilidad, que no podía admitir una solución sin previo estudio de los recursos locales, hasta de la falta de agua potable y al fin que instalar la capital de la República en desiertos inhabitados importaría un descenso moral e intelectual... No me tocará a mí, agregaba, pero estoy viendo en el futuro al Presidente con cirio en mano, marchando detrás de las andas de alguna virgen del pago...



A la muerte de Sarmiento algunos entusiastas en Chile propusieron elevarle una estatua en merito a su contribución al progreso intelectual de ese país.

Pero fué abandonada la idea, ante la objeción que se hizo pública de que Sarmiento no se había mostrado amigo de Chile, siendo Presidente, enviando al Congreso la propuesta de una alianza con Bolivia y Perú.

Olvidaba el opositor que los deberes de un jefe de Estado son incompatibles con los afectos personales, y debía presentar al Congreso de su país una propuesta de alianza, prescindiendo de sus ideas personales.

Quien esto escribe se propuso indagar lo sucedido, pero la documentación y el Mensaje eran asunto secreto y conservado como tal en los archivos del Senado argentino. Tardó mucho tiempo, cosa de tres años, el conseguir, como materia histórica, el examen de esos papeles.

Resulta que la propuesta de alianza de Bolivia y Perú era positiva, sin decir que fuese contra Chile. El Presidente sometió el caso al Congreso sin abrir opinión y solamente para el caso en que pudiera hacerse extensiva la alianza a Chile. El examen del asunto hubo de persuadir, sin duda, al Senado que esa extensión de una alianza deseable bajo tantos aspectos, era incompatible con la propuesta misma y ese cuerpo rechazó el asunto.

El tiempo transcurrido en esa investigación hacía inútil renovar una discusión fenecida con motivo de un honor abandonado.



La agitación de las pasiones para elegir Presidente, levantó una acusación antojadiza que no se ha estirpado en muchos años en ciertos ánimos. Los vencidos pretendieron que Avellaneda debió su triunfo a la imposición oficial de Sarmiento, cohonestando su derrota con una simplificación pueril de los factores complejos de la política.

Sin ser necesario inocentar los recursos empleados para vencer, ni disimular las diversas intrigas y amaños que sirvieron al vencedor, quedan pruebas de la completa abstención de Sarmiento. Nunca buscó formar un partido — nunca permitió que se usase su influencia moral para designar congresales — no existe rastro alguno de que pretendiese continuar influyendo en la política, terminado su mandato — no se han dado a conocer, porque no existen otras, sino cartas privadas en que prohíbe que se invoque su nombre en favor de cualquiera — las tres únicas provincias que votaron por Mitre, estaba intervenida San Juan, llena de su parentela y amigos de infancia; Buenos Aires, vigiladas las mesas por tropas nacionales y Corrientes votó bajo la intervención nacional; el General Mitre escribió a Don Ambrosio Montt dando su testimonio de haber sido libres las elecciones.

Lo que dañó a Sarmiento fué su ingénua franqueza en decir su opinión, sosteniendo que los Ministros podían ser candidatos, pues habiendo elegido para tales a los hombres más eminentes, tan ridículas incompatibilidades inutilizarían a diez o doce hombres de Estado (y no hay partido que los tenga en el mundo) y el Gobierno estaría condenado al retroceso inevitable.

La conciencia republicana de Sarmiento le impedía oponerse a la candidatura de Avellanada y es evidente que de favorecer a un amigo hubiera preferido a otro.



Un exaltado adversario de Avellanada había dirigido al Presidente una carta, donde había desahogado todo el desafuero de sus enconos políticos, todo el desorden cri-

minoso de sus ideas. Y terminaba con un seco : « Dios guarde a Vd. Señor Presidente. » — Contestó dolorosamente impresionado y terminaba : — Dios guarde a Vd. Señor insolente. »



En la inauguración del F. C. de Concordia, llegó a Federación, punto terminal de los rieles, donde fué recibido por el Comandante Guarumba, descendiente puro de indígenas, quien avanzó con sus soldados, cuyos caballos ostentaban chapeados de plata lujosos y vino a ofrecer sus respetos al Presidente rodeado de su Estado Mayor.

Sarmiento en un brindis hizo resaltar el contraste entre el ferrocarril y el jefe indígena Guarumba, centinela avanzada de una civilización y sirviendo ideas que él no entiende. « Él representa lo que éramos cuando éramos indios y colonos y arrieros, así ni más ni menos, y todos contribuyen a ser lo que seremos ».



En esa excursión, llevado por su entusiasmo de las escenas naturales y el afán de retozar en libertad, el Presidente se echó a andar por el campo, seguido de unos cuantos, extraviándose muy pronto y costándole seis horas de vagar a « pata la llana, a la claridad de la luna « y entre colinas, cañadones y tropillas de yeguas a las « que amedrentaba el falucho del comandante Guerrico « y puntas de vacas que, tomándolos por blancos a caza « de sus cueros, como el héroe Jason empresario de ese « artículo, no se les asentaba la camisa, cuando los veían « acercarse, y acudían a la táctica que Jordán cree haber « inventado y es la que enseñan gratis, vacas y yeguas, « cual es tomar el portante, e irse a parar sobre la vecina « lomada, para repetir la sabia maniobra. »



Su energía singular para afrontar dificultades ha inducido a muchos en el error de creer que esa energía de Sarmiento excluía la prudencia necesaria al gobernante. Se ha dado en decir, en unos como elogio y en otros como

vituperio, que el gobierno de Sarmiento era unipersonal, lo que conduce muy de cerca a ser un gobierno personal para los que confunden energía con arbitrariedad.

Bastaría tener en cuenta su Ministerio, compuesto de notabilidades y entre ellas personas que habían sido llamadas a ese puesto habiendo sido adversarias de Sarmiento y el hecho de que el Presidente consultaba en sus consejos y empleaba en comisiones importantes a sus más encarnizados oponentes, como Quintana, Mitre, etc.; pero existen episodios que entran en la forma de esta narración y demuestran la suma prudencia con que aquel Presidente autoritario respetaba las opiniones de sus colaboradores.

En una cuestión de extradición política con Montevideo, los Ministros se oponían a toda medida que pudiese cohartar a los asilados políticos, mientras el Presidente sostenía que los gobiernos vecinos tienen deberes de reciprocidad, porque el estar un río de por medio no ha de ser motivo suficiente para que los conspiradores desde aquí destruyan aquel Gobierno. Los Ministros triunfaron; pero « se cambió la torta » y fuimos nosotros los que necesitamos perseguir a Jordán y ahora los Ministros deseaban intervenir, pero el Presidente les mostraba la barrera que ellos habían puesto.



En otra ocasión el Gral. Rivas notificaba que « los indios en el estado actual de la campaña, no podían ser dominados sin la presencia en el ejército de Machado. » — El Presidente puso al pie : — « Cuando un Jefe nacional no encuentra en sí mismo los medios de cumplir con su deber y tiene que apelar a que lo auxilie un caudillo del lugar, otra cosa que recomendarlo le aconseja el deber y su posición. » — Los Ministros encontraron demasiado dura la amonestación y se tomó otro temperamento; pero a poco andar se sublevan Rivas y Machado y exclamaban ¡por qué no se pondría la nota...!



Era en su isla del canal de la Reculada donde iba este feroz Tiberio, según la oposición, a buscar expansión a sus nervios y dilatación al espíritu crispado y en acecho

continuo. No describiremos su existencia rural, sino en cuanto le proporcionaba intensos placeres en abandonarse por completo a su pasión por lo bello de la naturaleza, a una actividad física y a una alegría casi infantil que lo transfiguraban : « como escapado de una prisión, me palpo, me enderezo, corro, nado, para tomar posesión de mí mismo, para saber que estoy libre, que pienso, luego existo... »

Estaba Sarmiento en posesión incontestada de su isla desde 1856 y fué uno de los primeros pobladores. Un día siguiendo en canoa el arroyo que se interna frente al de la Rama Negra y formaba un límite natural a su propiedad, descubrió con asombro que el vecino de enfrente había atravesado el arroyo divisorio y cultivado de este lado un espacio de terreno a su conveniencia. Enojo, notificación de expulsión, todo fué inútil. El invasor era una viuda, enérgica y muy imbuida del derecho del primer ocupante y primer cultivante.

*La dame au nez pointu répondit que la terre
Estait au premier occupant...*

El demandante llevó su pleito ante el Juez de Paz de la región, quien entendió a S. E. el señor Presidente de la República *versus* la viuda asaltante. En virtud del derecho consuetudinario que daba propiedad a quien cultivaba, fué desposeído S. E. del pedazo de su isla por no haberlo cultivado.

Hemos conocido al Juez de Paz, marino francés, se llamaba Benjamín Convert, y familiarmente Mosiú Benjamín, residía en el arroyo Juan Grande y nos ha confesado haber sido en sus mocedades capitán de buque negrero y sospechamos que un tanto pirata, aunque después fuesen justas sus sentencias y desprovistas de servilismo para con los poderosos.



La costumbre establecida en la isla era la más amplia hospitalidad compatible con la estrechez de recursos del dueño : todo transeunte debía considerar la isla de Sarmiento como de público dominio y expresivos letreros así lo indicaban : WELCOME TO THE SHADE, es decir, aquí

hay sombra y hospitalidad para los paseantes, y quien conoce lo confanzudo de nuestras buenas gentes se imaginará si usaban de tales bien venidas.

Un día que pasaba un vapor cargado de alegres excursionistas, aceptaron la invitación de bajar a la isla los jóvenes con sus provisiones de boca, para improvisar un almuerzo en que el campechano y rusticante Presidente hizo gala de su expansiva alegría y su asombrosa variedad de conversación.

Entre los jóvenes se hallaba Meliton Panelo, mitrista militante y quien a fuer de joven exaltado e imbuído de la atmósfera de denuestos que respiraba en su partido (se ha corregido desde entonces), creyó de su deber mantenerse tieso y refractario a la seducción que ejercía sobre los demás el ilustre comensal convertido en compañero de francachela.

Levantada la mesa, Pantaleón Gomez le afeó su actitud, induciéndole a reparar la falta cometida hacia un anciano, acercándose entonces Panelo y caminando al lado de Sarmiento, sacudiéndose ambos a dos lados con unos plumeros de papel para defenderse de los mosquitos que pululaban :

Presidente : — ¿conoce Vd. algo más bello que las islas del Paraná?

Panelo : — no señor : pero hay muchos mosquitos...

Presidente : — Oh! señor! esas son calumnias de los mitristas!... Bueno; pero los Mosquitos de la capital ¿dónde los mete?



En el *Facundo* se dice que bajo el frac europeo de nuestros compatriotas se divisaba el fleco del calzoncillo y el chiripá del gauchó, como se decía « *grattez le russe et vous trouverez le cosaque.* »

Treinta años después, Sarmiento estaba empeñado en estirpar los resagos de ciudadano libertador escondidos bajo las charreteras de los militares. Sostenía que un comando es una comisión y no establece derechos, de manera que el que se sirve de su comando para hacer armas contra quien se lo ha conferido, a causa de ser este

tirano, comete el mismo delito que el cajero que se aleja con la caja de comercio, porque sospecha que su patrón roba o hace negocios ilegales. Que un jefe que mandase tropa sin comisión, es decir, sin autorización y orden de un gobierno civil cualquiera, es asesino de todo hombre que matan sus soldados y puede ser fusilado donde se le encuentre.

Muchos jefes reclutas creían en aquellos tiempos que, por ser valientes y haber prestado eminentes servicios en su profesión, estaban destinados a salvar la patria en todo momento y en todo terreno, sobre todo en la política, cuya ciencia aparece accesible a los más tontos.

Movido de su impaciencia para figurar en los partidos militantes, un Coronel presentó su pedido de baja absoluta.

Consultado el Presidente por el Ministro del ramo, pidió le dejase la solicitud para proveerla. Transcurrieron algunos meses y ya el Coronel debía haber olvidado su arranque, cuando un buen día el Presidente sacó del escritorio la solicitud y poniéndole un « como se pide », la entregó al Ministro :

« — Ahora que se le ha pasado la calentura, podrá apreciar que no se juega al tira y afloja con las charreteras de la nación. »



Un hábil político le decía que extrañaba no hubiese hecho un ejército suyo, poniendo a la cabeza jefes suyos.

« — Tengo el candor de creer que el ejército es una arma nacional regida por el deber y cuando de cumplir el deber se trata, considero a Arredondo, Rivas, Mitre Gelly, como los generales que tiene la República, como si no fueran conocidos partidarios adversos y no pido sino que cada uno cumpla su deber.



Uno de esos parlamentos con jefes indios pedigüenos y ladrones, merece recordarse, por lo singular y por haber desaparecido el caso para siempre.

Calfucurá, terrible enemigo que acababa de ser escarmentado por el General Rivas, había enviado a su hijo

con algunos capitanejos y fueron recibidos por el Presidente rodeado de jefes de gala, para impresionarlos.

Venían pidiendo raciones, dinero y cuanto acostumbraban, pero como se reiteraban los avisos de una invasión araucana, el Presidente les hizo transmitir por el lenguaraz que no podía darles plata, porque tenía que gastarla en prepararse a recibir sus invasiones y que sería ridículo que se volviesen ellos con las manos llenas y lo invadiesen quedando de tonto.

El argumento les pareció concluyente, y mientras hacían traducir otras geremiadas, se mandó abrir las ventanas, lo que les causó extrañeza, diciendo el intérprete: — Señor Presidente, el cacique pregunta por qué se han abierto las ventanas — Dígale que los indios tienen un olor a potro insoportable para los cristianos.

La respuesta fué gravemente digerida por el cacique, quien hizo contestar que los cristianos huelen a vaca y también es desagradable para los indios. Y ambos, cacique y Presidente, se quedaron serios. Así como los asistentes previamente avisados.



En el año constitucional de 1874 había llegado a tal punto el extravío de la opinión militante en Buenos Aires, que parecía que se considerase a sí misma y al país como en estado de naturaleza, y las leyes, autoridades y fuerzas públicas como no existentes o abrogadas. Los rumores más siniestros circulaban. Dos partidos a la sombra de dos nombres propios, se preparaban a la lucha electoral, cada uno por su lado, acumulando armas, estableciendo acantonamientos, organizando compañías y distribuyendo órdenes, preparándose a degollarse mutuamente de común acuerdo.

El Presidente pretendía que sólo la fuerza pública tenía derecho a usar armas para mantener la fiesta en paz. Anunció que el Ejecutivo haría uso de sus facultades si lo requerían indicios de violencia, debidamente establecidos. Invocó la ley federal que declaraba delitos de sedición los cometidos contra la ley de elecciones, lo que ponía este caso bajo la jurisdicción federal y como la misma ley da

a los funcionarios de las mesas receptoras de votos facultad para llamar en su auxilio fuerza nacional y a ésta se le trazan reglas para obrar, la presencia de las fuerzas estaba sobrentendida.

Tal medida novísima en la práctica relajada, alarmó singularmente a los nacionalistas (de Mitre) adversarios de los autonomistas (o alsinistas) quienes habían fusionado con Avellaneda, el que, por haber sido Ministro se suponía sería apoyado por las « polainas blancas », porque los pillos políticos de todos los tiempos están inhabilitados para comprender que alguien pudiera ser menos pillo que ellos y se mantuviese dentro de los límites del deber.

El Dr. Eduardo Costa se presentó al despacho del Presidente y le expuso la alarma de sus co-mitristas, no sirviéndole las seguridades de imparcialidad que le daba el Presidente sino para exasperarlo más en su fanatismo. Por fin le declaró que los nacionalistas estaban dispuestos a repeler toda agresión de las tropas federales, que rechazarían la fuerza con la fuerza y correrían raudales de sangre que recaerían sobre la conciencia del Señor Presidente...

— Pues Señor, fué la respuesta, la primera sangre que correrá será la del Dr. D. Eduardo Costa, quien tales declaraciones hace al Presidente, sin cumplir con el deber de denunciarle los preparativos de sedición que conoce.

— Vaya Vd. tranquilo, doctor, que yo tomaré mis medidas para que Vd. sea el primer fusilado...

— No tiene S. E. derecho de valerse de una conversación privada...

— Será privada, de su parte; pero el Presidente de la República, en su despacho, no es un individuo particular y no recibe confidencias, sino declaraciones oficiales. Si a Vd. le dan un balazo lo recibirá en carácter privado e individual, mientras que el oficial que ordene el fuego lo hará en su carácter de funcionario ejecutando las órdenes del primer magistrado, responsable de la tranquilidad pública.



Con motivo de lo anterior el Mayor Manuel Campos, después General, recibía instrucciones.

— Señor oficial, haga Vd. respetar la ley y mantener el orden. Esto (tocando las armas nacionales de los botones), representa la magestad de la nación y debe ser respetado a todo trance.

— ¿Debo hacer fuego sobre el pueblo sí me provocan?

— Para hacer fuego sobre el pueblo es necesario haberse confesado y comulgado antes... Proceda cuando sea requerido.



Recibía ordenes el Cte. del 6.º de línea, Arias, de mandar una compañía a desalojar un cantón del pueblo mitrista que hacía fuego sobre el atrio de Balvanera, y observaba que las compañías estaban muy reducidas, cuando intervino el Sr. A. Cambaceres (del pueblo alsinista), ofreciendo que los amigos ayudaran a la fuerza de línea.

— Entonces, Sr. Comandante, haga Vd. fuego sobre los amigos, exclamó Sarmiento. Para guardar el orden no se conocen amigos.



El mismo Sarmiento refería que se había hecho tan general la creencia en su locura que visitando el Manicomio de Buenos Aires y llegando a un patio donde se hallaban los locos, se produjo un movimiento extraordinario entre ellos, idas, venidas, conciliabulos, hasta que uno se apartó del grupo, visiblemente delegado por los demás y acercándose al Presidente con los brazos abiertos exclamó: — « Al fin! señor Sarmiento, entre nosotros...! »



— Para llenar una vacante en la Aduana me recomiendan a D. N. N. Infórmese y vea si puede Vd. proponerlo al Ministro », decía el Presidente un día al Administrador de Aduanas, don David Saravia.

Tomados los informes, resultó que el candidato había disipado una fortunita y el Administrador no las tenía todas consigo de cargar con la responsabilidad de nombrar en un puesto de confianza a un calavera. Consultó al Ministro de Hacienda, al integro don Santiago Cortinez quien le

aconsejó presentara sus dudas directamente al Presidente.

Así lo hizo, en efecto, y Sarmiento se mostró muy deferente con los motivos del Sr. Saravia, aunque muy contrariado, pues se trataba de una recomendación del Dr. Velez que había dejado ya el Ministerio del Interior

— Un recomendado del Dr. Velez me merece toda certidumbre personalmente, aunque no pueda imponer a otros esa confianza. ¿Aceptaría Vd. una fianza de persona responsable?

— Sin duda, señor.

— Haga llamar al escribano de gobierno que extienda una fianza del ciudadano Domingo F. Sarmiento, valedera para cuando deje la presidencia.

El nombramiento se hizo en esas condiciones; pero sabedor el agraciado de las circunstancias que habían mediado, no quiso aceptar el puesto, por delicadeza. (1)



Eduardo Dimet, editor de *El Nacional*, era grande amigo y sostenedor de la administración y era tal su deseo de no incurrir en pecado venial siquiera bajo el estado de sitio, que vió al Presidente para que le permitiese enviarle de antemano las pruebas de cada número, para no sufrir quebranto ni retardo.

El Presidente contestó que el Gobierno no estaba a medias con nadie en la responsabilidad de sus actos; que las pruebas de imprenta no constituyen delito, sino la edición y publicación de escritos sediciosos; que en estado de sitio suprimiría un diario delincuente, pero que para proceder era indispensable que hubiese acto consumado y definido, no conato de intención.

Con tales advertencias, *El Nacional* se miraba a dos lados y mascaba sus palabras antes de lanzarlas; pero un día le viene un notición por telégrafo y el demonio de la publicidad le hace mandar al traste toda su cautela, lanzando a la calle un boletín con el parte de que el General Gelly se había declarado por la revolución y de paso por el

(1) Lo que antecede lo tenemos de don David Saravia, confirmado por don Santiago Cortinez, aunque no se lo hubiésemos oído referir a Sarmiento.

Paraná se había cogido prisionero al Ministro de la Guerra, etc., etc. Era un canard de alto vuelo y de haber contenido algo de verdad, hubiese sido aún más grave publicarlo, y la orden de cerrar la imprenta de *El Nacional* se produjo antes de haberse agotado el boletín.

Nuestro editor halló al principio muy ajustado el castigo a la culpa, pero empezaba a considerar pesada la broma como pasasen los días y se prolongase la suspensión del diario. Buscó quien lo apuntalase e influyese para levantar la orden que tanto le perjudicaba, sin encontrar quien se atreviese a abordar al Presidente.

Conflando al fin en sus buenos servicios y no desmentida amistad, se fué a casa de Sarmiento, creyendo que bastarían dos palabras de explicación y de arrepentimiento para allanar toda dificultad, como siempre había sucedido en asuntos privados; pero no bien se hizo anunciar, cuando lejos de admitirle sus razones, oyó de labios del severo magistrado, la orden de ponerlo preso inmediatamente, lo que le proporcionó la ocasión de meditar sobre la inanidad de las amistades cuando están en pugna con la seguridad social, y sobre la necesidad de que los amigos del gobierno sean más cautos y más medidos aún que los otros, porque sobre ellos se descuelga más formidable la imparcialidad del poder.



Una noche que estábamos, el Presidente y el que esto escribe, charlando al lado del fuego, fué anunciado el General Rivas, quien anunció que el General Arredondo estaba fuera y deseaba reconciliarse con Sarmiento, de quien estaba distanciado por errores de conducta que no manchaban su honor militar. Lo hizo entrar inmediatamente y al recibirlo en la puerta, le dió un abrazo, diciendo : — su presencia, General, lo exime de toda explicación. Hablemos como si nada hubiese habido entre nosotros. »

Durante la visita pidió permiso para ir a San Luis a recuperar su salud y era tan afectada la tos continua que el enfermo forzaba quizá para hacerla notar de un sordo, que el joven insignificante de quien no se cuidaba le observó después al abuelo que aquello parecía una comedia.

Era Sarmiento tan confiado en el honor ajeno como en el propio y era tan incapaz de admitir en otros la mentira y vil engaño, que nos mandó callar indignado ante la suposición que un General argentino pudiese dar parte de enfermo estando sano. Así salió ello.

Este incidente está anotado por Sarmiento en sus papeles.



— ¿Donde tienen el oído las paredes? le retrucaba uno de sus Ministros, cuando declaraba que lo tenían tratándose de crímenes a perpetrarse y que el gobierno estaba condenado a saberlo todo.

— Vea Vd. El corazón de las mujeres es muchas veces el oído de las paredes. Se halla también en el sentido moral que nos deja cometer faltas y conspirar, pero que retrocede espantado ante el crimen sin embozo, el asesinato, el envenenamiento.

A los pocos días de esa conversación, se le presentaba Don Andrés Lamas a quien el Dr. Eduardo Costa en un momento de exaltación le había confiado todo el plan revolucionario. Hombre de ordinario tan suave y apacible como Costa se había mostrado tan excitado, hablaba de proyectos tan sanguinarios, que el melifluo don Eduardo parecía esa vez un cordero poseído de la rabia y había alarmado profundamente al Dr. Lamas quien se creyó en el deber de precaver a Sarmiento de que su vida corría peligro. Tal había sido la exasperación del conspirador y la exageración de su lenguaje que las paredes tuvieron oído.

En esos días llegó el Mayor Antonio Sarmiento con un oficio del Cte. Maldonado, jefe del 1.º de caballería dando cuenta de que un señor. Legarreta había pretendido sobornar a dichos jefes y les había revelado el plan de la revolución (1).

El 22 de Setiembre, el Presidente escribía al General Gainza : « Hay revolución, esta vez formal. Está en la atmósfera, se le ve venir. » — Y aún en la creencia que no

(1) Ese mismo Legarreta mató en duelo al joven Malaver, por haber dicho que fuese la causa del fracaso de la revolución, lo que demuestra cuán justicieros son los duelos

estallaría sino en contra de su sucesor, tomaba todas las medidas para que el gobierno no fuese sorprendido.

A la tarde del 23, se presentó en su casa el Comandante Obligado, que mandaba una de las cañoneras, munido de una carta muy sentida del Dr. Velez, protestando contra la sospecha de que fuese capaz de sublevarse, presentándolo « como un excelente mozo que conozco desde muchos años e incapaz de pensar en revoluciones ». — Al leer las primeras frases, el Presidente le interrumpió : — « Todo eso es absurdo : Vd. va nombrado en una misión importante. »

Como Obligado replicase que el sub-secretario Balza le había dicho que era informado que estaba pronto a auxiliar con su buque una revolución, el Presidente le impuso silencio desengañándole y revelándole el objeto del viaje que constaba de pliego cerrado que debía abrir en mar y era traer rápidamente cien infantes de Bahía Blanca. Ante las seguridades de honor de ser ageno a la conspiración y habiendo obtenido su palabra de no revelarlo, el Presidente le dijo que había un plan de conspiración urdido de que el gobierno estaba perfectamente apercibido.

Mostróse muy complacido Obligado, diciendo : — « Ahora voy contento, porque veo que el Presidente me honra con su confianza y sabré llenarla. » — El Presidente, después de tantas protestas, habló familiarmente con él, le explicó el carácter puramente personal de los partidos políticos y la insanidad de los militares de honor de mezclarse en sus excesos; acabó inculpándole amigablemente haberle hecho revelar el contenido del pliego cerrado, ordenándole no hablar con nadie.

Esa noche fué precipitada la revolución, sublevándose las cañoneras y proclamándola los diarios de la mañana siguiente. En carta de don Francisco Elizalde, tomada días después, se dice que la revolución se *precipitó* por lo ocurrido en las cañoneras.

Fué el destino del Presidente Sarmiento tener que sofocar, o preparar los elementos para sofocar una revolución urdida contra un sucesor que a él también le era

antipático y de cuya candidatura le hemos oído decir que así como no hubiera creído deber influir en favor, no le había puesto estorbos, porque honradamente no creía que un Presidente estuviese autorizado para estorbar lo que no fuese de su agrado.



A Sarmiento, le hemos oído entonces que hubiera dado cualquier cosa por salvar al General Mitre de comprometer su nombre de estadista en una revolución que había fracasado como movimiento político y quedado reducida a motines de tropa. Después se supo que se valió de Mr. Hopkins, escribiéndole una carta para que hiciese uso de ella cerca del General. Decía que le constaba que la calamidad de una larga y destructora guerra civil no entraba en la idea de Mitre y que ante el fracaso del movimiento estaba exonerado de seguir adelante, que sería fácil proporcionarle los medios de viajar y dar tiempo al tiempo...

Los sucesos se precipitaron, la ocupación de Córdoba por Arredondo, que la ceguedad de los partidarios debió dar por un hecho decisivo, y los buenos oficios del antiguo amigo fueron desestimados; pero Mitre demostró después, con su abnegada rendición en Junin, que en efecto no quería una guerra civil.



Puede tomarse como un resumen de su aspiración de gobernante el concepto que emitía al inaugurar el ferrocarril de Concordia, anunciando como que se acercaba el día tan esperado de que sea la libertad el aliado y la compañera del gobierno; que ame, sostenga, acate al poder público, porque él es su egida protectora, su espada vengadora. Que el Poder Ejecutivo sea un verdadero poder y no un esbirro. Que los demás poderes, legislativo y judicial, así como el pueblo, lejos de serle hostil, lo consideren como su propio poder ejecutivo, etc.



Las soluciones simplificadas satisfacen a las masas, mientras el análisis de los resortes morales suele demostrar la contraria de las verdades aceptadas. Ningún gobierno

ha sido atacado tanto como el de Sarmiento, de autoritario y personal; porque al pueblo no era visible sino la singular energía de sus opiniones, e ignoraba en absoluto el respeto con que trataba la libertad de acción de cada uno.

Su máxima era que cada uno cumpla con su deber y que cada uno sea responsable de sus propios actos. Aprobaba la conducta de un agente, aún pareciéndole errada, cuando no era motivo de causar un vejamen a un hombre sincero.

«— A donde iríamos a parar, decía, si castigásemos los errores de juicio o de concepto. Se castigan los crímenes o las acciones torcidas. »

A sus ministros les cedía en muchas circunstancias y les dejaba toda libertad de acción dentro de sus atribuciones, al punto de abstenerse de hacer valer sus simpatías o afectos en cuanto a provisión de empleos.

Los Generales en campaña, los jefes del ejército, obraban según su propia apreciación de los sucesos y de los lugares, dándoles su opinión en cuanto pudiera serles de utilidad, declarando terminada la misión del Presidente cuando hubiera puesto en sus manos todos los medios de vencer. Verdad es que tomaba la dirección, cada vez que aquellos se mostraban impotentes.

En los establecimientos de educación tendía a que fuese absoluta la autoridad del rector, desechando por decreto (23 Octubre 68) una petición de alumnos porque la intervención del gobierno relaja la disciplina y otra vez le telegrafaba al Inspector de Colegios : — « Las ordenes dictadas por el Rector no se revocan. Por regla general los Directores de Colegios tienen razón. Debe Vd. hacer cumplir la orden y después se proveerá lo conveniente, salvando la autoridad moral. »

No buscó nunca la popularidad, ni allegar voluntades como para formar un partido político. Los Ministros, con excepción del ilustre jurisconsulto Velez, que era su amigo, fueron los hombres que creyó más aptos, no habiendo tenido relación anterior con Avellaneda, sino por cartas, y habiendo sido sus adversarios Tejedor, Gorostiaga, Gaínza, cuando antes tuviera trato con ellos. Los Generales eran los Generales de la nación y el mando y la confianza que

les otorgaba eran independientes de su opinión o afinidad política. Si un suceso grave requería la opinión de hombres avezados, eran llamados a los Consejos de Gobierno, sin acordarse de su actitud en la oposición. Se necesitaba un Ministro en el Paraguay y fué Quintana, al Brasil fué Mitre, ambos grandes y apasionados adversarios de su política y continuaron siéndolo a su vuelta, pues entonces no se servía al Presidente sino al país y el Presidente no se servía de los hombres para disminuirlos y manosearlos.



Don Manuel Ocampo era el hombre de negocios del Presidente Sarmiento. No es que hiciera operaciones lucrativas, cosa que nunca les hubiera ocurrido, sino que Don Manuel cobraba el sueldo y llevaba cuenta de sus gastos, negando todo pago de cuentas excesivas de proveedores que explotaban la situación y llevaba su solicitud hasta protestar todo giro que respondiese a un gasto mal justificado.

Al bajar de la Presidencia, Sarmiento alquilaba en \$ 200 una casa de la calle Artes, donde Don Manuel lo visitaba todos los días, como lo hizo hasta la muerte de su amigo. Después del comentario del día, Ocampo lanzaba invariablemente esta declaración : — Sarmiento, viva Vd. en casa propia.

El interpelado refunfuñaba y sólo acosado por la insistencia, se enojó de veras, creyendo que se trataba de obsequiarle una casa : — ¡Prefiero irme a morir de fastidio en mi vieja casa de San Juan, antes que recibir de nadie regalos!

— No se trata de regalos. Compre casa.

— Que compre casa! y con qué?

— Sus ahorros en mi poder le alcanzan.

— No embrome, Don Manuel...

El hecho es que, cobrando una suma que Sarmiento olvidaba haber prestado y lo depositado en lo de Ocampo había para comprar una casa bastante buena.

Estaba en venta una en la calle de Cuyo muy apropiada; y los corredores, sin dar el nombre de vendedor y comprador convinieron \$ 28.000; pero al escriturar, se

encontraron en presencia, Don Emilio Duportal que vendía y Sarmiento que compraba y surgió una grave dificultad. El señor Duportal protestaba contra la ocultación del nombre del comprador, y exigía rebajar el precio a 20.000 \$ redondos, alegando que era el valor intrínseco de la finca y que no era hombre de realizar una ganancia a espensas de un gran patriota desinteresado. Sarmiento agradecía en lo que valía tan honrosa hidalguía, pero era inflexible en cuanto a negar toda dádiva de quien quiera que viniese y fué sólo ante el ruego de no dejarle escapar la ocasión a Sarmiento, que Duportal consintió al fin en escriturar por el precio convenido por los corredores. Mediaba un motivo que sólo Sarmiento hubiese de invocar para no aceptar rebaja y era que Duportal había sido Gobernador del Entre Ríos bajo una intervención nacional.



Llamada la República en su concepto, a ser la segunda edición de la gran República del Norte, por su colocación geográfica y su espíritu de progreso, esperaba reducir el ejército a las estrictas necesidades de la frontera; pero para ello crear poderosas y científicas escuelas de las diversas armas, para que conservasen, como los sacerdotes fluminales, el fuego sagrado de la táctica, la estrategia, la disciplina y el verdadero espíritu militar.

Hizo así mismo la tentativa de hacer admitir en West Point a los alumnos ya distinguidos por sus talentos, los que hubieran completado allí sus conocimientos y aprendido el arte de respetar las instituciones libres de su país.

Desgraciadamente el Presidente Grant contestó que no estaba autorizado para conceder lo que creía muy atendible y varios de los jefes que se salvaron así de ser militares cuadrados, hubieran puesto después curso de sexto año en el arte de ganar elecciones y perturbar la paz pública.



Más de un jefe de Estado consideraría exagerados los escrúpulos de Sarmiento en cuanto a beneficios personales y dádivas a favor de deudos.

Su nieto D. Julio Belin Sarmiento dejó en la Contaduría un recuerdo de probidad y competencia que debemos quedarnos cortos en elogiar. Cuando subió el abuelo a la presidencia, ese joven tenía la chifladura militar y podía ingresar sin protecciones al ejército como soldado distinguido; pero el abuelo le previno que no había de ascender ni a sargento durante seis años, no pudiendo firmar el decreto de ascenso.

Costeaba los estudios en París de este otro nieto que aún persiste en vivir (1929), y en cierta ocasión el Ministro Balcarce solicitó se le nombrase en la Secretaría, en vista de servicios que había prestado gratuitamente y escritos de propaganda. Alegaba también que tal puesto le permitiría abordar estudios superiores y aliviar el exhausto presupuesto del abuelo. Se ha publicado (obras T. LI) la explicación de que el nepotismo es vicio de papas y no de hombres de pró.

Este mismo nieto, para ayudarse y estilarse en costumbres comerciales ingresó a la casa editora Hachette de París. Ahí recibió un día un cajón con troncos de un árbol llamado ceibo, muy abundante en las islas del Parana. Ese ceibo, decía Sarmiento, no sirve para leña ni para madera. No sirve para nada, luego debe servir para algo.

Los fragmentos secos presentaban tal aspecto fibroso que ocurrió podían ser un textil de que la industria andaba a caza. El célebre químico Mr. Dumas lo analizó y salieron preciosas muestras de papel. Con ellas me presenté en 1874 en Buenos Aires. Pero sucedía que en esos mismos días había sancionado el Congreso un privilegio por diez años de todas las materias textiles a favor de D. Gregorio Lezama.

El Presidente estaba a punto de vetar el Bill creyéndolo un privilegio exesivo en su extensión y destinado a paralizar toda iniciativa y se vió obligado a dejar pasar el plazo de promulgación; porque, nos decía, vetar sería en tu provecho y el mio.

Siento todavía el gasto que pesó sobre mi flaco bolsillo con los experimentos y además haberme el chasco hecho perder toda iniciativa en asuntos comerciales.

En cuanto a nepotismo el único caso en que incurrió en las iras de la oposición fuera el nombramiento de Juez Federal recaído en el Dr Isidoro Albarracín. Fué empeño del Ministro del ramo, siendo el sujeto idoneo y altamente estimado. Existía un lejano parentezco, pero Albarracín militaba en las filas iracundas de la oposición y ningún trato tenía con Sarmiento.



Compulsando los documentos de la época, periódicos y actas del Congreso, puede sacarse la conclusión de que era más difícil hacer el bien que faltar a los deberes del gobernante.

Ningún Presidente ha sido más acerbamente criticado. Todos sus actos oficiales fueron presentados como atentados tanto más tiránicos, a veces, cuanto más beneficiosos.

« La cáscara de hierro » de que se decía cubierto le servía para ocultar las heridas internas.

Su vida privada tan modesta como era, provocaba burlas diarias. Así, recibiendo de improviso en su hogar al Arzobispo, con las disculpas del caso de no haber querido hacerlo esperar, fué explotado como una mina de ridículo el haber recibido al prelado con zapatillas verdes y las verdes zapatillas fueron el *lied motiv* de la oposición.

No hemos de recordar ciertamente indecentes imputaciones que se ostentaron en la prensa, sin pudor y sin vergüenza para el propio decoro nacional.

Las casuchas que en su isla fueron armadas con gusto primoroso eran sus materiales tablas compradas en el comercio de cajones inutilizados y esos fueron denunciados en pleno Senado como palacios del tirano.

Se dijo en el Congreso que se robaba el carbón de la escuadra y el caso era que había pedido al patron de la lancha a vapor que le servía en sus pascos que no arrojase al agua la carbonilla inservible y la reservase para los caminos de su húmida vilegiatura.

Esos exesos estúpidos en que nadie creía ni sus autores, sirvieron empero, más tarde para encubrir abusos vergon-

zosos, alegando los culpables que si de Sarmiento se había dicho tanto, nadie podía tomar a lo serio lo que a ellos se reprochaba, por más que ciertas acciones así discutidas dejaban en casa de sus autores un sedimento considerable de acciones con rentas.



Sarmiento no admitía regalos y cuando no podía rechazarlos los incorporaba a los bienes del Estado, como sucedió con El Talita, vaporcito de recreo que los constructores de la escuadra le enviaron y fué buque de la armada.



Ningún hombre de su tiempo fué tan conocedor del espíritu de la Constitución que hemos adoptado y ningún gobernante fuera más vituperado como violador de esa Constitución por partidistas engegucidos.

Vamos a revelar dos violaciones flagrantes de que nunca se hizo mientes.

La Constitución federal de los Estados Unidos no comporta un Ministerio de Instrucción Pública que nosotros hemos introducido en el sistema teniendo en vista la educación universitaria, pero dejando constitucionalmente fibrada la educación primaria a las Provincias, siendo ésta uno de las condiciones del pacto federal.

Nuestras costumbres no decían con la iniciativa individual, ni de las municipalidades, ni de las Provincias, para con el fomento de la educación del pueblo.

Era la base fundamental del programa civilizador de Sarmiento de su idea republicana y su reforma social, la educación del soberano y nada hubiera tenido a su alcance para fomentar la educación del pueblo, atribución netamente provincial, si hubiese en ese punto respetado escrupulosamente la Constitución.

A guisa de tímido ensayo decretó en la Rioja una escuela primaria. En medio de la algarabía de denuestos, los fetiquistas de la Constitución guardaron silencio, porque ignoraban todo de la institución de que se decían feroces guardianes. De ahí nació el movimiento educacional bajo

tan diversas formas. Bastará recordar que en Córdoba había dos escuelitas con 80 alumnos y al final de esa Presidencia había 3.800 alumnos. Ese fué el resultado de aquella santa violación.

Tampoco estaba autorizado el Presidente a crear Generales sin acuerdo del Senado y sólo en el campo de batalla. El mismo había renunciado a la misma facultad para ascender al grado de Coronel, pidiendo acuerdo, lo que no está requerido.

Un día apareció un decreto incorporando en su grado al escalafón argentino al ilustre General Paez de Venezuela. El gran guerrillero rival de Guemes, había venido a Buenos Aires buscando medios de vivir. El decreto declaraba la República Argentina solidaria de la gloria de los pueblos hermanos.

Acaso la nobleza de la intención impusiera silencio a la desapiadada oposición.



Merecen recordarse las circunstancias en que produjo el Discurso de la Bandera en 1873.

La ceremonia de inauguración de la estatua de Belgrano era organizada por las autoridades provinciales y el Gobierno nacional invitado debía ser representado por el Ministro de Instrucción Pública. El Dr Nicolás Avellaneda leyó en consejo de Ministros la pieza oratoria que había preparado y debía ser sin duda alguna digna de su eximio talento literario.

En seguida observó Sarmiento que aún cuando fuese costeadado el monumento por subscripción popular, el carácter del heroe y la exaltación de la bandera hacían de la ceremonia asunto nacional y debía hablar el Presidente, sin perjuicio de otros discursos. Pidió a sus colaboradores le dejaran a sus meditaciones, que él los llamaría.

Dos horas después los hizo llamar asomándose a la Secretaria y hallando un grupo de jóvenes les invitó a oír la pieza que acababa de improvisar.

Terminada la lectura con la fulgurante visión de la bandera biceleste y blanca acaudillando a cien millones

de argentinos... siguióse un silencio que el orador interrumpió, diciendo : ¿no les gusta a Vds?

El Dr Avellaneda contestó rompiendo su propio discurso declarando que nada podía ponerse en parangón.

Quedó convenido por insinuación del Dr Velez que faltaba una palabra de aliento para los soldados argentinos que en ese momento defendían la gloria de esa bandera y para intercalar ese agregado, fué necesario segregar dos páginas del manuscrito que nunca pudimos recuperar.

Ese discurso no fué recibido por la opinión del momento como lo fuera cuando se hubiera apagado la rencorosa contienda política. Ninguno hizo su elogio en esos días y un diario, el más importante del país, declaró que era una vergüenza ser gobernado por un hombre capaz de tales chavacanerías.

Mientras tanto el que esto escribe recibía un ejemplar en París y con pretexto de ser francés el escultor, logró publicar en la « *Illustration* » un grabado del monumento y algunos conceptos del Discurso.

El filósofo Julio Simón nos pidió el discurso y al poco tiempo lo devolvió atado con una traducción suya del Discurso de la Corona de Demóstenes.



Los Comentarios de Sarmiento sobre el preámbulo de la Constitución, libro publicado antes de su adopción, bastaría para revelar el prolijo estudio que tenía hecho de ese instrumento. Pero a su vuelta de Estados Unidos poseía a fondo y más que ninguno el verdadero comentario.

Al adopar la Constitución norte-americana conquistábamos el más precioso instrumento de aplicación como era una jurisprudencia experimentada.

La primera presidencia fué regida por principios liberales adquiridos en la lucha contra la tiranía y sus hombres carecían del suficiente contacto del sentir de las instituciones adoptadas.

El segundo Presidente constitucional traía doctrinas que parecían novedosas y como tendientes a afianzar en el gobierno las garantías de la libertad, chocaban profun-

damente a los doctrinarios de la libertad sin garantías gubernamentales.

Necesitaba Sarmiento gobernar y ser al mismo tiempo el expositor de sus ideas de gobierno.

Hubiera tenido el mejor expositor de sus ideas en su viejo amigo José Posse y su vigorosa pluma. Pero eran reducidas y mezquinas las situaciones que pudo ofrecerle para radicarse en Buenos Aires y abandonar su Tucumán florido. Era imposible mermar la autoridad de los Ministros cada uno en su ramo y los puestos disponibles inferiores a los méritos del amigo.

Años después, lamentaba Sarmiento haberse privado de tan eminente colaboración, forzado a ser su propio comentarista con el manoseo consiguiente en la prensa diaria.

Habiéndole oído más de una vez ese lamento le ocurrió a quien esto escribe preguntarle qué motivo hubo para que Posse no fuese uno de sus Ministros, teniendo la autoridad adquirida como Ministro y Gobernador, Diputado, etc

Sarmiento parecía caído del cielo ante semejante idea.—
« Nunca, dijo, se me hubiera ocurrido hacer Ministro responsable a un amigo íntimo. No está prohibido que un hermano del Presidente fuese Ministro, pero la decencia lo impide. La firma de Ministro es un contralor legal. ¿Qué quieres? Esta clase de escrúpulos me han impedido hacer muchas cosas buenas y tal vez algunas malas.

LA CUMBRE

El militar cuadrado que era Luis María Campos ponía este caso de conciencia. Si el Presidente me manda disolver el Congreso a balazos ¿obedeceré?

Sarmiento contestó sin titubear :

— Si tal desgracia le sucede, hágase dar la orden por escrito y en seguida péguese un tiro; y así saldrá de dudas. Su oficio es morir.



Andaba de boca en boca sobre la « *Historia de Belgrano* », que era la historia de un tonto escrita por un zonzo...

El Dr. Velez, era a quien se le atribuía la especie, tan picante como excesiva, y le reclamaba un día a Sarmiento, atribuyéndole la paternidad de un chascarrillo bueno para excitar la risa en la intimidad, pero indigno de hombres graves :

— Doctor Velez, es Vd. demasiado versado en economía política para olvidar que solo a los ricos se les presta...



Hablando de los obstáculos puestos a la realización de sus ideas por sus mismos amigos, decía :

« — No sé si fuí comprendido, o si lo soy mejor ahora, cosa de que a la verdad no me cuido. He gustado mucho dejar a cada uno la libertad y la responsabilidad de sus actos. Cuando he pedido cooperación para una reforma, y me la han negado; cuando he apuntado un peligro y me han tomado por visionario, he tenido compasión del candor con que sueltan prendas y cuanto dieran más tarde por rescatarlas. Cuando he sido vencido en principios de gobierno, tentado he estado por decirle al vencedor : « oculte su triunfo y diga que fué una tésis de colegio la que sostuvo. Su triunfo será su castigo, como los egipcios hacían llevar al homicida tres días el cadáver de su víctima. »

« Ser vencido por las ideas vulgares que se tienen de las cosas entre nosotros no tiene nada de particular, pero hacerse aplaudir porque decimos lo que a cualquier patán se le ocurre, es la más triste de las glorias. Felices los demagogos que mueren jóvenes, no tienen el remordimiento en perspectiva.

« Si vive lo bastante, N conservador, me vengará de N. demagogo. »



« — En la cabeza de nuestros liberales hay una República que no es ni la americana, ni la actual francesa. Una república ideal que tiene por lema *Máximum Bonum*, lo más bueno posible, o imposible no importa, siendo ellos, dicho se está, los sumos sacerdotes de aquella religión seráfica.

« Pero para ver lo que son en la práctica las ilusiones y los buenos deseos, nuestros viejos lectores recordarán aquellas navajas españolas que traían escrito en la hoja : — *máximum bonum*; pero que el pueblo llamaba *verdugillos*, que verdugos del pobre y no navajas eran aquellos serruchos. No les diera otro castigo que hacerlos afeitar con el verdugillo de Rawson, mientras le habla al paciente de libertad, de humanidad y de las cosas más consoladoras... »



Se celebraba un gran banquete en la casa de Gobierno en honor del General Roca y de su victoria en Santa Rosa.

A Sarmiento le había tocado sentarse al lado del Dr. Francisco Pico, Procurador de la nación. Ambos eran sordos como tapias.

Al Dr. Pico, le excitaba la curiosidad, por no haberlo visto nunca, un militar, que a juzgar por lo brillante de las cacharpas, debía ser General, por lo menos. No pudiendo resistir y aprovechando el que no se creía observado, se aproximó al oído de su vecino y como los sordos no miden la intensidad de la voz, no le gritó, sino que le rugió :

« — ¿Quién es aquel General que está en frente?

Sarmiento tomando las mismas discretas precauciones, le gritó :

— ¡Es el General Navarro!

— ¿Dónde ha peleado?

— En ninguna parte...

El aludido y todos los comensales y espectadores se impusieron de aquella confidencia.



La revolución o motin de 1874, si bien estalló al final de la presidencia Sarmiento, se hizo en realidad contra el juicio de elecciones pronunciado por el Congreso, y sofocada en la Verde y Santa Rosa, el mismo Congreso tomó la iniciativa de aministiarla, como si la represión ejercida por el Ejecutivo tuviese caracteres de severidad que aconsejase ponerle término, cuando todo lo contrario era lo que sucedía.

Al ingresar Sarmiento al Senado, se proponía concretar su acción a reformar las prácticas parlamentarias; pero se le advocó el asunto amnistía y no podía evitar la responsabilidad, por más que hubiera deseado apartar de sus labios la copa « de una amnistía desdeñada, y que no hacia distinción entre el error político, el crimen y deshonor de nuestras armas. »

No era posible resistir al espíritu de lasitud que dominaba a las Cámaras y que ha sido el producto de todas nuestras convulsiones, a pesar de que Sarmiento decía : « jamás nos perdonarán el agravio de haberles perdonado. » La Comisión aconsejó en bien fundado informe, agregar a la amnistía de los amotinados, la de los actos *irregulares*

que hubiesen cometido los agentes del Presidente, en cumplimiento de ordenes y exceptuando de toda amnistía las ejecuciones a lanza o cuchillo, como crímenes contra la humanidad.

Por una aberración del espíritu de partido, inexplicable hoy, lo de amnistiar los actos irregulares de los agentes del poder levantó una grito de indignación e hizo rechazar por la gran mayoría del Senado aquel proyecto subsidiario.

Rechazado sin debate el proyecto de la Comisión, se pone en discusión el originario de la Cámara de Diputados y sobre el artículo primero de la discusión en particular, toma la palabra Rawson y emprende revivir el proyecto fenecido y en cuanto a « actos irregulares » hacer un proceso general de la vida de Sarmiento, declarando en su exordio que iba a hacer argumentos « ad hominem » a su colega por San Juan. Días antes Sarmiento había sido prevenido por el ingeniero Moneta que Rawson decía que en su vida había oído Sarmiento lo que oiría esta vez.

Tales violaciones del derecho parlamentario que excluye rigurosamente toda recriminación sobre actos personales ajenos al debate, el intento de llamar a juicio a un Presidente sin las garantías con que la Constitución lo rodea y acusándolo dentro del cuerpo mismo que hubiere de juzgarlo, y hacer de la discusión de la amnistía a favor de los revolucionarios una acta de acusación contra un estadista ajeno a aquella sublevación, movieron a Sarmiento a intentar interrumpir el proceso que se le hacía, llamando a la cuestión al orador. Se descolgó una tormenta en la barra, compuesta de los mismos que debían ser juzgados por la ley de amnistía y veían satisfechos que se substituía a un reo por otro, levantándose la sesión en medio de las vociferaciones.

A la salida esperaba la manifestación popular, aclamando a los unos, silbando a los otros. Sarmiento quiso salir el último para que se pronunciara claramente la hostilidad y como el Senador Quintana su adversario, le ofreciese caballerescamente salir con él, le contestó que temía que su acto de hidalguía fuese interpretado como que iba a presentarles ECCE HOMO.

En la calle recorrió tres cuadras entre una carrera de baqueta de silvos e improperios, acompañado de unos cuantos amigos a quienes había prohibido contestasen y al llegar a la esquina de Bolívar, descubriéndose dijo a la turba : « Iusulten canas! »



El mayor Mariano Espina, mientras tanto, y contra la prohibición expresa de Sarmiento, se dirigió a la multitud, y con altaneras palabras supo dominarla, reprochándole su cobardía de reunirse centenares contra un viejo... Referida a Sarmiento la noble calaverada del bizarro jóven, no aparentó aprobarla, gruñéndole bonachonamente una amonestación por el tratamiento de VIEJO, que al fin la vejez no hacía al caso, siendo el atentado tan condenable contra un viejo como contra un jóven.



A la siguiente sesión tras del escándalo callejero, Sarmiento interrumpió la discusión para una « moción de privilegio » a fin de que el Senado, haciendo uso de sus facultades implícitas, investigase los hechos y pusiese termino a la intervención peligrosa de la barra en las discusiones parlamentarias.

Fué un memorable discurso, único en la forma, variado, profundo y elocuente, que le reconquistó el respeto que se merecía y que tal vez andaba distraído por las pasiones que tergiversan los actos más inocentes.

Ese discurso fué oído religiosamente y cuando una intentona de aplausos se produjo, el orador declaró que hacía tanto caso de los aplausos como de los vituperios.

Sea que ese día en la barra estuviesen hombres de otras ideas, o que tan sentidas palabras hubiesen hallado el camino del corazón, el hecho fué que a la salida le esperaba una ovación, a la que se sustrajo a los dos pasos, subiendo precipitadamente al tranvía que pasaba.



Durante aquel apasionado debate sin asunto, en antenas iban y venían comentarios sobre los móviles de esa

vivisección intentada por Rawson sobre su colega por San Juan, con quien habían pasado años sin verse, oyendo lo cual, Sarmiento explicó campechanamente :

« — Es la vieja costumbre de los sanjuaninos; cuando se encuentran tras de larga ausencia, lo primero que hacen es sacudirse unas buenas con el arriador... (1) Una vez se encontraron así dos viejos aparceros y después del amable saludo ése, a la pregunta del uno al otro qué había sido de su vida tanto tiempo, contestó, « estuve preso en Chile en donde me acumularon un robo, y tanto hicieron los doctores, que al fin me lo sacaron cierto » — Así, agregaba, si me descuido, Rawson me va a sacar cierto que he sido peor que Rosas...



Sarmiento atribuía la divagación parlamentaria en gran parte a la forma de sentarse en las cámaras, sin tener un pupitre donde disponer documentos. Confiando todo a la memoria, se hace necesario llenar los claros con declamaciones y artificios de retórica, convirtiendo una discusión de negocios áridos, en hervidero de pasiones.

Al reclamar una mesa delante su asiento de senador, decía :

— Yo no canto sin papel.



Un curioso incidente fué el que provocó un yerno del General Paz, reclamando contra una aserción de Sarmiento en el Senado. Había sido atacado por Rawson como reo de haber justificado la ejecución de Santa Coloma mandado degollar por Urquiza, clasificándola solo de *irregular*.

La tesis de Sarmiento era que establecida la guerra a muerte y declaradas las represalias, estaba bien empleada la palabra *irregular* refiriéndose a la forma de la ejecución, y entre los justificativos históricos citaba el caso de un prisionero ejecutado durante el sitio de Montevideo por orden del General Paz.

Las nociones corrientes sobre esas materias eran tales,

(1) « Arriador » es un fierro de veinte centímetros forrado de cuero que termina un largo apéndice de las riendas, que se arrastra y sirve para castigar las arrias de mulas.

que la protesta candorosa del yerno del General Paz había de encontrar eco en los mismos que debían recordar la verdad de los hechos. Empezaron a descolgarse, una tras otra, las declaraciones firmadas por testigos y actores del famoso sitio. Duró cerca de un mes la lluvia diaria; hoy era un miembro de la Corte que declaraba incierta la aserción, mañana un Coronel, al día siguiente otro veterano, y otro, y todos contestes en que los sentimientos humanitarios del General Paz jamás hubiesen consentido en hacer lo que las necesidades de la guerra imponen a todos los Generales cuando el enemigo es bárbaro y cruel.

A todos nos irritaba sobremanera, en torno de Sarmiento, esa série de desmentidos y él solo nos recomendaba « pincharlos », vale decir provocarlos en *El Nacional* y *La Tribuna* a producir más desmentidos; « porque, decía, tiene que caer el más gordo ».

Al fin una mañana apareció la circunstanciada relación de un historiador de alto vuelo, de la que se desprendía claramente que el Senador estaba equivocado al atribuir al General Paz lo que ingénuamente se creía una atrocidad.

Después de haber soportado uno tras otro los desmentidos de tantos testigos fidedignos, veteranos y actores en la contienda, pero enceguecidos por la pasión política, se publicó la Orden General con fecha 9 de Octubre 1843 con la firma Melchor Pacheco y Obes, mandando *pasar irremisiblemente por las armas todos los individuos del ejército de Rosas que sean aprehendidos*, y con fecha 11 Noviembre la orden de ejecución del Capitán Bonifacio García, firmada por el General Paz y la declaración del benémerito General Bustillo de haber mandado el cuadro de ejecución, siendo capitán.

— « Vínole al Senador calumniador el recuerdo de un godo, Calero, que calentaba un horno con fagina verde, que no hacía llama, sino humo. Cansado de luchar y sacado de goznes, se quitó el sombrero, y poniéndolo ante sí, boca arriba, dijo : — entre aquí la Virgen Purísima, entren San Pedro y San Pablo, entre toda la Corte Celestial, entre Jesús Cristo en persona... ya están todos! agregó

removiéndolos... ¡pues al horno, todos ellos, con sombrero y todo! »

Nunca más se volvió a hablar de tales represalias.



Un pariente de Velez Saarsfield, habitante de la Córdoba clerical, había tomado ocasión de la biografía del ilustre codificador, para enlodar al biógrafo. Este último decía :

« — Ese guarangote de... no sabe respetar ni la losa de los sepulcros. Tiene los vicios de la beata. Ama tanto al cielo, que detesta al prógimo! »



Entre los millares de personas que visitan el Parque de Palermo (o sea 3 de Febrero), y gozan de sus bellezas, muchos son los que ignoran la tenacidad que costó crearlo, en la época en que las beldades de Buenos Aires, por todo paseo público, se exponían en una calle angosta y árida de la Plaza del Retiro (hoy San Martín), se estaban paradas en dos hileras, mientras la mozada elegante iba y venía por el centro.

Hoy día todos aprecian aquella creación y la bochornosa estatua con que Rodin ha calumniado a Sarmiento, ocupa honroso sitio en el Parque iniciado por él y sobre el terreno de la morada de Rosas a quien tanto combatió. Todo está bien.

La idea de Sarmiento era inaugurar el Parque en la mañana del 12 de Octubre 1874 y entregar el mando en seguida, « para caer del poder en un lecho de flores ». El kaleidoscopio político presentó ese día una faz muy distinta y hubo de hacerse la fiesta el 11 de Noviembre de 1875, produciéndose un episodio muy instructivo, entre el literato Avellaneda, el de las frases armoniosas y el vigoroso propagandista que nunca sacrificaba lo útil ni lo verdadero a la belleza de la frase.

Se le fué a avisar al Presidente Avellaneda que todo estaba pronto para la inauguración, para que decretase hora y día, y de paso que había llegado el arbolillo de *arrayán* pedido a Chile para plantarlo en la solemnidad,

como en otras inauguraciones se coloca una piedra o se arroja la primera palada de tierra.

Avellaneda mandó contestar que tal día y hora sería fijado; pero que la planta inaugural sería una magnolia y no un arrayán.

Mensaje iba y mensaje venía, insistiendo el uno en el arrayán, arbusto de ese nombre en Chile y dotado de diversas virtudes útiles, entre ellas la de producir el shampoing, persistiendo el otro en la magnolia. El propagador del mimbre y del eucalyptus pretendía aprovechar la ocasión de hacer conocer una planta utilísima para nuestras pampas, prevaleciendo la voluntad del retórico Presidente que tenía preparado su discurso donde en cadenciosa frase hablaba de la magnolia como la blanca flor salvaje de los bosques primitivos y apuraba la imaginación pintando las mujeres de las primeras familias de América adornados sus sueltos cabellos con guirnaldas de la florecilla aquella, siendo el caso que la magnolia era asáz común en Buenos Aires y alrededores.



Venciendo la gazmoñería de las anticuadas costumbres de aldea, la inauguración del Parque se hizo una fiesta popular con expansiones y regocijo de todas las clases sociales. En el césped, bajo las enramadas, se improvisaron reuniones con cantos criollos acompañados de guitarra, y bajo lujosas carpas hubieron banquetes de encopetada gente al estampido de los corchos del champaña.

En uno de estos pickniks predominaba el elemento de alegres jóvenes de alcurnia, que hallaron chistoso simular pasarle la cuenta de la comilona a Sarmiento para ver la cara que pondría.

Dándose cuenta rápidamente del caso, él como Presidente de la Comision del Parque, puso al pié esta providencia : — Páguese, e impútese a la partida de alimentación de animales del Parque. — SARMIENTO — Añadiéndole al emisario : — Vea si les agrada esta imputación, que no hay otra partida.



Ibamos por la acera de la calle San Martín, y viendo

venir al Arzobispo Aneiros, le cedió Sarmiento la derecha que llevaba; el prelado bajó a la calle y tomándolo del brazo el expresidente, lo violentó suavemente hasta colocarlo en vereda, diciéndole :

— No olvide, S. S. Ilma. que es un príncipe de la Iglesia, y yo un simple particular. »

« — Para mí su S. E. es siempre el Presidente de la República...

— Eso no. Le prevengo que siendo Presidente ni al Papa...



Sarmiento ha sostenido que los Consejos de Educación con miembros rentados por el Estado, se convertían en depósitos de c... (fondos) de las botellas rotas de la política.

Así es que presidiendo por primera vez uno de esos cuerpos heterogéneos, decía a esas personas espectables, pero ajenas a las cuestiones de educación :

« — Tengo el honor de no conocer a Vds. como educacionistas... Cuento sin embargo, con la prudencia de mis honorables colaboradores, para que marchemos juntos bajo la guía de una ley que trae aparejado el conflicto de atribuciones. Caminaremos sobre brasas! »



Combatía un Senador las teorías de Sarmiento, apoyadas como siempre en la experiencia que constituye la ciencia del gobierno, y sostenía que su experiencia propia y la historia del país eran más adecuado guía que todas las teorías extranjeras...

— Sí pues; a lo que te criaste... fué la réplica.



No oyendo una palabra de los denuestos que le endilgaba un Senador, mientras se discutía un asunto ajeno a su personalidad, acogió la indicación que le hiciese por escrito el que esto escribe para hacer llamar al orden al contendiente que realmente se proponía. Esto originó un incidente que debió terminarse en antecámara, convinién-

dose en que se borrarían del acta taquigráfica los conceptos personales del uno y que el otro explicara el incidente al reanudarse la sesión.

Con este motivo confesó Sarmiento que en suma había hecho mal en valerse de los buenos oficios de persona agena al cuerpo, pues con su larga experiencia estaba seguro de conocer de antemano cual sería la opinión de demagogos y de ignorantes en tales o cuales casos, la cual había de ser invariablemente la misma al través de los años.

El público que suele condensar a su modo lo que oye, hizo de aquellos irónicos conceptos uno que se ha propalado, atribuyendo a Sarmiento haber dicho que él no iba al Senado a oír, sino a hacerse oír, lo que en el fondo tenía mucho de verdad, pero no lo dijo.



EL QUESO CON AGI. Así fué titulada una pieza que insertamos en las Obras (xxi, p. 125), como muestra esquisita de humorismo y apreciado como una joya. Se dirigía al amigo del alma, Don José Posse, dándole las gracias por un cierto queso de Tafi, emisario del afecto de Tucúman, y cuya ponderación era limitada por el temor de que la oposición le tachara el torcido intento de incitarle a mandarle otro.

Respondía a las inquietudes de su amigo sobre su salud, habiéndose, en efecto, dado tumbos la fatigada nave.

En el Senado se había hecho renacer la antigua inquina contra el estado de sitio por los liberales que abominan las formas necesarias del gobierno, mientras no tienen la sartén por el mango. Se trataba de reglamentar la atribución del Ejecutivo torciendo el espíritu de la Constitución. El Senador Sarmiento había informado en nombre de la Comisión fundando el rechazo en las necesidades esenciales de todo gobierno, sin miramientos para los intereses de partido, y su discurso fué tan impersonal como lo fuera toda su conducta.

Los contendores no solo hicieron un debate de denuestos contra el ex Presidente, sino que aprovecharon vilmente la sordera del anciano para cubrirle de injurias soeces.

« Era la segunda edición del discurso «ad hominem» de Rawson, pero hecha en papel de astraza y con tipos torcidos y babosos. Cuando me operaba el médico, sentía el escalpelo manejado por mano culta y profesional. Esta vez era el alfanje del desollador de saladero que corría por mis costillas. »

En el lugar que ocupa esa pieza en las Obras no cabía el comentario de lo que se ocultaba tras del humorístico escepticismo de una carta destinada a alejar inquietudes del amigo y ocultarle la honda pena que sufría. Y faltaba la perspectiva que da la distancia.

Dice que se hizo el enfermo para no soportar mayores desmanes y la verdad era que estuvo realmente enfermo.

En su vida había frecuentado Sarmiento reuniones políticas compuestas de héroes de tavernas e ignoraba el lenguaje de tahures, llevado al H. Congreso, no sólo en toda su grosería de expresiones brutales, sino también envolviendo conceptos que no pueden expresarse entre caballeros y acusaciones infamantes. Nunca había sospechado fuese su persona pretexto para tales desahogos.

Las expresiones genuinas del idioma popular pueden revestirse de gracia incomparable cuando un Cervantes las maneja y ennoblece. Un ironista superior como Sarmiento podía emplear formas populares de lenguaje dando singular vigor al concepto.

Las hadas podían dotar a una protegida con el don de salir de su boca perlas y rosas, mientras castigaban a una malvada con el horror de arrojar sapos y culebras. Así del lenguaje de los palurdos que brillaba a veces en el santuario de las leyes, tal como era acostrumbado en reuniones de torpes y malvados.

La enfermedad de Sarmiento en presencia de tales desahogos fué una depresión física y moral que lo abatía entre asco y dolor. Hubo de apelar a un estoicismo sobre humano para retornar al redondel estercolado y relatar esos vergonzosos incidentes con tan superior desdén y ocultar a su amigo la ponzoñosa herida..

Más valdría no recordar tales escenas; pero cremos más interesado nuestro orgullo en sentir que nunca más un

anciano ilustre que no tuvo otra pasión que la del bien público, pudiese ser así arrastrado en el lodo y en semejante recinto. Estas indicaciones servirán igualmente para medir la valía moral del patriota.



Al año siguiente del incendio del Salvador solicitaron una subvención para reconstruirlo y Sarmiento hizo notar que los jesuitas no tienen existencia legal y lo que solicitaban era un medio subrepticio de hacerse reconocer por el Congreso, mediante una sanción moral de un hecho ilegal.

« — El syllabus es una constitución que echa abajo esta otra Constitución y nuestro deber es sostener ésta. No demos al *syllabus* poder alguno, que siga su camino, si puede, en la opinión de los que lo sostienen.

« Se han perdido algunos miles de pesos en ese incendio de lo que se les había dado; pero al mismo tiempo sus amigos incendiaban la Universidad de Louvain en Bélgica por causas así más o menos; de manera que pueden darse por saldadas las cuentas : estamos a mano.



Grandes apuros le vinieron al Gobierno en 1876 para cumplir sus compromisos y fueron introduciéndose proyectos de ley que sacrificaban instituciones creadas en la administración anterior, antes de estudiar el presupuesto y sin examinar gastos mucho mayores y menos justificados. Fueron cayendo bajo la guadaña de las economías de cabos de vela, las escuelas agronómicas y quintas normales, las escuelas de minería, la subvención a las bibliotecas, el premio de \$ 10.000 a las Provincias que educaran el 23 % de los habitantes, etc.

Sarmiento defendía el terreno palmo a palmo y decía con motivo de las escuelas agronómicas : — Son rencores de raza. He viajado durante cien leguas por España sin divisar una flor y Dios nos ha dado la pampa para los hijos de Castilla la Vieja. Descendemos de pueblos que le tienen ojeriza a la agricultura. Toda mi vida me la he llevado creando la enseñanza de la agronomía, para modi-

ficar la desnudez de nuestro suelo, y en cuanto daba la espalda, se levantaba la opinión pública contra el atentado.



Al llegar a Tucumán para la inauguración del Ferro carril, Sarmiento no pudo ni atender las manifestaciones de las escuelas que le eran tan gratas y fué a la cama, con graves síntomas de la hipertrofia al corazón que debía abatirlo doce años después.

A los tres o cuatro días, sintiéndose aliviado, salió a recorrer la ciudad que había cantado, puede decirse, en el Facundo.

Era la oración y caminábamos por el centro de la calle, como era su costumbre cuando visitaba una ciudad por vez primera. Iba contando que su amor por Tucumán lo había heredado de su madre a quien tenía en su juventud con la boca abierta horas enteras un buen hombre que le contaba las maravillas de esa naturaleza tropical, los bosques inmensos y sombríos, los naranjales embalsamados, los nardos de los campos, las aves pintadas. Que su descripción de Tucumán en el « Facundo », provenía de los cuentos oídos a su madre, siendo de ella en parte la culpa de la exageración, y más que todo cuando en el destierro suspiraba por la patria ausente, para hacerla amar a otros, hacía lo que hacen los que aman, representando bello el objeto de su culto y Tucumán era la Patria engalanada con todos los atavíos y espléndores de la naturaleza.

Le hicimos notar que a distancia respetuosa, como a veinte varas, nos seguía una muchedumbre compacta, viéndose negras de gentes las cuadras que habíamos recorrido solitarias. Era que al anuncio de pasar Sarmiento las casas habían ido volcando todos los habitantes a la calle : Sarmiento! Sarmiento! y viejos, mujeres, niños, salían a ver a este mito que encarnaba tantos recuerdos.

Detúvose Sarmiento a contemplar el conmovedor espectáculo, diciendo :

« — Es el Dante que ha estado en los infiernos para las buenas gentes de Florencia; y no son pocos infiernos los que he atravesado en mi vida...! »

Al primer asomo del sol, después de algunos días lluviosos, se organizó un paseo en las cercanías y todos se aprestaban a la alegre excursión, con excepción de Mr. Gould que deseaba aprovechar el buen tiempo para fijar la situación de Tucumán y de Mrs. Gould, la que contestó a todas las instancias que la esposa del astrónomo Gould no podía decentemente pasear en ciudad que carecía de meridiano.

El paseo se hizo en el primitivo trapiche que los señores Nougés han transformado en suntuosos edificios y pasmosas fábricas.

El almuerzo estaba servido bajo unos galpones y al aparecer las empanadas, Sarmiento nos dijo observáramos si entre los comensales estaban representadas todas las provincias argentinas y verificado que no faltaba ninguna, alzando en el aire una empanada, pronunció gravemente este aforismo :

— La verdad es que ninguna empanada en el mundo vale la empanada sanjuanina.

Un jujeño interrumpió el silencio de estupor que causó tan insólita declaración, observando que tenía en mucho la opinión del señor Sarmiento a quien consideraba un genio, aún en achaque de empañadas; pero era de presumir que sus conocimientos no hubiesen alcanzado hasta la empanada de Jujuy, la más sabrosa y la más babosa, la que no podía comerse sino con la camisa arremangada para chuparse los dedos hasta el codo... Un correntino dijo que esas cosas no se discutían, siendo la de su heroica provincia la única empanada posible. Siguiéronse mendocinos, puntanos, catamarqueños, santiagueños, salteños, etc., declarando detestables a todas las empanadas que no fuesen las de su pago. Don Pepe Posse desafió a quien quisiera relevar el guante que presentase ahí mismo algo mejor que la empanada tucumana que todos estaban saboreando, lo que parecía darle una fácil victoria. Un senador por Córdoba, con cara de filo de cuchillo y muy más fino casuista, estableció como petición de principio que aun cuando en su vida hubiese comido ninguna especie de

empanada, tenía por averiguado en su fuero interno y en el santuario de su conciencia que la cordobesa era el *non plus ultra* de las empanadas.

La batahola de encontradas pasiones fué subiendo de punto, hasta que Sarmiento impuso silencio, diciendo, más o menos :

Señores : Para hacer valer cada uno la empanada de su predilección, hemos hecho caso omiso de la empanada nacional. Esta discusión es un trozo de historia argentina, pues mucha de la sangre que hemos derramado, ha sido para defender cada uno su empanada. El ferrocarril que inauguramos servirá la unión de la República como conductor de sus progresos y agente para la realización de sus instituciones y servirá la unión, disipando la deplorable fascinación de la mezquindad de aldea que nos hace creer detestable la empanada del vecino.

La desasociación de nuestros pueblos proviene de las distancias intermediarias, como las tonadas vienen de los largos viajes, la marcha de la cabalgadura haciendo acentuar la palabra al asentar el caballo la pata. La tonada es el localismo, como la empanada. El localismo es nuestra historia. En detrimento del poder, de la dignidad y de la gloria del todo, cada rincón empezó a pugnar por zafarse de toda sujeción, y a título de amor a la independencia los unos, a nombre de un patriotismo local los otros, ambiciones pigmeas trataron de achicar a su talla el campo de la acción y alejar hombres para que la sombra que deja tras sí el mérito real no los eclipsase y obscureciese. Merced a estos amaños, hemos visto durante medio siglo sucederse en la escena política notabilidades singulares, que al desaparecer, han dejado Estados que hoy piden limosna para subsistir.

Hé aquí la historia de las empanadas y sería bueno que alguna vez, al lado del sacrosanto amor a la empanada de nuestro terruño, tengamos indulgencias por las demás empanadas. Amemos señores, la empanada *nacional*, sin perjuicio de saborear todas las empanadas...

Y siguió en larga plática, dejando a sus oyentes el solo recurso de aplaudir y de cazar al vuelo, para échárselas

al bolsillo, las observaciones profundas y los chispazos humorísticos.



El que fuera Presidente sin dejar de ser maestro de escuela, era recibido en villorrios, pueblos y ciudades, poniéndosele a la vista los niños, como los más fieles intérpretes del respeto y deferencia de los vecinos; y esta fué la más completa de las satisfacciones que experimentó hasta finalizar la vida.

En una villita del tránsito a Tucumán, sentado sobre los raigones de un algarrobo atormentado, se vió rodeado de párvulos que lo contemplaban con ojazos confianzudos y candorosos. A una niñita sentada tranquilamente a su lado que se apoyaba sobre sus rodillas, le preguntó : — Quién soy yo, señorita? — Es Vd. el padre de los niños argentinos. Es Sarmiento!

Después de enjugar una lágrima silenciosa, prorrumpió en razones sencillamente expresadas, cuya substancia sería : —

— He sido mucho más pobre que Vds. y he luchado con dificultades mucho más terribles que las que nunca conocerán Vds. He combatido mucho y muchos años; pero parece que las tempestades se hicieron para que el piloto avanzara más camino, las resistencias para vencerlas, la envidia, la detracción para dar testimonio de la verdad honrosa; y sin desviarme de la obra de hacer bien a mis semejantes he llegado a la cima de la montaña, en la penumbra de esa zona de gloria a que se han encaminado mis pasos. Esto lo comprenderán Vds más tarde. Pero lo que sus maestros no necesitarán explicarles es que he amado mucho, he amado a mi madre y he amado a mi patria y muchos de mis pecados me serán perdonados...



El Senador Igarzabal representaba a San Juan donde había residido desde niño, si bien había nacido en otra provincia, lo que tal vez habría olvidado.

En la discusión de un bill de interés local, nuestro Senador se desató en localista entusiasta, dando tal ruedo a su

elocuencia, que no comprendió las risas provocadas por esta exclamación de su colega por San Juan.

« — Este se dice sanjuanino, para darse importancia. No pasa de cordobés... »



Carlos Guido y Spano nos ha referido lo siguiente :

Habían nombrado a Sarmiento en no sé qué comisión y Guido le preguntaba cómo andaban los trabajos y cómo se avenía con sus colegas : —

« — Hombre, ¿recuerda Vd. la expedición de los Argonautas? costeaban la Grecia y tomaron a su bordo a Hércules que andaba por ventura en sus correrías heróicas. El barco era frágil y Hércules un gigante; la embarcación se inclinaba con gran peligro donde se arrimaba ese bárbaro. Tuvieron que dejarlo por ahí y privarse de su pujante maza.

« Me sucede otro tanto con la Comisión : donde me reclino, parece a los compañeros que van a zozobrar y uno de estos días me van a desembarcar... »



Se conservaba en la Dirección General de Escuelas de la Provincia un tratado pedagógico en que su autor aboga contra los castigos corporales y contenía una anotación marginal de Sarmiento :

— Todo ello es muy bueno; pero una tunda de azotes dada a tiempo, nos ha venido bien a todos. »



— Este pueblo es demasiado aristocrático para someterse a la educación de todos, le observaba un porteño porteñante.

— Bast! una aristocracia con olor a bosta de vaca...

Unos estudiantes salteños le solicitaban modificase las ideas vertidas en el Senado con respecto a la política de esa provincia, manifestando que tenían ideas *radicales*, sobre los sucesos.

« — Tengo el sentimiento de informar a Vds., contestó, que su solicitud viene demasiado tarde. Me llega a los

setenta y seis años de edad, cuando las ideas han tomado formas definidas. Juventud feliz! yo tambien tuve ideas radicales a vuestra edad para apreciar hombres contingentes y sucesos relativos! »



Como la sordera le impidiera comunicar con sus vecinos de banca en el Senado, lo hacía escribiendo sus observaciones y en una tarjeta que hemos conservado, se hallan estas preguntas de su letra y las respuestas de la de Aristóbulo del Valle.

- Si no toma la palabra Torrent estamos perdidos.
- No tenga cuidado, hablará por los codos.
- ¿Quiere Vd. pincharlo un poquito?
- Trataré de hacerlo gritar.
- Si llega a llorar, tenemos victoria ganada...



Durante toda su vida, cuales quiera que fueran sus ocupaciones, se hacía un deber en enseñar a leer y escribir a toda criatura que tuviese a su servicio.

Él ha narrado las aventuras de un coya boliviano al que enseñó a leer en tiempos de la Confederación y que entusiasmaba a engancharse a los domésticos, leyéndoles las noticias de los diarios.

Siendo Presidente, daba lecciones de lectura a un camarero de la más pura Galicia y tan bozal que nunca pudo sacarlo bueno, aunque le prodigase más paciencia que a las Cámaras del H. Congreso.

Recordamos a dos indiecitos que le tocaron en lote del reparto que se hizo en las familias, después de la expedición al Rio Negro. Eran como de doce años y uno de ellos fué examinado en el Consejo de Educación para cerciorarse de que no tenía nociones del castellano ni la idea más remota de qué pudiera servir un libro, de lo que se levantó acta, para constatar que en menos de un mes había aprendido a leer corrientemente.

Pretendía dar una demostración de la excelencia de su método práctico de lectura con el que se habían desasnado millares de chilenitos; pero los miembros del Consejo

meneaban la cabeza, atribuyendo ese resultado más bien al ascendiente, autoridad y facultades radio-activas del tal maestro; en lo que quizás no iban tan descaminados, como que, por ejemplo, hubo de ser el único maestro de pintura de su nieta Eugenia, no sabiendo gran cosa de artes gráficas, pero sabiendo enseñar.



Este profesorado de pintura por uno que no sabía pintar, contiene rasgos que parecerían inverosímiles a quienes le tuvieron en el concepto de ser como una fuerza de la naturaleza, sin entrañas y sin debilidades del corazón.

Empezó por inculcar a su discípula la necesidad del trabajo asiduo. La niña fué eximida de toda obligación casera, de modo que dedicara cada día cuatro horas al trabajo por la mañana y cuatro a la tarde.

Había traído de San Juan algunas nociones cuyo origen lejano venía de la Escuela de Santa Rosa y trasmitidas por doña Procesa, hermana de Sarmiento, quien había estudiado en Chile con Montvoisin, discreto artista francés.

Se trataba de perfeccionar esas nociones, sin maestro y no los había en Buenos Aires a la sazón, que diese reglas y ahorrara dificultades técnicas y careciendo de la contemplación de obras de museo.

De ahí salieron obritas sinceras como de los primitivos en naturalezas muertas y paisajes.

Al abordar la figura, el masestro sabía hacer resaltar características fisionómicas que servían a atrapar con tan singular éxito que los retratos de la incipiente artista hablaban como parecido.

Vino el caso de atreverse a una figura dentro de su ambiente de accesorios y el desconocimiento de la perspectiva producía monstruos cuya corrección hacía sudar la gota gorda tanto al maestro como a la discípula, sin conseguir en horas de ensayos corregir defectos evidentes.

De pié frente al caballete, la niña se esforzaba en disimular la exasperación de sus nervios y sollozos que le sacudían el cuerpo. No pudiendo más, quiso apelar al recurso de la fuga, y encontró al anciano cuyas megillas

eran surcadas por lagrimones, asociando su gran corazón a las angustias de la jóven.



Antes, durante y después de su presidencia, la persona de Sarmiento, su reposo, su honra, su reputación, fué una propiedad de Don José María Gutierrez para ajarlo, burlarlo, disminuirlo, agotando el vocabulario de dicterios y apurando la imaginación para calumniarlo, hasta presentarlo como saliendo ébrio de una orgía nocturna, una mañana que volvía del cementerio a visitar los restos de su hijo, muerto en Curupaití.

Sin embargo, cuando la víctima de tanta zaña iba a la prensa a exponer doctrinas, jamás aludía a su continuo detractor. En 1874 al escribir la sentida necrología de su amigo Santiago Arcos, contó el episodio en que aquél al ejecutar un acto heróico, hubo de ser fusilado como traidor por intrigas del mismo Gutierrez, y pudiendo aprovechar la ocasión de darle una pasada de mano a su detractor, ni siquiera lo nombró.

A uno que estaba al tanto de la historia, y que estrañaba no aprovechase la ocasión para devolverle tanta injuria, le decía :

— No le ha llegado su momento. Prevalece la aprensión de que en las islas hay muchos mosquitos. En Buenos Aires hay muchos más, con la diferencia que los de aquí, más civilizados que aquellos rústicos, son más pillos, y cuando uno va a ponerles la mano, no hace más que darse a sí mismo una fuerte palmada y el bribón se le escapa por entre los dedos y viene en seguida a cantarle al oído su eterna canción, *el pueblo, los déspotas*. La experiencia enseña que es mejor dejarlos que chupen y se harten, para aplastarlos. Obra de paciencia. »

Recien en 1878 lo juzgó cebado y harto con la impunidad, y tomó la redacción de *El Nacional* para ponerle la mano, tras un redoblamiento de injurias a propósito de un edificio de escuela. Fué aquello, al decir de los espectadores, un torrente que se llevaba todo por delante, un despertar de gigante, un asombro para la nueva generación que no conocía o había olvidado al polemista. Los golpes redo-

blaban, los escritos se sucedían con pasmosa variedad de asunto y de formas, haciendo interesarse profundamente al público y educando el gusto literario. Llamaradas de entusiasmo reventaban el circo de la contienda y llevaban a lo alto las ideas, alternando con esos conceptos de profundo buen sentido sanchesco y esas espontaneidades que sólo él se atrevía a estampar y estallaban como un arma en manos de un niño, — « No se discute a los Generales de su patria, so animal, las paredes tienen oídos » — «...levantando el látigo de las Eumenides, contra tiranos, demagogos, pillos, explotadores, cínicos escribientes y cagatintas sin honor, sin moral y sin vergüenza! »

Ese cagatinta de tan brutal oportunidad, requirió tramitaciones curiosas. Al corregir las pruebas, nos apercibimos que el director del diario lo había reemplazado por la palabra « tinterillos » que le parecía más decorosa; insistimos y hubimos de exigir se pusiera la palabra chocante con amenaza de no dejar el artículo... Al día siguiente, convencido el director del éxito extraordinario de la palabra nueva aquí, aunque de uso corriente en nuestro idioma, le confesó a Sarmiento el error de su resistencia y éste le decía con esa jovialidad bondadosa que alejaba toda intención ofensiva : — Voy a explicarle : los cagatintas son los Gutierrez y si Vd. me lo quita del artículo, el tinterillo hubiera sido Vd. »



El discurso que pronunció en sesión secreta en que el Senado desechó el pacto que establecía un *modus vivendi* con Chile, para sostener que debía evitarse hasta el extremo apelar a las armas, fué una oración memorable. Los que tuvieron la dicha de oírle, recordaron mucho tiempo aquella improvisación fulgurante que vaciaba un alma sobre las llamas de un incendio.

En antesalas, en medio de los plácemes de los asistentes, se le acerca un vejete que le declara con lágrimas, que nunca había sido tan profundamente convencido.

— Pero Vd. votó en contra!

— Ah! Señor! Estoy desesperado, tenía comprometida mi palabra y su discurso me ha conmovido tanto...

— Y su juramento de señorador! y su conciencia! Entonces debe votarse primero, antes de discutirse, porque no hay Cicéron, ni juriscunsulto, ni Calvo, ni todo el estudio ni la ciencia del mundo que haga retroceder a nadie de su primera impresión. Los agentes extraños entran y salen, alegan y apasionan antes, arrancan promesas que dejan maniatados y se hacen un punto de honor de no volver atrás. Un publicista, un economista, un constitucionalista, aunque sea un orador y un hombre de peso, pierde su tiempo estudiando las cuestiones : ya estaban resueltas y se le ríen en sus hocicos. El debate sería para entretener el tiempo... y si yo hubiese rendido al alma! hubiera sido como tirar un burro por la cola...!



Sarmiento comparaba los compromisos contraídos antes de la votación, al honor del tahir que deja en la calle a su familia para pagar a las veinte y cuatro horas la deuda de juego, que robaría con tan laudable fin.

Sostenía además que un diputado no sólo tiene derecho de cambiar de opinión durante la tramitación de una ley, sino que tiene la obligación de hacerlo ante argumentos o hechos que cambien su opinión.

Los herederos de un reclamo español anterior a la Independencia obtuvieron una sanción de la Cámara reconociéndoles la deuda, y en el Senado, siendo Sarmiento miembro informante del despacho favorable, después de nutrida discusión fué rechazado. Al año siguiente Igarzabal introdujo en el Senado otro proyecto reconociendo la deuda, encontrando una tenaz resistencia de Sarmiento, a quien Igarzabal leyó su informe del año anterior, manifestándole su grande sorpresa de que cambiara de opinión tan descaradamente.

Sarmiento opuso la garantía que tenían los R. R. de no poderse producir en su contra en el debate sus opiniones anteriores; pero apurado sobre la contradicción, demostró que la lenta tramitación de las leyes tenía por objeto principal hacer cambiar de opinión a los que la traían preconcebida, sin lo cual bastaría una primera

votación en un solo cuerpo legislativo y sobraría toda discusión como palabrería inútil, si hubiese tal honor y dignidad en aferrarse a la primera impresión.

— Pero señor, está el honor de un hombre comprometido por su propia palabra...

— No existe honor contra la moral y contra la verdad! El que compromete su voto antes de la discusión es simplemente un animal, que no obra a impulsos de la inteligencia y que insulta así a la razón humana, dejando estériles el estudio de los sabios, la elocuencia de los oradores y la opinión pública ilustrada por el debate.



Don José Manuel Balmaceda no había figurado cuando Sarmiento vivía en Chile y le era desconocido cuando fué de Ministro a la Argentina. Al terminarse le primera entrevista en su casa, dijo a D. Manuel Ocampo : Fijese bien en ese mozo. Les va a dar mucho que hacer en Chile.



Durante la guerra del Pacífico la opinión se agitaba por una intervención y una política americana...

Sarmiento había batallado por la paz y decía a este propósito :

— Nuestra situación nos dicta una sola política americana... Nuestra historia contemporánea viene desarrollándose pasmosamente y leémos sus batallas y sus conquistas diarias sin aperebirnos. Estamos dando batallas diarias y conquistando fuerza y poder con sólo estarnos quietos, mientras millares hacen casas y labran la tierra.

« Ningún pueblo del mundo se halla en esta situación... Sólo la República Argentina está incubando una nación homogénea, aumentándola rápidamente por la inmigración y llenando los claros de su territorio y los vacíos de su industria por la agricultura. Su obra será rápida, a condición de que la gallina no se levante del nido, atraída o alborotada por los ruidos que le hacen de afuera.



El entusiasmo ardiente que ponía D. Feliz Frías en sus

propósitos ajenos a la ambición, llevando el patriotismo sin medida hasta donde el interés de la patria lo arrastraba, olvidando que la patria está enclavada dentro de ciertos intereses humanos y éstos y aquellos regidos por reglas que ni la conciencia ni el patriotismo indican siempre claramente. Con sentimientos tan nobles como exclusivos, se había constituido en el Pedro Ermitaño de una cruzada contra Chile, al grito de *¡Dieu le veut! Dieu le veut!*

Como Frías era la más alta expresión del clericalismo, sucedió que los creyentes en la religión de mansedumbre formaron el estado mayor del Dios de los combates para arrastrar a los demás a una guerra *à outrance*. Dichos clericales fundaron la *América del Sud*, diario amenizado con la esquisita grosería de la injuria clerical que se cebaba contra Sarmiento, defensor de las soluciones que el tiempo y la cordura han impuesto.

La *América del Sud*, era enviada cuidadosamente a la casa de Sarmiento, donde podía producir estragos la bendita injuria, la santa calumnia y la beata imputación, manejadas por hábiles y audaces confesores de la fé que escudaban la perversidad ingénita con la santidad del fin.

Sarmiento hizo una presentación al Jefe de Policía con el antecedente de haber antes notificado por escrito al editor su voluntad de ser exonerado de la molestia de leer sus diatribas, para pedirle ordenase al vigilante del barrio estuviese a la mira por la mañana y prendiese al que así violaba el asilo doméstico, por ser indigno imponer a una familia el suplicio de leer injurias contra su jefe.

Los compadrones de la policía se rieron en grande de la pretensión del loco Sarmiento y los otros siguieron enviándole sus injurias hasta extinción.



El 11 de Julio 1878 pronunció en el Senado un discurso sensacional sobre una intervención a Corrientes, y como la sesión se prolongase, el Dr. Roque Saenz Peña, entonces *princeps juventutis*, tomó la iniciativa de invitar a Sarmiento a comer en el Club del Progreso. Corrió la voz y pronto quedó organizado un gran banquete.

El héroe de la jornada ocupaba la cabecera y era natural que la fatiga y la conmoción de los nervios le hiciesen guardar obstinado silencio, aunque su humanidad se desquitara comiendo vigorosamente. Tal mutismo chasqueaba grandemente a sus jóvenes admiradores que se desacían en señales a un senador vecino de Sarmiento para que le entablase conversación.

Éste al fin halló el siguiente exordio : — Señor, no me cabe envidiarle su talento; pero francamente le envidio su apetito... »

— Pues yo le envidio a Vd. su señora que es muy buena moza...

La verdad del caso era que la dama gozaba de fama como hermosura y el esposo de ser celoso como un tigre.



Se hablaba de generales chilenos entre los comensales de Don Diego de Alvear y el joven General Roca, indicado candidato a la Presidencia, vino a dar el tratamiento de General a un jefe chileno muy joven.

Sarmiento observó que ese joven no debía ser General, que en Chile no se usaban generales tan jóvenes. « Al paso que vamos un General argentino va a equivaler a un Mayor chileno y nuestro escalafón seguirá al papel moneda que a fuerza de millones se cuenta a cincuenta pesos el atado. ¡Hojarasca! Hacer generales de treinta años, con el babero de cadetes al cuello todavía! Y los presidentes!

« Esto no tiene nada personal con Vd., General Roca, añadió, esto envuelve una razón de Estado. ¿Qué puede ofrecerse a la ambición de un militar durante treinta años de su vida, cuando ha escalado el más alto grado? Suponiendo que Vd. sea Presidente y bien habido se lo tendrá ¿qué quiere que la República haga con Vd. cuando deje la presidencia, en la plenitud de la vida y de la legítima ambición? Qué se puede inventar para satisfacerla? La presidencia debiera ser el término natural de la ambición y llegar a ella, cuando ya a nada se puede aspirar. » El aludido resolvió años después el problema, siendo presidente por segunda vez.



Mucho antes de surgir los candidatos para el período presidencial de 1880, creemos que en Mayo 1878, el Dr. D. Simón de Iriondo, gobernador de Santa Fe, escribió a Sarmiento ofreciendo su concurso para elevarlo a la presidencia.

La carta expresaba sin doblez el sentir del doctor Iriondo que fué siempre gran partidario de Sarmiento; pero daba por descontada la opinión de Santa Fe y asegurados sus votos y estaba escrita en papel con membrete de Gobernador y el escudo de la Provincia impreso, lo que le daba todas las apariencias de una comunicación oficial, como que lo era en realidad.

Sarmiento no contestó esa carta, ni se dió por aludido y Don Simón, que no podía dudar que la hubiese recibido, se dió por ofendido y desistió de todo empeño por un candidatura tan desdeñosamente recibida.

Pasaron los años y los sucesos llegaron a formar en el espíritu del ex-Gobernador como un remordimiento de no haber insistido en aquella circunstancia. Se encontraron un día Iriondo y Sarmiento, manifestando el primero que necesitaba una franca explicación, conviniendo en reunirse en casa de Sarmiento.

Allí se dieron explicaciones recíprocas; pero cuando Iriondo formuló categóricamente su pregunta de por qué no se le había contestado su carta, Sarmiento mandó llamar al que esto escribe diciéndole :

— Augusto : busca en el Antonio y Cleopatra de Shakespeare, la escena del barco y tradúcela al doctor Iriondo.

Recordará el lector aquella escena inspirada por la grande y dulce ironía del alto humorista que no ve la vanidad de las cosas con tristeza y amargura, sino con jovialidad poética. Banquetean a bordo de una galera los triunviros rivales Lepidus, Sextus Pompeyo, Marco Antonio y Octavio, « esos únicos senadores del vasto universo y primeros agentes de los Dioses », y en medio de la orgía, cuando el esclavo que carga a uno de los borrachos lleva el tercio del mundo sobre sus hombros », se acerca

Menas a Antonio y le ofrece hacerlo único dueño del mundo.

« — Déjame hundir en el mar a esos tres borrachos y entonces todo será tuyo.

— Podías hacerlo y no decírmelo! contesta noblemente el triunviro. — En mí sería infamia, mientras en tí hubiera sido un buen servicio. Lo hubiera aceptado, pero sabiéndolo, debo condenarlo...

No fué dada otra explicación al Dr. Iriondo.



Dejemos la palabra a Miguel Cané; hijo del que figura anteriormente y notable publicista :

— « Redactaba yo *El Nacional* de Buenos Aires y no era, por cierto, tierno para la administración de Avelleda. Sarmiento, como era natural, era siempre el primero en la casa y los artículos que se le ocurría escribir, venían directamente al Gerente, que los entregaba a la composición, sin darme aviso, de acuerdo conmigo, sino en los casos que era necesario mechar de verbos el artículo o apuntalar una que otra frase que había quedado en el aire.

« No recuerdo a propósito de qué incidente en el que el Ministerio había hecho un triste papel en el Congreso, y tomando como base los estudios sobre la Inglaterra en el siglo XVIII, de M. de Rémusat, escribí un artículo convenido, entusiasta y, a mi juicio, irrefutable, sobre las ventajas del régimen parlamentario exclusivo y la necesidad de reformar nuestra Constitución en ese sentido. Al día siguiente, al mismo tiempo que recibía cuatro líneas cariñosas y aprobativas del doctor Vicente F. Lopez, llegó a mis manos...mi propio diario, *El Nacional*. En el sitio de honor, que era el que se reservaba siempre a todo lo que Sarmiento escribía, porque el estilo bastaba para fijarlo, se registraba la filípica más furibunda que redactor de *El Nacional* hubiera recibido hasta entonces. Iluso, ignorante, atrevido, propagador de malas ideas! qué no me decía Sarmiento? Tuve un momento de indignación ante esa falta de atención, de consideración para con un hombre

que desde que había empezado a pensar por sí mismo había sido un partidario decidido y entusiasta de Sarmiento. Tomé el diario y me fuí derechamente a su casa, dispuesto a decirle todo lo que tenía adentro y poner las cosas en su lugar. Me recibió con su cordialidad un tanto uniforme para todo el mundo, y antes de darme tiempo de tomar una actitud trágica y comenzar mi dolora, tomó la palabra, y debutó por esta frase : « Ha visto Vd. un artículo preconizando el sistema parlamentario en *El Nacional* de ayer? — Ni una palabra del autor, y en el fondo, no sé si sabía que era o no mío, ni le importaba un bledo. De ahí partió para una carga a fondo contra su *cauchemar*, tan completa, tan enérgica y tan decisiva, que mis convicciones tambalearon y ante aquella elocuencia, aquel saber y aquella experiencia, en vez de formular las recriminaciones proyectadas, incliné la cabeza, hice la venia y salí. » — (1).



MINISTERIO DEL INTERIOR — La política de tergiversaciones, de conciliaciones y tapujos llegaba a hacer crisis y amenazaba con una guerra civil formidable. Se acusaba al Gobierno federal de fomentar una conspiración de gobernadores para imponer la candidatura del Ministro de la guerra, lo que resultó demasiado cierto en cuanto a los gobernadores. El Presidente pretendió una vez más solucionar la situación con sus habilidades habituales, llamando a Sarmiento al ministerio para que salvase la autoridad del gobierno, aunque dejase subsistente la causa de las desconfianzas que inspiraba.

« Imagínese el lector, un ministro cándido, imagínelo solamente como hipótesis, pues el criterio de un argentino de la generación presente no puede admitir que nadie proceda honradamente. Imagínese un ministro que llamado para eso y a causa de eso, ha prometido obrar de manera que si hay una liga de gobernadores, no sea parte a impedir la libertad de las elecciones y que la autoridad del gobierno sea respetada. »

(1) Miguel Cané, Sarmiento en París.

La exageración de las mismas cualidades de Sarmiento, a saber, la honradez del propósito y la rectitud de los medios, alarmaron las susceptibilidades de todos en país donde la verdad anda a escape y la sinceridad espanta. El Dr. Tejedor persuadido y no sin razón, que Sarmiento sería quien sacaría las castañas del fuego, y que su entrada en campaña con su capital conocido de decisión, de autoridad y principios, daría el mayor vigor a la candidatura que se agazapaba, lanzó los famosos decretos reorganizando la Guardia Nacional, y por su parte, los confabulados del interior estrecharon sus filas, se distribuyeron las armas y pusieron en jaque al nuevo ministro.



« — Tu nombramiento de Ministro ha sido saludado por la gente honrada, con estas palabras: «tenemos gobierno. — JOSÉ POSSE.

« — El potro amuja las orejas. Se tranquilizará reconociendo a su viejo amo. Habrá gobierno! — SARMIENTO.

Otro telegrama dirigido a Posse en esos días metió gran bulla y no ha sido explicado aún. Teniéndose dudas sobre la discreción de un telegrafista, Sarmiento hizo a Posse un telegrama espeluznante, amenazando de prisión a cuatro personas respetables, teniendo cuidado de dejar constancia testimoniada del objeto. Dos días después, se publicaba y comentaba con aspavientos aquello; el telegrafista era destituido y el público se quedaba en ayunas.



Podía suponerse que entre sus adversarios irreconciliables, a ninguno debía guardarle más rencor que al Dr. Alberdi, quien había logrado disminuir su autoridad, en la época de organización en que era más necesaria, cuando había buscado un destierro voluntario para colocarse a igual distancia de las fracciones en que estaba dividida la República. Cuando de ideas se trataba, empero, por desleales que fuesen las armas empleadas, Sarmiento no concebía que los hombres fuesen irreconciliables.

• En 1879, tras de veinte años de alejamiento, el doctor

Alberdi nombrado Diputado al Congreso, y al regresar, se encuentra en Montevideo con la noticia de que su enemigo, su *bête noire*, ocupaba el Ministerio del Interior.

Se detuvo unos días en el puerto vecino, atribuyéndose entonces esa estadía a la pusilanimidad personal de Alberdi que se creía agravada con la edad. El que esto escribe fué visto en esos días por un amigo de Alberdi el Dr Borbón, para presentir las intenciones de Sarmiento con respecto a su antiguo enemigo, quedando sorprendido de la seguridad con que afirmábamos la completa cordialidad con que sería recibido. Ante sus instancias, debimos requerir confirmación directa de nuestros asertos y el Ministro nos dijo :

« — Has hecho bien. Dile de mi parte que si Alberdi viene al Congreso como amigo, me honrará tenerlo a mi lado : si se pronuncia como adversario, tendré con quien discutir y cuanto más elevada la discusión, más profunda la enseñanza y todos saldremos ganando. »

Las órdenes fueron dadas para que al pisar tierra argentina, la primera congratulación que recibiese Alberdi fuese la del Ministro del Interior.

En la tarde del día en que desembarcó, estaba Sarmiento en su despacho departiendo con algunos Senadores, Don Tiburcio Padilla, del Valle y otros personajes, cuando anunciaron al Dr. Alberdi.

Sarmiento se precipitó a recibirlo exclamando :

« Tenemos Vd. y yo una alta magistratura que desempeñar, consagrada por nuestras canas, y es el respeto que debemos a nuestros servicios. ¡Doctor Alberdi, en mis brazos! »

Tan conmovido estaba Alberdi, que no pudo discernirse lo que balbuceó en los primeros momentos.



Sarmiento en el Senado había hecho un llamado a la concordia y en consecuencia se arregló una entrevista entre los dos viejos amigos, llegando una noche Sarmiento en casa de Tejedor. Encontró allí a dos

sugetos del círculo político exaltado, los que se proponían estorbar con su presencia toda expansión.

Cambiadas las primeras fórmulas de congratulación, el Ministro insinuó la conveniencia de una conferencia privada, lo que hizo despedirse al menos indiscreto de los dos conjurados asistentes a la entrevista, haciéndose el zongo el otro, que era un obstinado enemigo de Sarmiento, habiendo figurado de joven entre los adláteres de Urquiza y recibido en su tiempo su buena parte de burlescas alusiones del autor de « Campaña en el Ejército Grande. »

Después de una pausa, Sarmiento comenzó a decir que al buscar una conferencia con Tejedor esperaba intimarse con el amigo de tantos años...

Nuevo silencio... — « Porque, Señor Gobernador, si el Ministro del Interior puede hablar con franqueza con V. E. sobre asuntos oficiales que requieren absoluta reserva... »

El empecinado oyente no daba señales de rebullirse. De repente, Sarmiento, dando un golpe sobre el brazo del sillón, exclamó con voz tonante :

— « ¡Hágame salir a este badulaque que no entiende de indirectas!... »

La voz de mando fué tan inesperada y tan imperativa, que el indiscreto echó a andar, atropellando muebles, dejando a los dos interlocutores destornillándose de risa de lo burlesco y repentino del desenlace.



Ignoramos lo que se dijo en esa entrevista, cuyos resultados fueron encerrarse Sarmiento en sus ilusiones de encaminar honradamente los sucesos y encerrarse Tejedor en su desilusión sobre la buena fé con que Sarmiento era llamado al gobierno.

Lo que nos fué narrado por Sarmiento fué su exordio cuando quedaron solos. Recordó un caso de dos viejas vecinas de su tierra, enemistadas, a quienes separaba una pared de tapias con *bardas* de cactus espinosos. Una vez que una de ellas se asomara a la pared divisoria para arrojarle a la otra, por encima de las *bardas*, la andanada de sus rencores acumulados, vino a agarrársele en las espinas

una de sus *piltrafas* que con los años tenía largas, arrugadas y colgantes, lo que le hizo calmar la vehemencia de la invectiva y acordarse que no todo es orégano en este mundo. Espero verlo, agregó, uno de estos días desenredándose aquello de las espinas. »



Dábamole cuenta de una sesión de la Cámara en que se discutía uno de sus proyectos; íbamos por el exordio de un Diputado que se había extendido sobre los grandes talentos de Sarmiento que alcanzaban las fronteras del genio...

— « No digas más. De fijo que ese se opuso. Cuando me tratan de genio, es para encubrir una picardía.

Claro está que si soy un genio, no concibo nada práctico en las cosas pedestres y ordinarias... »



Como las sabandijas salen de grietas y rincones oscuros y hediondos al calor sofocante que precede la tempestad, fueron reapareciendo todas las viejas cuestiones que ya creíamos ahogadas con la sangre de nuestros padres.

Encendidas la pasiones localistas, los odios se condensaban sobre el ejército nacional, que ya se hallaba frente a frente con al ejército provincial.

Esa ojeriza se tradujo inocentemente en una nota al Ministro de la guerra del Presidente de la Municipalidad, en queja de los ejercicios en los paseos y plazas. Por ser el órgano correspondiente, cupo al Ministro del Interior dar la respuesta. Lejos de tomar a lo trágico el asunto, contestó en tono humorístico, afectando creer que la nota era eco de pretendidas aprensiones de mujeres y niños al ver evolucionar *ces féroces soldats* y demostrando que en todas partes mujeres y niños no se arredran de ver a sus defensores y en cuanto al peligro de desperfectos en los jardines, eran cuestiones de miramiento de que son tan buenos jueces los jefes nacionales como los ciudadanos municipales, quienes, por ser tales, no han perdido su condición de argentinos, ni adquirido cualidades de mejor discernimiento.

Hay un incidente relacionado con aquella tentativa de humanizar la contienda, apelando al buen sentido y de desarrugar los ceños políticos fanatizados. Se hallaba el Ministro en antesalas del Senado, hablando con la animación burlesca y sarcástica que acostumbraba en sus conversaciones familiares, cuando se presentó un oficial del despacho con aquella nota, reclamando la firma y dijo requiriendo una pluma : — « no sea que me caiga muerto antes de haber firmado esa nota ». Firmóla, en efecto, en medio de la hilaridad de los doce senadores presentes, cuya curiosidad satisfizo, leyéndoles la nota, acentuándola y riendo todos a más y mejor, con este comentario :

« — Es sabido que cuando un *caniche* hace su diligencia en una esquina, el que después pasa, huele, se cerciora y hace lo mismo. Hizo su deber el Gobernador policial, creyó el municipal sin policía que debía imitarlo y ya hizo su diligencia. La Sociedad de Beneficencia en su parte mitrista o roquista, según el caso, pasará nota también, quejándose de que los soldados de línea hacen fiestas a las nodrizas, como sucede en todas partes. ¡ Prohibición a los soldados de cortejar a las mucamas, nodrizas o simples damiselas de servicio...! »

Estaba convocado para el 8 de Septiembre un gran meeting de protesta contra el gobierno nacional; la invitación era encabezada por varios Generales y se supo la víspera que por orden del Gobernador tendría lugar en la plaza 25 de Mayo, la más cercana de la Casa Rosada y donde no se habría de perder una injuria.

Sarmiento dirigió la víspera una carta a D. Rufino Varela, amigo de ambos, previniéndole que tal orden hacía responsable al Gobernador de los gritos sediciosos que se profiriesen y que la tropa de línea de la casa de gobierno estaba en autos de que la ordenanza castiga a los oficiales que tolerasen que a oídos suyos y de las tropas lleguen gritos sediciosos contra el rey, su familia, ministros, etc., por fin que el Presidente no es defendido y asegurado por

favor de nadie, sino por su propia autoridad, donde quiera que esté en la República.

La mañana que debía ser del meeting, fué sólo a su despacho el Ministro del Interior, llevando en el coche uniforme militar para ponerse al frente de la tropa; pero la notificación había producido su efecto y disolviéndose el meeting, se evitaron las escenas deprimentes de la autoridad nacional que se renovaron meses después y produjeron la rebelión de 1880 y sus vastas consecuencias.



La revolución que depuso al Gobernador Torino de Jujuy fué el escollo de aquel efímero Ministerio que se proponía tan sólo restablecer las relaciones federales y el orden público. Sucedió que en la ocurrencia no era el Gobierno nacional el interventor, sino los gobiernos circunvecinos; el de Salta daba fuerzas a Torino para apoyarlo y pedía armas al de Tucumán, y éste ofrecía mandarlas si de Córdoba se las reemplazaban y el de Córdoba a su vez las pedía al Ministro de la Guerra, constando todo este enredo de los telegramas cifrados que se descifraban en el Ministerio del Interior.

El proyecto de intervención era para reponer las autoridades legítimas de Jujuy y restablecer el orden perturbado por la sedición. El Senado lo había sancionado y en Diputados, el Ministro esperaba ser llamado por la Comisión. Un día de fiesta que sucedió fué aprovechado por Sarmiento para descansar en el campo, siendo sorprendido a la mañana siguiente, volviendo en el tren, por la lectura de los diarios, que la Cámara se había reunido y sancionado por unanimidad una intervención para restablecer a Torino. Resultaba claramente que un complot se había urdido para citar precipitadamente la Cámara y sancionar la modificación, sin despacho de Comisión, sin oír al Ministro, y de la unanimidad producida, incluso un hermano, se deducía la complicidad del Presidente firmante del proyecto rechazado.

Inmediatamente envió su renuncia Sarmiento; pero no era hombre de morderse los labios y cargar con la respon-

sabilidad histórica que los hechos creaban de ser asunto de gobierno la elección futura. A la sesión del Senado se presentó diciendo que no teniendo comunicación de la aceptación de su renuncia, minuto más, minuto menos, era todavía Ministro y venía con el puño lleno de verdades.

Tal debía ser la autoridad y convicción con que se expresara, que a nadie, ni a él mismo, le ocurrió que habiendo renunciado, no era tal Ministro, ni tenía calidad para tomar la palabra en el Congreso. Fué aquel discurso un testamento político, donde relampagueaba la pasión, sin una palabra de reproche personal, sin una indiscreción que pudiera comprometer al gobierno de que había formado parte y que con tanta perfidia lo había tratado. Hablaba porque sería la última vez que se le oiría en un Parlamento y para que se convencieran los jóvenes que » vinieran en pos, que no ha tenido ambición nunca, que « nunca ha aspirado a nada, sino a la gloria de ser en la « historia de su país, si puede, un nombre, ser Sarmiento, « que valdrá mucho más que ser Presidente por seis años o « juez de paz de una aldea. »

Tampoco pudo rehacerse aquella oración a pesar de nuestros esfuerzos junto con Del Valle y Lucio Lopez, pues el viejo Camaña nos daba la disculpa que a los taquígrafos les temblaba la mano con la conmoción de aquella fulgurante alocución.



« Hice la calaverada de aceptar un Ministerio, escribe a don Manuel Montt, necesidad que me fué presentada como un medio heroico a ciertas dolencias. ¡Qué quiere Vd., la vanidad obrando, acepté el encargo sin conocer bien el terreno que pisaba, o más bien, creyendo conocerlo demasiado.

« Pertenece los viejos unitarios a una generación que pasó, la de los héroes de la lucha que precede a la organización y vienen en pos los que aprovechan y sin duda, son los más cuerdos. Tengo la fama de hombre de gobierno, que otros traducen hombre de estado : y le aseguro que mi última salida no es para justificar lo uno ni lo otro. Me he portado como un joven de 28 años, o

como un viejo unitario de los que me reía, Vd. recuerda, en la vida de Quiroga.

« Balmaceda me decía : « temo que el Ministro mate al candidato », lo que sería una vergüenza para mí, viejo lobo de la mar de la política, si el candidato no hubiese ya sacrificado su título a la premiosa exigencia del gobierno. Lo que puede deducirse de los hechos actuales, es que triunfará la candidatura del General Roca, acaso por no ser mejor la de Tejedor.



Pará aceptar el Ministerio debió hacer renuncia de la Senaturia nacional y de la Dirección de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires. El Gobernador no había provisto el reemplazante.

Vuelto a la vida privada el efímero Ministro, apareció un Decreto del Dr Tejedor, su adversario, restableciendo a Sarmiento en las escuelas. ¡Honor a los altos corazones!



No había acallado aún la tempestad de pasiones suscitada en torno del breve y agitado Ministerio desempeñado por Sarmiento, el derrotado Ministro había desaparecido de la escena, yendo a veranear en las serranías de Córdoba, cuando publicaron los diarios el discurso fúnebre de Rosarito Velez Saarsfield.

Aquella plegaria de ternura que hacía revivir con fresca lozanía imágenes sencillas, describiendo la quieta sucesión de los días de una joven, « como se deslizan en silencio aguas escapadas de cercana fuente para perderse sin ruido en las arenas sedientas de la llanura », llegó al alma de cuantos aman y sufren y causaba asombro tan delicado y profundo sentimiento en el mismo combatiente cuyo potente rugido resonaba todavía en el ambiente político.

Como le diéramos parte a su regreso del efecto producido, nos refirió que se había puesto a grabar en la chapa del ataúd el nombre de la muerta, cuando fueron a instarle para que pronunciara algunas palabras y requiriendo lo necesario, había escrito aquella página sobre semejante

tabla. Y agregaba : — « Sentí que debía haber escrito algo bueno, porque al terminar me ví bañado en lágrimas. »



El 15 de Febrero de 1880 fué el momento álgido del conflicto que tuvo solución en la batalla de los Corrales. Ese día el Presidente había decretado la disolución de las sociedades de tiro con que la juventud de Buenos Aires se había organizado en batallones para la futura resistencia contra lo que se creía la imposición de los Gobernadores, contra el Gobernador de Buenos Aires. Grandes aglomeraciones de ciudadanos manifestaron su indignación en presencia de la sede del Gobierno Nacional y del ejército de línea que se mantuvo a la expectativa.

El día anterior Sarmiento había dado un manifiesto que contribuyó grandemente a infundir el debido respeto al ejército y retemplar la disciplina de los soldados; así fué que al término de la angustiosa jornada, los jefes pidieron permiso para manifestar su adhesión al General Sarmiento aprovechando la circunstancia de ser ese día su cumpleaños y el ejército desfiló esa tarde por frente a su casa en la calle de Cuyo.

Al siguiente día el Presidente convocó una asamblea de notables, a la que Pedro Goyena llamaba « Junta de herederos ». Allí se pronunciaron solemnes discursos y llegaban las horas de luz incierta de la oración, cuando empezó Rawson, con acentos impresionantes, a describir las escenas que desde una ventana presenciaba en « la calle de Cuyo » y empleando la antítesis que era su forma de expresión, hizo ver el desfile de una falange de jóvenes ardorosos y tras de éstos retumbar el estrépito de los cañones rodando por el empedrado y asociando las dos impresiones, llegó a exclamar conmovido, ¿si esas armas mortíferas eran llevadas para ahogar en sangre los ardorosos anhelos de la juventud?

— Tanto así de sangre! interrumpió Sarmiento, señalando una cuarta con la mano extendida. ¡Así tanto de sangre! para ahogar para siempre el desprecio de la ley que nos impide constituir una república!

Sarmiento sacó la discusión del terreno de la actualidad para generalizarla y presentir las consecuencias en el porvenir. — « La cuestión presidencial se presenta desnuda de todo significado político. Luchando los partidos por y contra candidatos de ocasión, de conveniencia material y de éxito, HAN DE PASAR TREINTA AÑOS antes que el país vuelva a reparar la brecha. La cuestión es hoy : ¿cuáles gobernadores triunfarán? En este primer ensayo todavía se buscan los pretextos y la sombra de los principios. Después, no se tratará ya sino de crear gobernadores electores, cuerpo electoral tan posible como el que establece la Constitución. Así se habrán viciado todas las instituciones. El primer paso es el que cuesta. »

Tan irregular como era el movimiento subversivo de Buenos Aires, le encontraba en el fondo un sentimiento que debía respetarse, y era el instinto de conservación de una ciudad rica, contra los apetitos que se aprestaban a devorarla. Todos esos *mulatillos* de gobernadores del interior se están preparando para la gran invasión... y haciendo una pausa y recorriendo con la mirada a los circunstantes : — « Noten ustedes que el que habla es provinciano, y lo que es yo, no me cambio por ninguno de los presentes... »

Al fin de seis horas de debate inútil, la discusión se concretó al punto que ánimos conciliadores querían conseguir. D. Félix Frías creyó reasumir el debate en esta frase : — « Señor Presidente, creo que todo lo hablado queda reducido a lo siguiente : queda convenido que el Gobernador cumpla el decreto de desarme y el Presidente mande retirar las fuerzas nacionales. »

El General Sarmiento lo interrumpió diciendo a gritos, con la exaltación y la indignación más profunda : — ¡Nó! Jamás! — ¡El Presidente no ha dicho — no ha podido decir — no lo dirá jamás en mi presencia, sin que proteste contra ese abandono de la más alta atribución del Poder Ejecutivo, colocar las fuerzas nacionales donde lo juzgue conveniente. El Presidente hará lo que juzgue conveniente, cuando así le plazca!

— Bien, repuso Frías, quedará así entendido aunque no se diga. »

— No quedará entendido, repuso Sarmiento, un sobreentendido convenido adquiere la fuerza de una estipulación directa, y se reclama después su cumplimiento, porque así estaba sobreentendido. »



El discurso que pronunció como padrino de la bandera del 11.º de línea fué, al decir del *Standard*, « una composición de una habilidad sin rival, que tocando cuestiones candentes con el tacto del hombre de estado, puede explayarse sobre la gloria militar con el tono del historiador... tarea que sólo un Sarmiento podía acometer. » Pero la escena que rodeó aquel acto merece conservarse, por la singular grandeza que adquieren las pasiones más mezquinas cuando asumen las proporciones del sentimiento colectivo de un pueblo.

En torno del problema presidencial y de la presunta imposición de un candidato provinciano, se exacerbaban las iras porteñas hasta silbar en las calles a los regimientos de línea como agentes de aquella imposición. El padrino de la bandera, además, había sido librado al ridículo durante años, presentado su ascenso a General como un inmerecido favoritismo y entregado a la más exhuberante fantasía caricatural. Cuando se anunció que Sarmiento se presentaría en público con uniforme de General, se aprestó toda la alegre muchachada a hacerle una formidable rechifla y la víspera fueron sus viejos amigos, Don Manuel Ocampo entre otros, a suplicarle con lágrimas en los ojos, que desistiese o fuese en traje civil, lo que Sarmiento consideraba una claudicación.

En el peristilo de la Catedral esperaban millares de personas, ansiosos los amigos y bulliciosa y agitada la turba de mal intencionados. La escena que Sarmiento había descrito treinta años antes, cuando el público de Santiago se preparaba a silbar a Casacuberta, se produjo con igual intensidad. « Los pitos se ensayaban cautelosamente... ráfagas de silencio venían de cuando en cuando a dar

solemnidad alarmante a aquellas pasiones que se estaban encorvando y recogiendo para lanzarse sobre su presa...»

Llega por fin la víctima del premeditado escarnio, y la sencillez de su rígido uniforme sorprende a los que esperaban ver las desmesuradas charreteras de la caricatura; la majestad del porte, la severidad de una augusta ancianidad, hacen enmudecer a todos. Del Valle ensaya un aplauso que se convierte en aclamación.

La magnificencia de la palabra, la energía de convicción, que lejos de adular las pasiones populares, señala el extravío de las ideas, hicieron de esa oración quizá el más bello momento de la larga vida de Sarmiento y ese discurso fué estimado en América como superior al de la Bandera de Belgrano.



Hijo de un compañero y amigo fiel de Sarmiento, el joven José A. Salas era considerado de la familia durante su vida de estudiante.

Un día presentó su tesis de médico, anunciando a Sarmiento que pensaba establecerse en Mendoza.

« — No vaya a Mendoza. Esos son nuestros. ¿Por qué no se establece en Chile, más bien? »

De que esa salida no pasaba de un chispazo sin intención hiriente, servirá de prueba un episodio de esa época que Sarmiento apreciaba altamente. Cuando Sarmiento hizo en el Coliseo el 30 de Marzo 1880 aquel programa de candidatura tan celebrado, a la salida esperaban grupos de exaltados que prorrumpieron en silvidos y amenazas. Entonces el joven Salas se precipitó sobre los guarangos sin cuidarse de si otros lo seguían y fué preciso llevarlo en brazos para arrancarlo del peligro en que su indignación ciega lo había llevado.



Al proclamarse su candidatura en 1880, como una transacción entre Tejedor y Roca, hízose grande burla de que apareciesen entre los adherentes algunos del apellido Sarmiento, como si tal candidatura fuese un negocio de familia.

Para Sarmiento fué la ocasión de contestar con singular

malicia, que no figuraban todos los de ese apellido que debieran entrar en la lista de sus partidarios, entre ellos un monte Sarmiento en el Estrecho, un puente Sarmiento en Córdoba, escuelas id, id., en Mendoza, San Juan, Tucumán, Chile, Venezuela, etc. », — un fuerte id. y varios fortines, locomotoras, buques, estaciones, pueblos de ese apellido y cien servicios a la civilización que no llevan ese nombre por descuido.



Cuando se hizo insostenible la presencia del gobierno nacional en Buenos Aires por los actos de insurrección traídos por la debilidad del Presidente y éste se trasladó a Belgrano, fué seguido por el Senado y una minoría de la Cámara, quedando la Corte Suprema y otra casi mayoría de los Diputados.

Sarmiento envió al que esto escribe cerca de los diputados de su relación para incitarlos a que siguiesen todos al Presidente y formasen una compacta minoría capaz de estorbar toda solución extrema. Muchos acogían el consejo como salvador, pero se creían atados por espíritu partidista, consiguiéndose solo reunirlos en conferencia para tratar de disuadirlos de quedarse. Varios días duró la discusión pugnando Sarmiento por hacer entrar en quicio a la Cámara y citada por el Presidente legal, Dr. Quintana, pudiese declarar irregular la convocatoria del Ejecutivo, no habiendo poder ni conciencia en la tierra que calificase el acto, sino el Congreso por sanción y discusión regular del punto.

Entre los comisionados se hallaba Alberdi, quien sintiendo que se hundía el suelo, no se atrevía a decir palabra y encarándose con él, Sarmiento lo extortaba a ayudarlo, alegando que sería la única manera de hacerse perdonar todas las palabras de odio que había vomitado contra Buenos Aires, evitando esta vez el derramamiento de sangre inminente y salvando las instituciones que iban a ser atropelladas de ambos lados. Todo fué inútil, Alberdi prefirió hacer causa común con los localistas que había combatido en nombre de otros localismos y Sarmiento exclamó:

maba : « no le doy tres meses a Alberdi para estar con los de afuera contra éstos... »

En el Consejo de Educación se entabló una acalorada discusión entre Sarmiento y Carlos Guido Spano. Siguieron discutiendo en la oficina del primero y cuando llegaron a la mayor excitación en las palabras que lanzaban ya sin escucharse, Sarmiento le dijo de repente : — « Le propongo a Vd. que nos tranquilicemos... » y el debate concluyó.

Un miembro del Consejo de Educación, escritor tan frondoso como ignorante, ofreció un periódico que él redactaba, como órgano oficial del Consejo... « — A la condición que Vd. no escriba... lanzó taimadamente Sarmiento.

La ingénuu expontaneidad de su carácter lo arrojaba todo entero en su obra, sin cuidarse de las habilidades que le hacían desviar su esfuerzo suscitándole querellas de menudencias.

No queremos suponer que fuese calculado componer el Consejo de Educación de entidades personalmente antagónicas al Superintendente para malograr todas sus iniciativas. La explicación más natural sería decir que siendo casi todos residuos de la política, eran de difícil colocación en otra parte que en la administración de la educación pública, dado el concepto de que todo aquel que fuera inútil para todo, es bueno para ocuparse de la educación.

Casi todos los miembros del Consejo eran por antecedentes históricos y por odios inveterados, como mandados hacer para mirar con prevención personal a quién debía presidirlos y eran además, los representantes de las ideas más atrasadas en materia de educación.

Las cosas anduvieron un tiempo, sin mayor tropiezo sino algunas provocaciones de agentes de negocios estorbados que azuzaban de fuera; pero vino la cuestión de proyectar una nueva ley de educación en reemplazo de la

de la Provincia vigente por traspaso de la Capital y Sarmiento, incapaz de tener en cuenta los pequeños resortes morales del interés personal, sostuvo como era su convicción, que los Consejos de Educación no debían ser rentados y siendo funciones altruistas, no debían atraer codicias de sueldo, etc., etc.

Voilà la guerre allumée. Ni siquiera con aquellos antecedentes se explicaría hoy el que una esquelita de Sarmiento al Secretario, encargándole presidir el Consejo, « al solo objeto de elegir Vice Presidente, » diese pretexto a un estallido de odios y a las más acerbas polémicas personales, en que todos a una se le arrojasen a devorarlo, sucediéndose los golpes dados y recibidos como si se hubiese revuelto un abispero, desmoronándose Consejo, Superintendente, Ministro, habiendo provocaciones, desafíos, saliendo a la colada los partidos y los hombres que al parecer no tenían arte ni parte en la batahola.

Hemos mencionado estas cosas, porque tan ruidoso incidente se echaría de menos en un cuadro como el que pretenden representar estas páginas, como así mismo porque nos da materia para pintar a Sarmiento en el fuego de una polémica ardiente, que en aquel caso fuimos su ayudante inseparable.

Era una fragua, un volcán. Los escritos sucedían a los escritos y sólo para descansar y aplacar sus nervios, escribía otros artículos puramente humorísticos, llenos de gracia juvenil y de brillantes pinceladas. Si los adversarios flaqueaban, tiraba por los cabellos a algún antiguo adversario que se estaba muy quieto y lo obligaba, mal que le pesara, a incorporarse a la aullante turba. ¡Y venga otro!

El día entero conversaba sus escritos, los comentaba a voces con cualquiera que le formara auditorio y sus ideas iban al papel palpitantes, vívidas y vivientes, con los sobresaltos de la improvisación, con las incidencias que cortan la frase y chisporrotean, y con todo usando una soberana libertad de lenguaje, formando el estilo más desembarazado de ataduras y formas, haciendo uso de todos los modismos y vocablos de la lengua, arcáicos y

modernos, castellanos y americanizados y de todo el arsenal de recuerdos almacenados por una prodigiosa memoria. *El Diario* de entonces decía : « ¡qué mezcla extraordinaria de « ciencia, de humour, de anécdotas, de dicharachos, frases « incomparables, estocadas de estilo tan agresivo, hirientes « como la punta de un puñal : y todo eso confundido, « revolviéndose en cada artículo, terminando un día para « reaparecer al siguiente con más brillo y mayor fuerza. »

Esa improvisación era tan espontánea que solía celebrarse a sí mismo con carcajadas alguna de sus ocurrencias, diciendo : « Estas cosas se me salen... » como si el chiste, la potente familiaridad de la expresión y la brutal oportunidad de la frase, lo tomase a él mismo de sorpresa. Y seguía, riendo y rabiando, haciendo hervir la vieja espuma del entusiasmo, siguiendo siempre su máxima de que « debe hacerse la guerra alegremente. »

Mientras escribía, nos tenía a su lado para apuntar los elementos de otros escritos que se iban elaborando con incidencias que brotaban y a los que habíamos de darles forma, para agregarles él al acaso y donde cabía en el papel, los chispazos más inesperados.

La cantidad de escritos producidos en unos cuantos días, darían una idea de aquella incomparable actividad que cobraba más bríos, cuanto más irritantes e injustos se mostraban sus antagonistas. Reunidos aquellos escritos, quisieron cerciorarse del Valle y Lucio Lopez del tiempo que un buen plumista emplearía en copiarlos y resultó que necesitaba cuatro meses para copiar lo que Sarmiento había producido en menos de uno.

Un rasgo debemos recordar de aquella memorable polémica. El adversario más encarnizado quizás, era el Dr. Miguel Navarro Viola, por antecedentes federales y aún clericales y carácter agriado, y fué el menos maltratado por Sarmiento.

La razón que nos daba para tanta temperancia, era que respetaba en Navarro Viola al único que había trabajado seriamente en el Consejo y era eso bastante para asegurarle la impunidad.

Es la oportunidad de relatar un rasgo que aparece en todas sus polémicas, rasgo que debe tomarse en cuenta cuando se trata de lo que se ha creído en Sarmiento una inmensa vanidad.

Era un ardid de polemista para exacerbar a un adversario pasarle por las narices sus propios meritos. Cuando el aludido pisaba el palito y se mordía a sí mismo de rabia, era de ver reírse estruendosamente a nuestro heroe.

Una noche le consultaban de la imprenta por teléfono si era genuino el texto que hacía decirle a un adversario en el cuento del gaucho que se ingeniaba en hacer uso de un cajoncito de la despaviladera, metiendo en él a dedo la mecha de la vela : — « Ya te conozco cagoncito » — ...En la imprenta querían cerciorarse si había intención. — Contestó que era equivocación y nos decía : ese tonto de corrector no se da cuenta que la sal del caso era cagoncito y que yo podía achacarlo a error de imprenta.

El viejo polemista había vuelto a la redacción de *El Nacional* y su propaganda solía excederse en violencias que incomodaban grandemente al gobernante de entonces, el cual ya le había perdonado a Sarmiento el agravio de haberlo destituido de la dirección de las Escuelas.

Parecía como que si el Presidente hubiese establecido un concurso entre sus Ministros a quien lograrse alejar a Sarmiento de la atmósfera candente de la polémica, induciéndole a abordar tareas más serenas y diese un día de reposo al gobierno picaneado por aquella pluma incisiva.

Rechazó Sarmiento una plenipotencia por su sordera y por no abandonar su puesto en la prensa.

Siendo Presidente había obstaculizado el cobro de haberes de la Independencia por su padre, intentado por sus hermanas y un día el Ministro de Hacienda le presentó

el expediente finiquitado de aquel reclamo y Sarmiento lo arrojó al fuego, porque tales servicios fueron gratuitos y no había como pagarlos a quien los prestó.

El Ministro de Guerra le comunicó que el Presidente estaba *interesadísimo* en nombrarle encargado de la instrucción del ejército, escuelas naval y militar e inspector de arsenales, con un sobresueldo... Contestó por escrito, dando las gracias, insinuando que no aceptaría tales nombramientos clandestinos, sin ley creando el empleo. « No era capaz, exclamaba, de dirigir Escuelas primarias, e iba a habérmelas con nenes con la charrasca al lado! Sería como nombrarme maestro de música como a cualquier músico italiano y hacerme desempeñar empleos sin autoridad! »

Por intermedio del Dr. José B. Gorostiaga se le ofreció ascenderlo a Teniente General de que no había vacante, pero se ofrecía *arreglar* la irregularidad. Imposible! no hay arreglos que valgan ni acomodados con las leyes; esperearemos que uno de los Tenientes Generales tenga el mal gusto de dejarse morir.

Se le ofreció la presidencia de una Comisión que proyectase leyes de organización del ejército. Pidió una conferencia con el Ministro y le manifestó no poder aceptar, a pesar de las ventajas pecuniarias ofrecidas, sin conocer las bases del efectivo del ejército en pie de paz, que creía debía ser menor de tres mil hombres.

Consultado el Presidente, contestó el Ministro que la tendencia era aumentar el efectivo de ocho mil hombres existente, como núcleo del grande ejército de defensa, etc.

« — Sería contribuir a echarle la soga al cuello a las libertades civiles », contestó. La manía montonera que nos queda, no obstante los bordados, bandas, cordones y charreteras, es la de los grandes ejércitos; y cuando no es manía inocente, es picardía y resabio rosin de imponerse por la fuerza. El Congreso, por inocencia o por conformidad de miras, puede, con una ley de organización militar, estar remachándole a su patria cadenas, de que se librerá al fin, pero dejando girones de sus carnes y su substancia. Me niego en absoluto a mis años, a tenerle una pata a la Repú-

blica mientras la desuellan. Tenemos desde ya un ejército diez veces mayor que el de Estados Unidos que supieron poner millón y medio de hombres sobre las armas en caso de necesidad, y como aquí va la República a partir de utilidades con los proveedores, nos cuesta el doble. »

Cambiadas las civilidades del caso, que dejaban a salvo los respetos personales, no se habló más del asunto y solo al año se encontró algo aceptable que fué votar veinte mil pesos para reimprimir las obras de Sarmiento, que en su origen le habían costado muchísimo más, todo lo cual no fué parte a disminuir la indomable saña del « viejo luchador ».



Entre las personas que se acercaron a Sarmiento en cierta circunstancia, para consultarle un asunto político, se hallaba uno de esos jóvenes nacidos en la opulencia que desean hacer figura y optar a altos destinos, con tal de que otros tomen sobre sí todo trabajo.

Ese tal se aburrió bien pronto de la conferencia y del grave intercambio de ideas. Sacó sus cigarros y ofreció a la ronda, fumó el suyo con beatitud, y empezó a querer obtener de cada uno su opinión sobre el habano, insistiendo e importunando.

Interrogado Sarmiento por la segunda vez sobre los méritos del dichoso habano, le contestó con una mueca : — « Hombre! como mujer propia, no más. »



Una de las cosas que lo horripilaba era la mala letra, al punto de rehusarse a leer una carta cuya letra no fuese clara. De uno de sus adversarios, decía :

« Añádase al tormento de recibir todos los días este desaire, el ultraje de venir escrito en una letra infernal, ininteligible, muestra de la educación primaria del que así escribe y testigo indeleble de los azotes y puntapiés que llevó en vano en la escuela este carácter disipado, díscolo, incapaz de atención sostenida, de trabajo asiduo. El goismo y la mala crianza suelen tener por espejo una letra

ininteligible. !Qué le importa al que la escribe los disgustos, los martirios que va a hacer sufrir al infeliz que tenga que pasar horas en descifrar palabras que ocultan el pensamiento, en letra que disfraza las palabras mismas!



Una hermosa dama escribió a Sarmiento, en inopinado papel de luto, requiriendo su visita, por haber perdido, decía, su mejor amigo. Se apresura a presentar sus condolencias a la atribulada amiga, y ésta le muestra con sorna, embalsamado, un gato que era el fallecido y sentido amigo.

« — Así son las mujeres, con sus amigos, fué la rápida respuesta, hasta después de muertos, les sacan el cuero...



« — Estrada tiene las llaves del cielo, contestaba a una diatriba ultramontana, para despreciar a los que no piensan como Estrada cree que piensa, lo que es una mera ilusión de óptica, puesto que piensa como sus padres, pensamiento vegetal y atavismo. Si hubiera nacido sueco, pensaría de un modo opuesto.



Goyena en la misma polémica sostenía que Sarmiento nunca había sido fiel con sus amigos, peleándose con todos.

« — Le prevendremos que Sarmiento no ha sido fiel a nadie, porque no ha estado nunca al servicio de nadie.»



Puede servir de contraste entre la retórica, y la lógica, entre la conciencia y el deseo de agradar, la siguiente incidencia.

Referíamos a Sarmiento un discurso pronunciado por Avellaneda en Montevideo, ante un auditorio de españoles, en que había arrancado estrepitosos aplausos, diciendo que la noble España tendría la honra de trozar el último eslabón de la esclavitud en el mundo...

— Literatura de kaireles, nos decía, son las perversidades de la frase manejable, aunque no sirva sino para echarla a la basura. Lo que debió decir es que la España

tendrá la vergüenza de haber sido la última en conservar esclavos.



Fué a combatir la instalación de una plaza de toros en el Rosario, e invitado a la inauguración del hospital, se le rogó pronunciase algunas palabras en la ceremonia. Su improvisación versó al principio sobre el contraste del Rosario que él había conocido una ranchería en 1852 y la gran ciudad que desde entonces había presentado, diciendo que « *esta villa* está predestinada, porque es la garganta por donde ha de pasar el alimento de todas las provincias. » Empezó a caracterizar aquel atraso, recordando a un coronel Rodríguez (digamos) conocido suyo, muy bárbaro y muy hombre de aquella época. Mientras hablaba y apenas mencionó al Coronel, notó como una corriente magnética emanada de los concurrentes que llevaron su mirada hacia la persona que presidía el acto y recordó rápidamente que se lo habían presentado como un Dr. Rodríguez y se le puso que debía ser hijo del coronel, lo que era en efecto, y cortó bruscamente el panegírico horroroso que iba a hacer del antecesor, diciendo simplemente que le había regalado un caballo y extendiéndose en elogios sobre la cultura del hijo, personificación del Rosario moderno, etc., salvándose por intuición de hombre de mundo de la más triste situación a que puede arrastrar el amor a la verdad.



El ridículo que producían sus ideas en contraste con las de sus contemporáneos, el concepto de loco y la imbecil hilaridad que provocaba recordando ilustres amistades y honores de que sus compatriotas debieran haberse mostrado orgullosos en uno de los suyos, todas esas pequeñeces hacían el efecto de aquellos cotudos que salen al camino a reírse de los que no tienen coto.

Con motivo de una de tantas burlas en que apenas se oculta la envidia, Sarmiento recordaba el caso de unos indiecitos fueguinos llevados a educar a Inglaterra por

Fitzroy, a quienes había instalado de nuevo en su tierra con casa inglesa y cuanto implemento era necesario para que hicieran vida civilizada. Volviendo a visitar esos parajes, años después, encontró a sus protegidos tan desnudos, sucios y miserables como toda la indiada.

Los habían forzado a volver a la barbarie; porque ser diferente de todos, es motivo para ser odiado de todos. En cuanto a él, agregaba Sarmiento, será inútil todo esfuerzo de sus compatriotas para reducirlo al nivel común y habría de morir en su ley.



A su llegada a Montevideo lo visita en el hotel el imperante de ese año, General Máximo Santos, quien parecía haberse tomado el loable empeño de prepararse para dicha visita, pues le habló con elogios superficiales pero sentidos en apariencia, de varios de los escritos más celebrados de Sarmiento, quien, a penas salía su huésped no pudo contener esta exclamación :

« Parece que este lorito va aprendiendo a sacar la pata. »



D. Mariano Pelliza era de cuerpo enorme e igualmente pesado su espíritu; era refractario a la asimilación de ideas nuevas que desbordasen del molde adquirido. Fué hombre de la Confederación y conservó tan intactas sus antipatías de aquel entonces, que metido a historiador, reeditaba cuarenta años después las consejas absurdas que los partidos inventan en el calor de la lucha.

Cuando apareció : *Conflicto y armonías de las razas en América*, se lanzó a escribir una serie de artículos, pataleando pesadamente al través del libro, mostrando la oreja de su impenitente ojeriza, y aplicando su reducido criterio a una vasta producción genial, incapaz de discernir esa parte de infinito y también de misterio que contienen esas obras al parecer incoherentes de los grandes creadores.

Sarmiento tenía noticias de las burdas incursiones del desacordado crítico, aunque ignorase al autor. Una noche, viéndolos saludarse de lejos a ambos, el muy travieso de

Lucio V. Lopez, se propuso apurar el conflicto y acercándolos, dijo con fingido interés :

— Señor Sarmiento, tengo el agrado de presentarle al señor Mariano Pelliga.

— Mucho gusto, señor...

— El señor P. es un escritor distinguido...

— Celebro conocer a Vd. Debe Vd. disculparme de no haberlo conocido; leo poco los escritos contemporáneos y...

— Señor, insiste Lopez, el señor ha escrito extensamente sobre su último libro de Vd.

— Muy agradecido, señor...

— Es el autor de las críticas de *La Republica*.

Aquí Sarmiento reconoció a su hombre y estalló bruscamente

« — ¡Reconozco ahora al hipopótamo que asomaba los hocicos para tomar aire lanzando sus chorros de agua con cieno! »



Descollaba en nuestra sociedad elegante una de esas inutilidades políticas que viven de reflejos y transforman en dogmas las pasiones del ambiente que respiran. Era una figura simpática de caballero mundano, de muy buena fe en sus amores y odios políticos y había conservado apariencias de juventud en una edad avanzada, lo que hacía decir a una dama, célebre por su mordacidad, « que Ocantos era tan insignificante, que hasta el tiempo se olvidaba de él ». Con respecto a Sarmiento era intratable, creyendo a pies juntillos cuanta enormidad las pasiones inventaran y murió en la impenitencia final.

Estando Sarmiento en Chile en 1884, dió nuestro señor Ocantos en un círculo para ser repetida, una explicación sobre un hecho histórico obscuro, que resultó ser una invención de la época y pedimos al interesado informes para refutar la especie. Hé aquí lo que Sarmiento nos escribió :

« Lo que me dices de Ocantos no me espeluzna como lo supones. Ocantos me desprecia.

« Es este un capítulo de historia contemporánea que es bueno conozcas. Cuando llegué a Buenos Aires, después de

Caseros, era yo un mozo feo, provinciano, de familia obscura tenido por loco, desconocido, porque mis trabajos no habían trascendido mucho entre las gentes que no leen; mientras que Ocantos era buen mozo, pretendía noble abolengo, elegante porteño, muy decididor cerca de las damas... y Ocantos me despreció.

« Luego nos encontramos en el Senado. Él ocupaba una banca elevada, como Secretario y desde esa altura me miraba con desprecio, ahí más abajo, en mi silla de senador O. adquirió el hábito de despreciarme.

« En el Senado, llamé la atención por la parte que tomé en los grandes debates con Velez, Piñero, Mármol, Félix Frías, para la reforma de la legislación; pero O... me despreciaba.

« Fuí Ministro de gobierno, gobernador de una Provincia, ministro plenipotenciario cerca de tres Repúblicas, y O... me despreciaba.

« Fuí Presidente de la República y llené la América con mi nombre, y O... me despreciaba.

« ¿Qué quieres hacerle? O... me desprecia! »



Visitaba la nueva ciudad capital de la Provincia de Buenos Aires, haciéndose designar la destinación de los diversos edificios públicos en construcción. La Legislatura y el Gobernador con sus palacios frente a frente en la misma plaza, le hicieron exclamar :

— El organillo y el manubrio al lado.



En Mendoza a la vuelta de un viaje a Chile en 1884, entre los personajes que acudieron a saludarle, se presentó el obispo de Cuyo, y como extrañasen los circunstancias que le hubiese besado el anillo pastoral, les dijo :

— Es el tratamiento oficial para Obispos. Acabo de llamar su Excelencia al señor Ortega, a quien Vds. le dicen la « Chancha Ciega » y este título se lo damos con frecuencia a redomados pícaros. Vaya uno de Vds. a la Corte del Rey de Siam y tendrá que arrastrarse en cumplimiento del

tratamiento oficial que ahí se usa. Tratemos todos de merecer los títulos honoríficos que pertenecen a los puestos que ocupemos, y no criticar el cumplimiento de las cortesías necesarias. »



Visitaba Sarmiento el famoso convento de San Lorenzo. Obsequiábalo el reverendo padre Iturralde quien nos ha narrado este incidente. Entre los buenos padres, había uno muy empeñoso en hacerle apreciar un cierto vinillo que él elaboraba tal cual, en el mismo convento. Probado que fuera el brevaje, y producida en el gustador una mueca agrídulce exclamó :

— « Bueno para franciscanos ».



Don Luis Montt encargado de recopilar sus escritos chilenos para sus obras, le envió una colección de *El Mercurio*, para que le señalase los editoriales escritos por él.

« — Los buenos, esos son míos », fué la respuesta telegráfica (1).



Ningún incidente de su vida describe mejor sus entusiasmos civilizadores y sus amores y comunión con la naturaleza, que una visita a la estancia de D. José M. Muñiz en Junin (Buenos Aires), de la que resultaron una serie de proyectos que otros realizaron en la explotación de los productos de la leche.

El aspecto fantástico de aquellas lagunas animadas de miríadas de aves flotando en la bruma plateada de sus aguas, patos de todas dimensiones y colores, cisnes negros y flamencos rosados, habían exaltado los instintos artísticos del anciano entusiasta y era el artista, el poeta el que quería establecerse en las encantadas playas, mientras el pensador, el estadista rebuscaba razones para justifi-

(1) Sucedió con esta « boutade » lo que con el dicho de Moliere : « Je prends mon bien où je le trouve » que resultó referirse haber tomado una comedia suya que andaba rezagada en las ferias. El hecho era que todos los editoriales del diario referido eran suyos y encargaba buenamente que entre los suyos no considerase genuinos sino a los que valían.

carse. De ahí los proyectos de lechería, de plantación de árboles, de estación balnearia; todos los cuales eran perfectamente prácticos y realizables en otras manos que las de un anciano de 73 años, como lo han probado los Casares y sus « Martonas », los Luro y sus Mar del Plata, Necocha etc. Todos sus amigos organizaron una conspiración para hacerle desistir de tales trabajos, lo que consiguieron.

Sarmiento llegó hasta solicitar el nombramiento de Juez de Paz del lugar para tener autoridad para prohibir la matanza de aquellas aves que parecen escapadas de un cuento de hadas.



Los rayos Roegen aparecieron diez años después de haber escrito Sarmiento lo que sigue :

« Nuestra vista sólo alcanza a ver en el sol los rayos, que cuando divergentes, forman el prisma de siete colores. Quedan sin embargo, otros rayos que no entran en nuestra retina, los rayos oscuros, pero que afectan los objetos sobre los cuales se reflejan, descomponiéndolos, pues tienen potencia química. Sir John Lubbock ha descubierto que las hormigas absorben estos rayos sin luz del sol, como el hombre reflexivo, acaso el patriotismo que es el amor humano, sin la carne, goza de esta cualidad, de ver lo que no vé el vulgo y no ver aquello que sobreabunda y no deja impresiones duraderas. ».



En 1868 en un escrito de Sarmiento aparece este concepto :

— « La electricidad, alma del mundo. »

Dentro de las tinieblas del apocalipsis pueden entresacarse interpretaciones que San Juan no había soñado. Las profecías de Nostradamus han prestado en su obscuridad hasta para sacarles ideas razonables.

Pero la claridad de que resplandece el estilo de Sarmiento debe escluir interpretaciones sibilinas y no cabe otro comentario sobre aquel concepto vertido cuando ninguno sospechaba las pasmosas aplicaciones de la electricidad que hoy nos son familiares, que reconocer en ello el resultado de reflexiones que el vulgo cree adivinaciones



A la edad de trece años paseábamos en bote con Sarmiento en un lago de los Estados Unidos, cuando preguntó: — ¿Augusto, sabes nadar? — No, señor. — Desnúdate; te voy a echar al agua; no te olvides que no te dejaré ahogar y nadarás con tal de conservar la cabeza fuera del agua.

Así se hizo y en la confianza de que aquello no encerraba el menor peligro, nadamos un rato a manotones y metodizando otras dos experiencias, Sarmiento que de anciano llamaba la atención como insigne nadador, logró muy pronto hacernos nadar.

Pues bien; muchos años después, formando parte de un cuerpo constituyente, creíamos haber acopiado algunas ideas propias sobre un asunto y manifestamos al mismo maestro la perplejidad de no saber hablar en público.

— ¿Te acuerdas como aprendiste a nadar? Pues así se habla, echándose al agua. Estudia y medita; y si logras adquirir un convencimiento, exprésalo tal como lo sientes. Darás manotadas inútiles al principio, si te preocupas demasiado del efecto; pero la convicción y el asunto mismo te sostendrán sobre el agua. Si tienes ideas propias, tendrías estilo propio. Las reglas de la elocuencia se han inventado para explicar la elocuencia y nunca han servido para hacer elocuente a nadie.



En la suscripción pública levantada en 1885 para llevar socorros a los voléricos, figuraba D. Leonardo Pereira con \$ 4.000 y Sarmiento estimaba que era poco en relación a su fortuna y se lo dijo con soltura cuando fué a su casa.

Don Leonardo, sonriendo, le observó que tenía por norma de conducta no hacer ostentación de su fortuna y se había inscripto con igual suma a la que daban otros grandes propietarios, agregando que su visita tenía precisamente por objeto reparar privadamente lo que aquella suma podía tener de mezquino. Al mismo tiempo entregó un cheque firmado contra el Banco de Londres y Río de la Plata, con la suma en blanco.

— Supongo, dijo Sarmiento, que el Banco hará honor a su firma hasta una suma considerable, que en mis manos sería una fortuna; pero no puedo admitir su confianza que podría poner a dura prueba mi honradez.

Y con lo dicho, rompió el cheque.

Este conflicto entre la generosidad y la delicadeza se tranzó con que Sarmiento giraría sobre Pereira si llegase a faltar dinero con urgencia, lo que no fué necesario al fin.



Al llegar a San Juan en 1885, entre los que se adelantaron a su encuentro en numerosa comitiva, estaba el anciano Don Zacarias Yancey, antiguo soldado de Güemes y uno de sus más viejos amigos. Sarmiento al verle, y con esa sonrisa que iluminaba su rostro y hacía perdonables sus bruscas originalidades, exclamó :

— Hola, Vd. en vida aún... Yo siempre he dicho : el viejo Yancey me sirve de señuelo. Cuando Vd. muera, yo pondré mi barba en remojo...

En los primeros días de Septiembre de 1888, nos llegó de San Juan la noticia de la muerte del viejo soldado y constante amigo y nos esforzábamos en ocultarlo a Sarmiento, cuando él también se extinguía en la Asunción el once de ese mes.



Meditaba una embestida contra un contradictor a quien mucho estimaba, queriendo revestirla de ese buen humor que salvaba el amor propio y pensaba darle la forma de un diálogo sanchesco.

En la sobremesa de familia me pidió leñera en alta voz el diálogo fantástico del Quijote y Sancho para saber si una polvareda eran ejércitos o majadas de ovejas, según la imaginación o según el buen sentido.

Sarmiento apreciaba en mucho el arte de leer en público y gustaba de que este su discípulo se esforzase en adquirir el arte delicado que requiere poner en escena diversos interlocutores sin comiquería y sin perder el estilo narrativo.

No sé cómo vino a ocurrirme dar al lenguaje del caballero andante un énfasis altisonante desastrosamente parecido a la facundia oratoria del propio Sarmiento y a las razones sanchescas un tono de vulgaridad casera. El lector veía entre las líneas la alarma de los asistentes, pero el cambio de tono hubiera sido para más llamar la atención.

La sentencia fué la siguiente : — « Has leído admirablemente y te felicito por tus progresos; pero otra vez irás a divertite con tu madre. »



Un candidato a la Presidencia surgido de oscuros comienzos y formado en la intriga de una época de desfallecimiento moral, exclamaba en su infatuación que a él no lo habrían de marear las alturas.

« No sería extraño, dijo Sarmiento, pues he visto tantas mulas y borricos trepar las cumbres de la Cordillera sin marearse... »



Se objetaba que los términos de cierta ley no fuesen bastante explícitos para que hombres sencillos y poco ejercitados en las formas constitucionales tuviesen conciencia de que obraban mal resistiéndola y que astutos leyeguelos pudiesen obscurecerla.

— Las leyes, decía, son materia de derecho, cuyos fundamentos se ocultan al vulgo. El legislador nunca ha descendido a *apaisanar* su lenguaje, usando formas y palabras que no fuesen técnicas para hacerse entender de las muchedumbres. Los que no quieren comprenderlas, piden tan sólo que se someta la ejecución de las leyes a una discusión con ellos. — ¡Oh! Sancho, mi abuelo, te siento retozar en mis adentros...!



Sobre las habilidades para dictar leyes que contuvieran los medios de violarlas :

— Hubo un Gobernador de Buenos Aires que llamó a un ingeniero para pedirle convertir en fortaleza el parque donde el gobierno guarda todos los chismes de que se sirve

para defenderse. Se le ocurrió al Gobernador, mientras se hacían los planos, que a su turno podía estar en la oposición cualquier día, y pidió se reservase un ladito por donde entrar, caso de hallarse fuera.

El ingeniero observó que las fortalezas no pueden ser expugnables e inexpugnables al mismo tiempo y el parque quedó como estaba.



Las sabias discusiones constitucionales que suelen oírse en el Congreso, cuando se aplican de una y otra parte prodigios de casuística para violar la Constitución, le hacían decir :

« — Los misioneros ingleses educan en la India a los hijos de rajaes, bramines o indúes, en todas las ideas europeas, incluso las doctrinas teológicas de las sectas. Interrogado un indú en los exámenes, responde como un teólogo en puntos de creencia. Si se le pregunta en seguida : ¿Es Vd. cristiano? — No. — ¿Quisiera serlo? — No.

« Este es el estado de nuestras gentes, duchos en la discusión, rebeldes en la práctica. »



Al entrar en campaña a los 75 años fundando un diario de ardiente polémica, *El Censor*, Sarmiento confesaba a sus íntimos que creía inútil todo esfuerzo, pues si los individuos, aun irracionales, están dotados de un poderoso instinto de conservación, la sociedad no lo tiene y aun las hay como la nuestra que tienen el conato de perdición. « Desde Méjico aquí, formamos una raza, mezcla de héroes y de llamas mansas peruanas. »

« — Qué esperanzas , pues, quedan? Ibase lentamente a pique un vapor después de tres días de tempestad con mil pasajeros que regresaban de California, dueños y portadores de muchos millones en oro. Habiendo el capitán perdido toda esperanza, llamó a los pasajeros sobre cubierta y les expuso el caso desesperado, pero les dijo : muramos como hombres; y para atenuar las angustias de la cruel expectativa, propongo que formen todos cadena para achicar la bomba, no tanto para disminuir el agua que sube

de la bodega, sino para entretener con el trabajo la imaginación y conservar la entereza de ánimo. Así lo hicieron, con heroísmo, con tranquilidad y viendo subir el agua, hasta que se les previno que se agarrasen de algo, palos, salvavidas, gallineros, para salvar si podían...

« Les aconsejo, pues, que hagan cadena y achiquen la bomba, hagan elecciones, voten, hasta que les avisen que ya llega la hora de agarrarse de una tabla. Yo tengo ya la mía, para cuando vuelvan las reacciones morales que sabrán apreciar que achiqué la bomba hasta lo último. »



Al combatir la candidatura Juárez Celman y en el programa de *El Censor*, diario que fundó para despertar el sentimiento conservador, hacía la cuenta de la subida del oro con los desaciertos que veía venir, acertando con exactitud extrema. A curso forzoso de 149 % le agregaba el exceso de papel representado en tierras : 200 %, más Juárez en perspectiva 300 % y Juárez en realidad 500 % — acertando con asombro de todos en el tipo de cotización del dinero, por el cual tuvo el más soberbio de los desdenes.



Parecía el peor momento para solicitar participación en la distribución de las tierras conquistadas sobre los indios, aquél en que personalmente se hallaba en pugna abierta con el gobierno. Los paniaguados que creen que suyo es el gobierno y suyos los beneficios que dispensa, propalaban que Sarmiento a la vejez alargaba la mano, dominado por la sed de lucro.

Sarmiento sabía demasiado que su solicitud iría al canasto; pero pretendía crear el caso y so color de defender su derecho, irse al origen de todo aquel inmenso despilfarro de tierras que dejaría, según sus previsiones, impotentes a los gobiernos subsiguientes para atraer inmigración, por no tener un palmo de tierra que ofrecer. Quería demostrar que las dádivas de tierras a los expedicionarios del Río Negro se habían hecho extensivas a cuantos hubiesen podido ir y aun a los que no podían haber ido, con tal que arras-

trasen una charrasca y fuesen susceptibles de corrupción.

La astucia de sus adversarios olfateó el ardid poniendo a su solicitud este lacónico decreto : « Al Archivo. »



Eufrasio de Quiroga Sarmiento, obispo de Cuyo, solía decirle a su sobrino Domingo : — « Mira que no eres muy trigo limpio en materias de fé. »

El santo varón que fué el obispo Wenceslao Achaval, dotado de indulgencias infinitas para todo linaje de herejes, al punto de trasladarse a Buenos Aires a celebrar el matrimonio de Wilde, llegó un día a preguntar candorosamente a Sarmiento, cómo se hallaba con Dios...

— Bien no más. Como no estoy ni con el oficialismo ni con la oposición, ha de ser fácil entendernos, llegado el caso. Cuando preguntaban a Jesús si Salomón se habría salvado, como la cosa habría sido juzgada en audiencia secreta, por tener cesas muy feas, respondió : — « me ha edificado un templo, » — Mire S. S. Ilma. todos los templos que he edificado en América y diga si cultivar la inteligencia no es acercar la criatura al Creador.



Siempre fué su preocupación hallar el medio de hacer tributaria a la Europa de nuestros productos. Su plantación de mimbres, sus estudios minuciosos sobre fabricación de canastos que le hacían rebuscar hasta los tejidos de los fueguinos, tenían en vista el envase para la fruta para un porvenir que se realiza mediante los frigoríficos. Dió impulso personal al negocio, tan corriente ya, de la uva de mesa, lo que le hacía exclamar ¡recien se podrá vivir en Buenos Aires, cuando tengamos uva de San Juan! lo que hacía sonreír con lástima a los profundos pensadores que nunca se preocuparon de nada útil.



Los paseos, las plantas, el embellecimiento de la vida para todos, ricos y pobres, fué de su parte objeto de constante progapanda, llevada hasta el entusiasmo, y en contra de las despreocupaciones de su época.



Viene a visitar a Sarmiento una dama de San Juan, de gallardas formas y con fama de hermosura bien empleada.

— Señor, le dice al retirarse, lo tienen en su país por muy anciano y achacoso. Llevaré a sus amigos la grata noticia de haberlo encontrado joven y vigoroso.

— Lléveles, pues, la prueba...



Era en sus mocedades un brillante papagallo celeste y oro cuando vivía en Tucumán. Hablaba lo bastante para no pasar por zozco y su nombre de pila tucumano era la *Paraba*. Había alcanzado edad avanzada en casa o bien había sufrido alguna enfermedad que precipitara su decadencia, y el pobre avechucho desplumado se arrastraba por el suelo, impotente a trepar su percha, ni sostenerse en ella.

La contemplaba un día con lástima Don Domingo, cuando su hermana Rosario le dijo :

— Domingo, hay que matar a la Paraba.

— Porqué motivo?

— Está muy vieja!

— Entonces te mataremos a vos!... Era la expresión genuina de su indignación a la idea de sacrificar a un viejo amigo.



La situación política se creía tan afianzada, que uno de los ministros escribía convidando a sus biznietos a participar de la buenaventura. Era el momento de tenerle lástima a ese viejo monumento derruido por el tiempo, haciéndose variadas tentativas para honrar a Sarmiento, que tuvo « que resistir como una doncella a las seducciones de la situación. »

Posibilidad no había de hacerle partícipe del buen negocio de gobernar y hasta ahí no alcanzaban las chanzas; pero se intentaron varios modos de honrar debidamente su nombre, siquiera fuera para ligarlo con la donosa situación aquella y producirlo ungido al carro. Todo fué en

vano, pues el viejo era duro y no se cocía a dos hervores.

Se le ofreció el encargo oficial de difundir el *salmón* en los ríos de la República. Fué preciso que le dijera al intermediario : — « Yo he consagrado mi vida a la difusión de la educación *humana* y no de los peces! y por haberme metido a criar *carpas*, he sido expulsado ignominiosamente del lugar que la América entera me acordaba. Podrán encargar a mis suplantadores en la educación, de propagar *salmones*, para lo que deben tener iguales aptitudes. »

Se tramitó una plenipotencia en Estados Unidos que tuviera la ventaja de alejar del teatro de las depredaciones a una de las encarnaciones de la conciencia nacional, como son siempre las viejas glorias. Sarmiento se dejaba seducir aceptando con sorna el ofrecimiento, hasta que al organizar el personal de la legación, exigiese componerlo con niñas de su familia sus enfermeras naturales y la negociación fracasó.

Vino después la inauguración de la estatua del General Paz en Córdoba y se le pidió encarecidamente pronunciarse un discurso, siempre para honrarlo y asociar su nombre, nada más que su nombre a la grande obra. Se escusó con la falta de voz, con que estaba por escribir la historia de Arequito y no quería ponerse en contradicción, etc. No les decía, sin embargo, que profesaba una veneración rayana en culto por la memoria del grand manco y que siempre que llegaba a mencionar al « General Paz », hacía invariablemente la venia militar o se sacaba el sombrero, en señal de respeto inveterado e instintivo.

El Dr. Juan B. Gil, entonces su médico y amigo, fué encargado de proponerle un papel en la solemnidad.

— Con mil amores, tué la contestación, y haré un discurso como para coronar mis ideas, con un magnífico capitel.

— ¡Qué contento estará el Presidente! exclamó alborozado el negociador.

— Pero debo a mis años y al significado de mi propia figura histórica, el poner una cierta condición para aceptar el honroso encargo.

— Señor : cuanto quiera estará a su disposición. Invitará

Vd. a quien quiera; se le pondrá tren expreso; un hotel especial lo espera en Córdoba...

— No; no es eso. Iré a Córdoba y pronunciaré el discurso inaugural, a la condición de que no vaya nada S. E. el Señor Presidente de la República...

— Pero qué motivo...

— Simplemente que tengo el alto agrado de no conocerle la cara a ese pícaro y espero morirme sin saber cómo está hecho.



Publicados los discursos inaugurales de la estatua del General Paz, un correveidile político quiso obtener la opinión de Sarmiento sobre el discurso del Presidente que contenía citas del « Facundo », en la esperanza de que se hubiese ablandado.

— No he leído, los discursos y especialmente el del Señor Presidente; pero me escribe una dama de Córdoba que fué su impresión (y un discurso es en realidad la impresión que produce), que ha sido la segunda boleada del pobre General Paz. »



Entre las producciones del espíritu no son siempre las mejores aquellas que no dan asidero a la crítica, y suele ser una perfección negativa la de no ostentar defecto alguno. Una tabla de mármol pulido y liso puede ser perfecta, mientras en el friso del Partenón pueden hallarse imperfecciones.

No siempre había de estar Sarmiento para hacerle perder su oportunidad a lo que escribía, puliéndolo y relamiéndole, pues era su máxima constante que « las cosas hay que hacerlas : hacerlas mal, pero hacerlas. »

Esto lo expresaba una vez diciendo que toda su vida había sido criticado por defectos y descuidos de su estilo y los más acerbos reproches provenían de « aquellos que « saben muy bien como escribirían, si tuviesen alguna vez « una idea que expresar, y por tanto, se precian de « castizos en lo figurado, pues nadie les disputa en lo demás « su mérito. El purismo castellano suele ser el fuerte de

« los ignorantes, admirados de sí mismos al ver que saben hablar siquiera su propia lengua. »

« Hubo un castizo que sabía medir por escrúpulos el valor y propiedad de las palabras, y, en prueba de ello, dijo con voz solemne en el Congreso del Paraná : — *No lo he oído de los labios venerandos del General Urquiza*; — de los labios de un pobre hombre de cuya boca no han salido sino malas palabras, desafiando a Hermosilla a que tache la frase, en cuanto a concordancia gramatical. »

Por cierto que esto no alcanza a quienes sólo ostentan esa ignorancia, si bien explica que un Saint-Simón escribiese a la desbandada para la inmortalidad.



Para demostrar que el asentimiento que las ideas obtienen del público deriva su fuerza y eficacia de su conformidad con los hábitos mentales de aquellos que las reciben, y que la razón humana es un hecho colectivo, más que una función individual, solía contar un ejemplo de la influencia del modo de pensar, aun para el examen de hechos patentes.

De las viejas tradiciones de la humanidad sobreviven algunas en nuestras campañas solitarias, entre las masas populares, esas soledades de la inteligencia, a las cuales aquellas preocupaciones sirven de faro y de guía. Créese en la existencia de luces malignas, « las candelillas », que durante la noche propenden a extarviar al viandante. Esta superstición en su origen ha debido servir de freno a los nómades para no separarse de aquellos hilos conductores que atraviesan las llanuras dilatadas y los saharares inhospedables.

Una de estas personas y no del todo ignorantes que creen en candelillas se la mostraba a Sarmiento su compañero de viaje.

— ¡Cuánto gusto, decía el primero, tengo en ver al fin la tan celebrada candelilla de este lugar! — ¡Cuál? — ¡No la vé Vd. aquella que se mueve; en la misma dirección que nosotros.

— La luz no se mueve; parémonos. — Detuvieron los

caballos y para el observador preocupado, la luz se movía, mientras para el otro estaba tan fija como la había visto antes, suponiendo fuese la de un candil de distante cortijo. El despreocupado probó a desengañar al iluso y desmontándose colocó el caballo de manera que la cabeza y el anca sirvieran de regla visual para coordinarla con la luz y este singular diálogo se estableció entre ambos :

¿Se mueve la luz ahora; — Se mueve. — Puesto a la extremidad del anca sirviendo de visual el caballo : — ¿Se mueve ahora? — No; está fija delante de la cabeza del caballo. — retirándose del observatorio : ahora se mueve. — Bien; vuelva a mirarlo por la visual — No se mueve. Estoy convencido de que es una ilusión.

Los viajeros montaron a caballo; pero apenas volvió el uno a hallarse en la escena de sus ideas, volvió a ver la luz saltando de mata en mata; y entonces toda su admiración no era tanto de fenómeno tan raro, cuanto de que su compañero, el de la demostración palmaria, se atreviese a negar que la luz marchaba y se escondía para volver a reaparecer siempre al flanco de los viajeros.

¿Como es que si está fija, podemos siempre verla a nuestro costado? — Sabe Vd. lo que es la *paralaje*? imposible que le explique sin eso el fenómeno. La luz está lejos y nuestro camino va en dirección hacia ella...

¡Cuántas candelillas en la ideas de su tiempo!



En la larga contienda de su vida apasionada, necesitó más de una vez atacar con violencia a personas que estimaba en mucho, siendo su « penoso destino, decía, de inmolarlo todo, hasta las afecciones, ante las aras de los grandes principios. »

Cuando no habían tenido más defecto que haber sido adversarios suyos, aprovechaba toda ocasión de hacerles plena justicia y proclamar sus méritos, como lo hizo con D. Salvador María del Carril, presentándose ante la tumba a declarar que Carril era quien tuvo razón, cuando él le atacaba personalmente por incorporarse à la Confederación y que sin eso no hubiera sido posible la unión de la República. Con Alberdi, de quien escribió : « Alberdi

con su instrucción en materia constitucional, aun sin su raro talento, vale más que toda la lista junta de... »

Pretendía imponer a los jóvenes que respetasen en su presencia a tales servidores de la patria, aun cuando recordaran sus propias vehementes apreciaciones, lo que daba lugar a escenas como la siguiente.

Esperaban al Coronel Martín Guerrico, quien al llegar dió por disculpa haberse entretenido en el comité mitrista y Sarmiento, con sorna :

— Hombre, todavía sigue Vd. pegado a ese zonzo!

Un médico muy adicto al Presidente de entonces se le hizo buena la ocasión para desatarse en apreciaciones irrespetuosas sobre el General Mitre.

— Alto ahí! le interrumpió Sarmiento — De que yo lo crea un poco zonzo, no le dá autoridad a Vd, para juzgarlo en ese tono. Sépase, doctorcito, que estos dos viejos, Mitre y yo, hemos sido los que principalmente han criado a esta jóven República, consagrandó ambos, más esfuerzos de lo que es Vd. capaz de concebir, para dotarla de todos los dones y si hoy sufre ella un extravío y se entrega a los últimos de los aventureros, no ha de ser en mi presencia que se ha de maltratar a los viejos y buenos servidores (1)...



Floreció la triste ocupación de enviar cartas anónimas, llenas de torpezas, insultos, amenazas, etc. En momentos de efervescencia, solían llegar por centenares esos cobardes desahogos; pero con Sarmiento era trabajo perdido, pues profesaba esta máxima : « El que escribe injurias tiene por cómplice al que las lee. » — Nunca abría un sobre cuya letra no le fuera familiar y hacía revisar el resto por si acaso hubiese algo que tener en cuenta.



De un caudillo que se jactaba de haber vencido porque había disparado la caballería decía : « Han vencido a los

(1) Es constante que el General Mitre en varias ocasiones ha reducido a silencio a indiscretos partidarios que se expresaban igualmente mal de Sarmiento en su presencia y que ambas grandes personalidades se han tributado los merecidos respetos, malgrado la virulencia de los ataques periodísticos.

como ellos! » Y así repetía de los diarios bravos : — « los leen los como ellos. »

Se comentaba el que un octogenario General de la Independencia había celebrado matrimonio con una sobrina-nieta de diez y siete años y se le elogiaba como un acto caritativo para salvar a la niña del desamparo, legándole la pensión del Estado.

— Pues, en realidad es un robo hecho el Estado. Se concede pensión a la esposa de un servidor de la patria, por haber compartido con él una vida de sacrificios y los méritos de una viuda para con el Estado no son iguales a los del causante, sino para compensarle las penurias que ambos sufrieron.



Los sinsabores que nacían de sus entusiasmos decepcionados, solían influir en el modo de ser externo de Sarmiento y le hacían pasar temporadas con traje descuidado, la barba de una semana, agachado y triste.

De repente, un éxito de su propaganda, algún acontecimiento en el vasto mundo favorable a sus ideales, eran bastante a transformarlo y como a remozarlo. Salía entonces, hecho un dandy, el semblante alegre, enderezado, el paso seguro; era otro...

Uno de esos días lo encuentra una dama que con tristeza lo había visto poco antes en uno de sus abatimientos :

— ¡Qué buen mozo está Sarmiento!

— Hace setenta años, señora, que vengo trabajando para ser buen mozo... — Parece que recién lo consigo...



Aristóbulo Del Valle le elogiaba el desprendimiento y la simplicidad de sus costumbres en la época del furor de lujo y de especulaciones que caracterizó la presidencia Celman :

— Son virtudes de mi época, replicó, y no tengo mérito alguno en haberlas seguido. El desprendimiento casi estóico fué el rasgo característico de la generación de patriotas que nos precedió y ni en nuestros primitivos caudillos y tiranos la codicia fué la pasión que más ennegreció sus actos. Eran crueles, duros y pobres como espar-

tanos. Cuando a Don Juan Manuel Rosas no le ocurrió robar en el gobierno ¿cómo se me habría de ocurrir a mi?



No le fué posible aceptar el ofrecimiento de director de los bosques de la Plata, función que le hubiera proporcionado tranquilos goces; pero haciéndose en invierno los trabajos de arte con plantaciones, habría de sacrificar la salud, ya tan precaria, ante las exigencias del deber.

Un día recibimos una encomienda de un cajoncito con un simulacro hecho con plumas de perdiz cuidadosamente plantadas en agujeritos taladrados en una plancha. Era para hacer sensible al ojo la masa de eucaliptus y los cortes que indicaba para hacer declives que suplieran la falta de hondonadas y alturas en la planicie. Pretendía con esos cortes, que desde la próxima primavera apareciera el puñado de brotes esmeralda, rompiendo el monótono verdor metálico apagado de la arboleda.

El Señor Francisco P. Moreno debe conservar esa curiosa muestra de la preocupación de lo bello y del interés por los detalles prácticos que entretenían a tan vasto espíritu.



Compañera de su ancianidad fué su hermana Rosario, modelo de afecto fraternal, pero desarraigada en Buenos Aires tras de larga vida provinciana e impenitente apego a costumbres de pobreza extrema.

La intransigencia religiosa de la dama era llevadera para su hermano, cuyo respeto del fuero ageno fuese la gran virtud de un espíritu superior; pero menos soportable para le gente menuda de la casa. Los días de devoción la ponían en un estado de irritabilidad inconcebible y cuando se había confesado ni los perros se aventuraban en poblado.

Los ayunos rituales traían aparejados ciertas algas marinas que de Chile importaban a San Juan. El *cochayuyo*, filiforme como juncos con gelatina agria, gustaba a tintura de iodo. Era un menjurge abominable, muy digno para mortificar contra la gula, pero apetecible para la buena matrona en recuerdo de antiguas miserias.

Un Viernes santo no tuvimos más que un platazo de

cochayuyo. El que esto escribe se permitió en forma de protesta respetuosa y en nombre de los demás pacientes, observar que el ayuno se había instituido para otros climas de los antípodas y que los santos preladados de la Iglesia aprovechaban la cuaresma para saborear los manjares más delicados, pues el dicho de un boccato di cardinale venia de ese refinamiento y no de la aplicación poco respetuosa que suele atribuírsele.

Estalló la ira de Doña Rosario y las voces superagudas vencieron la sordera del pater familias, quien hubo de tomar posición en la querella.

Nos afeaba el abuso de la fuerza contra una pobre anciana, pues la juventud y el talento son una fuerza. Que si teníamos el menor resquicio de dignidad no habíamos de haber mortificado los sentimientos de ella desde que así manifestaba su sentir religioso. Un caballero podía comer mal alguna vez como lo haría en campaña y no comer tampoco.

Fué tal el responso que no quedaba sino agachar y callar, a la espera de una bonanza.

Pero andando el día y llegando la hora de comer en vez de ir a casa, el instinto nos llevó al Café de París donde se comía bien sin acordarse de cuaresmas ni vigalias.

Esperaba el menú elegido, cuando el mozo nos presentó un sabroso chorizo que no habia pedido, diciendo que lo mandaba el Señor Sarmiento, instalado en otra mesa.

No cambiamos ni una sonrisa y nunca fué comentado el caso.



La máscara facial del anciano era en extremo expresiva. Quien jamás usara dobleces ni disimulos traducía en sus facciones la corriente movediza de sus ideas como si asomaran a una ventana.

Una mañana en la mesa de familia era tan risueño su silencio que una de las niñas le copiaba involuntariamente, hasta que el viejo exclamase :

— ¿de qué te ríes, tonta?

— Es Vd. el que ríe, abuelito y me mueve a risa.

— Ah! Bueno. Soñé anoche que había echado la voz

de que me casaba y desfilaron en mi sueño todas las bellezas de mi tiempo, cada una con su gracia y su donaire, y despierto estaba pasando lista y las veía tales como serían ahora y tales como las habrá puesto el tiempo, una recua de viejas tan espantables como su antiguado admirador.



Sobre la borda del vapor que lo llevaba al Paraguay, en Mayo 1888, abrazaba con la mirada la extensión inmensa de la ciudad y decía con melancolía : — « Seré Buenos Aires lo que he dicho tantas veces, la ciudad reina del Sud; pero no estaré yo para ver realizados mis pronósticos. No paso de este año... hijo, me voy a morir... y repentinamente, irguiendo la frente y brillantes los ojos, agregó;

«— Ah! si me hicieran Presidente! les daría el chasco de vivir diez años más! »

Con esto coincidía el sabio Burmeister que al darnos el pésame, sostenía que Sarmiento se había dejado morir, pues estaba organizado para centenario.



En las fiestas Julias de 1888 debía celebrarse en San Juan el centenario de Laprida y desde la Asunción, al borde del sepulcro casi, emprendió una campaña de mover cielo y tierra para hacer de aquello una fiesta memorable. Espantaría el número de cartas que escribió, las instrucciones de veinte páginas, las disertaciones de cincuenta para fomentar con ese motivo las ideas sobre educación. « — No hemos de dejar de ser independientes, pero podemos dejar de ser bárbaros, estimulando la educación. »

Quería que se mandasen armas, juguetes, banderas para los niños grandes y chicos, para una parada que hiciese entrar por los ojos el entusiasmo a los que no leen. Estábamos nosotros encargados de un carro simbólico de la imprenta; otro debía armar la alegoría del progreso, de la industria, aquél organizar la procesión de las sombras beneméritas de la patria, etc., etc., en fin, aquello hubiera sido en una metrópoli la fiesta más estupenda de la paz, de la civilización y de la gloria de un gran pueblo.

Imposible decirle que la realidad estaba lejos de tan

bellos ensueños y sus amigos le atenuaban la verdad ocultándole que nadie le llevaba el apunte. A uno que le daba cuenta de haberse muerto Don Saturnino Salas, el más viejo de los sanjuaninos ilustres, aquel que fué educado en la Escuela de Ciencias Morales de Rivadavia, le contestaba Sarmiento que sin duda el pobre viejo se había dejado morir para no exhibirse en aquella memorable procesión como él quería. « Son cortedades de sanjuanino », agregaba.

Hemos relatado estos incidentes y aquel febril empeño porque ese fulgor de la lámpara que va a extinguirse, nos ha parecido, a la par que un estado mórbido, un resumen de su vida toda de entusiasmo y de altruismo.



Postrado en cama, pero sin sentir ansia alguna de la muerte próxima, observaba idas y venidas de sacerdotes, cuya presencia en el hôtel podía tener un motivo indiferente, vínole a la mente decir a su hija Faustina :

— En materia de creencias nunca he molestado a mi familia y sólo cuando fuí provocado en la vida pública. Tienen Vds. ahora la ocasión de devolverme esa misma tolerancia. Ha sido la convicción de mi existencia prescindir de la religión para cumplir cuanto he creído de mi deber. No quiero que en un momento de debilidad de mi voluntad, se me haga desmentir cuanto he concebido en el pleno ejercicio de mi razón. No quiero que otros disminuyan el valor moral de mis creencias, sometiendo mi persona a una supercheria de ceremonias.

Así fué cumplido.



Las últimas horas de su existencia las dedicó a escribir cartas cariñosas a todos los amigos que aun vivían, como si estuviese empeñado en depositar su tarjeta de despedida para el misterioso viaje en cada uno de los hogares donde ardían simpatías.

De esas cartas de ultra-tumba, llegadas a su destino después de la noticia de su muerte, en algunas rebalza la tristeza y desencanto que le producía el reinado de los « negocios », otras mostraban entereza estoica y en más de

una retozaba con increíble buen humor su alma eternamente juvenil.

La que sigue, fué dirigida a una de las hermosas damas de aquellos tiempos,

*Qui beaulté eut trop plus qu'humaine
Mais où sont les neiges d'antan?*

« — ...He debido mucho del pequeño éxito de mi vida, dados sus desapacibles comienzos, al don precioso de saber acordarme, o recordar en tiempo, lo que me impresionó un día. Este fué mi talento.

« Díjome Vd., que vendría de buena gana al Paraguay; créilo con placer cuando no fuese más que como las promesas de las madres, o de los que cuidan enfermos, de decir que si, cuando alguna vislumbre de alegría pasa por aquellas cabezas. ¿Porqué no estimar aquellas piadosas y socorridas mentiras que hacen surgir un mundo de ilusiones y alientan al que harto sabe que nada hay de real en los sonidos, sino es la armonía, unas veces, o bien lo suave de la lisonja, que consite en hacer creer que somos dignos de tanta molestia?

« Bien me dijo de venir. Venga pues, al Paraguay. ¿Qué falta le hacen treinta días para consagrarle seis a un dolor reumático, cinco a la jaqueca, algunos a algún negocio útil y muchos momentos a contemplar que la vida puede ser mejor? Venga, juntemos nuestros desencantos para ver sonriendo pasar la vida, con su látigo cuando castiga, con sus laureles cuando premia. ¿Qué? Es de reírsele en las barbas.

« Precisamente por aquí, se celebran grandes fiestas, a pretexto de la bendición de un palacio fantástico (que era su casita rústica) en verdad para conmemorar la reunión del Príncipe Charmant, con la Belle au Bois dormant, que se buscaban y se perseguían años luengos, hasta que al fin en un bosque umbrío que adornó la morada de Lady Lynch, encontróla, bella, como era su deber y su costumbre innata, pero con la cabeza ya pintando hebras de plata.

« Del Príncipe no le digo nada. Persiguiendo sin descanso al través de la vida aquella sombra fugitiva, impal-

pable y sin embargo, bella como es la *felicidad*, ha venido por esos mundos de Dios, por valles y montes, hiriéndose contra los obstáculos, avanzando por ente breñas y matorrales, y dejando aquí y allá señales de su pasaje; ha venido, decía, avanzando, agrandándose a la altura de los obstáculos, pero avanzando siempre y tomando como un galardón las frutas maduras que encontraba a su paso, o embriagándose con el perfume de las flores, deleitado por el canto de las avecillas que curan del dolor de una espina que se nos clava. Al fin de la persecución, que amenazaba ser eterna, sorprendiendo *dormant*, como es la tradición, a mi *Belle*, y aunque el vulgo racional diría *trôp tard*, al ver lo que le queda al exterior del que se llamó *Charmant*, pudiera todavía poner la mano sobre su corazón y decir : *lá...* ¿Hay nada más irracional que la razón de los que no sienten o nunca supieron sentir?

« Venga, pues, a la fiesta. Grande espectáculo : ríos espléndidos y lagos de plata bruñida, bosques como el de Fontainebleau que Vd. conoce; iluminación a giorno, el Chaco incendiado, títeres como en todas partes y música, bullicio, animación. Venga, que no sabe lo que se pierde del PRINCIPE CHARMANT. »

Con motivo de esta página se nos ocurre recordar lo de Chateaubriand : — « A veces un hombre de genio parece anunciar su propia muerte con alguna producción hondamente sentida, como si fuere su alma que se exhala.. »



Tenía Sarmiento la superstición de que un libro que caía a sus manos, se abría siempre donde él lo necesitaba.

Tan persistente era la manifestación de esta idea, tantas veces y con tanto alborozo celebraba la casualidad, el genio familiar, el « demos » amigo que le traía a punto fijo la cifra necesaria, el hecho luminoso en apoyo de la teoría que en ese instante su espíritu incubaba, que una vez cometí la indiscreción de darle mi prosáica explicación del fenómeno, diciéndole que ni para Sócrates, ni para él, hubo tal demos amigo, sino que poseía tan desarrolladas facultades para asimilación de ideas que a cualquiera parecerían desemejantes, que un dato destinado a pasar desa-

percibido lo tomara de los cabellos, lo sacara de la nada, haciéndole suyo, incorporándolo a su pensamiento — Calla hombre, contestó, esa es una definición del génio; más me complace mi idea de un demonio tutelar. Hay para mí un mundo a parte en que las cosas andan al revés de lo que a todos sucede o a la generalidad en la vida, y derecho tengo de trazarle reglas, que al fin a nadie dañan, porque sólo se obedecen en mi mundo propio.



Muchos han creído o afectan creer que el pensamiento de Sarmiento era una especie de producción espontánea, agena a todo estudio metódico y cuando acertaba, adelantándose a su tiempo, en resultados económicos, o en conquistas del derecho, se atribuye a una adivinación, quien sabe si a un pretendido don de profecía. Tal explicación ha hecho camino, porque satisface a nuestra indole sud-americana, espigadora y superficial, de espíritu curioso y comprensivo, pero en general rebelde al estudio profundizado y a la investigación propia de los problemas.

Nada más falso, sin embargo. Un sabio explicaba un gran resultado adquirido, diciendo que lo había alcanzado *en y pensant toujours*. El de Sarmiento era un cerebro en continua actividad, que no se distraía casi nunca de su tarea y le hemos oído decir que jamás se había sorprendido a sí mismo tarareando un trozo de música y era en efecto refractario a la música, esa gran adormecedora de pensamiento y solía decir el Dr. Velez que Sarmiento en música no apreciaba sino los clarines y los tambores.

Esa actividad cerebral sin descanso provenía de una organización física privilegiada y así como en el caballero de la Mancha era pelear su descanso, él no hallaba descanso a la producción, sino en la diversidad de producción y escribía sus mejores páginas humorísticas en el fragor de la polémica o en los momentos de más árdua preocupación.

Cuando redactaba un diario, mandaba cada día tres ó cuatro editoriales y sucedía que el editor elegía para publicar el que se adaptaba más por el tamaño, perdiéndose los demás, por ser así a veces el criterio de directores de diario. En ciertos períodos, robusto y joven el que esto escribe,

necesitaba para seguir al anciano en su trabajo y alcanzar el día, mojarse la cabeza en agua fría cada vez que lo acometía el sueño. Era costumbre en su casa cerrar herméticamente las ventanas de su pieza de trabajo, para que, apagado el fuego, no penetrase el frío a que era muy sensible, y no se llevaba cuenta de las veces en que llegaba la hora de almorzar del día siguiente y cuando se atrevían a interrumpirle, pretendía que la noche no había terminado.

Esto para la producción; pero creemos deber consignar aquí detalles más completos sobre su método de estudiar.



Hemos visto a la obra muchos hombres muy notables en nuestro país y en Europa y creemos poder afirmar que ninguno leía tanto como Sarmiento. Leía de todo cuanto caía a sus manos, en inglés, francés, italiano y español. El Índice General de sus obras contiene al andar del orden alfabético los títulos de libros y nombres de autores citados por él, que podrían formar una voluminosa biblioteca y son desde luego por centenares las obras que ha leído y no ha tenido ocasión de citar.

Ha dicho por ahí : « Ni en las sesiones ordinarias, ni durante el receso, ni por los miembros del gobierno, los grandes intereses del país son objeto de un estudio serio. Se proyecta y se legisla sin ningún análisis previo de las condiciones económicas del país, plagiando sistemas exóticos, o aplicando principios aislados y mal comprendidos, que se buscan a la ligera en los tratadistas europeos, cuyos libros solo se abren por accidente. Esto es aun peor que el empirismo, pues es obrar contra la ciencia y contra la práctica. »

El que tal decía estudiaba profundamente las cuestiones, y a veces un renglón de un escrito era resultado de días de consulta. Conservamos el ejemplar del censo de 1869 que tenía siempre colocado sobre un atril a su alcance. Las páginas de fuerte papel están ajadas como un billete de banco en circulación, y las anotaciones marginales de cifras y cálculos revelan un uso constante del único documento positivo que se poseía sobre nuestro país.

En el vasto campo de instituciones, progresos, leyes y sistemas que propuso y sostuvo durante tantos años, fueron las leyes agrarias en las que más fué sin atenuación derrotado y vencido por las resistencias, no obstante que a ningún asunto consagró mayor estudio. Desde 1847 se había procurado una recopilación escasísima de todas las leyes y antecedentes que obraron sobre las tierras de los Estados Unidos, encontrándose ahí únicamente las leyes y decretos de la colonización española y además estudió todo documento que logró procurarse. Pero tales y tan profundos estudios tenían el inconveniente de no venir apoyados por un título universitario de suficiencia y si se hubiera adornado con las borlas de doctor agrario, quizás obrara con más eficacia sobre tantos de sus contemporáneos que iban a discutir los más fundamentales problemas « a pico y cuerpo gentil. »

Hemos leído, no sabemos donde, el dicho de un sabio rhabbino, que en una barrica llena de nueces pueden todavía echarse muchos almudes de aceite. Y Sarmiento, en los intervalos de la producción, encontraba medio de dar cabida a un mundo de cosas : trabajaba siempre y así lograba trabajar tanto sin extenuarse.

Él ha dicho de Victor Hugo que era un cerebro omnipotente, dotado de fibras que se estremecían a todos los rumores de la humanidad y la frase puede aplicársele, en cuanto participaba de todo pensamiento humano, por lo menos en sus lineamientos esenciales. Pero faltando en sus escritos los signos exteriores de la erudición y recurriendo rara vez al recurso sañudo de las citas precisas y textuales, creían muchos que no había en él verdadera erudición, ya que desdeñaba ostentarla.

Al Dr. Velez se lo reprochó en el Senado haber hecho una cita que no fué hallada en el autor nombrado, y contestó chistosamente : — « Si fulano no lo dice, lo digo yo ». Tuvimos una vez el atrevimiento de decirle al Dr. Velez que sospechábamos que habría querido decir otra cosa en esa ocasión y fué tan condescendiente como para explicarnos que a él le bastaba hacer en su memoria una condensación de las ideas de un libro leído y podía muy bien

citar una opinión general de un autor, sin que fuese expresada en una frase textual. Nos dió el ejemplo histórico de la carta escrita por Francisco I tras de la derrota de Pavía y en la que se halla diluída la idea que la posteridad ha condensado en la heroica frase de « *tout est perdu, fors l'honneur* » y que nunca pronunció ni escribió, añadiéndonos que lo dicho en el Senado era para no darse el trabajo de tanta explicación.

Lo que antecede viene de molde para explicar la erudición de Sarmiento. Consideraba y así lo ha dicho, que un libro leído es como una botella vacía que no sirve sino de estorbo; y era que había ejercitado su memoria analítica hasta hacer de ella un instrumento asombroso, condensando en su alambique cerebral los elementos esenciales de su vasta lectura y empleando sin esfuerzo lo adquirido para sus ideas, llegaba a ser su erudición parte de su pensamiento y no una aplicación forzada de algún fragmento traído de los cabellos y que no siempre interpreta la índole general de un autor.

Además en su producción vertiginosa, no siempre estaba para registrar un detalle con la cita exacta, lo que no sería muy compatible con su propaganda siempre utilitaria y siempre dirigida a corregir ideas prevalentes; y así mismo cuando requería la frase textual, le bastaba poner en ejercicio su memoria localizada para describir el lugar donde se habría de hallar, sucediéndonos en el caso de una frase de Webster que necesitaba, buscársela una noche entera en los once volúmenes de 600 páginas de a dos columnas de aquel frondoso orador y publicista e indicarnos Sarmiento que la habríamos de hallar en un discurso leído por él cuarenta años hacía, cuando se colocó la piedra fundamental del ala izquierda del Capitolio de Washington.



¡Cuántas veces le hemos oído exclamar : « es preciso hacer la guerra alegremente! »

Nos parece hoy con la síntesis que produce la distancia, que esa frase encerrara mucho de su caracter.

Tuvo en su estilo las réplicas apasionadas del polemista,

el tono grave del moralista, hasta el ditirambo de la exaltación imaginativa y en las piezas oficiales tal sobriedad de frase que nos desafiaba encontrásemos en ellas una imágen de retórica; pero en ninguno de sus discursos y escritos de propaganda ha comprimido el sentimiento de lo cómico, la alegría vigorosa y comunicativa.

— « No; exclamaba, la risa contiene más enseñanza que la nieve (aludiendo al dicho de Emerson). El buen reír educa y forma el gusto. Jove reía. Los grandes maestros son inmortalmente risueños. Riamos nosotros, que el buen reír es humano y humaniza la contienda. » — « Cuando la inteligencia sonríe, hay gloria en las alturas y paz en la tierra para los hombres. »

Ese buen reír que desbordaba, casi sin medida, tenía su fuente en robusto temperamento de hombre de acción, pues la actividad externa es el mejor preservativo contra las tristezas de una concentración mórbida del espíritu.

La virilidad de su alma eternamente juvenil, que no era descorazonada por los contrastes ni fué abatida por el desencanto senil, esa robusta alegría con que se lanzaba a la contienda, tenía otro origen, y el solo enunciarlo parecerá atrevida paradoja, siendo sin embargo, la verdad íntima, *the deepest deep*, el fondo más hondo de su carácter, a pesar de apariencias en contrario.

Era de una ingenuidad casi infantil, y con todas las balandronadas que oponía a sus adversarios, con todas las altiveces de un carácter indomable, la dominante en él era un profundo sentimiento, si no de humildad, de algo muy contrario a la vanidad y a esa fatuidad satisfecha de sí misma que no admite una observación, un reparo, un consejo y le hacía aceptar siempre toda objeción que considerase sincera, por humilde que fuese su origen. Cuántas veces ha destruído un escrito o corregido conceptos, ante la objeción de un amigo, al punto que, a pesar de la petulancia juvenil, el que esto escribe tenía que morderse la lengua para no observar lo que le chocaba, por temor de sugerirle una impresión errónea que causara la destrucción de un escrito. Cuando escribía en los diarios, sus amigos corregían las pruebas y estaban invariablemente autorizados

a cambiar cualquier concepto que hallaran excesivo o inconducente (de lo que no abusaban sino los más incapaces), sin que jamás lo tuviese a mal, ni se sintiese herida esa gran vanidad que parecía querer aparentar y era en realidad la victoriosa manifestación de una superioridad que se imponía por sí sola y se manifestaba sin ambages. La falta de vanidad provenía de su desinterés republicano y acaso esta provenía de aquella .

Tales contrastes son la naturaleza misma y engañarían si se tomara un solo lado para formar un juicio. Pasaba por autoritario y absoluto y oía la opinión de un niño y se daba el trabajo de convencerlo. Siendo Presidente defendía las prerogativas de esa autoridad con palabras y hechos que lo hacían altamente impopular, y si estaba ocupado en la casa un albañil, lo hacía sentar en su mesa, con sus manos torpes y rudas.



No se dá en un día la vuelta de un hombre, dice un proverbio, y no es dado abarcar y penetrar una naturaleza de esa extensión; pero ya que podemos conservar ciertos caracteres que no fueron conocidos sino de las muy pocas personas de su intimidad, creemos útil señalarlos.

« Yo soy muy propenso a llorar, » confiesa en una página donde la sincera emoción le ha sugerido acentos de la más alta elocuencia. Las bellezas supremas del arte, las fiestas del intelecto puro le excitaban tales vibraciones, que se traducían en lágrimas silenciosas y recordamos tal trozo de Renan, de Shakespeare o de Molière que le producían intensas emociones. Pero no fué solamente la música divina de las ideas la que estremecía su alma, pues tenía ternuras infinitas, profundas, que parecía querer ocultar al vulgo, por todo lo humano, por las criaturas inferiores, por la naturaleza y sus manifestaciones de lo bello.

Era un hombre todo entrañas. El culto que dedicó a su madre y expresó en páginas conmovedoras, debía originarse en que fuera un producto por excelencia del corazón y de las entrañas de una madre.

« Cortan, es verdad, dice, el cordón que unía a la madre con el hijo; pero son, separados o unidos, la misma

« carne, la misma naturaleza; ¿por qué no han de vibrar juntos? ¿por qué no han de tocarse los cerebros y agitarse en dos, por simpatía, la misma idea? »

Su hacer la guerra alegremente, su salud desbordante de atleta combatiente, su espíritu comparable a la naturaleza por la riqueza y variedad, su imaginación libre como el aire, su memoria inmensa de lector infatigable, su existencia nómada y sus curiosidades de viajero que le hacían asimilarse el sentido común de varios países a la vez, su raciocinio independiente de toda atadura tradicional, todo provenía y todo conducía a su amor intenso por la pobre humanidad doliente; pero sin tomarla demasiado a lo trágico.

Por encima de aquellas ternuras que no se hacían visibles a fé, como que son los generadores de una fuerza los que permanecen ocultos, muy superior a su amor humano y dominándolo, estaba su culto a la verdad que reasumía el movil de su pensamiento y la forma misma de expresarlo, llegando a crearse su estilo y su originalidad con sólo obedecer a la verdad, desechando ideas y formas convencionales, despreciando lo que todos respetaban sin análisis.

De ahí también emana la fertilidad de su espíritu, su exuberancia, acaso hasta lo trivial. Carecía de esa economía que proviene de pobreza y si no medía la talla de un adversario, enano o gigante, cuando una idea era agitada, tampoco menospreciaba las ínfimas manifestaciones de la vida y del alto concepto del filósofo, del ditirambo entusiasta del patriota, descendía sin desdoro a la forma y fabricación de un canasto. Tenía la prodigalidad insensata y tranquila de un creador.

La vérité seule est comique, se ha dicho profundamente. Lo cómico no se encuentra sino en lo verdadero y en Sarmiento la alegría juvenil, la risa que reventaba en algazara en las situaciones más escabrosas, brotada de lo cómico que la verdad produce en contraste con las pretensiones y la imperturbable gravedad de los necios. Salvo los criminales de lesa-humanidad para quienes era implacable y con excepción del amor propio herido, que es el que menos

perdona, cuando descartamos las personalidades aludidas que ya no nos interesan, la risa sarmientesca nunca toma ese sabor de amargura que hace la tristeza casi trágica de los autores cómicos, dándonos tan solo entre sólido condimento, un refresco delicioso.

Su desbordante buen humor tenía otro carácter concomitante con lo que antecede, y era su ingénuo naturalidad con respecto a sí mismo, tanto como con las cosas externas. Dice Daudet que cada uno lleva a cuestas una percha, para armarla y treparse sobre ella, en cuanto se halla en numerosa compañía. Nuestro hombre jamás asumía actitudes para el público, ni usaba lenguaje sibilino para simular profundidad, no se encaramaba sobre percha alguna, siendo maliciosamente cariñoso con las damas, ocurrente y decididor con sus amigos, francachón y condescendiente con los jóvenes, terrible con los pícaros, irónico con los necios, y entusiasta, exaltado, lírico en su fé profunda por el progreso humano y el porvenir y gloria de la patria.

Imposible que no hiciera alegremente la guerra, quien nada simulaba y nunca disimulaba.



Un día de las fiestas del centenario de San Martín fué consagrado al mundo escolar. Desfilaron los educandos por la calle Florida sobre una alfombra de follage y bajo arcos alternados de luces y de flores, al compás de música solemne.

Sarmiento presenció el gracioso desfile desde una esquina y recordamos algunas de sus observaciones. Imponer a los párvulos, tanto silencio y gravedad es un homenaje al héroe, pero no sería menos adecuado el que la fiesta fuese infantil y de pueril algazara. Un desfile de escuelas debe ser una propaganda de mero entusiasmo para los que benefician de la educación y para los que aún están apartados.

Recordaremos al respecto el desfile famoso que organizó en tiempos anteriores para la inauguración de la Escuela Modelo de la catedral al Norte. Véase más arriba en el capítulo El Publicista.

Pero entre sus reflexiones nos ha quedado impresa la

amargura que causaba al anciano el que le fuesen apartando de las cosas de la educación los que habían heredado de los esfuerzos de su larga propaganda. Quería ocultar las lágrimas que surcaban su rostro al decirnos : después de muerto me harán justicia, sin duda, y cuento con ello; pero nunca se hará a mi memoria una manifestación como ésta.

Se han presentado ocasiones solemnes en que la posteridad rindió homenaje a ese gran servidor de la patria. Pero no asistieron las escuelas a su entierro, ni a la inauguración de su estatua, ni a la procesión cívica de su centenario. Esas abstenciones tuvieron por causa motivos que me sería sumamente penoso recordar en su mezquindad.



Los sentimientos humanos profundos no aparecen en la vida pública tan desbordante en ideas e iniciativas de Sarmiento. Esa faz del hombre es por lo tanto ignorada, desconocida, si no negada.

El amor filial de Sarmiento ha dado a nuestro idioma páginas incomparables y el acento profundo de su amor de padre palpita en la esquisita « Vida de Dominguito ». El arte de ser abuelo podríamos atestiguarlo en su infinita indulgencia llevada hasta el respeto del desarrollo individual.

Si el amor a la familia nunca le hiciese cometer faltas que desdijeran con sus virtudes republicanas, o que desmintiesen su genio, como sucediera a Napoleón, no dejaron de ser intensas sus ansias, ni menos dolorosa su impotencia para socorer a los de su extirpe.

Como todo hombre de pró, fué apasionado amante y encontró, como tantos, una fuente secreta de dolores intensos. No existe una sola carta amorosa de Sarmiento y en su desordenado archivo no se encontró un solo papel que comprometiese el renombre de una dama, encerrando el secreto de la tumba toda la vida de ese corazón que buscara y hallara fuerzas y piadoso consuelo en el alma femenina. Se habrán perdido páginas intensas del dominio más profundo del hombre.

UN RESUMEN

Al terminar su Presidencia, escribía a persona de su intimidad estos renglones que nos parecen un luminoso testamento.

« — En un album escribí a la aventura lo primero que me ocurrió y salió de ello una biografía. — «Partiendo de la falda de los Andes nevados, he recorrido la tierra y remontado todas las pequeñas eminencias de mi patria. Al descender de la más elevada, me encuentra el viajero, sin las haces de los lictores, amasando el barro informe con que Dios hizo el mundo, para labrarme tierra y mi última morada (1) ».

« No se describirá con menos frases vida más larga. He vivido en todas partes de la vida íntima de mis huéspedes y no como viajero. Dejo tras de mí un rastro duradero en la educación y columnas miliarias en los edificios de escuelas que maracarán en la América la ruta que seguí.

« Hice la guerra a la barbarie y a los caudillos en nombre de ideas sanas y realizables y llamado a ejecutar mi programa, si bien todas las promesas no fueron cumplidas, avancé sobre todo lo conocido hasta aquí en esta parte de América.

« He labrado, pues, como las orugas mi tosco capullo, y, sin llegar a ser mariposa, me sobreviviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me sigan.

« Nacido en la pobreza, creado en la lucha por la existencia, más que mía de mi patria, endurecido a todas las fatigas, acometiendo todo lo que creí bueno, y coronada la perseverancia con el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra y toda la escala de los honores humanos, en la modesta proporción de mi país y de mi

(1) Autógrafo de un album publicado por Lagomaggiore. Sarmiento se hallaba en su isla al escribirlo.

tiempo; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra; he escrito algo bueno entre mucho indiferente; y sin fortuna, que nunca codicié, porque era bagaje pesado para la incesante pugna, espero una buena muerte corporal, pues la que me vendrá en política es la que yo esperé y no deseé mejor que dejar por herencia millares en mejores condiciones intelectuales, tranquilizado nuestro país, aseguradas las instituciones y surcado de vías ferreas el territorio, como cubiertos de vapores los ríos, para que todos participen del festín de la vida, de que yo gocé solo a hurtadillas.

« Aquí concluye mi cuento, contado de una pieza y recordando los versos de Shakespeare, de que en verdad no me acuerdo, pero que vienen de perlas :

ES UN CUENTO CONTADO POR UN LOCO
CON GRANDES ASPAVIENTOS Y GESTICULACIONES
Y QUE NADA SIGNIFICA....



POST FACIO DE EL JOVEN SARMIENTO

El año que precedió al de su muerte, fué Sarmiento a buscar días luminosos en el portentoso Paraguay. Encontró además las noches más sublimes que pudieran exaltar un alma apasionada.

La noche en esos parajes se corona de astros rutilantes. Brillan las constelaciones, dejando entrever en las profundidades otros y otros sistemas centelleantes y carbunclos al infinito.

El horizonte abovedado ostenta en profusión fosforescencias de diversos colores. El aire puro no contiene movimiento ni ruido ; pero cae del esplendor celeste como un murmurio intraducible que se diría producido por la palpitación de las luces, como si fuera aquella armonía de las esferas de la noche sublime de Shakespeare en el « Mercader de Venecia ».

Abuelo y nieto lo pasaban, de la noche al alba, contemplando en silencio. Nuestra posición nos ocultaba los accidentes del paisaje terrenal, perdiéndose en las sombras habitaciones, arboledas, colinas y la misma cinta plateada del río soberano. Sólo se imponía el inconmensurable escenario de los astros.

De repente, el anciano propuso al joven, como juego de imaginación, situar en el marco estrellado las escenas más sublimes de nuestra humanidad.

Había yo de empezar por dar a entender si la idea era comprendida.

Ocurrió recordar la planicie de Maratón, al anochecer de la sublime jornada en que la naciente civilización vencía la invasión de la barbarie asiática. Eregidos los trofeos de

la victoria, los efebos en su desnudez heroica, danzan el pœan, frente a las fogatas funerarias. Entre ellos se hallaban Esquilo y Eurípides quienes luego dieron en el teatro la expresión sublime de la civilización helénica

Veremos, repuso el anciano, si es digno de las estrellas y en relieve de granito el momento en que Washington rechaza una tercera presidencia que no tenía un solo opositor, inaugurando así el desinterés y abnegación del espíritu republicano.

Fueron sucediéndose en relato alternado escenas de la historia, alentado el discípulo por la grande indulgencia del maestro, hasta que una pálida claridad anunciase el apagarse el fulgor celeste y el resurgir las cosas terraqueas.

En las evocaciones de Sarmiento campeaba la pasión indómita por cuanto significaba paz social, cultura intelectual, progreso moral, bondad y justicia, despuntando también el humorismo vigoroso del filósofo que hizo siempre la guerra alegremente.

Entre las escenas para ser encuadradas entre los astros vino una que produjo un comentario inesperado.

En la batalla de Poitiers el rey Juan se defendía desesperado entre una nube de ingleses. Todos habían caído en torno suyo, la oriflama de Francia yacía en el suelo y solo a su lado su imberbe de hijo le gritaba : ¡Padre! Ataje a la derecha! Al frente guárdese!

Sarmiento presentía sin duda hallarse al final de sus días y tener al frente al Enemigo implacable. Dijo repentinamente :

— Tú también combatiste a mi lado un combate que ya no era el de tu época. Los golpes que recibistes, nunca más podrás devolverlos. »

Esto podría explicar el que esa que fuera vocación de mis años viriles, el dedicar mis conatos a ser un mero intérprete de aquel vasto animador de ideas, no me permitiese conquistar una autoridad propia. Peleando en combate ageno, fuí la sombra de una gran figura, hasta que desapareciendo el arbol frondoso, continuase siendo la sombra de una sombra.

Aquel episodio no tuvo cabida con otros de la misma

indole y asaz instructivos en el anecdotario que a guisa de ensayo biográfico publiqué hace ya un cuarto de siglo. Debí temer la critiquilla de comadres y aun de compadres que me hubieran acusado de figuración indebida. Con el cúmulo de los años, toda ambición parecerá inofensiva, no quedándome otra que la de seguir creyendo en el éxito futuro de la noble tentativa de fundar una patria depurada de las lacras de la vieja humanidad.

Cierro mi último libro con ese recuerdo que fué un bálsamo del alma y como una anestesia localizada.

Las páginas que preceden esta confidencia, casi de ultra tumba, pueden ser apreciadas diversamente. Alguno hallará, como lo deseo, una tentativa de sintetizar los caracteres morales de un gran argentino. Para muchos será inadecuada la forma dialogada de asunto escasamente escénico y no faltarán quienes conceptuasen inferior la ejecución ante la grandiosidad del tema.

Me parece evidente, empero, que tal ensayo, en edad avanzada, demuestra que su autor ha permanecido impenitente en el rumbo que le fuera impuesto en sus años juveniles. Mi tarea me fué sumamente grata y adecuada al alma misma de mis ideas y sigo creyendo no haber sacrificado una personería que sin duda no hubiese sido de gran provecho en el entrevero de la vida argentina, tan gastadora de hombres de la más alta valía.

Si algún arrepentimiento pudiera asaltarme, sería el que la necesidad de ganar el sustento diario me hubiese impedido hacer algo más como comentarista.

Me complace agradecer cariñosamente a mi editor los cuidados minuciosos puestos en la engorrosa acentuación española y en la presentación de grabados de retratos cuyos originales son harto primitivos, aunque auténticos. Don Pablo Belin, mi primo hermano, es el último representante de la firma secular de editores de Paris y de esa familia procedía D. Julio Belin, mi padre, quien emigrado a Chile y conservándose francés, adoptó plenamente la querrela argentina, dedicando su trabajo, su industria y peculio a costear la avalancha de escritos de su ilustre suegro, el que era verídicamente el Joven Sarmiento.

INDICE DE LOS CAPITULOS

El abuelo y el nieto por Mariano de Vedia	v
Del D ^e E. Wilde	xI
Al Lector (<i>Prólogo de la 1^a Edición</i>)	xIII
Años de aprendizaje	1
Años de destierro (<i>Vida Chilena</i>)	21
Años de viaje	51
Campaña de Caseros	63
El publicista (1852-1860)	81
El Gobernador	139
Diplomacia	159
El Présidente (1868)	171
La Cumbre	247
Un Resumen	331
Post facio de El Joven Sarmiento	333

~~~~~  
SAINT-CLOUD (S.-et-O.). — IMPRENTA BELIN  
~~~~~


UEX